

José Manuel Caballero Bonald

# DOS DIAS DE SETIEMBRE



Lectulandia

*Dos días de setiembre* es una narración en distintos planos acerca de la vida enfebrecida durante la vendimia en una pequeña y aristocrática ciudad andaluza.

Viajamos en el tiempo al Jerez de 1960, donde conviven clases sociales muy marcadas: ricos muy ricos, pobres míseros y una clase media claramente dependiente de los caprichos y ocurrencias de los caciques. A pesar del tiempo transcurrido, aún planea el fantasma de la guerra civil, y muchos de sus planteamientos siguen de plena actualidad: la dependencia económica femenina, los abusos de poder, y la apatía que conlleva la falta de horizontes.

Y todo ello plasmado en dos grandes temas: esa pequeña ciudad y el vino, elemento omnipresente de relación entre las personas, las cosas y el paisaje.

*Dos días de setiembre* contribuyó de manera poderosa a renovar el panorama narrativo español a comienzos de la década de los sesenta del siglo xx. Su afortunada técnica constructiva, siempre al servicio de unos asuntos profundamente humanos y sociales, redefinió, en parte, el estatuto de la novela moderna y abrió caminos y perspectivas de plena vigencia en nuestros días.

**Lectulandia**

José Manuel Caballero Bonald

# **Dos días de setiembre**

ePub r1.0

Artifex 27.11.13

Título original: *Dos días de setiembre*  
José Manuel Caballero Bonald, 1962  
Diseño de portada: Artifex

Editor digital: Artifex  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Pepa Ramís Cabot

*—Por mi fe, hermano —replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas ni a piruétanos ni a raíces de los montes. Allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla por sí o por no, y es tan devota mía, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.*

*Y diciendo esto se la puso en las manos a Sancho; el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza a un lado, y dando un gran suspiro dijo:*

*—¡Oh, hideputa, bellaco, y cómo es católico!*

*—¿Veis ahí —dijo el del Bosque, en oyendo el «hideputa» de Sancho— cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa?*

DON QUIJOTE, Segunda Parte

**PRIMER DÍA**

**VIENTO DE LEVANTE**

# 1

Cuando llegaron a las bardas ya había empezado a anochecer. Lucas descubrió una brecha entre los adobes y se asomó a la caliente penumbra del viñedo, una mano contra la áspera costra de líquen de los ladrillos. Se entreveía por el derrumbe la blancuzca cinta de albariza de una vereda que trepaba hasta los lagares, medio ocultos desde allí por unos enmarañados matojos de roble virgen. Apenas si se distinguían ya las cepas, matizadas por la última claridad en una confusa repetición de inquietantes bultos oscuros. Lucas miró para el otro hombre, que se había quedado de espaldas, la vista perdida a lo largo de la trocha. Por la parte del fondo, como apelmazándose con la chirriante melopea de los grillos, se oía una especie de crepitar de hojarasca. El otro hombre era piernilargo y escurrido de carnes, con los boquetes de los ojos escarbados violentamente en la negrura de las cuencas. Tenía las orejas gachas y un protuberante lobanillo en la sien, que se le disparaba como una tumefacta erupción por entre los lacios mechones del pelo.

—¿Por aquí? —preguntó Lucas.

—Tú sabrás.

La vereda subía en una ligera pendiente hasta el caserío, buscando a media cuesta las estacas pajizas del bienteveo. Lucas calculó la distancia que lo separaba del caserío. El bienteveo, alto y lacustre, con su escalerilla de palo y su vigilante trama de cañizo, quedaba más cerca de él que de los lagares. Pensó que sería mejor darle la vuelta a las bardas, siguiendo la trocha por la parte lateral de la viña, hacia donde se abría la tranquera de espinos.

—Vamos a tirar un poco más abajo.

—Vamos, tú sabrás.

El hombre del lobanillo iba a la zaga de Lucas, arrastrando los pies con un descoyuntado ademán de fatiga. Dejaron atrás el poste de la luz, que sobresalía por dentro de la cerca, con su turbia bombilla arropada en un vaho de mosquitos. En algún lado cantó el mochuelo. Cuando llegaron frente a la linde de las moreras, Lucas le hizo señas al hombre del lobanillo para que se detuviese. Las ramas de las moreras estaban inmóviles, como labradas contra el cobalto metálico del cielo. Lucas arrancó una hoja y se quedó mirándola. La hoja estaba guarnecida de una liviana película de polvo y se veía resaltar su nervadura como las estrías de un vidrio rasgado. Lucas la estrujó, cerrando fuertemente el puño. Notó un pegajoso unto de humedad entre los dedos y se los limpiaba contra la panilla del pantalón, restregándolos una y otra vez.

—Mañana va a saltar el levante —dijo.

—A más tardar.

—¿Trajiste la navaja?

—Sí.



—Va a soplar lo suyo, se nota.

El hombre del lobanillo se apretaba el vientre con el puño.

—Debíamos haber esperado —dijo con una indecisa desgana.

—¿A qué?

—Al levante.

—¿Qué más da?

—Con esta calma, se oye andar a una legua.

—Para el caso...

—Debíamos de haber esperado, ya verás tú.

Lucas metió un palo por la hendidura de una morera, hurgando dentro como si machacara algo. Dejó el palo clavado en el tronco, desgajando algunas lascas de la corteza. El hombre del lobanillo se había sentado unos pasos atrás, los pies colgando sobre la acequia, que venía sin agua. Liaba pacientemente un cigarrillo. El tabaco debía de estar húmedo y se apretaba con blandura bajo la toniza del dedo rígido. Todo el campo parecía estar sin resuello, como si la redonda grillera de la noche hubiese terminado de engullir el último jadeo de la luz.

—No irás a fumar ahora —dijo Lucas.

—Descuida.

—Es que tú eres capaz.

—Eso.

—Te conozco.

Lucas oteaba la viña, acurrucado en el hueco de la tranquera, al abrigo de las bardas. Unos crespos matorrales de escaramujo taponaban por aquella parte el vago contorno del bienteveo. Lucas se levantó mientras intentaba arrancarse de la punta de la alpargata un cogollo de cardo.

—¿Trajiste la navaja? —volvió a preguntar.

—Y dale... Que sí.

El hombre del lobanillo se colocó el cigarro detrás de la oreja y se dejó caer hacia atrás, apoyando una mano en el borde de la zanja después de esquivar unas matas de ortiga. Con la otra mano, violentando la posición de los hombros, alcanzó un burgadillo que reptaba entre unos secos raigones de chumbera. El caracol se hurtó al contacto como una minúscula lengua de azogue. El hombre del lobanillo lo apretó entre el dedo pulgar y el índice y apareció entre las grietas el opaco y gelatinoso gusano. Separó a tientas los trocitos del caparazón y se llevó a la boca el viscoso cuerpecillo, del que pendían algunos hilos de baba. Masticó un poco y luego escupió. Lucas lo veía hacer distraídamente. Vigilaba el cielo del fondo del caserío, por donde ya apuntaba un tímido y azulenco destello de luna.

—Ahora. ¿Listo?

—Listo —dijo el hombre del lobanillo sin mirar.

—Deben estar vigilando en el bienteveo, anda con ojo.

—Mierda.

Lucas se fue para el otro lado de la talanquera. La cuadra de lagares se adivinaba desde allí formando ángulo recto con la visual del bienteveo. Separó las espinosas estacas lo justo para que pasara el cuerpo, desprendiendo la doble cincha de sogas sin dejar de apretar bajo el brazo una bolsa de arpillera. Volvió a mirar para el hombre del lobanillo, que permanecía sentado al borde de la acequia, echado hacia atrás y volviendo de cuando en cuando la cabeza para escupir con un sordo gorgorito. Se oía otra vez un sigiloso escarceo de hojas removidas, como descolgándose desde la boca de lobo de la trocha.

—Venga, tú, Joaquín —dijo Lucas—, ¿qué haces?

Lucas hablaba como si estuviese haciendo gárgaras, con la voz embarazada por la ronquera.

—Voy —repitió el hombre del lobanillo.

Y se incorporaba despacio, como haciendo un esfuerzo inútil, sacando las largas piernas del hondón de la acequia y arrodillándose trabajosamente antes de ponerse en pie.

—No hagas ruido.

—¿Eh?

—Que no hagas ruido, leche.

—Tú cuídate de lo tuyo —levantó una mano—, mira que esto es grande...

—Si es que parece que estás alobado.

—Bueno, mejor. Déjame a mí tranquilo.

Lucas se metió en la viña. El hombre del lobanillo se fue detrás de él en silencio, encorvándose al andar, las manos apoyadas en las rodillas. Ninguno de los dos quitaba los ojos del acecho del bienteveo. Ya era noche cerrada. Se arrastraron cautelosamente hasta la altura del primer entreliño. Delante de ellos, silbó la víbora de las viñas, mínima y retorcida como un sarmiento. El hombre del lobanillo pegó un respingo. Le tenía miedo a las víboras. Miró en torno suyo, tensas las aletas de la nariz. Después alcanzó un brazo de cepa, abrió la navaja y cortó un racimo prieto y redondo, con la uva velada por un polvillo translúcido. Se le mojaron las manos con el zumo fresco y escurridizo del estirón y se chupaba la palma hasta que le supo a vinagre. Luego metió el racimo en la mugrienta bolsa de arpillera. Lucas se acercó hasta él y llevaba dos racimos más. Andaba agachado, con la espalda a ras de las cepas, la mirada sumida, a zancadas rápidas e inseguras. Volvió a cantar el mochuelo.

—Con diez racimos como éstos se llena el saco —dijo Lucas.

—Nos podíamos haber traído otro.

—Eso, tú.

—No caí, la verdad.

—Claro.

—Bueno, lo que sobre, de merienda.

Llegaba ahora el ruido de un carro por la parte del almijar. Los dos hombres se quedaron quietos escuchando. El carro parecía bajar por el camino hacia la cancela. Las ruedas saltaban entre los baches, chirriando y llenando la noche de un imprevisto reguero de estrépitos. Al hombre del lobanillo le dolía en el pecho aquel ruido. Rebuscó dentro del saco nerviosamente, apretando toda la mano contra la preñez del racimo. Comió con una enfermiza avidez las uvas estrujadas, masticando con fuerza, como para no oír el fragor del carro. Se le metían los hollejos entre las muelas, incrustándose como agujas por los huequecitos de las caries. Las llantas trituraban las guijas, enterrándolas en el cuarteado y reseco piso de la vereda. Lucas, mientras tanto, rascaba con la navaja la costra de cieno de su alpargata. Luego se arrastró hasta otra cepa, con todo el cuerpo pegado a la albariza, ayudándose con los codos, y ya volvía con dos racimos más. El hombre del lobanillo parecía que lo miraba como a un intruso. Seguía comiendo uvas, metiéndoselas en la boca a puñados. Estaba como evadido, los hondos ojos sin expresión. Lucas se fue hasta él y le olía el aliento agrio.

—¿Es que te vas a quedar ahí sin hacer nada? —susurró.

—Espera que salga el carro a la hijuela, tú. ¿Qué quieres?

—Déjate ahora de carro, puñeta. Para eso, igual si vengo yo solo.

—Pues haber venido, lo mismo ibas a sacar.

—No, si encima voy a tener que darte las gracias.

—¿De quién fue la idea?

—Tuya.

—¿Mía? Hombre, ahora me entero.

Y entonces fue cuando sonó el disparo. Venía de la parte del bienteveo y el fogonazo alumbró un momento sus cuerpos, sombreados a medias entre el negror de la trocha. Los dos hombres corrieron en busca de la tranquera, saltando por los entreliños y haciendo eses. Sonó otro disparo. La luna naciente les daba ahora de espaldas y se iban metiendo en su zona de luz a medida que se desviaban de las quiebras del viñedo. Salieron fuera de las bardas y siguieron huyendo un buen trecho, hasta esconderse detrás de las moreras. Se quedaron allí agazapados, sofocados con el agobio de la respiración. El último disparo aún retemblaba por las lomas, absorbiendo los huidizos ecos del primero, tableteando cada vez más débilmente en la distancia.

—¿Y el saco? —rezongó el hombre del lobanillo.

—Yo qué sé.

—Ese hijoputa.

El hombre del lobanillo hablaba despacio, mirando para el suelo, sentado en cuclillas a cubierto de un tronco. La voz se le entrecortaba con el jadeo de la carrera. Se pasó el revés de la mano por la frente, limpiándose el sudor.

—El año pasado me metieron sal en una pierna —dijo.

Las perdigonadas de sal escuecen como candelas, con un feroz y deslizante ensañamiento. La sal se mete dentro de la carne, circula por las venas, mordiendo las entrañas, royendo los músculos. Con una perdigonada de sal encima, el cuerpo se crispa como calcinado por una quemadura que va taponando los conductos de la razón.

—Si me da me lo cargo, te juro que me lo cargo.

—Calla —dijo Lucas.

—¿Calla?

—Una perdigonada, aquí me la zumbaron —se palmeaba el muslo derecho.

—Calla.

Los dos hombres esperaron un buen rato detrás de las moreras, respirando fatigosamente, los ojos nublados de sobresalto. Luego se levantaron a la vez. Vigilaban los ruidos, buscando a favor de lo oscuro la hijuela del pueblo, que caía más allá de la última hilera de eucaliptos. A lo lejos se oía una voz arrastrándose como un fleco de alarma entre las volutas de la quietud. El campo parecía una cueva iluminada por una llamita de carburo.

—Tenemos la negra, maldita sea —dijo Lucas.

—Ese cabrón parece un murciélago, no me lo explico.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? El fulano del bienteveo, así le saquen los ojos.

—Tenemos la negra.

—Seguro que era Grajales. Me las paga.

No hablaron más durante todo el camino. Vaheaba la calentura de la tierra, espesándose en la boca como una irrespirable pella de bochorno. El hombre del lobanillo iba un poco separado de Lucas, mirando para atrás de trecho en trecho. Cuando llegaron al pueblo, la luna estaba ya a media altura sobre los tejados.

## 2

Apoyado en la pared, con las manos atrás, sentía la rugosa superficie del desconchón arañándole la muñeca, pero no se movió todavía. Una luz como de mariposa titilaba a veinte pasos del portal, desarticulando la abrupta disposición de las sombras e iluminando parcialmente la fachada de la casa. Hizo una ligera presión con el pie derecho y se le iba resbalando la sandalia por el pulido desnivel de la losa. Notó más violentamente el áspero refregón del cemento mientras se le escurría el cuerpo hacia abajo. El reborde del zócalo le llegaba ahora a la altura de las corvas. Al fondo, por la parte izquierda, la calle quedaba interceptada por un mal trazado arco de medio punto, con las aristas limadas de cal, que se abría a un corto callejón en forma de túnel. Rafael Varela se separó de la pared, todavía con las manos atrás, dándose un perezoso impulso con la espalda. Se acercó al portal mientras volvía a mirar el reloj. El reloj era de pulsera, pero lo llevaba metido en el bolsillo de arriba de la cazadora.

—A las ocho —volvió a puntualizar—, lo dijo claramente.

Vicente Corrales estaba sentado en el escalón del portal, un hombro contra el quicio roído, los brazos colgando entre las piernas. Sentía el calor de la acera a través de las suelas de goma de los zapatos. No miró a Rafael.

—Pues ya ves —dijo.

—Es raro.

—A lo mejor no lo entendiste.

—Sí, a las ocho en su casa, lo dijo claramente.

Rafael dio unos pasos en dirección a la luz. La calle estaba desierta y a medida que se alejaba del portal veía adensarse una especie de bruma delante de sus ojos. Se volvió otra vez. Gemía el cuero de las sandalias al arrugarse contra las piedras. Rafael tenía los cristales de las gafas empañados.

—Bueno, después de todo, tampoco hacía falta verlo hoy mismo —dijo Vicente.

—Quedamos citados —dijo Rafael—, Miguel lo sabía.

—Estoy seguro que habrá tenido que salir.

—No sé.

—Seguro. Miguel cumple, habrá tenido que hacer algo a última hora.

—Podía haber avisado, ¿no?

En el tejado de enfrente, un gato arañaba el canal del desagüe, agazapado en el saledizo de la chimenea. Vicente miraba distraídamente para arriba, buscando la procedencia del ruido. La casa era de una sola planta, con alero de vigas verdes y una puerta diminuta a la izquierda de la fachada. Blanqueaba como un cristal esmerilado el lienzo de muro que corría por debajo del alero.

—¿Tú le hablaste? —preguntó Rafael.

—Claro.

—¿Y qué?

—Lo que yo te dije, que bueno, que estaba dispuesto a lo que fuese.

—Va a hacernos falta.

—Y ahora más.

—No sé qué le habrá pasado.

Rafael se sentó en el escalón, al lado de Vicente. La luna clareaba por encima de los paredones del fondo, contorneando las zonas de penumbra como si fuera la iluminación de un escenario.

—Se puede confiar en él —insistió Vicente—, de eso no hay duda.

—Lo malo ahí es el vino —dijo Rafael.

—Sí, eso es mala cosa. Pero Miguel cumple.

—Pues lo que es hoy, un ejemplo.

—Ahora bebe menos.

—No te digo que no, pero vete a saber si se le olvidó la cita con la borrachera. Por ahí no vamos a ninguna parte.

—Esa pandilla de cretinos... No me explico qué es lo que hace con ellos, de verdad. Miguel es de otra clase.

Rafael no contestó. Se frotaba con el dedo pulgar la palma de la otra mano, que la tenía salpicada de agujeritos. La arenisca del cemento se le había incrustado en la piel. Se mojó el dedo en la boca y volvió a refregarse más detenidamente la parte dolorida.

—Bueno, nos vamos, ¿no?

—Sí, habrá que irse. Aquí ya no hacemos nada.

Vicente se levantó y tiró de una cadenita mohosa que colgaba de la puerta de al lado. La puerta era de una sola hoja, con el dintel exageradamente más bajo que el hueco donde se abría. Vicente esperó un momento y volvió a llamar con más fuerza. Se oía una tímida campanilla sonando por dentro de la casa, a golpes sordos e intermitentes, como si se atascara el resorte del tiro contra algún obstáculo.

—Nada, no está —dijo—. Son más de las ocho y media.

Rafael seguía sentado en el escalón, sin decidirse a levantarse. La calle tenía un especial incentivo de sosiego, no daba la sensación de estar habitada. Por aquella parte apenas si habría cinco metros entre las dos aceras, que iban estrechándose progresivamente a medida que se acercaban al angosto túnel del fondo. Empezó a subir de volumen la destemplada voz de una radio. «Desconfíe de las imitaciones, nuestro precinto de garantía es la mejor prueba...» El anuncio se cortó de pronto, dejando paso al gangoso ritmo de un bolero. La radio sonaba a la altura de un primer piso, unas casas más abajo. Vicente no llevaba chaqueta y se remetía la camisa por los holgados pantalones de crudillo. Abrió la boca como buscando el aire que se estancaba entre las sombrías paredes del callejón. Rafael se levantó despaciosamente,

después de haberle limpiado el vaho a los cristales de las gafas. Se las ajustaba en la nariz.

—Y de Rosalía, ¿qué se sabe? —preguntó.

—Por ese lado ya está la cosa lista —dijo Vicente—. Anoche estuve con ella, creí que te lo había dicho.

—¿Puede ir?

—Sí, claro.

—Mañana te doy el dinero.

—De acuerdo, gracias.

Empezaron a andar en dirección al túnel. Las losas de la acera quedaban a la misma altura que el empedrado central, ligeramente vencidas hacia el lado de la pared. Encima del arco de medio punto brillaba tenuemente una bombilla sin armazón, parecía un pabilo ardiendo sobre una historiada percha de hierro. La luz sólo conseguía amarillear la densidad de las sombras, sin desvanecerlas del todo.

—Es mejor que vaya ella a que vaya Miguel, ¿no te parece?

—Desde luego —dijo Vicente—. Además, tal como están las cosas no tendría sentido un viaje de Miguel.

—Pero él iría.

—Seguro que iría, pero ahora no tendría mucho sentido, date cuenta.

Entraban por la tiniebla del callejón. Rafael había mirado antes para atrás. Se oía el rebote de las pisadas como si se hubiesen metido en una cueva. Los muros se juntaban en la medianía del túnel más de lo normal y había que ir rozando los altos zócalos de granito, que se entreveían renegridos y húmedos de orina. Soplaba por la otra boca del callejón una racha de aire pestilente.

—Rosalía ya fue la otra vez, está al tanto —dijo Vicente.

—Para lo que sirvió.

—No empecemos, Rafael, ya hemos hablado bastante de eso. Tú sabes tan bien como yo lo que pasó entonces.

—Por eso lo digo. Y si encima cogen a Rosalía, ¿qué?

—Ahora es distinto, hazme caso.

El túnel desembocaba a poco andar en una calle imprevistamente bulliciosa y bien iluminada, de amplias y primorosas perspectivas, que contrastaba todavía más con el lóbrego y silencioso decorado anterior. Torcieron a la izquierda, siguiendo la línea de unas mondas varetas de acacia protegidas por unos armazones de madera de base triangular. Una muchacha sola, arrimada a la pared junto al escaparate de una droguería y mirando para ellos. El agobio del calor parecía enturbiar las distancias. Un caserón de noble aspecto con una inmensa taberna en la planta baja y las oficinas del Instituto Nacional de Colonización en el piso principal. En el escaparate de la droguería estaban expuestos en forma de pirámide unos botes de pintura, de mayor a

menor. A cada lado había una fila de baldes de plástico, distribuidos simétricamente por colores. Rafael miraba a la muchacha y se le subía por el pecho un súbito ramalazo de desazón. La misma invariable punzada en la memoria, haciendo desfilar en un solo y hostil escenario las cansadas y deprimentes noches de aquel invierno, cuando buscaba a alguna mujer, no le importaba cuál, sin acercarse nunca a ninguna, esperando que se produjera lo imprevisto. Sortearon los veladores de una ruidosa terraza, con unas sombrillas a cascos bicolors repartidas a todo lo largo de la acera. La gente andaba despacio, como en un paseo de ida y vuelta, repetido una y otra vez, arriba y abajo de la calle. El empellón de hastío de las solitarias caminatas por los desmontes del Albarrán o del Temple, cuando entraba en una taberna a beberse media botella de vino que le daba asco beber, esperando con los nervios deshechos que pasasen las horas para volver a casa lo más tarde posible.

—Créeme, ahora es distinto —repitió Vicente.

—Dime.

—Que esta vez vamos sobre seguro, mejor no pueden ir las cosas.

—Todavía tengo yo que verlo.

—No estás muy animado que digamos.

—¿Te decidiste por lo de las Talegas? —preguntó Rafael después de una pausa.

—En esto estoy. Esta mañana di el primer toque.

—¿Y qué?

—La gente responde, lo que yo esperaba.

—De acuerdo, me lo suponía, pero si el cabrito de Andrés abre los ojos, a tu padre le puede costar un disgusto.

—No te preocupes. Ese tontaja ni las huele, de eso me encargo yo. Además, que las cosas las he hecho por sus pasos contados, entiéndeme. Mi padre tampoco va a ser de los que me pongan pegas.

Rafael andaba mirando para el suelo, una mano por dentro de la cintura del pantalón, la cazadora descolgada hacia atrás. La calle hacía un cuatro y luego continuaba en línea recta un largo trecho, hasta llegar a una placita flanqueada de tapiales encalados, con dos portadas barrocas al frente. Vibraba la noche como un inmenso fleje de bochorno.

—No sé, Tico —dijo Rafael.

—Tienes que animarte, es el mejor momento.

—Ojalá.

—Rosalía se va el domingo por la noche, el martes está aquí con los papeles. Hay que aprovechar el tiempo, eso es lo único que hay que hacer. Lo demás sale solo, ya no es cosa nuestra.

—Me gustaría haber visto a Miguel, saber qué opinaba. Él tiene más experiencia que nosotros.



—Está bien, si quieres nos pasamos luego por el casino.

—Es mejor verlo en su casa.

—Como quieras, nos damos otra vuelta por su casa. Pero si no estaba ahora, cualquiera lo coge ya.

—Tengo interés en saber lo que piensa de todo esto.

—A lo mejor está todavía en la oficina.

—No, yo telefoneé antes. La lió, seguro.

Silbó una lechuza por encima de la cerca, entre las quietas y frondosas copas de los acerolos. Rafael encendió un cigarrillo. Vicente no fumaba. Olía a pasto caliente.

—Miguel se ha pasado veinte años así, date cuenta —dijo Rafael—. Lo raro sería que diese un cambio de la noche a la mañana.

—Más a mi favor, eso no se arregla así como así. Hay que darle una oportunidad.

—Ya se la hemos dado. Ahora lo que tiene que hacer es decidirse.

—Lo hará, pierde cuidado.

—Tiene que decidirse de una vez. Si no, no veo la forma. Vamos, digo yo.

—Hombre, tampoco es una cuestión de vida o muerte. Tú déjalo, ya verás como él lo resuelve solo.

—Necesito alguien que me anime. Miguel es un optimista.

—Eso no significa nada.

—Para mí, sí. Trabajando con Miguel las cosas se ven de otra manera. Tiene sus pegas, no te lo niego, pero a pesar de todo es un optimista y sabe demostrar lo que sea a la hora de la verdad.

Cruzaron por delante de las dos verdinosas y gemelas portadas, que se abrían entre unas columnas grises mordidas de fisuras y agujeros, como si fueran de piedra pómez. La placita parecía una inmensa cisterna untada de brea caliente. Pasó una niña corriendo a saltitos, jugando a no pisar raya.

—Te querría haber visto esta mañana en las Talegas —dijo Vicente.

—Sí, me imagino.

—Seguro que te habría venido muy bien. Y fíjate que es muy distinto ser el hijo del capataz a ser el amo. Tú, en Monterrodilla, campos por tus respetos.

—En Monterrodilla tenemos a Onofre. Yo no he hecho nada.

—Ya es bastante que Onofre sepa que puede contar contigo.

—Tenía que haber ido a las Talegas, lo sé.

—Desde luego te habría venido muy bien. Pero es mejor que no aparezcas por allí, no hay por qué complicar las cosas.

La calle seguía ahora la línea de las fachadas, trepando en una irregular pendiente hasta un espacioso cruce sin adoquinar. Dos hombres y una mujer estaban sentados al abrigo de las tapias de un solar, las sillas bajas de anea apoyadas en los ruinosos resaltes del muro medianero. En un zaguán, en la esquina de la derecha, unos niños se

columpiaban en el desvencijado marco del portón interior.

—Me da la impresión de que no hago nada —dijo Rafael.

—Tonterías, todos estamos haciendo algo.

—No, no son tonterías. Lo que pasa es que me deprime este ambiente, estoy hartado.

—Pues fíjate en el caso de Miguel, sin ir más lejos.

—Es lo mismo.

—Lo suyo es distinto, es otra cuestión.

—Míralo como quieras, pero yo creo que es lo mismo. Con veinte años menos, pero da igual. No por mí, entiéndeme, sino por mi padre.

—Ya eso lo hemos discutido de sobra, Rafael, es peor darle vueltas.

—Claro.

—Tú sabes que yo soy el primero en hacerme cargo de las cosas, pero es peor darle vueltas. Lo tuyo es distinto.

—¿Usted es hijo de don Gabriel Varela? Sí, señor, el mismo. Vaya, vaya, de modo que usted es el niño de don Gabriel. Pues no se le parece, bueno, sí, un aire de familia, la facha.

—Venga, Rafael.

—Me trago la quina. Siempre lo mismo, estoy hartado de que me miren como a un estraperlista.

—Todos sabemos lo que tú eres. Eso está claro, ¿no?

—Menos mal.

Se quedaron callados un buen trecho. De una taberna salían unas voces confusas y subidas de tono. La taberna era espaciosa y de techo alto, atravesado por dos aguas de vigas negras. Vicente miró dentro de pasada. Unos hombres hablaban a gritos, apoyados en el mostrador, que quedaba encuadrado entre una ruinosa pilastra y los dos muros posteriores. A la izquierda, en una banqueta de pino, una mujer cuchicheaba con un viejo. Vicente aceleró el paso. La luna agrisaba con una translúcida tonalidad de acuarela los desnudos paredones de la calle. Se notaba cada vez más un agrio y penetrante tufo a mosto.

—¿Qué pasa? —preguntó Rafael.

—Nada.

—¿A quién has visto?

—No, es que estaban ahí Joaquín y Lucas, ya tú sabes. No tengo ganas de encontrarme ahora con ellos.

—Ya.

—A mí no me importa, figúrate. Joaquín es un buen hombre, lo de mi tía Lola es lo de menos, pero no levanta cabeza entre una cosa y otra, no hay manera de entenderse.

—Sí, claro.

—Me resulta violento hablar con él. Yo he hecho todo lo que he podido, créeme, pero es inútil —se le apagaba la voz—. Precisamente ayer me estuvo contando Lucas que está hecho polvo.

Rafael no contestó. Doblaron por una calleja de la izquierda, que volvía a salir, un poco más abajo, al paseo de los plantones de acacia, ahora algo más despejado que antes. Se oía el pito de un tren cada vez más cercano y colérico, como si fuese a cruzar de un momento a otro por mitad de la calle.

—¿Nos tomamos una copa?

—Yo me voy a ir para casa —dijo Vicente.

—Bueno, vámonos, sí.

—Mañana te llamo a primera hora.

—¿Te vas a la viña?

—No, el camión salió a las ocho, ya avisé.

—De acuerdo. Entonces hasta mañana.

—Supongo que ya se sabrá algo concreto.

—Supongo, yo te llamo.

### 3

Don Andrés sentía unos vagos escrúpulos de conciencia, no sabía por qué. En realidad, no eran concretamente escrúpulos, sino una morbosa y confusa mezcla de malestar y temor. A veces, cuando veía que se le entraba el dinero por las puertas sin que tuviese que mover una mano, le dominaba una extraña sensación de que algo iba a alterar el manso y confortable discurrir de su existencia. Don Andrés vivía como respirando el vicioso clima de un invernadero, desentendido de todo lo que no perteneciera a las artificiales y absurdas limitaciones de su propia incongruencia.

—Tengo que hacer algo, es una obligación.

A don Andrés la vendimia de las Talegas se le presentaba como una recua de mulas cargadas de oro. Se había pasado el día buscándole una solución a sus atosigantes desarreglos nerviosos. Necesitaba ponerle a ese nuevo arribo de ganancias el contrapeso de alguna tranquilizadora caridad. A última hora creyó haber encontrado una fórmula aceptable y mandó llamar a Ayuso. Ayuso se presentó en casa de don Andrés lo antes posible, a eso de las nueve. Don Andrés lo hizo esperar en el patio. El caserón estaba como desierto, parecía un convento amueblado con una impropia y delirante ostentación. Alguien encendió las luces de los porches, que rebrillaron solemnemente sobre el mármol del piso. Al cabo de un rato, don Andrés le mandó decir a Ayuso que subiera. Ayuso subió renqueando y deteniéndose en el rellano de la escalera a recobrar el aliento. Lo guiaba una mujer ya metida en años, de carnes fofas y movedizas, que andaba a compás de un trémulo tintineo de llaves. En el primer recodo de la galería, la mujer abrió una puerta e hizo pasar a Ayuso a un espacioso salón alfombrado de moqueta gris y abarrotado de muebles, con un negro artesanado de filigranas postizas.

—Con su permiso.

—Pasa —se oyó decir casi en un susurro.

Don Andrés estaba reclinado como una maja sobre unos almohadones de terciopelo granate, en un diván del fondo. Se limaba las uñas y extendía el brazo, entornando los ojos para apreciar mejor el efecto de su labor. Llevaba una bata de seda verde, salpicada de pequeños lunares negros. Se incorporó despaciosamente cuando vio entrar a Ayuso, que se abría paso por el laberinto de los muebles. Un almacén de anticuario: un espejo rectangular con el azogue purulento, otro ovalado con caña de oro, seis mesitas de diferentes usos y estilos, tres juegos de cornucopias, dos consolas isabelinas, otra alargada y vestida de encajes como un altar, dos tresillos tapizados de damasco y vellón, una cómoda con columnillas salomónicas, un escudo de armas, una figura de cera.

—Siéntate, Ayuso. Aquí, ponte cómodo.

Don Andrés tenía el habla remilgada y se movía como obedeciendo a unos

resortes fáciles de quebrar. Ayuso se sentó al borde de un butacón. Le daba vueltas a la gorra gris. Olía a acetona y a madera cepillada.

—Usted dirá.

Don Andrés se pasaba los dedos por las cejas, peinándoselas para arriba.

—¡Qué calor, hijo!

—Y tanto.

Ayuso parpadeaba. Se oía un sordo e intermitente ronroneo, como el arrullo de un palomo.

—Qué calor —repitió don Andrés—, estoy que no me tengo.

—Ni de noche refresca.

—Bueno, mira.

Don Andrés hablaba sin levantar la vista de sus uñas.

—Mande —dijo Ayuso.

—Lo que quería decirte: que he pensado darle una comida a los pobres del Albarrán.

—¿A los pobres...?

—A los pobres del Albarrán, Ayuso, no empecemos.

—Sí, señor.

—Bueno, pues eso, que me gustaría que tú te encargaras de todo.

—Con mucho gusto.

Don Andrés se cerraba la bata por encima de las piernas desnudas. No tenía vello y le brillaba la carne como si estuviese pulida.

—Hay mucha miseria —susurró.

—¿Diga?

—En el Albarrán hay mucha miseria, lo sé.

—Sí, señor.

—Es una cosa que me tiene preocupado.

—Natural.

—Vamos a ver. ¿Tú sabes qué comen los pobres?

Ayuso tragó saliva. Se sentía cada vez más incómodo y le costaba trabajo respirar con la barriga plegada a la blandura del butacón. Por un momento creyó que no entendía nada de lo que le decía don Andrés. Se metió un dedo por el cuello de la camisa.

—Pues verá usted —balbuceó—, en fin, vamos, lo que se presente.

—Tú preparas lo que sea, ¿eh?

—Sí, señor.

—Tú lo preparas. Lo que quiero es que se queden contentos.

—Se hará lo que se pueda, es decir, usted ya me conoce.

—¿Quieres una copita?

—No, ahora no, muchas gracias.

—Estás desconocido.

Ayuso no contestó. Miraba para el suelo.

—Podrás apañarlo en tu tienda, ¿no? —dijo don Andrés.

—¿Lo qué?

—La comida, ¿qué va a ser?

—Hombre, a mí me parece que sí. Mejor dicho, depende, en sabiendo el número.

Ayuso intentaba calcular por encima el posible porcentaje de sus ganancias.

—Todos los pobres del Albarrán, ¿no te estás enterando?

—Sí, ya sé, usted perdone, pero yo necesito así como tener un cálculo.

—Oye, ¿no notas un olor raro? —interrumpió don Andrés.

Ayuso levantó la nariz con un atascado sorbo.

—No, yo no huelo nada.

Don Andrés inclinó levemente la cabeza.

—Huele como a aguarrás.

—No sé, yo no lo noto.

—Bueno, ¿qué decías?

—Ah, pues que a mí me haría falta saber con la gente que hay que contar.

—A ver, ¿cuántos pobres habrá en el Albarrán? ¿Doscientos?

Ayuso sudaba por la papera, pero no se atrevía a secársela. A veces, delante de don Andrés, notaba como si le hubiesen metido un tapón de desconcierto en la garganta. Le parecía oír de nuevo el tintineo de las llaves de la mujer que lo acompañó hasta allí.

—¿Doscientos? —repitió don Andrés—. ¿O más?

—No sé, a ojo. Es cuestión de enterarse.

—Pues te enteras.

—De lo que se trata es de distinguir.

—¿De qué?

—De distinguir. Bueno, de distinguir a cada uno, ya usted me entiende.

—No.

—Un poner: a éste se le avisa para que vaya a la comida, a éste no, y así. Porque pobres, lo que se dice pobres, vaya usted a saber.

—Bueno, tú te enteras.

—Sí, señor.

—Pero que sean todos los que estén necesitados, no vayamos luego a tener sus más y sus menos. Ah, y lo primero vete a hablar con el párroco. Eso, lo primero.

—De acuerdo. ¿Y para cuándo?

—El mejor día es el domingo, ¿no te parece?

—A mí me parece que sí. Hoy es jueves.

—El domingo no se trabaja.

—Sí, señor.

—Pues eso, el mejor día es el domingo.

Ayuso no tenía demasiadas luces. Seguía dándole vueltas a la gorra y tragando saliva. Ahora se sacó el pañuelo para secarse el sudor, que ya empezaba a chorrearle por el cuello de la camisa. Le bullían en la cabeza los voraces empellones de su instinto de avaro.

—Buen detalle ese de la comida, don Andrés —dijo.

—Qué menos.

—Sí, señor, un buen detalle.

Marcelo Ayuso era montañés, del valle de Cabuérniga, pero ya llevaba en el pueblo casi treinta años y realmente se sentía como si fuera de allí. Ayuso tenía una tienda de bebidas y ultramarinos, el Espolique, hacia la parte del Angostillo, lindando ya con los desmontes del Albarrán. La tabernilla comunicaba con un amplio corral interior, que había sido tonelería y que ahora estaba mal que bien acondicionado para reuniones domingueras. Ayuso, tripón y asmático, de apariencia lerda y pasmada, era un lince para descubrir las más tortuosas fuentes de ingresos. Almacenaba el dinero sin ninguna idea preconcebida, por puro instinto de miseria. Aparte de sus habituales chalaneos, que no eran pocos, había conseguido reunir sus buenas pesetas haciendo las veces de comisionista de apaños y correveidile de turbios y confidenciales manejos.

—Bueno —aventuró.

Ayuso intentaba levantarse del butacón, removiéndose y apoyándose donde podía y donde no podía. Tenía ganas de orinar.

—Espera que te diga.

Don Andrés se llevaba una mano a la nuca, apretándosela blandamente y componiendo un exagerado gesto de fastidio. Por las noches, casi siempre se le metía un punzante dolor en la nuca. Don Andrés se había librado del servicio militar porque padecía de insolaciones. El capitán del regimiento no se atrevió a llevarle la contraria.

—Claro —decía—, como ya no hay soldados de cuota.

—¿De qué?

—No, que eso de las insolaciones, cuando el médico lo dice, será un caso de inutilidad.

—Es que con un cuarto de hora que me dé el sol en la cabeza, se me va la vista, me caigo redondo, dése usted cuenta.

—Verdaderamente cómodo no es.

—No lo sabe usted bien, me tengo que poner el sombrero hasta para atravesar el patio.

Al padre de don Andrés le hubiese gustado que su hijo se pasara un par de meses

haciendo la instrucción, pero no hubo forma de convencer a su mujer. Después de todo, quizás iba a ser peor el remedio que la enfermedad.

—Tú fíjate que eso para el niño va a ser un verdadero infierno.

—Le hace falta —decía el padre.

—Por Dios, se te ocurren unas cosas, es que me sacas de quicio.

—Te digo que le iba a venir pero que muy bien. Está demasiado consentido, no sé cómo explicártelo.

—Sí, y a ti te gustaría verlo mezclado con esa gentuza de los cuarteles, ¿no?

—No, mujer, si no es eso, pero es un cambio que siempre conviene. Se espabila, yo sé lo que me digo.

—Que no, que no estoy de acuerdo en absoluto, lo siento.

Don Andrés se libró de la mili y, al poco tiempo, murió su padre. El padre era un hombre de cierta maleable nobleza de principios, corto de miras y de entendederas, que hizo prosperar involuntariamente la hacienda de sus abuelos pero que no consiguió sacar adelante sus más elementales negocios domésticos. La madre de don Andrés no aguantó el luto y falleció antes de que se cumpliera el año de la muerte de su confiado marido. Don Andrés, hijo único, heredó por partida doble un viejo y acumulado feudo de viñas y dehesas. El dinero, una vez más, se había multiplicado por sus propias fuerzas, sin que don Andrés supiera exactamente en qué cantidad y por qué motivos. De todos modos, la cosa daba para que chupasen a más y mejor un cumplido equipo de quitapelusas y lameculos. Don Andrés seguía apretándose la nuca. Ayuso se había vuelto a sentar, una mano en cada brazo del butacón.

—Espera que te diga. Lo principal: que además quiero comprarle un manto a la Verónica.

—Don Andrés... —Ayuso carraspeó—. Eso cuesta lo suyo.

—Tiene que ser un manto de exposición, bordado de arriba abajo, ¿te estás enterando?

—Sí, señor, lo que se dice un manto de una vez.

Don Andrés se había ido incorporando desde su muelle y aterciopelada indolencia. Acostado, parecía más alto. Ayuso lo veía estacionado frente a él, una mano en el bolsillo de la bata, la otra atrapando la boquilla, con el índice cabalgando sobre ella.

—Está claro, ¿no? —dijo don Andrés.

—Dígame.

—Que si está claro, que a ver si arreglas eso del manto —pasaba un dedo por una mesita tocinera—. Me corre mucha prisa, así que muévete.

A Ayuso le dolía el bajo vientre. Miraba para el marco de una de las cornucopias, para las patas de la consola de encajes. Las labras saliéndose de su sitio, apelmazando el agobio del aire en el poco espacio que quedaba libre. El olor a acetona y a la



leonera de anticuario. La pesadez de la cabeza como hundiéndose en un apestoso charco de sueño, con la brumosa talla del artesonado al fondo.

—Tú, que te estoy hablando. ¿Estás dormido?

—Mande.

—Que si estás dormido.

—No, señor —titubeó—. Dándole vueltas a lo del manto.

—Que me corre mucha prisa.

Ayuso entornó los vidriosos ojillos.

—¿Como cuánto quiere usted gastarse, don Andrés? O sea, así sobre poco más o menos.

—Yo qué sé, hijo. Tú le dices lo que sea a Revilla.

—Bueno, pero...

Don Andrés subía los dos brazos, lenta y paralelamente, por encima de su cabeza.

—Perdona —dijo.

Inclinó poco a poco la cintura, intentando llegar al suelo con las manos. Hizo varias veces la misma inútil flexión. Después dobló ligeramente las rodillas y consiguió rozar la moqueta con los dedos. Se le había subido la sangre a la cara, sofocado con el esfuerzo del ejercicio. Respiró hondo, hinchando el pecho escuálido. Ayuso miraba para otra parte como disimulando, sin saber qué hacer, escurriéndose hacia fuera de la butaca. Giraba la habitación por dentro del espejo rectangular, contagiándole al tresillo de damasco la caspa oscura del azogue.

—Pues lo que te iba diciendo —continuó don Andrés—. Tú hablas con Revilla y que pague lo que sea.

—Pero mire usted, yo necesito saber lo que piensa gastarse. O sea, una base.

—¿Qué base?

—Más claro: si se encarga un manto, pues eso, hay que decir: oiga usted, un manto con esto y con esto y que cueste tanto. ¿O no?

—Si eso ya se sabe, Ayuso. Mira que es fácil, pues nada. Tú vas a la fábrica de parte mía.

—Sí.

—Tú vas a la fábrica que sea de parte mía: don Andrés que le hagan un manto para la Verónica del mejor que tengan. Y ya está.

—Muy bien —se palmeó la rodilla—. Listo.

Don Andrés había dejado la boquilla sobre un descomunal cenicero de vidrio ahumado. El cenicero imitaba una abierta concha de vieira y le salía por cada lado una enroscada y bermeja viruta de cristal. Don Andrés se quedó quieto un momento delante de Ayuso, mirándolo con sus glaucos ojos sin expresión, medio enterrados en unos círculos de piel rugosa y tumefacta.

—Te noto como desmejorado —dijo pausadamente.

—Pues ya ve usted, no tengo así ningún desarreglo.

—Más vale.

—Los años.

—¿Los años? El *mollate*.

—No, no crea usted, de verdad, ahora ni lo huelo. Qué remedio, no me conviene ni poco ni mucho.

—¿A mí me lo vas a decir?

Ayuso se levantó y dio unos pasos, arrastrando las botas de media caña por la alfombra. Notaba una tibia humedad en los pantalones.

—Bueno —dijo.

—¿Y tu niño? —preguntó don Andrés.

—Por ahí —se volvió con torpeza—, dando la lata.

Don Andrés adoptó un tono confidencial.

—¿Le hablaste de lo que te dije?

—Ah, se me había ido el santo al cielo.

—Pues a ver si le hablas, que siempre tengo que estar encima.

—Esta misma noche, de hoy no pasa.

—No se te olvide. Y si ves al tunante ese, mejor. Ya sabes lo que hay.

—Por cierto, que yo quería preguntarle si habría forma de colocar en la bodega ahí a un amigo. Se trata de Joaquín, el cantaor, usted debe conocerlo.

—Eso háblalo con el capataz, con Corrales. ¿Yo cómo voy a saber?

—Sí, claro.

Don Andrés se volvió a reclinar con un delicado abandono sobre los almohadones del diván. Se echaba aire en la cara con un minúsculo pañolito de seda amarillo. Parecía que la habitación se estaba caldeando por partes y que llegaba ahora hasta allí una insufrible oleada de sofoco.

—Uff... En fin, Ayuso, a ver si te espabilas. Y cuando esté todo listo me avisas, ¿entendido?

—Descuide usted, don Andrés. Lo dicho, ya mismo me meto con eso.

Ayuso se adelantó, sujetándose con una mano la barriga, como aliviándola del peso.

—¿Sabes salir solo?

—Sí, señor.

—Bueno, ya me dirás cosas.

—A mandar. Buenas noches.

—Y no te duermas, ¿eh?

—No se preocupe, cuando yo digo que cumplo, cumplo.

A Ayuso se le enganchó el pie en una mesita de cedro pálido, pero no la volcó. Daba la impresión de que se le había removido a la madera su áspero olor a polilla.

Don Andrés dirigió una fugaz y displicente mirada por entre los complicados pasadizos del mueblaje. Veía la cabeza de Ayuso apareciendo y desapareciendo como la de un monigote de guiñol por encima del biombo de palmilla. Luego se oyeron unas rastreras y torpes pisadas por la parte de la galería. Debía de haberse quedado la puerta abierta. Cuando Ayuso salió a la calle, se fue derecho a la sombra de un naranjo y orinó en el alcorque, de espaldas al portal de don Andrés. Ayuso caminaba moviendo los brazos a destiempo, balanceándose a uno y otro lado, como si no supiera por dónde coger.

La taberna tenía el suelo de terrizo, parecía un barrizal reseco que se iba ahondando hacia las juntas de los muros, como vaciándose por el socavón de los cimientos. Era espaciosa y de techo alto, atravesado por dos aguas de vigas negras. El almagra de las paredes aparecía oscurecido y surcado de una enmarañada red de filamentos de mugre. Al fondo, a la derecha de la puerta, estaba el mostrador, con la madera pintada de nogalina, encuadrado entre una ruinoso pilastra y los dos muros posteriores. Lucas y el hombre del lobanillo se acercaron y pidieron dos vasos de raya. El tabernero se dirigía a un chaval de cabeza rapada y raquíuticos miembros, cejijunto y con los ojos como pabilos.

—Marchando dos de raya.

En la taberna no había mucha gente. Unos cuantos hombres estaban sentados contra la pared de la izquierda, en un desvencijado banco de pino. Delante de ellos, sobre unos cajones negrucios, se alineaban varias botellas y algún que otro vaso. Una mujer, de saya maloliente y desteñido pañolón, bebía junto a un barril de duelas deslavazadas. Tenía los ojos semicerrados, inseguro el ademán, una chapeta violácea en cada mejilla. Se sonaba de cuando en cuando con un trapito que sacaba de entre las faldas, metiéndoselo materialmente dentro de la nariz y utilizando el dedo como una lezna, retorciéndolo para arriba con una alarmante penetración.

—Lo que le decía, que este año no se quieren coger los dedos —dijo uno de los hombres.

—Por lo mismo —dijo otro—, por tomarle la delantera al asunto de la cooperativa, ¿o no es así?

—Natural. En Valdecañizo y en las Talegas, que yo sepa, ya están dándole al manubrio. La bota de albariza está saliendo a cerca de tres mil.

Lucas se volvió hacia este último. Era un hombre cetrino y cuellicorto, cargado de espaldas y expresivo de gestos, que abría y cerraba la boca a compás de la respiración. Llevaba remangada la camisa y le colgaba del hombro una chaqueta de crudillo, con cierre de sotana.

—¿Ya? —preguntó Lucas.

—Eso parece, no me haga usted caso.

—¿Y quiénes han ido? ¿Sabe usted?

—¿Cómo dice?

—Los *greñúos* de la sierra —dijo el otro.

—¿Sabe usted los que han ido? —repitió Lucas.

—No sé —dijo el de la camisa remangada—, es decir, supongo que los de siempre, los de la primera contrata. Vamos, me figuro.

—Ya. Creí que los repartían por las listas.

—Bueno, eso fijo, pero cada cual tira luego de su cuerda.

—Y si no, usted dirá.

Entraron tres mujeres desarrapadas, distribuyéndose por la taberna como si les hubiese llegado la hora de cumplir con una diaria y pesarosa obligación. Una de ellas se sentó en la banqueta del lado de la pared y hablaba en voz baja con un viejo de gorra marrón y cazadora de panilla. El viejo miraba al terrizo sin pestañear y se metía la mano por debajo de la gorra, rascándose entre la pelambre entrecana.

—¿Vienes?

—No.

Las otras dos mujeres se habían arrimado al hueco de la ventana. La ventana estaba abierta, con los batientes pintados de un desvaído bermellón y una descosida persiana de canutillo ocultando los barrotes que la cruzaban por fuera.

—El mismo panorama.

—Aquí no se saca ni el forro.

El de la camisa remangada le hablaba ahora al hombre del lobanillo.

—Perdone la pregunta, ¿usted es de aquí?

—¿Yo? Como si lo fuera. ¿Por qué?

—No, nada, era por si le hacía lo de la vendimia.

El hombre del lobanillo se dirigió al tabernero antes de contestar.

—¿Quiere llenar? Dos de lo mismo —se volvía—. No sé, depende, el asunto del papeleo.

—En el pago de Monterrodilla andan buscando cortadores. Se lo digo por si le interesa, usted dispense si me meto.

El hombre del lobanillo no contestó. Se volvió para Lucas y empezó a beber a grandes sorbos de una especie de tubo de cristal, ensanchado por arriba. Se le oía tragar el vino. El vino tenía un color cambiante, turbio hacia el fondo, como de sangre aguada.

—¿Tú te has enterado? —murmuró, todavía con el vaso en la mano.

—Las cosas —dijo Lucas.

—En Monterrodilla los cazan a lazo.

Intervino un muchacho de camisa a cuadros que se apoyaba contra la pilastra del ángulo del mostrador, las manos agarradas a los tirantes del mono azul mahón.

—En Monterrodilla están pagando bien. Eso dicen.

—No le arriendo la ganancia, compadre —dijo el hombre del lobanillo—. Con don Gabriel Varela detrás, ni en bandeja.

—Están pagando como a catorce.

—Tijera incluida —dijo Lucas.

—Se conoce que escasea el personal —dijo el de la camisa remangada—. A los niños les están dando como diez duros. Aquí, o sobra guita o no hay con qué.

Lucas terminó de beber y se secó los labios con la palma de la mano, chascando la lengua.

—Se saca más con el rebusco —dijo.

—¿Más, qué? —preguntó el de la camisa remangada.

—Lo que sea. Más sarna.

El muchacho del mono azul mahón cambió de postura. Se rascaba ahora entre las ingles, levantando una pierna. Luego se metió un dedo por la bragueta del pantalón. Hablaba con esa íntima seguridad del que vive del aire.

—Yo estoy con usted —dijo.

El hombre del lobanillo pidió otros dos vasos de raya. Una de las mujeres lo miraba con los ojos quietos y enguachinados. Se le combaba la incipiente preñez por debajo de la abultada suciedad de la falda.

—Ése es forastero —le dijo a su compañera.

—Yo estoy con usted —repitió el muchacho del mono azul mahón.

—Del Moro, si quiere saberlo —dijo el hombre del lobanillo, volviéndose de espaldas al mostrador, los codos sobre la tabla roída de lejía.

—Mira qué bien —dijo la mujer.

—Del mismo Moro.

—Yo tengo un hermano en Melilla. ¿Tú eres de Melilla?

—No.

—A brazo, vendrán a ser ocho peonadas por aranzada —dijo Lucas.

—A mí me gustaría ir a Melilla. Mi hermano se quedó allí.

—Hizo bien —dijo el hombre del lobanillo.

—A lo mejor lo conoces.

—Pues en Valdecañizo dos duros más —dijo el de la camisa remangada.

—¿Me invitas? —preguntó mansamente la mujer.

—Pisa y tira, a cuarenta y dos y pico las treinta y una arrobas.

El hombre del lobanillo miraba otra vez para dentro del mostrador. El pelo le caía sobre los ojos, medio tapándole la amoratada excrecencia de la sien. Se aclaraba la garganta con un atollado estruendo. Luego apuró el resto del vaso y pidió otros dos. Lucas lo frenaba.

—Tú, Joaquín, ¿adónde vas? Pasito...

El hombre del lobanillo pareció no oírlo. Cogió directamente el vaso de manos del niño de la cabeza rapada y volvió a beber casi de un golpe, descansando un momento para hipar. Daba la impresión de que había devuelto parte del vino al vaso y que se lo había tragado por segunda vez. Hizo un gesto de asco.

—Yo me voy a cagar en el padre del que le eche agua al vino —dijo sin levantar la cabeza, la vista fija en el mostrador.

El tabernero se volvió. Era un hombre de mediana estatura, enteco y peludo, con

una faja negra ciñéndole hasta el pecho la camisa de rayado algodón. Tenía las cejas como cepillos y la boca desdentada. Hablaba arrastrando las sílabas con una torpe y perezosa modulación.

—Oiga, ¿eso lo dice usted por alguien?

—Yo lo que digo es que me cago en el padre del que le eche agua al vino. Sin señalar, ¿está claro?

Los demás no se movían. Lucas miró al hombre del lobanillo con un intranquilo gesto de sorpresa. Parecía estar reconociendo a alguien. Veía sus ojos ligeramente estrábicos, brumosos con el vaho indigesto del vino.

—Eh, ¿a ti qué te pasa?

—¿A mí? ¿Por qué? A mí no me pasa nada. Lo único es que no aguanto que me tomen de primo.

El tabernero salió de detrás del mostrador, abriendo una trampilla lateral y agachándose con una rezongante lentitud por debajo del tablero.

—Usted ya está en la calle —dijo—, pero que ahora mismo.

Una de las mujeres se acercó al tabernero. Tenía un grotesco ademán de sumisión, entre temeroso y cansado.

—Déjalo, Manuel, ¿no ves que está borracho?

—Pues aquí no quiero borrachos de esa calaña, estaría bueno —se interrumpió—. Conque a la calle, venga, que no se lo tenga que repetir.

—Déjalo —volvió a decir la mujer.

El hombre del lobanillo abrió los brazos, como desperezándose. Se escuchaba un burbujeo de líquido por detrás de las botas. Olía a retrete y a zotal.

—¿Y quién es el guapo que me va a poner a mí en la calle, vamos a ver? Yo me cago en el padre...

El tabernero se arrancó, arremetiendo contra el hombre del lobanillo con las manos por delante. La mujer se puso en medio y Lucas sujetó al tabernero, que forcejeaba aparatosamente. Se le había soltado el cabo de la faja y se lo remetía por la cintura con un apresurado titubeo. El hombre del lobanillo empujó a la mujer y sacó una navaja del bolsillo de detrás del pantalón. La abrió con una insolente lentitud. La navaja era de cuatro dientes y se espaciaban los golpecitos del resorte como si estuviese goteando plomo derretido. El tabernero se deslizó otra vez por dentro del mostrador. Nadie se atrevía a intervenir. Empezaron a sonar unas campanas, teatrales y difusas, como equivocándose de hora.

—Usted se cree un valiente, ¿no? —dijo el tabernero—. Y a mí no me asusta, ya me lo va a decir cara a cara, se va a acordar.

—A ver —dijo el hombre del lobanillo—, otros dos vasos, pero de la bota seca, ¿estamos?

El tabernero se hacía el sordo. Miraba sombríamente a Lucas sin decir nada. Se le

oía respirar a golpes entrecortados. Lucas cogió por el brazo al hombre del lobanillo.

—Venga tú, Joaquín, ¿qué te pasa? Yo no sé qué te pasa. Vámonos ya.

—A mí ya me estás soltando, ¿te enteras? Ahora nos vamos a tomar dos vasitos y una taza de caracoles.

El viejo de la gorra marrón se escabullía hacia la calle.

—Ya me lo va usted a decir —repitió el tabernero—, de ésta se acuerda.

—No le haga caso, usted perdone —dijo Lucas.

El hombre del lobanillo se encaró con la mujer preñada que tenía un hermano en Melilla.

—Tú, ven acá, niña. ¿Qué quieres tomar?

La mujer no se movía.

—A mí me deja usted tranquila.

La mujer se apretaba el verde y raído cinturón de cabritilla por hacer algo, abombándosele más la barriga. Miraba para Lucas y luego para el tabernero, que permanecía separado de la tabla del mostrador, al lado de las botas, pestañeando con creciente inquietud. El hombre del lobanillo cerró la navaja. Pero no la guardó; la balanceaba entre el dedo índice y del pulgar. Estaba pálido como un muerto y se sonreía con una forzada mueca.

—¿Qué quieres tomar? ¿Quiere la señorita tomar una copa de moscatel?

La mujer no contestó. Agarraba del brazo a su compañera, la que se metió por medio en la bronca. La otra se había escapado detrás del viejo de la gorra marrón.

—A ver, una copa de moscatel para la señorita —pidió el hombre del lobanillo—. Y dos vasos de raya, ¿es que no me oye?

—Bueno, yo me voy, se acabó —dijo Lucas—. Allá tú.

El tabernero continuaba haciéndose el distraído. Se inclinaba para hablarle al chaval de la cabeza rapada, que ponía ojos de animal acosado.

—Oiga usted, ¿es que no me oye? —repitió el hombre del lobanillo—. Una copa de moscatel.

—Vámonos, Joaquín, venga ya —dijo Lucas—. Y esto, ¿quién va a pagarlo?

—Esto va a cuenta del agua.

Intervino el muchacho del mono azul mahón, mirando para los demás parroquianos desvaídamente, como si no se dirigiera a nadie en particular. Se cogía la barbilla con la mano, girando el cuerpo.

—Aquí lo que faltan son cohetes, una función de balde.

—Que yo doy parte de usted, vaya que si doy parte, ya verá —dijo nerviosamente el tabernero.

—Ya está bueno lo bueno, ¿no? —dijo Lucas.

El hombre del lobanillo cambió el tono inesperadamente, como si se estuviera aburriendo de todo aquello y despertara de pronto a la realidad. Estaba todavía más



pálido que antes y tenía los ojos mojados y como escocidos. Empezó a hipar otra vez y se apretaba el estómago con el revés de la mano. Se volvió al tabernero mientras se hurgaba en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuánto se debe, maestro? —preguntó.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz. ¿Qué es lo que quiere usted ahora, si se puede saber?

—Pagar —dijo el hombre del lobanillo.

El tabernero lo miraba de hito en hito, desconfiando de lo que oía. Parecía buscar algo que no llegaba a encontrar. Se dirigió a Lucas.

—Seis cuarenta.

El hombre del lobanillo reunía el dinero con la cabeza gacha. Se volvió para Lucas.

—Pon ahí dos pesetas.

Lucas las puso sobre el mostrador. El hombre del lobanillo contaba otra vez el importe de los vasos.

—Como éstas —dijo.

Y ya se iba hacia la puerta de la calle. Antes de llegar dio una brusca media vuelta.

—Quien quiera un saco de uvas de gañote que lo diga.

El muchacho del mono azul mahón se desvió unos pasos hacia la ventana. Rezongaba a media voz.

—Vaya guasa.

—¡Que esto no se va a quedar así, eh! —gritó el tabernero.

—Si yo lo conozco —dijo el del mono azul mahón—, ése acaba mal.

—Un tío cabrón —dijo el tabernero.

Lucas se fue detrás del hombre del lobanillo y lo alcanzó en el chaflán de una bodega. Estaba vomitando contra la pared.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A qué viene todo esto, di?

—Estoy harto —se atragantaba con la acometida del vómito.

—Harto, ¿de qué?

El hombre del lobanillo tardó en contestar. Escupía las últimas babas que le pendían de la boca.

—¿De qué va a ser?

—Eso, ¿de qué? Siempre el mismo disco.

—¿Qué más da? Estoy harto.

—Por si no lo sabías, a ti lo que te pasa es que se te va la cabeza, entérate.

—Qué cabeza ni qué mierda —levantó los ojos—. Estoy harto...

—Mira que te diga, conmigo no cuentes, cruz y raya. Vaya nohecita, entre una cosa y otra.

El hombre del lobanillo dio un traspie y se apoyó contra el quicio de un portal cegado. Arañó los ladrillos y se quedaba mirando sus uñas, ribeteadas de caliches blancos.

—Ahora nos vamos a tomar un vasito en el Espolique... —balbuceó—. Coge de camino.

—Venga ya, Joaquín, déjate de vasitos. Lo que tienes que hacer es acostarte. Si es que no te prueba el vino, convéncete.

—Lo que no me prueba es lo que no me prueba.

—Y encima a pagar uno los platos rotos.

—Un saco de uvas es lo que hay que pagar...

—¿Eh?

—No haber venido. Nadie te llamó.

—Pero ¿qué dices?

El hombre del lobanillo cerró los ojos.

—Anoche soñé que me habían colgado de un árbol por los pies.

—Vaya.

—En la guerra, colgaron a un primo mío por los pies y lo reventaron a vergajazos.

El hombre del lobanillo siguió murmurando entre dientes y ya se dejaba llevar por Lucas. La calle estaba vacía y resonaban las blandas pisadas entre los albos paredones de los almacenes y las bodegas. Parecía como si alguien estuviese vigilando el pulso de la noche desde detrás de las verjas. El hombre del lobanillo se soltó de Lucas y empezó a cantar por lo bajo, a turbios y roncros envites, alargando los tercios como en un estertor. La voz le salía ya quebrada de la garganta, a golpes espesos. De pronto, se plantó delante de Lucas, cortando el paso. Lucas se detuvo. El hombre del lobanillo levantaba un dedo todo lo alto que podía, echando el cuerpo para atrás y acompasándose con el movimiento del brazo. Tenía un solemne ademán de zozobra, y remató el cante retorciéndose en un patético esfuerzo, tapándose la cara con la crispación de las manos. La noche sonaba como si hubiesen cerrado de golpe la trampilla de un aljibe.

—Eso es —susurró Lucas.

Y miraba al hombre del lobanillo, como arrepintiéndose de haber hablado. Se quedaron quietos un momento, frente a frente, la mano de uno en el hombro del otro. Después siguieron andando un buen rato, sin decir nada, herméticos y evadidos. Parecía que ya habían atravesado todo el pueblo, de punta a punta.

—Yo ya no voy a una viña ni a empujones, así me muera.

—Eso, de cajón —dijo Lucas.

—Maldita sea la hora.

Se detuvieron frente a una puerta entornada, de altas hojas renegridas, con un inmenso aldabón de hierro a cada lado. El hombre del lobanillo ni se despidió de

Lucas. Entró en la casa haciendo pendular el cuerpo hacia adentro y agarrándose a la argolla del aldabón. Lucas lo miraba alejarse.

—Hasta mañana, Joaquín —dijo sin que ya pudiera oírlo.

Al fondo del zaguán se adivinaba el cálido relente de la noche escurriéndose por las desconchadas paredes del patio, entre los plantones de geranio y yerbaluisa, que crecían en unas cacerolas desfondadas y pintadas de un rabioso añil. El patio era rectangular, más largo que ancho, rodeado de una galería volada a media altura con barandal de madera. El hombre del lobanillo se acercó a una de las puertas del fondo, a la derecha, sombreada por el voladizo de la galería. La empujó con el hombro, sin hacer ruido, deslizándose con una furtiva torpeza. En la otra parte del patio goteaba un grifo sobre el pocijón de cemento. Se veía brillar el agua por el aire, reflejando un momento la redonda claridad de la luna. El angustioso fognazo del disparo, el líquido escozor de la sal encaramándose por el muslo, la desolada y amenazante negrura de la viña, la trinchera.

—Una perdigonada, aquí me la zumbaron...

La habitación era reducida y de techo bajo de cañizo. Se encendió una tenue bombilla que colgaba de un alambre veteado de puntos negros y empalmado a un trozo de tulipa de papel cebolla, de modo que la luz se volvía aún más pálida y difusa. Una mujer estaba tendida en una descomunal cama de hierro que ocupaba casi toda la habitación. Las barras de la cabecera y de los pies estaban tomadas de orín y le faltaban las perillas de los ángulos. La mujer se incorporaba, apoyándose en un brazo desnudo y parpadeando. Entre el hombre del lobanillo y la pared había una mesa camilla vestida con un mantel de hule. El hule aparecía desconchado por los bordes, formando una rozadura circular, como si lo hubiesen estado refregando contra la arista de la mesa. Junto a los pies de la cama, se arrinconaba una cómoda de aceitosa madera negra, con el tablero de chapa, rebosante de estampas de almanaque y cacharros de loza y de latón. El hombre del lobanillo se acercó hasta la mesa y cerró los puños sobre ella, inclinando el cuerpo hacia delante, la barbilla pegada al pecho. Olía a lombarda cocida y a sábana sudada.

—¿Qué, se dio bien la noche? —preguntó la mujer.

El hombre del lobanillo seguía con la vista bajando, sin decir nada. Intentaba quitarse la chaqueta, tirando de una manga por detrás, sin descolgársela de los hombros.

—Tempranito —volvió a decir la mujer.

—¿Eh?

—Y sereno.

—Eso es lo que hay.

—¿Cayó algo?

—Relente.

La mujer se volvió a recostar. Hablaba mirando al techo.

—¿Estuviste en la Damajuana?

—No.

—¿Y dónde has estado, si puede saberse?

—Por ahí.

—Está bien, allá tú.

El hombre del lobanillo ya había conseguido sacarse la chaqueta. La dejó sobre una silla de anea, al lado de la mesa camilla, y se sentó. La silla crujía mientras la arrastraba hasta que el hule le rozó el pecho. Se pasó las manos por la cara, despaciosamente, casi acariciándose. Le daba la impresión de que ya se había repetido mil veces la misma escena, a la misma hora y con las mismas palabras.

—¿Hay uvas? —preguntó de pronto.

—No —dijo la mujer—. Te he dejado ahí unas coles y un poco de sábalo, por si traías ganas.

—Y uvas, ¿no hay?

—Que no, ¿no me estás oyendo?

—Quiero uvas.

La mujer levantó la cabeza.

—Pero ¿tú estás loco? ¿De dónde voy a sacar las uvas?

—Una canasta de uvas colgada de un árbol.

—¿Eh?

El hombre del lobanillo cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó en ellos la frente. Parecía que hablaba a través de un tubo.

—No me encuentro bien, Lola.

—Ya lo veo.

—Debía haber ido a la Damajuana, pero no me encuentro bien.

—Natural, con la que traes.

—De todas formas, no habría podido cantar.

La mujer no contestó. Se recogía por detrás unos mechones de pelo, los adormilados ojos fijos en la pared.

—Iba a sacar una canasta de uvas, maldita sea...

—¿Una qué? —susurró la mujer—. Anda, acuéstate.

Se resbalaba la mesa camilla con la presión del cuerpo. De la habitación de al lado llegaba un sordo crujir de madera.

—Me duele el vientre.

—Tendré yo la culpa, ¿no? —dijo la mujer.

—¿Eh?

—Anda, Joaquín, acuéstate. Mañana será otro día.

El hombre del lobanillo se restregaba la cara contra los brazos. La mujer se dejó

caer otra vez en la cama, dándose la vuelta hacia la pared con una desfallecida indiferencia. Afuera se oían los primeros violentos silbos del levante.

Serafín cargó con la caja de botellas. Cuando entraba en el patio del caserío, la dejó un momento sobre el terrizo para tomar aliento. A Serafín le pesaban los años más de la cuenta. La intemperie de la viña le había echado encima la vejez antes de tiempo. Se pasaba el día sentado en los porches, curándose el asma y la artritis con inacabables dosis de mosto.

—Tanto da.

Volvió a cargar el cajón y se tambaleaba al andar, como si las piernas no le respondiesen del todo. Lo dejó arrimado contra el muro del patio, bajo el petromax que lucía colgado de la mata del jazmín. La noche estaba húmeda y abrasada de bochorno, como barruntando el hervor del caldero del levante.

Perico Montaña y Miguel fueron los primeros en llegar. Serafín se había acostado pronto y lo despertó el ruido del motor subiendo hasta el almijar. Detrás, en otro coche, venía el resto de la expedición. Perico se acercó a Serafín y le puso una mano en el hombro.

—Aquí venimos a echar un ratito. ¿Cómo va eso?

—Pues ya ve usted, don Pedro, así, así. Las noches me las tengo que pasar sentado.

—Vaya, hombre, hay que cuidarse.

—Me cuido, no vaya usted a creerse.

—Si necesitas algo, me lo dices.

—Muchas gracias, don Pedro.

Pasaba un grupo de viñadores camino de la cuadra de lagares.

—¿Y la pisa?

—Eso va superior —contestó Serafín—, ya se lo dije. En esta semana se liquida el asunto, es decir, si la cosa sigue marchando.

—Que seguirá.

A Serafín le dio un golpe de tos. Le bullía la flema en la garganta antes de echarla afuera. Se tapaba la boca con un inmenso pañuelo a cuadros verdosos. Perico se volvió para Miguel.

—Ya hacía tiempo que no venías.

—Bastante —dijo Miguel.

—Más de un año.

—Una cosa así.

—La última vez fue igual. ¿Te acuerdas?

—Igual. Aquí lo único que muda de pellejo es la víbora.

Se oía el motor del segundo coche trepando entre los baches de la vereda.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Perico.

—No, gracias.

—Venga...

—Luego quizá.

—Pues yo me voy a tomar un caldito. Entona.

Serafín ya se había calmado y se acercó a Perico.

—¿La caja es para ahora, don Pedro?

—No, si te parece la vamos a dejar de muestra.

—¿Quiere usted que vaya abriéndola?

—Andando.

Serafín se fue para dentro de la casa y salió con un cincel. Se agachó sobre la caja, volteándola de un lado, por donde aparecían unas iniciales y un escudo grabados al fuego. Metió el cincel por entre las maderas de la tapa, golpeándolo con una piedra. La tapa saltó al hacer palanca. Las botellas estaban envueltas en unos capirotos de pajilla. Serafín las fue sacando una por una y las dejaba alineadas junto al arriate. Tenía la calva salpicada de sudor.

—El tío ese se nos pegó —dijo Miguel.

—Quién —preguntó Perico.

—Ése, Cobeña.

—Lo que me olía, ahí vendrá.

—Oficio, lapa.

—A las primeras de cambio, lo pongo de patitas en la trocha.

Serafín sacó la última botella y se incorporó jadeando.

—El levante ya está encima —dijo.

—Seguro.

Entraban ahora en el patio los ocupantes del otro coche. Se reían con una destemplada algazara. Perico se había metido en la habitación del capataz. Apareció con un sacacorchos y se disponía a destapar una botella. El sacacorchos era niquelado y también tenía forma de botella. Miguel salió al encuentro de los que llegaban.

—¿No hubo pérdidas? —dijo.

—Bonito sitio, ¿eh?

—Aquí estamos enteros.

Una de las tres mujeres se abrazó a Miguel.

—Cariño, ¿por qué no me esperaste?

—Mucha calma —dijo Miguel.

—El campo, lo mío.

Los dos recién llegados eran Julián Cobeña y el Cuba. El Cuba debía de tener como unos cuarenta y cinco años. Nadie sabía bien de dónde había salido ni de qué vivía. Lo llevaban siempre a todas partes de gracioso. Parece ser que antes de aterrizar en el pueblo a sacar vientre de mal año o a pegar la gorra cuando las

comisiones no rentaban, había oficiado de catador de vinos por los pueblos de Córdoba. Pero la cosa no estaba demasiado clara.

—Huelo a sangre, en el buen sentido —dijo.

Julián Cobeña era una especie de lagarto que había hecho de todo, hasta de alcahuete y tapapocilgas de don Gabriel Varela, vinatero y traficante, a cuyo servicio estaba desde hacía veinte años. Se había colado en la fiesta a última hora, sin que nadie lo llamara. Sus razones tendría.

—Bonita casa, sí, señor —volvió a decir.

Las mujeres curioseaban por el patio. Miguel las llamó.

—No alejarse mucho, que está suelto el jabalí.

Las mujeres dieron un respingo. Las habían sacado de casa de la Chacona. Una, la más morena, era catalana. Las otras dos habían nacido por allí cerca y ninguna tendría más allá de veinticinco años. La catalana era ya una cuarentona de armas tomar que se las daba de extranjera y de sabérselas todas.

—¿Qué jabalí? ¿Qué dices?

Miguel les habló confidencialmente.

—En las viñas, por si no lo sabíais, siempre anda suelto un jabalí cuando hay luna. Es la costumbre, no me vais a decir que os coge de nuevas.

—Venga, rico, déjate de cachondeo, que no somos del género tonto.

—Mira éste.

Miguel se encogió de hombros.

—A mí ni me va ni me viene. Yo lo único que hago es avisar.

Una rubia local, de exuberantes pechos, se acercaba balanceando el bolso de charol.

—Miguel, que estás como una cabra.

—Tú confíate.

—Que estás como una cabra te digo —lo provocaba blandamente, echándole encima las carnes.

—Bueno, qué, ¿nos tomamos un lingotazo? —comentó el Cuba—. Ya va siendo hora, digo yo.

Julián Cobeña tomó carrera con una grotesca afectación.

—Eso, me apunto.

—Sin empujar.

Se reunieron todos alrededor de una mesa dispuesta bajo la enramada del jazmín. La luz del petromax absorbía la claridad de la luna, cegando los contornos del patio, que parecía sumergido en un agobiante y translúcido fanal.

—¿Como a qué hora empiezan a pisar? —preguntó Julián Cobeña.

—No sé, a eso de las tres, que es cuando mean las vacas —respondió el Cuba.

Y se reía él solo. Perico Montaña repartió una ronda.



—La pisa está llena de sorpresas —dijo Miguel—. No se debe venir a una pisa sin antes haber chupado raíz de mandrágora, es imprudente. Al parecer, aquí nadie ha sido instruido en los secretos de la pisa. Peor que peor.

Miguel movía la mano al hablar, haciendo un gesto enfático. Entornaba los ojos, como recordando sus particulares sabidurías.

—Empédocles, en su famoso tratado de vinicultura —continuó—, dice que el mejor mosto es el que pisa una muchacha desnuda que ha sido desvirgada la noche anterior.

Una de las mujeres lo miraba como si se hubiese quedado traspuesta. Los demás no le hacían caso. El Cuba empezó a beber directamente de la botella, pasando primero la palma de la mano por el gollete.

—Del naranjal a sus labios.

—A mí, como no me den una copa, no bebo —dijo la catalana.

Miguel intervino, subiéndose a una silla con acelerada torpeza.

—¡El jabalí, el jabalí! ¡Sálvese quien pueda!

Las mujeres corrieron para la casa, gritando y empujándose. Julián Cobeña miraba a uno y otro lado sin saber qué hacer. El Cuba, aprovechando la confusión, lo atropellaba contra los puntales del sombrero.

—Venga, quítese, que ya está ahí.

Se derrumbaron dos sillas contra el arriate. De las tupidas sombras del patio salió un perro canelo, indeciso y cojeando de una pata. Miguel se adelantó para espantarlo. Se volvía con aire triunfante.

—Ya pasó el peligro, ha habido suerte. El jabalí casi nunca ataca sin motivo, pero hoy debe estar soliviantado. Se conoce que el olor a hembra lo excita.

Las mujeres volvieron a salir cautelosamente. La catalana tenía el gesto aborascado.

—No tiene ni pizca de gracia —dijo.

—Ninguna.

El Cuba le dio un codazo a Julián Cobeña.

—Usted no contaba con esto. ¿A que no?

—Hombre...

Perico se reía. Serafín apareció sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—El jabalí —dijo Miguel—. Ya se escapó, afortunadamente. ¿Una copita?

—Venga. ¿Qué jabalí?

Volvieron a beber. Abrieron otra botella. Perico llamó a Serafín, que seguía intentando saber lo que había pasado.

—Oye, saca una jarra de la solera. Y mete tres o cuatro botellas en el pozo, que se vayan refrescando.

—Sí, señor.

—Espera. ¿A qué hora van a empezar la pisa?

—A eso de las tres y media. ¿Quería usted algo?

—No, nada. ¿Están durmiendo ahí las cuadrillas?

—Sí, señor, como siempre, en la bodega de atrás. ¿Quería usted algo?

—Tráete la jarra.

—Ya está aquí. Oiga usted, ¿qué era eso del jabalí?

—Nada, hombre, una broma.

—Acabáramos.

Serafín atravesó el patio. Debían de ser bastante más de las doce. La rubia de los pechos exuberantes se afanaba por congraciarse con Perico.

—¿Y todo esto es tuyo, titi?

—Y tuyo.

—Pues sí que te pondrás las botas.

—Vaya. Lo comido por lo servido.

—Sí, sí. Y tú en ayunas.

—Lo que pasa es que me distrae. Una viña siempre tiene su parte distraída, como cada cosa.

Sonó la cubeta del pozo chocando contra el agua. Parecía como si la lánguida y profunda sonoridad se estuviese distendiendo por debajo de la tierra del patio. Las voces se hacían más agudas e irreales dentro de la tórrida majestad de la viña.

—Bueno, ¿estás a gusto? —le preguntó Perico a la rubia.

—Yo sí. ¿Y tú?

—Depende.

—Depende, ¿de qué?

—De cómo te portes.

El Cuba volvió a llenar las copas. La rubia le trabajaba la rodilla a Perico, acercándose a mirarlo.

—¿Yo? De dulce. ¿O no lo sabes?

—Luego te lo digo.

—El mismo caso, mira por dónde.

—Yo no sé qué tengo —dijo la catalana, dándose un palmetazo en la pantorrilla—, donde haya un mosquito, ése es para mí.

—Falta de alcohol —dijo el Cuba.

—Me ponen como un *ecce homo*.

Julián Cobeña levantaba los brazos.

—A mí que me registren.

Miguel se había quitado la chaqueta y la camisa. Tenía el pecho blanco y velludo, salpicado de pequeñas manchas terrosas.

—Hace un par de años podía romper con una simple inspiración una cadena atada al pecho. Últimamente he perdido muchas facultades, no me prueba el régimen.

Miguel se levantaba con actitud de forzado.

—¡Ha llegado Zampanó! —gritó el Cuba.

—Creo que ahora no podría repetir la hazaña, mal que me pese. Toca, Carmela.

Miguel se dirigía a la muchacha que lo había abrazado al llegar, respirando hondo. La muchacha le metió un dedo por el pecho.

—Huy, qué duro —dijo.

—¿Te das cuenta?

—A ver si se te ve un detalle, ¿no? —dijo la rubia arrimándose a Perico con dulzona afectación.

—¿Cómo? —preguntó distraídamente Perico.

—Que a ver si me haces un regalito, que no se diga.

—Recuérdame que te dé luego una canasta de higos.

—Venga, tú —se separaba—, que te estoy hablando en serio.

—Pues eso, una canasta de higos, ¿te parece poco?

—Es que estoy a dieta, corazón.

La catalana se echaba aire en el sobaco con un pañolito. Miguel cogió en brazos a Carmela de repente. Carmela pataleaba.

—¿Qué haces? Venga, suéltame.

—Un momento —dijo Miguel—. Alguien tiene que bajar al pozo a coger las botellas. Tú eres delgada y húmeda como una sonda. ¿Preparada?

—Suéltame, tú, déjate de cosas. Que me enfado, ¿eh?

—Calma, mucha calma. Veo que nadie está dispuesto a colaborar. ¿Qué trabajo te cuesta, di?

—Que me enfado te digo, Miguel. Además de verdad.

La dejó en el suelo con gesto de desencanto. Carmela se recogía nerviosamente el moño.

—Cómo eres —dijo Miguel.

—Estás loco, cariño.

El Cuba se encaraba con Julián Cobeña.

—Oiga, ¿y usted cómo anda de bragueta?

—¿Dígame?

—Que si le funciona bien el antejo.

Julián Cobeña sonreía sin coger hebra, rascándose indecisamente su nariz de pimiento morrón.

—En lo tocante a la vista, servidor todavía va tirando. ¿Por qué me lo pregunta?

—Simple curiosidad.

—Pues veo lo que tengo que ver mayormente, que tampoco es así gran cosa.

Llegaba Serafín con la jarra de solera. Miguel metió los dedos dentro y se los pasaba por la frente. Luego cogió la jarra y derramó un chorrito de vino sobre el terrizo, que lo engulló casi sin dejar rastro. Crecía la vibración del viñedo, como si se fragmentase en una nueva acometida de repiques la obsesiva campana de los grillos.

—Cumpló con el rito de Hércules y los Geriones —dijo Miguel—. No es muy oportuno, me hago cargo, pero hay que conjurar los maleficios de la tradición. Mi tío Felipe, que es de la raza de los cabrones libertos, no me daría la razón, estoy seguro.

El Cuba y Perico hicieron lo mismo que Miguel.

—¿Don Felipe Gamero? —dijo Julián Cobeña.

—Usted no hable hasta que no se le pregunte —dijo el Cuba.

Cobeña se volvía para la catalana, haciéndose el distraído. Tenía ojos de aguantar lo que le echasen. Perico pasaba lánguidamente su mano por la cabeza de la rubia.

—Mójate tu mata de pelo, amor mío, con la flor de las viñas.

—Deja, tú, que luego apesto a borracha.

Bebían de la jarra de solera. Serafín había sacado una fuente de embutidos, que colocó sobre la mesa, en el poco sitio que quedaba libre. Julián Cobeña comía a dos carrillos, sin perder puntada.

—Que se va a *engoñar*, compadre —dijo el Cuba.

—¿Eh?

Miguel cogió una rodaja de lomo. La sostenía en el aire frente al petromax, como mirándola al trasluz. Guiñaba un ojo.

—Se ve la Virgen del Pilar —comentó.

—Está bueno —dijo Julián Cobeña.

Serafín tenía unos claros síntomas de borrachera. Iba de un lado para otro mascullando entre dientes. Perico se quedó mirándolo.

—Oye, tú, para la jaca.

—No, si estoy bien.

—Ya lo veo.

—La digestión. Se me ha cortado la digestión con la levantada —tosía otra vez—. Eso es lo que tengo, un corte de digestión, seguro.

Carmela y la rubia se reían aparatadamente. Julián Cobeña se acercó a Serafín y hablaba con él bajando la voz.

—¿Qué hay, amigo?

—Tranquilidad.

—Tienen el completo, ¿no?

—¿Diga?

—El personal de la vendimia, que se ve que no falta.

—Aquí sobra de todo.

—Metiendo la nariz.

—¿Eh?

—No, que cómo se las arregló usted para la contrata.

—Pues eso, a base de nariz. ¿Más claro?

Serafín dejó a Cobeña con la palabra en la boca. Los vapores del vino le aguzaban el olfato.

—Otra que se liquidó.

—Descorcha.

Cuando empezaron a llegar los de la pisa, ya se habían bebido media docena de botellas y la jarra de vino viejo. Salieron al almiar, por donde se adivinaban los verdes montones de la uva puestos a solear sobre unos redores de esparto. Se palpaba el sofoco de la noche, el húmedo y malsano cuajo de la luna chorreando como una placenta. Miguel y el Cuba caminaban del brazo, hablando a empujones. Julián Cobeña llevaba a la catalana cogida por la cintura, achuchándola con manifiesta codicia. Detrás iba Perico, entre Carmela y la rubia, canturreando por lo bajo, con una botella asomándole por el bolsillo del pantalón. Miguel se detuvo de pronto, volviéndose hacia los demás con una desmañada lentitud, los brazos teatralmente abiertos. Los demás se pararon por inercia, cada uno a lo suyo.

—Hijos míos amadísimos, ha llegado la hora... —declamó—. No lo hago por mí, sino por mi abyecta casta de genizaros... No hay más que verme, soy el último eslabón de una cadena de ilustres traficantes en letrinas... Soy el que soy... Miradme bien antes de que represente la historia de los míos...

Racheó por la viña el bronco anuncio del levante, arremolinándose el albero junto al tapial del patio.

—Miguel —dijo Carmela.

—Con un fusil de palo... —continuó Miguel—. Toda mi maldita casta con un fusil de palo... Cambiaron mierda por mierda... Todas las cañerías están atascadas de mierda... Me pesan las sábanas con que me tapo, el lastre del vino viejo que no he digerido todavía, los muertos sin enterrar...

—Miguel —volvió a decir Carmela.

Miguel tenía hipo. Se quedó callado, mirando para las pilas de racimos. Los demás permanecían quietos. Ya estaban acostumbrados a los arranques de Miguel.

—No te digo —rezongó la catalana—. Loco de atar.

Cruzó una ráfaga de aire agobiante. Se oía como nunca el redondo y soñoliento hervor de la viña. Miguel volvió a abrir los brazos desnudos y dio un ridículo salto sobre uno de los montones de uvas, hundiéndose casi por completo en el pringoso y rezumante verdor. Perico ya se adelantaba corriendo.

—Venga, levántate, hombre. ¿Qué haces? —y lo cogía por los brazos, intentando tirar de él.

—Me estaban esperando... —balbucía Miguel—. Rafael Varela y Tico Corrales

me estaban esperando...

Se acercaron Carmela y el Cuba y, por fin, consiguieron levantarlo. A Miguel le chorreaba el zumo por la cara. Tenía los pantalones salpicados de manchas y hollejos. Aparentaba salir de un trance.

—Bien, ya cumplí —dijo—. Ahora, a beber. No se puede perder ni un solo minuto, hay que ganarles por la mano.

Carmela se le arrimó y le chupaba la muñeca como un perro, hurgando con la lengua entre el vello de mazorca.

—Sabe a *espirriaque* —dijo.

Volvieron a entrar en el patio, dispersados bajo las copas de las dos filas de higueras. Algunos hombres, que habían acudido al porche a curiosear, se escabulleron hacia la bodega del fondo.

—Ha habido testigos —dijo Miguel, señalándolos—. Los mandaré llamar en su día.

Se fueron para la cuadra de lagares, iluminada ahora con las azulencas llamitas del carburo mezclado con el aceite. Cuando llegaron, la cuadrilla del primer turno estaba calzándose los zapatones de la pisa. Se levantaron de los redores de esparto que hacían las veces de asientos. Ya eran las tres y media pasadas.

—Buenas noches —dijo Perico.

—A las buenas noches, don Pedro y la compañía.

Perico se acercó al encargado de los lagares. Se le trababa la lengua.

—Por aquí andamos celebrando la faena con unos amigos.

—Por muchos años —dijo el encargado.

Los pisadores permanecían callados y quietos. Se violentaba el ambiente. El encargado rompió el fuego.

—Pues ya se está acabando con la carga, como quien dice.

—Buena cosa —dijo Perico.

—¿Y los carros? ¿Sabe usted si mandan mañana los carros?

—Eso, Serafín.

—Hacen falta, don Pedro. Serafín ha pasado unos días incapaz.

Perico empezaba a sentir el pastueño y nuboso vértigo de la solera.

—Ya arreglaremos eso.

—Lo que salga de esta tanda se va a tener que quedar al raso.

—Ya lo arreglaremos.

—Sí, señor.

—¿Nos vamos? —dijo la rubia.

Perico se dirigía a los pisadores.

—Bueno, que esta noche cada uno beba lo que quiera. Ahí hay diez arrobas para el gasto.

—A su salud, muchas gracias.

Los pisadores miraban para las mujeres, cuchicheando mientras se anudaban las botas y se remangaban los pantalones hasta los muslos. Cuatro de ellos se encaramaron al primer lagar, rebosante de uvas, hundiéndose en la carga hasta media pierna. Ágiles y serios, sin ocuparse ya de los visitantes, recorrían de lado a lado el gran pilón del lagar, pisándolo y repisándolo, avanzando y retrocediendo, como figuras de una absurda alegoría báquica. No miraban sino a sus pies. Se oía el compacto y resbaladizo resonar de las suelas, aplastando y volviendo a aplastar los racimos, con un acuoso rechinar de pastas y zumos. Un turbio olor a forraje ácido, a humus en fermentación, se mezclaba con la peste sutil del carburo. Empezó a caer el chorro de mosto de la piquera a la tina. Perico llamó al encargado.

—¿Quiere usted traernos una jarra?

—¿Mande?

—Que si quiere sacarnos una jarra de solera.

—Sí, señor.

—Y tráigase también las copas, por favor.

El encargado se fue despaciosamente para el fondo de la bodega. Parecía que quería tardar.

—Tú, ¿nos vamos? —volvió a decir la rubia.

Perico no le contestó. Miraba vidriosamente para el lagar de la derecha, donde estaban terminando de envolver con una tira de esparto, alrededor del eje de la prensa, los sobrantes de la pisa anterior. Dos hombres, uno por cada lado, empujaban después la barra giratoria, aplastando los restos de hollejos para extraerles sus últimos jugos. Chorreaba el avariento mosto sobre el pocijón con un delgado desliz de musgo. Se hacía difícil meterse en los pulmones aquel aire saturado de cien distintos y lujuriosos gérmenes en ebullición.

—A mí es que me chifla la vendimia —dijo Carmela.

—Pues, la verdad, hija, no sé qué sacas —dijo la rubia—. Una pérdida de tiempo.

Cobeña se había puesto a hablar con uno de los mosteadores que trasegaban el vino de la tina a la bota, de espaldas al grupo.

—Usted estaba en Monterrodilla, ¿no?

—Yo no, ¿por qué?

—Me pareció. ¿Y no hay por aquí ninguno de los que se vinieron?

—El otro turno.

—Ya.

Miguel tenía los ojos fijos en el lagar donde estaban pisando. Se acercó al tablaje.

—Buenas noches, amigos —dijo.

—Buenos días casi —contestó el más viejo, que seguía saltando, las manos aferradas a la garrota.

—Calor, ¿eh?

—Vaya, no es de las noches peores —se le entrecortaba la voz.

Miguel, de pronto, con una meticulosa calma, se quitó los pantalones y saltó dentro del lagar, agarrándose torpemente al reborde de madera podrida. No hacía una figura demasiado airosa bailando en calzoncillos sobre la uva. Los hombres seguían serios con su faena. Uno de ellos, el que había hablado antes, se acercó a duras penas.

—¿Qué, está fresquito?

Julián Cobeña se reía a carcajadas. Perico no se había dado cuenta todavía. Los pisadores fueron interrumpiendo su trabajo, entre divertidos y molestos. Miguel se resbalaba. Tuvo que agarrarse al eje de la prensa. Se le había atascado un pie por la pringue abajo de los racimos. Carmela se asomó al lagar, empinándose sobre las cuñas de la piquera.

—Venga, Miguel, bájate de ahí —dijo—, que te va a dar algo.

Miguel iniciaba otra vez sus saltos. Se había soltado del eje de la prensa. No se entendía lo que hablaba.

—... me estaban esperando... relojes... escoba... se acabó...

Miguel hizo un extraño y se cayó de bruces sobre la ubérrima carga del lagar. Lo levantaron entre dos hombres y lo ayudaron a bajarse. Estaba como congestionado, con todo el cuerpo empapado de mosto. Perico se adelantaba.

—Bueno, ya está, Miguel.

—¿Qué pasa?

—Que ya está bien, hombre... Con ésta, van dos. ¿Te has vuelto loco?

Recogió los pantalones y otra vez fueron saliendo todos al patio. Algunos pisadores se reían; los más conservaban un aire circunspecto y como distanciado.

—El gachó es de película.

—Entrada libre.

—Vaya manera de divertirse, a quien se le diga...

El Cuba fue el último en salir. Se volvía como si quisiera congraciarse con alguien.

—Al tío este cuando le da la vena...

Nadie contestó. Volvieron a reunirse a la luz del petromax del jazmín. Miguel le había echado el brazo por el hombro a Carmela. Todavía estaba en calzoncillos, pegajoso de mosto y maloliente a botica. La catalana y la rubia lo miraban con una despreciativa condescendencia. Perico había entrado en la habitación del capataz y ya salía con una toalla y una taza humeante.

—Tómame esto y sécate, anda —dijo.

Miguel se tomó el café. Estaba amargo y sabía a puchero. Escupió, poniendo cara de asco.

—Uff, ¿tenía veneno?



—No mucho —dijo Perico.

—El café no suele estar mal, pero la aljofifa hervida...

—Lo que había por ahí.

—Bueno, voy a ducharme, no lo pienso más.

—Como no te pongas debajo del grifo.

—¿Qué grifo ni qué grifo? ¿Para qué están las cubetas de los pozos? En Roma, ya fueron utilizadas con fines higiénicos por los mártires.

Se levantó. Cogió a Carmela de una mano.

—Ven, niña, ayúdame.

Carmela se fue con Miguel hacia el pozo, trotando mansamente. Los demás los miraban hacer. Julián Cobeña repartía otra ronda de vino. Se oyó el chirriar de la garrucha y el golpe de la cubeta sobre el brocal. Miguel se había quitado los calzoncillos. Desnudo, parecía más gordo. Se agachó para que Carmela le echara el agua sobre la espalda. Después se refregó con la toalla y se la relió a la cintura. Volvieron con los demás.

—¿Y Serafín? —preguntó Perico.

—Sin tiempo que entró en barrena —dijo el Cuba—. ¿No lo viste?

—Listo, como nuevo —dijo Miguel—. Vamos a ver si ahora no me da un ataque de incendiario. Los bautismos a destiempo es lo que tienen.

—Je, je, tiene gracia —dijo Julián Cobeña.

—¿Y usted de qué coño se ríe? —preguntó Miguel.

—No, nada.

—A andarse con ojo, ¿eh?

—Ya lo está oyendo —dijo el Cuba.

—Es que...

—No me levante la voz porque se la busca —dijo Miguel.

Julián Cobeña prefirió hacerse el sordo y beberse otra copa. Carmela le acercaba a Miguel la camisa.

—Abrígate, cariño, no vayas a coger lo que no tienes. Toma.

—Gracias.

Miguel se puso la camisa y los pantalones. Los calzoncillos todavía estaban húmedos y los tiró contra el arriate hechos un ovillo. Perico y la rubia se levantaron y se fueron para dentro de la casa del capataz.

—A descansar —dijo el Cuba.

Carmela le abrochaba la camisa a Miguel.

—Es que tienes unas cosas. Un poquito más y me voy.

—¿De mi vera?

—Digo.

—Mentira.

—Como éstas —se besaba el dedo índice cruzado sobre el pulgar.

—¿Hay alguna queja?

—Yo no te entiendo, qué quieres que te diga.

El Cuba y Julián Cobeña se disputaban sosegadamente la opulenta presa de la catalana.

—Aquí está sobrando uno —dijo el Cuba—. Le tocó.

—¿Y por qué regla de tres?

La catalana se arremolinó, una mano en cada muslo.

—Oye, muñeco, que yo no he venido aquí de turista. De modo que arreglar las cuentas prontito y si te vi no me acuerdo.

Julián Cobeña asentía, cabeceando con gesto evadido. Se le había salido más de lo normal la perenne gotita de moco que le colgaba de la nariz. Parecía luchar contra las crecientes embestidas del marasmo alcohólico.

—¿Y don Pedro? —se espabiló—. A ver si se olvida de regalarnos una damajuana de este vinillo.

El Cuba lo interrumpió, cargando la suerte.

—Aquí, el que no corre, vuela. A usted no se le va una, ¿eh, compadre?

—Un capricho.

—Si a la poca lacha le llaman capricho, de acuerdo.

—Déjalo, tú, que no parece sino que la viña es tuya —dijo la catalana—. A mí es que me jeringan los abogados, yo no sé la gente.

—No te sulfures, que la cosa no va contigo —dijo el Cuba, y se acercaba para hablarle en voz baja.

—Menos rollos. Venga, ¿vas a ocuparte?

—Arreando, que es gerundio.

Vaciaron todavía el resto de una botella antes de salir al almijar. A Cobeña la solera lo había dejado como una marmota y no se dio ni cuenta. Carmela y Miguel dormitaban tranquilamente uno al lado del otro, repantigados en unos sillones cortijeros, los cuerpos entumecidos. Los despertó un estruendo de cristales. Las primeras luces azulaban ya los lívidos contornos de acuario de la viña. Julián Cobeña se había caído de la silla donde roncaba, arrastrando al suelo unas botellas vacías y unas copas mediadas. Lo levantaron a duras penas. Unos hombres miraban desde la puerta de la cuadra de lagares.

—Habrà que irse —dijo Carmela.

—Ahora mismo —dijo Miguel.

—Ya va a ser de día.

—Vaya programa... Bueno, voy a ver si toco diana por ahí.

—Me muero de sueño.

Miguel tenía la cara abotagada y se tambaleó al desperezarse. Sacó unos billetes

del bolsillo y los arrugó dentro de la mano.

—Toma —dijo.

—¿Por qué? No hemos hecho nada.

—Toma.

—No quiero.

Miguel le abrió la mano a Carmela y le hizo coger los billetes.

—Eres un cielo —dijo Carmela.

Miguel se metió en la habitación del capataz. Ya era de día cuando los dos coches volvieron a bajar por la vereda, camino de la trocha del Retén. Julián Cobeña dormía su borrachera acurrucado entre la catalana y la rubia. Aun soñando, no perdía ocasión de dar los tientos que podía. A Carmela se le cerraban los ojos al lado del Cuba, que conducía como un sonámbulo. Miguel y Perico Montaña iban en el coche de atrás. Ni siquiera de amanecida había refrescado. El levante volcaba sobre el campo sus broncas hornadas de polvo.

—¿Qué quería ése?

La mujer de Ayuso estaba sentada junto a los anaqueles del almacén, llenando cartuchitos de pan rallado con una cuchara de latón. Le caían los pechos sobre la barriga hidrónica, modelando unas bolsas deformes y movedizas. Levantó un momento la cabeza mientras golpeaba el paquetito contra la tabla del mostrador, presionando la carga hacia abajo. Tenía los ojos pitañosos, escocidos del lagrimeo de la rija.

—Di, ¿qué quería? No, si no me lo vas a decir, eso ya lo sé yo.

—¿Quién? —dijo Ayuso.

—¿Quién va a ser? Don Andrés. No te hagas el sueco.

Ayuso despallaba un montoncito de tabaco, extendiéndolo cuidadosamente sobre la palma y separando las estacas y los trozos de hojas sin picar. Respiraba ruidosamente.

—Nada, mujer, que quieres enterarte de todo.

—Ándate con ojo, te digo que te andes con ojo, que tú ni las hueles.

Ayuso se fue para la otra parte de la tienda. El despacho de bebidas estaba separado del almacén de ultramarinos por un tabique de panderete, abierto a uno y otro lado del mostrador por dos huecos ojivales, el de fuera bastante más ancho y alto que el de dentro. La mujer de Ayuso apareció detrás de su marido. Se balanceaba trabajosamente al andar, arrastrando las babuchas contra los ladrillos. Los ladrillos tenían apelmazada en las juntas una negra y blanda costra de suciedad. Ayuso empujaba con el pie el tablón que quedaba debajo del fregadero. Dos arrumbadores se desayunaban mano a mano con una botella de mosto, esquivos y retraídos. La mujer de Ayuso volvió al ataque.

—Otro encarguito de los suyos, ¿a que sí?

—Me quieres dejar ya tranquilo. Desde por la mañanita temprano, hija.

—Pues eso de la contrata va a ser un mal asunto —decía uno de los arrumbadores al otro—. Para el que está por fuera, claro.

—Eso se veía venir. ¿O es que se van a perjudicar ellos?

—Tú es que ni las hueles —repitió la mujer de Ayuso.

Ayuso no contestó.

—Cobrando —dijo uno de los arrumbadores.

—Tres ochenta.

—¿Ya subió otra vez?

—No, lo de junio.

—Vaya.

Ayuso recogió el dinero y le daba el cambio de un duro al arrumbador.

—Y una veinte, cinco.

—Con Dios.

—Hasta luego.

Ayuso se había casado hacía unos veinticinco años, a poco de llegar del valle de Cabuérniga con sus ahorros de pastor bien atados al forro de la zamarra y sus avarientos planes bien metidos en la cabeza. Su mujer se llamaba Consuelo Carrasco y era sobrina de la primera patrona de Ayuso, una vieja de discretas intenciones que le había alquilado al montañés un colchón para dormir bajo techado.

—Ya te habrá metido don Andrés en algún tejemaneje de los suyos —dijo Consuelo.

Ayuso rebuscaba en un cajoncito del mostrador.

—¿Has visto el mechero? —preguntó.

—Un día vas a perder la cabeza.

—Estaba aquí, en el cajón.

—Tú sabrás.

Ayuso se asomó a la trastienda, registrándose una y otra vez los bolsillos. La protuberancia de la tripa le impedía ahora volverse para hablar.

—Oye, y el niño, ¿dónde se ha metido?

—Fue a lo de las garrafas —dijo Consuelo—, ahora viene.

—Ahora viene...

—¿Encontraste el mechero?

—Ése, con tal de coger la calle.

—Te ayuda, ¿no? Es que lo traes a orza.

—Hombre, no faltaría más.

—¿Qué quieres? ¿Tenerlo todo el día amarrado detrás del mostrador?

—En mi casa, lo que es en mi casa, los flojos ya pueden ir cogiendo el portante y buscarse el garbanzo por su cuenta, ¿estamos?

Por delante de la puerta, las moscas volaban sin cansancio, produciendo como una zumbadora réplica al recalmón de la asfixiante mañana.

—Seguro que ya te han largado tu comisión —dijo Consuelo.

—¿Mi qué?

—No, si me vas a decir que tú haces los favores a don Andrés por su cara bonita.

—Te quieres callar de una puñetera vez.

Ayuso se acercó pacientemente a la pileta y enjuagaba unos vasucos. Los iba dejando escurrir boca abajo sobre una plancha de cinc orillada de moho. Jadeaba con los labios entreabiertos, pasándose de cuando en cuando la manga de la camisa por la cara congestionada. Consuelo dejó escapar un hondo y escandaloso suspiro, mientras se arrastraba como una foca hacia la otra parte de la tienda. Llevaba en la mano la cuchara de latón. Consuelo despachaba los comestibles y Ayuso el vino.

—Qué harta estoy ya —rezongó.

—Eso.

Se sentó al lado del mostrador, volviendo a llenar cartuchitos de pan rallado. Entraron dos mujeres. Una iba vestida de negro y llevaba un capacho en la mano. La otra llevaba una bolsa de lona gris y también iba vestida de negro. Consuelo despachaba los pedidos sin levantarse de la silla. Excepto las latas de conserva y las chacinas, todo lo demás lo tenía al alcance de la mano. Sólo tenía que desplazar las carnes a derecha o izquierda para poderse manejar un poco mejor. Cuando las mujeres salían, Consuelo se inclinó hacia el hueco, buscando a su marido.

—Ah, se me olvidaba, que anoche estuvo aquí otra vez la Lola.

—¿Qué quería?

—Lo de siempre. Que si Joaquín esto, que si Joaquín lo otro, que a ver si le dejaba un kilo de habichuelas.

—Yo no sé, Joaquín...

—Que ya no se le fía ni una perra, ¿estamos?

—¿Se llevó algo?

—¿Pues no te lo estoy diciendo? Ya no se le fía ni una perra, es que no puede ser. Cada uno defiende lo suyo. Si no, fíjate.

Ayuso no contestó. Cuando se fue a vivir a casa de la tía de Consuelo, Consuelo debía de tener como unos treinta años, cinco más que Ayuso, y ya tendía a una obesidad agresiva y malhumorada. Desde los quince, había estado sirviendo aquí y allí, cambiando constantemente de sitio. Por entonces, coincidiendo con la llegada del montañés, decidió dejar el oficio de criada y mudarse a casa de la tía, para ayudarla a cuidar de los tres huéspedes: Marcelo Ayuso y dos aprendices de tonelería. Los huéspedes, cada uno en su estilo, eran de los que le sacaban jugo a las piedras. Ayuso, una noche, sorprendió a Consuelo trajinando en la casapuerta con uno de los aprendices y le pareció que la cosa se ponía a tiro.

—Oye, guapa, ¿y a mí no me dejas un sitio? —le dijo a la mañana siguiente.

—Sinvergüenza, eso es lo que eres tú, un sinvergüenza.

—¿Y a qué viene eso?

—¿Que a qué viene? Todo el santo día detrás de una, a mí ya me estás dejando tranquila.

—Me gustas.

—Pues *nanai* de la China, te has equivocado de número. Conmigo no vas a conseguir nada de lo que tú quieres.

—¿Y qué tiene ese *perlana* que no tenga yo?

—¿Te lo digo? Que no es ni un mirón ni un chivato. Además, yo hago lo que me da la gana.

—¿Tú te crees que yo voy a irle con el cuento a tu tía? No me conoces.

—De sobra.

Aquella misma noche Marcelo Ayuso le dijo a Consuelo que la esperaba en la azotea, que tenía que enseñarle una cosa. Consuelo se fue a la azotea.

—¿Qué pasa? No vayas a figurarte...

—Mira.

Ayuso sacó del bolsillo del pantalón un fajo de billetes de a cien.

—¿Y qué? —preguntó Consuelo.

—Con esto voy a comprar un almacén y te voy a sacar de aquí.

—Venga ya con los *roneos*. A mí no me engaña ni tú ni veinte como tú, no estoy yo ya poco escarmentada.

—Te estoy hablando en serio, así me muera.

Ayuso arrinconó a Consuelo contra la caseta de la pila de lavar. Consuelo se resistía.

—Déjame, te digo que me dejes.

—Ven.

—Que grito.

A Ayuso no le cabía el resuello en el cuerpo. Consuelo optó por consentir.

—Ea, ¿ya estás contento?

—No.

Al mes escaso se casaron por la iglesia. A Ayuso le hacía falta una mujer para que le echara una mano en el negocio. Ya le tenía puestos los puntos al traspaso de una tienda de vinos y ultramarinos que no tardó en caer. Entraba ahora un vejete de pelambre entrecana, con una gorra marrón en la mano. Llevaba puesta encima de la cazadora una andrajosa chaqueta azul, raída por los codos. No debía de darse cuenta del calor.

—Media —pidió.

Ayuso abrió la espita de la bota para llenar la media botella. El vino olía a alcantarilla. Se volvió lentamente para dejarla sobre el mostrador, colocando a su lado un turbio vaso de vidrio. El vejete se sirvió y bebía sin pestañear.

—Bochorno ¿eh? —dijo, pasándose los dedos por las comisuras de los labios—. Y sin caer una gota.

—El verano, que no se acaba —dijo Ayuso.

—Aquí no se acaba ni la roña.

—Llevamos una temporadita...

—¿Tiene usted cambio de cincuenta?

—Me parece, traiga.

—De cincuenta, nuevecito. Lo vi y no lo vi.

—Pues yo creo que este levante va a traer agua.

Ayuso le entregó el cambio del billete. El viejo lo contaba, chupándose los dedos.

—Si está suelto se pierde de vista, como un gorrión. Amarrado parece que vale más.

Llegó una niña corriendo. No dijo nada. Se empujó para entregarle a Ayuso una botella vacía. La niña tenía las carnes desnutridas y achocolatadas. Miraba como si fuera a empezar a llorar. Ayuso le devolvió la botella llena y recogió el dinero. El viejo intentaba encender una colilla, medio quemándose los labios con el yesquero. Se echó la gorra sobre la pelambre, como si fuese un trapo, sin ajustársela. Terminó de beber y se despidió, haciendo un gesto con la cabeza y metiéndose la mano por debajo de la gorra para rascarse. Ayuso se fue para dentro. La trastienda estaba abarrotada de cacharros. Ayuso lo guardaba todo, almacenando basuras por cualquier parte. A cada lado quedaban las dos oscuras habitaciones que hacían las veces de dormitorios. Abrió una puertecita desencajada y se asomó al corral. El piso del corral era de tierra amarilla, pedregoso y desnivelado como un desmante. Al fondo, sobre el tapial ruinoso, se abría un gran portalón de estacas. Parecía que habían encendido una hoguera delante. Se apilaban contra el muro unas sillas de tijera y algunas mesas de pino mugriento. En un rincón, junto al encharcado hueco del retrete, quedaba como una inmensa escombrera de ladrillos, tablones y arandelas de botas. Ayuso se volvió otra vez para la trastienda.

—¡Consuelo! —llamó.

Se oyó un gruñido y como el arrastre de un saco por la solería. Consuelo tardó en aparecer.

—¿Qué pasa? —preguntó desde la puerta.

Ayuso parecía medir las desoladas dimensiones del corralón. Contestó sin mirar a la mujer.

—Nada, que a ver si se arregla un poco esto para el domingo.

—Mira, que yo ya tengo bastante trabajo para que vengas ahora con tus ocurrencias.

—¿Ha vuelto el niño?

—No.

—Bueno, pues cuando quiera venir, que te eche una mano.

—¿Y por qué te ha dado ahora la manía del arreglo?

—Don Andrés les va a pagar el domingo una comida a los del Albarrán.

—Hombre, ya salió el asunto.

—Tú arregla esto y a callar. ¿Me oyes?

—¿Y quién va a hacer la comida?

—Eso ya se verá, tú arregla esto.

Alguien llamaba en aquel momento desde la tienda.

—¡Despachar!

Ayuso corría como un oso. Se asomó a la puertecilla, apretándose el ancho



cinturón de cuero renegrado.

—Ah, ¿eres tú?

El muchacho estaba de espaldas, mirando para la calle, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta. Tenía el pelo largo y revuelto y un insolente aire de buscavidas. Llevaba una camisa a cuadros y un mono azul mahón. Se volvió perezosamente cuando oyó a Ayuso.

—Presente.

—¿Y qué hay de nuevo? —dijo Ayuso.

—Nada.

—¿Qué va a ser?

El muchacho silbaba, yéndose otra vez hacia la puerta.

—¿Tomas algo? —volvió a preguntar Ayuso.

—Sí, un vaso de fino —se acercó.

Ayuso se lo servía. Se inclinó sobre el mostrador para hablarle.

—Precisamente a ti te quería yo ver.

—Pues aproveche.

—Verás, es un recado, o sea, que te tenía que dar un encarguito.

—Usted dirá.

El muchacho se rascaba por la entrepierna. Ayuso sacó la petaca.

—¿Un cigarro?

—Venga.

El muchacho puso el papel de fumar. Antes de liar su cigarro, Ayuso volvió a llenarle el vaso.

—Paga la casa.

—Gracias.

—Bueno, verás, pues que don Andrés me mandó decirte que quería hablarte de no sé qué.

—Ah, ya.

—Te acercas por allí, ¿no?

—Que espere.

—Hombre, a mí lo que me encargó es que te dijera que tenía que verte. Lo antes posible, de modo que...

—Mientras más espere, mejor.

Entraba en aquel momento el hijo de Ayuso. Había dejado a la puerta una carretilla.

—Vaya horita —dijo Ayuso—. ¿Adónde te has metido, criatura?

—Fui a ver lo de las garrafas, ¿no?

—Anda para dentro, que le tienes que ayudar a tu madre.

—¿Vino el Panocha?

—No.

—Pues me dijo que salía para acá con las garrafas.

—Tus martingalas.

—¿Eh?

—Anda para dentro.

El hijo de Ayuso también se llamaba Marcelo y debía de andar por los veintitantos años. Era pecoso y rubiasco, con una gran mancha colorada asomándole por el cuello. Se fue despacio para el corral, secándose el sudor de las manos contra las perneras. El muchacho del mono azul mahón había permanecido de espaldas, la vista fija en el vaso. Levantó un momento la mano para saludar al hijo de Ayuso, pero el hijo de Ayuso no pareció darse cuenta.

—¿Estuvo usted en la corrida? —preguntó el muchacho del mono azul mahón.

Ayuso le pasaba un trapo a un anaquel polvoriento. No miró para el mostrador.

—¿Yo? Yo no me gasto ochenta pesetas para pasar calor y para luego no ver nada, a mí no me la pegan ni con cola. ¿Miento?

—Eso, seguro. ¿Me da usted otro vasito?

—Ya está todo combinado de antemano, a ver si no.

—Y que lo diga.

—Antes de la guerra, otra cosa. Los toros eran como tenían que ser, y los toreros..., para qué vamos a hablar de los toreros. Bueno, yo tampoco soy de los que dicen que ahora no hay una figura o dos que se lleven de calle al público. Pero para el caso es lo mismo, ¿digo bien?

—¿Me da usted otro vasito?

—Como con todo. Ahí ocurre como con todo —seguía argumentando Ayuso mientras servía el vino.

El muchacho cogió el vaso y le pegó un sorbetón. Se quedó callado un momento.

—Hablando de otra cosa —dijo como de pasada—, su amigo, el cantaor ese, dio anoche la nota en el tabanco de Manuel.

—¿Joaquín? ¿Qué pasó? —preguntó Ayuso.

—Que llevaba una jumera como un tranvía. Con decirle que hasta tiró de navaja. Estuvo sembrado.

—Pero ¿pasó algo?

—Hombre, sangre no hubo.

—Yo no sé, Joaquín...

Apareció otra vez Consuelo, seguida de su hijo.

—Que qué se hace con las tablas —preguntó.

—¿Cómo que qué se hace? Pues dejarlas donde están, mira que la pregunta.

Consuelo se volvió refunfuñando. El hijo de Ayuso se acercó al muchacho del mono azul mahón. Hablaban con el mostrador de por medio.

—¿Qué hay? No te había visto. ¿Te has caído de la cama?

—Ya ves, por aquí pasando calor.

—Creí que estabas en el campo.

—¿Quién, yo? Ni hablar. Un jornal de cortador me lo saco yo durmiendo, ¿no te parece?

—Sí, claro.

—Conmigo no va la cosa.

El muchacho del mono azul mahón miró un momento para Ayuso, que estaba ahora de espaldas, al otro lado de la tienda, rascando con una especie de almocafre en la casilla de la sal gorda.

—Oye, ¿estuviste con la Matilde?

El hijo de Ayuso bajó la voz.

—Anoche, viendo escaparates.

—¿Y qué?

—Bien, hay asunto.

—Hombre, eso de entrada, lo que yo te dije.

—No, no creas, hay asunto pero cuesta lo suyo, un ten con ten.

—Escucha, tú ahí no vas por derecho, ándate con ojo.

—¿Qué pasa?

—Te lo voy a decir para que no te coja de sorpresa. La niña esa, ahí donde la ves, tuvo ya sus líos con el canino de don Gabriel Varela.

—Pues sí que estás tú al día. ¿Ahora te enteras?

—Bueno, pero es que la cosa no se queda ahí. Lo mejor es que el tío se la va a llevar a su casa de criada. Servicio a domicilio, ¿qué tal la papeleta?

—Nada, hombre, lo mismo te digo, sin tiempo que estaba yo al tanto. Eso todavía está por ver.

—Tú confíate, luego me lo vas a contar.

Ayuso se asomó por el hueco del panderete, pero se hizo el desentendido. Seguía restregando la costra de la sal.

—La niña, si quiere, se forra.

—Eso sería una solución, por ahí sí.

—A ver. Fíjate en Mercedes, la hermana del Panocha. ¿Cuánto te apuestas a que ésa llega donde quiera?

—Pero Mercedes se la busca con el baile, o sea, que tampoco es una comparación. Aquí de lo que se trata es de que si no te espabilas te la colocan en el servicio doméstico.

—De acuerdo, otro caso, pero como yo me sé de memoria del pie que cojea Matilde... Cuando se dé cuenta que el más chico es de a cien, a bandeárselas por libre y adiós muy buenas.

—Tú sabrás.

—Seguro, que todo fuera como eso.

El muchacho del mono azul mahón escurrió el resto de su vaso.

—Bueno, otra cosa —masculló mientras se relamía—. Tu padre me ha dicho que don Andrés está que trina.

—¿Y a mí qué?

—Que cada uno ha hecho aquí lo que ha podido, tú, no me salgas ahora por peteneras.

Se acercó Ayuso, mientras echaba un escupitajo en el pañuelo y se quedaba mirándolo.

—Ya está bien de conversación, ¿no? Venga, a trabajar.

El hijo de Ayuso se despidió del muchacho.

—A la noche nos vemos —dijo cuando se metía en la trastienda.

—Estamos.

Ayuso arrancó una hoja de un cuadernito escolar que tenía un grueso lápiz de carpintero metido entre las hojas. Se puso a echar cuentas, el amplio abdomen volcado sobre la tabla carcomida del mostrador. De cuando en cuando se quedaba con el mirar perdido en un punto fijo de la tienda, golpeándose con el extremo del lápiz entre los dientes. Le sudaba la papera y se espantaba con la mano de morcilla el bullente asedio de las moscas. Cuando sentía el calor estacionado en la garganta, las moscas le producían dolor de cabeza.

—Bueno, gracias, hasta más ver —dijo el muchacho del mono azul mahón, que había vuelto a quedarse asomado a la puerta.

—¿Te vas? —dijo Ayuso.

—Sí.

—Que no se te olvide lo de don Andrés.

El muchacho del mono azul mahón salió sin contestar. Ayuso levantó la trampilla y se acercó a la puerta de la calle. La calle estaba casi desierta y el sol rebotaba con una fiera aridez contra la hiriente cal de los muros y el compacto polvo del empedrado. Unos niños se retostaban jugando a las canicas en un angosto solar que se abría en el derribo de la esquina. Ayuso resopló y entornó una hoja de la puerta. La barra del cierre sonaba como un badajo contra una lata. Ayuso miraba al techo mientras volvía a pasar al otro lado del mostrador.

—¡Consuelo! —llamó.

No le contestaron.

—¡Consuelo! —volvió a llamar, asomándose a la trastienda, una mano en la jamba.

Consuelo tardó en aparecer.

—¿Estás sorda?

—O me dejas tranquila o no arreglo el corral, una de dos.

—Ven, mira —Ayuso dejó pasar a Consuelo y señalaba para el techo de vigas pringosas.

—¿Qué?

Consuelo tropezaba con su marido, intentando ver. Ayuso se hacía a un lado.

—La tira de las moscas.

—¿Qué pasa con la tira de las moscas?

—Que a ver si la cambias, digo yo.

Del cáncamo de una viga pendía la hedionda y pegajosa tira de atrapar moscas, materialmente cubierta de grumos negros. Mirándola, parecía que era de allí de donde se descolgaba el más repulsivo componente de la peste de la tienda.

—¿Y para eso me llamabas?

—Hay que cambiarla, ¿no?

—Tú con tal de darle trabajo a los demás...

—La cambias.

Consuelo se fue otra vez para el corral, renqueando y murmurando a media voz. Ayuso la siguió hasta la trastienda. Se sentó en una silla de asiento de chapa, dándose aire con una tapadera de cartón. La tapadera tenía pegada por encima una etiqueta donde aparecían tres copas llenas de vino de diferente tonalidad: amarillo, ámbar y siena. Ayuso seguía echando cuentas con la cabeza. Hablaba solo, casi sin despegar los labios. No podía hilvanar los pensamientos de otra forma.

—Qué menos que un duro por barba. Suponiendo que vengan cien pobres, es decir, como mínimo, son cien duros que me apalanco.

Se oía el áspero frote de una escoba de ramas barriendo el terrizo del corral. Ayuso miró al despertador que estaba colgado de una alcayata, encima de una pila de cajones. Apareció su hijo.

—Ahora vengo —dijo mirando de soslayo.

—¿Adónde vas?

—Voy a darle un telefonazo al Panocha. Las garrafas...

—Ya estás aquí, ¿eh?

El hijo de Ayuso salió canturreando y con las manos metidas en los bolsillos, el andar desgarrado. Sonó el golpe de la trampa del mostrador. Ayuso seguía dándole vueltas a lo de la comida.

—Cien duros ya es un dinerito. Ahora vamos a ver si el cura no le mete mano a la cuenta.

Se oía vibrar el fatigoso serrucho de las chicharras entre los alamillos de la calle.

Don Gabriel Varela se espabiló aquella mañana antes de lo normal. Entraba una cernida y cálida penumbra a través de las cortinas del balcón. Miró hacia la consola, levantando pesadamente la cabeza y haciendo guiños con los ojos. Buscó torpemente el cordón del timbre, que sonó con una lejana y sorda insistencia. Casi al tiempo de soltar la perilla, llamaron a la puerta y apareció una muchacha menudita, de andar tímido y premioso. Llevaba una bata azul y un delantal blanco, festoneado también de azul. El pelo lo tenía recogido en la nuca, anudado en un inmenso rodete. Hablaba sin mirar.

—Señor...

—¿Y Mateo? —preguntó don Gabriel.

—Me parece que ha ido a la cochera. ¿Lo llamo?

—No, deja, tráeme el desayuno.

—Sí, señor.

Cuando la muchacha salía, don Gabriel volvió a llamarla.

—Oye, tráeme también una copa de ginebra. Pero que sea para hoy.

—Sí, señor.

La muchacha se fue sin hacer ruido, entreabriendo la puerta lo justo para que pasara el cuerpo. Don Gabriel se estiró entre las sábanas, echándose para abajo el embozo. Se adormiló otra vez, pensando si iría al casino o si daría una vuelta por la viña, y ya entraba la muchacha con el desayuno.

—Con permiso.

—Ponlo ahí.

La muchacha acercó a la cama la mesita de ruedas. La empujaba como si fuera una camilla, con una delicada solicitud. Don Gabriel se incorporó, doblando la almohada para apoyar la espalda.

—¿Le descorro las cortinas? —dijo la muchacha.

—Sí, un poco.

Tiró del cordón y se entreabrían lentamente las dos mitades del terciopelo. Por debajo quedaba otra cortina de visillo. Chirriaban las argollas por el carril. Don Gabriel interrumpió a la muchacha.

—Ya.

Levantó los brazos, agarrándose a los torneados barrotes de la cabecera, los ojillos medio pegados de legañas.

—Oye, ¿qué hora es?

La muchacha miró para la consola.

—Van a dar las diez, señor.

—Está bien, dame la ginebra.

Se la acercaba despacito, cuidando de no verterla. Era una copa tallada, de largo y delgado cuello en disminución. Don Gabriel bebió de un trago, haciendo ascos con la cara. Resopló al devolverle la copa a la muchacha, que esperaba a su lado.

—Cuando vuelva Mateo, que suba —dijo don Gabriel.

—Ya está abajo, señor.

—Dile que suba. ¿Por qué no sube?

—Sí, señor.

La muchacha se fue para la puerta, deslizándose con unos pasitos breves y atropellados. Don Gabriel le miraba las piernas, frunciendo los ojos, mientras untaba descuidadamente la mantequilla.

—Petra —llamó.

—Mande —contestó la muchacha, volviéndose con una equívoca naturalidad.

—¿Vino ya tu prima?

—¿La Matilde?

—Sí.

—No, señor, todavía no ha venido.

—¿Y eso?

—No sé, creo que avisó que el lunes.

—Bueno, dile a Mateo que suba.

—Sí, señor.

La muchacha ensayó una torpe sonrisa antes de salir. Don Gabriel le pegó un mordisco a la tostada y la volvió a dejar sobre la bandeja. La tostada cayó boca abajo, pegándose la mantequilla a la servilleta. Ahora bebía a grandes sorbos la taza de café con leche. Se le abombaban los carrillos, manteniendo el buche en la boca antes de tragárselo, como si hiciera gárgaras.

—Uff.

Don Gabriel sacó las piernas de entre las sábanas y se quedó sentado un momento, los amoratados y descalzos pies sobre la alfombra, las manos en los riñones, arqueando el pecho. Respiraba trabajosamente. Se oía el ronco silbo del aire abriéndose paso por los bronquios obstruidos. Empujó con desgana la mesita de ruedas y se incorporó, apoyándose primero en las rodillas y enderezándose poco a poco como si se le hubiesen quedado rígidas las articulaciones. Abrió los brazos.

—Uff.

Sobre la consola había un gran espejo ovalado, de caña dorada, rematado por unos ampulosos apliques barrocos. Don Gabriel se acercó, doblándose sobre la consola y contemplándose detenidamente en el espejo. El bisel le deformó un momento la cara. Debajo de las cuencas tenía unas bolsas rosáceas y blandengues, como llenas de líquido. Después de palparlas, se miró dentro de los ojos, separándose la piel de los párpados con los dedos. La córnea tenía una vidriosa tonalidad de

coágulo. Hizo una mueca de fatiga mientras se retiraba del espejo. Y ya llamaban otra vez a la puerta.

—Adelante.

Don Gabriel se estaba poniendo la bata y Mateo se acercó para ayudarlo, pero no llegó a tiempo.

—¿Me llamaba?

Don Gabriel se anudaba el cinturón de borlas. Levantó los ojos empañados.

—¿Tú qué crees?

—Sí, señor, estaba en la cochera, vigilando el pienso.

—¿Vigilando el qué?

—El pienso. Ayer dejaron en ayunas a la lunanca.

—Y tú al quite, ¿no?

Mateo era hijo de Julián Cobeña y se le notaba enseguida. Debía andar por cerca de los treinta años, y en delgado, tenía más o menos la misma pinta que su padre, con las piernas un poco zambas, como de montar mulas a pelo, y una grumosa nariz de pimiento morrón. Llevaba un chaleco a rayas negras y rojas y unos pantalones grises deformados por las rodillas. A Mateo, de niño, le habían soltado en la cara un salivazo del aparato de sulfatar viñas y desde entonces se le quedaron marcadas en el blanco de los ojos unas motas violáceas, que cambiaban constantemente de sitio pero que no llegaban nunca a borrarse del todo. A veces no se sabía si miraba con la pupila o con una de las venenosas manchas del sulfato. El estrabismo, aunque no se le notaba mucho, le venía de eso.

—Cuando yo te digo que vengas, es que vengas, ¿estamos?

—Sí, señor.

El padre de Mateo había regentado una tienda de vinos y ultramarinos en el Angostillo, pero el negocio no marchaba bien por aquel tiempo y tuvo que deshacerse de él de mala manera, a poco de terminar la guerra civil, rindiéndose al asedio del montañés Marcelo Ayuso, que andaba detrás de la quiebra para coger un traspaso ventajoso. Mateo no tendría por entonces más de diez años y tuvo que ponerse a trabajar en el despiadado rebusco de las viñas, hasta que Julián empezó otra vez a librarse del hambre sirviendo de intermediario en saneados asuntos de estraperlo. Fue por entonces cuando Gabriel Varela compró la viña de Monterrodilla con el producto de sus turbias especulaciones, cumpliendo así el primer objetivo de una rápida y despreciable época de las vacas gordas. Pocos años después, y por mediación de su padre, Mateo entró de ayudante de cochero en casa de don Gabriel.

—Yo creo que el niño le va a hacer el avío, la verdad —decía Julián Cobeña, sondeando la colocación de la mercancía.

—Vamos a ver —decía don Gabriel.

—No es que sea una fiera para el trabajo, mayormente, pero se le mete en cintura



facilón.

—Algo es algo.

—Y además, sabe latín. Eso sí. Mateo es que las coge al vuelo.

—Como tú, ¿no?

—Hombre, don Gabriel, a un servidor no le gusta echarse flores, ya usted me conoce, pero de casta le viene al galgo.

—Claro, una joya.

—Cuando le he hecho falta para lo que sea, Julián Cobeña como un solo hombre. Lo que se terciara, ¿es así o no?

—Bueno, tú mándamelo.

Don Gabriel se fue acostumbrando poco a poco al raro talante de Mateo y, aunque las razones no estaban demasiado claras, terminó por dedicarlo a su vario y exclusivo servicio. A Mateo le daba igual cualquier cosa. Capeaba el temporal según viniera, sin preocuparse por nada que no fuese su propio instinto de conservación. En esto no salía al padre. Lo único que a Mateo no le habían enseñado a aguantar era el agobiante recuerdo de los días del rebusco, cuando recorría de punta a punta las viñas calcinadas, con el hambre mordiéndole las tripas, a la caza del racimo que se les había escapado a los cortadores. Conservaba una especie de vengativa memoria del hambre y de los trapicheos de su padre, que no ponía demasiados reparos en cambiarse la camisa y en venderse por un plato de lentejas.

—¿Fuiste a la bodega a llevar el muestrario?

Don Gabriel rebuscaba nerviosamente por los bolsillos de una chaqueta de seda cruda.

—No, señor —contestó Mateo—. A ver si luego me acerco.

—Que no hay forma, vamos, yo no sé cómo hay que decirte a ti las cosas.

—Es que no me ha dado tiempo, don Gabriel. Dése usted cuenta...

—Claro que me doy cuenta.

A don Gabriel y a Julián Cobeña los unían unos extraños y particulares vínculos de vieja complicidad muy parecidos a los que relacionaban a Marcelo Ayuso con don Andrés, aunque bastante más tortuosos. Cuando don Gabriel quería organizar alguna nocturna descubierta o tantear algún terreno vedado, avisaba en seguida a Cobeña, que para eso estaba y cuyas habilidades en semejantes apaños eran de una manifiesta utilidad. Sin contar con estos trotes, y a raíz de la terminación de la guerra, a don Gabriel también le había servido muchas veces el Julián Cobeña para dar la cara cuando las circunstancias del negocio lo requerían. Quizá por eso don Gabriel soportaba las irregularidades de Mateo con una desusada tolerancia.

—Claro que me doy cuenta.

Don Gabriel ya había logrado dar con lo que buscaba: un diminuto tubo de pastillas. Se echó una en la mano y se la tiró a la boca, atrapándola en el aire. Daba la

impresión de que estaba entrando en esa malsana racha de vitalidad de los hipertensos.

—Dame agua —dijo sin despegar apenas los labios.

Mateo cogió la jarra de la mesita de noche y llenaba el vaso mientras se lo acercaba. Don Gabriel bebió, ayudándose con una flexión del cuello para tragar la pastilla.

—¿Está ahí el señorito Rafael? —preguntó.

—Me parece que salió hace un rato —dijo Mateo—. ¿Miro?

—No, engancha la torda, que nos vamos a ir.

—¿La torda?

—Sí, la torda, ¿o es que hablo inglés?

—Como la tenían que herrar...

—Es lo mismo. Venga, ya estás en la cochera.

Mateo salió, dejando la puerta abierta. Generalmente, Mateo exageraba la nota de sus despistes, haciendo mal las cosas con el simple propósito de molestar. Su elemental sistema de contraataque le había dado bastante buenos resultados. Tampoco en esto se parecía a su padre, que era un pardillo para la lisonja. Don Gabriel se quitó la bata y la tiró desde lejos sobre la cama. Después se acercó a recogerla, se la volvió a poner y llamó al timbre. Acudió otra vez la muchacha del uniforme azul.

—¿Y la señora?

—Todavía no ha vuelto de misa —contestó la muchacha.

—Vaya, concentración general, da gusto.

—Fue a la de diez a la Verónica. ¿Quería usted algo?

—No, nada. Y tú, ¿no vas a misa? —le pellizcó la mejilla al pasar, distraídamente, como si fuera una cariñosa costumbre.

—Sí, señor —la muchacha se retiraba.

—Que no muerdo.

Don Gabriel abrió una puertecilla lateral, disimulada entre el alto zócalo de madera rojiza. Se le oía trasegar con agua. La muchacha recogió las sábanas y salió. Cuando don Gabriel terminó de arreglarse ya eran cerca de las once y media. Atravesó despaciosamente la galería, mientras se ajustaba el sombrero, ladeándolo sobre los ojos. La escalera, en el descansillo, se partía en dos tramos que bajaban hasta los porches. Don Gabriel se echó una ojeada en un espejo del patio. El patio estaba sombreado y fresquito, con un toldo tendido a la altura de la azotea. Mateo, cosa rara, ya estaba esperando delante del portal, sentado en el pescante del coche, las bridas entre las manos lacias. De uno de los amplios balcones del caserón llegaba una quebradiza voz de despedida.

—Adiós, papá.

Don Gabriel levantó la cabeza mientras intentaba encaramarse en el coche.

—Adiós, Gloria, hasta luego.

—Que voy a irme a almorzar con Tana.

—Bueno, que te diviertas.

Don Gabriel se dirigía ahora a Mateo, que tenía puestas las manos sobre los ojos, en forma de visera, mirando también para arriba con una forzada postura, inexpresivo el ademán.

—Tira por la Rinconera, vamos a ir un momento al casino.

—Sí, señor.

El sol reverberaba violentamente contra los inhóspitos paredones aledaños. Al fondo de la calle, la luz del mediodía parecía trazar un círculo vertiginoso, saltando en miles de fragmentos, como el chisporroteo de una traca. Atravesaron una plaza sin adoquinar, limitada por cuatro filas cojas de plátanos y abierta ante los ruinosos y blanqueados muros de una iglesia. Don Gabriel, al pasar frente al pórtico, se descubrió con un ostentoso respeto. Unos chiquillos harapientos jugaban a cara o cruz al pie de la escalinata, tristes y codiciosos. Se quedaron mirando un momento al coche. Uno de ellos echó a correr detrás pero se cansó a medio camino. En la esquina del rellano un hombre se detuvo para dejarlos pasar. Llevaba una espuerta de cal en la cabeza y un palustre asomándole por la cintura del pantalón. Mateo hizo entrar a la jaca por una calle empedrada. Gemían las ballestas con los trepidantes esguinces de las ruedas. Llegaron a una rotonda de asfalto. Parecía como si se hubiese detenido de pronto el funcionamiento de una ensordecedora maquinaria.

—Un día de aúpa.

—Tela... —dijo Mateo—. Anoche me tuve que sacar el colchón al patinillo.

—Tú con tal de estar cerca de la calle.

—¿Yo?

Don Gabriel se metía los dedos por el cuello de la camisa.

—Oye, ¿has visto a tu padre esta mañana? —preguntó.

—No, señor.

—¿No cayó por casa?

—Pues no, es decir, yo no lo he visto.

Cuando le dieron la vuelta al chaflán, Mateo frenó el coche frente a una casona con traza de ayuntamiento. Se hundían las llantas en lo blando del piso. Don Gabriel se bajó resoplando. El casino, hasta después de la una, estaba casi siempre vacío. Don Gabriel, antes de entrar, se volvió para Mateo.

—Espérame aquí, luego vamos a acercarnos a Monterrodilla.

Mateo dijo que sí con la cabeza. Arrimaba el coche a la acera contraria, en busca de la sombra. Don Gabriel se metió en el casino mirando para la jaca, que cabeceaba nerviosa, babeando por el freno. El casino tenía un espacioso vestíbulo central, cubierto por una inmensa y coloreada montera troncocónica. De trecho en trecho se

alineaban algunos butacones de cuero y algunas mesitas de doble tapa. No se veía a nadie. Don Gabriel se asomó a una puerta del fondo.

—Eh, ¿quién hay por aquí?

Apareció el conserje, abrochándose los dorados botones de la ajustada y verdosa chaquetilla.

—Buenos días, don Gabriel.

—¿No ha venido nadie?

—No, señor, todavía no. Es decir, arriba están esos señores americanos.

—Qué suerte. Tráeme una copa.

—Sí, señor.

Don Gabriel se dejó caer en una butaca, levantándose el pantalón hasta descubrir la pantorrilla ajamonada. Encendió un cigarrillo. Oía unas voces que iban subiendo de tono a través del hueco de la escalera. Se levantó y se acercó a uno de los balconillos laterales. Veía brillar el granito de los adoquines y movía la cabeza para hacer coincidir el destello con un nudo del vidrio. El conserje le trajo la copa.

—Don Gabriel...

—Gracias.

Cogió la copa y metió la nariz dentro, oliendo despaciosamente el vino. Luego la levantó a la altura de los ojos e hizo resbalar el líquido hacia los bordes del cristal, girando la mano. Se mojó los labios, dando un sorbito y paladeando la pastosa frialdad de la solera. Terminó la copa a pequeños tragos y anduvo con ella vacía hasta la entrada del vestíbulo. Sintió los pasos de alguien que bajaba por la escalera y se volvió otra vez hacia el balconillo. Cuando oyó que cerraban la puerta de la calle, llamó al conserje, haciendo pitos con los dedos. El conserje estaba sentado al fondo, en una silla de espaldas de tubo, junto a la marquesina que cubría la entrada del salón. Se levantó apresuradamente.

—Dame otra copa, que me voy —dijo don Gabriel.

Y le devolvió la vacía. El conserje apenas si tardó unos segundos. Don Gabriel volvió a oler el vino y otra vez lo miró al trasluz. El vino parecía cristalizarse con el tornasol de la claridad, como un rubí iluminado por dentro. Bebió con la misma calma. El conserje esperaba unos pasos atrás, con la plateada bandejita en la mano, atenta la mirada de hurón.

—Toma.

El conserje recogió la copa. Se iba hacia el salón cuando don Gabriel volvió a llamarlo.

—Oye.

—Mande.

—Si viene Cobeña dile que he ido a dar una vuelta por Monterrodilla, que ya lo veré más tarde.

—Sí, señor.

—No se te olvide.

—Descuide, don Gabriel. Que ha ido usted a Monterrodilla. ¿Algo más?

—Nada, hasta luego.

El conserje lo acompañaba hasta la puerta. Cuando fue a abrirla se le adelantó alguien que entraba en aquel momento. Se metió en el vestíbulo una mórbida racha de levante.

—Hola, qué cuenta el hombre —saludó don Andrés.

—Por ahí.

—¿Qué y esa vendimia?

—En eso estamos. A ver si me meto con la pisa a fin de semana.

—Pues yo ya estoy funcionando. ¿No se me nota?

—Te ha crecido el pelo.

El conserje permanecía con la mano en el pomo de la puerta. Don Andrés se abanicaba con una cartulina azul en forma de triángulo.

—Creo que anoche la organizaron buena en Valdecañizo —se peinaba las cejas hacia arriba—, es que no paran.

—No sé —dijo don Gabriel.

—El Cuba todavía la llevaba encima hace un rato, daba grima verlo.

—La primera noticia.

—Yo creí que tú también habías ido.

—No, gracias, a eso de la una estaba roque.

—Se te pasó, mira qué casualidad.

—La verdad es que tuve ahí un lío con Perico Montaña. No andamos lo que se dice en muy buena armonía.

—¿Y eso?

Don Gabriel se colocó de espaldas a la entrada. Balanceaba el cuerpo, apoyándose alternativamente en una y otra pierna.

—No, si no es nada. Lo único es que me pisó unos cortadores sin más ni más, y eso, así por las buenas, tiene castañas, vamos, que no se lo aguanto ni a él ni a nadie.

—Qué mal gusto, hijo. ¿Y ya estaban en Monterrodilla?

—¿Cómo que si ya estaban en Monterrodilla?

—Que si ya habían empezado a trajinar.

—Hasta ahí podíamos llegar. Ajustados estaban, desde luego, pero se los levantó Perico de la noche a la mañana sin decir esta boca es mía, y aquí me tienes. Cómo se las arregló, eso no lo sé.

—Una faena, ¿no?

—Tal como anda la contrata, de las gordas.

El conserje había optado por alejarse un poco de la puerta. Permanecía a la

expectativa, cambiando la colocación de una butaca.

—Eso hay que arreglarlo, hombre —dijo don Andrés mirando al fondo del salón.

—Por mi parte no veo la forma. Tú lo conoces, se las da de listo, y a buena parte ha venido a dar.

—Yo le hablaré, déjalo de mi mano.

—Allá tú, pero Perico Montaña ya está para mí de más. Que no, vamos, que no tengo por qué aguantarle cabronadas a ese niño bonito.

—Son sus cosas, que él es así.

—Pues que aprenda, que tiene mucho que aprender. Además, yo se la guardo, porque me va a necesitar, eso seguro, y vamos a ver entonces quién lleva las de perder.

—No, si el asunto tiene su mandanga, no te digo que no, pero habrá una fórmula. ¿Él qué te ha dicho?

—¿A mí? Ésta es la hora en que ni los buenos días.

—Mal hecho, no lo niego.

—¿Mal hecho? Tú dirás. Luego le mandaron razón a Onofre: que como no habíamos empezado todavía, que estaban aprovechando el personal. Así, con esa cara.

—Cómo es...

—Un cuento de dos duros más por cabeza y santas pascuas. Tú vas a ver luego si no se quedan en Valdecañizo hasta que saquen la última bota. Y yo, mientras tanto, rascándome la barriga, es que se va a acordar.

—Sí, bien no se ha portado.

—La puñeta es lo que me ha hecho, date cuenta. Onofre está buscando gente, pero si no salen, ¿qué? Una semana perdida.

Abrieron otra vez la puerta. El conserje se adelantó para recibir a los dos hombres que llegaban. Detrás venía un tercero.

—Buenos días.

—Buenas, qué tal.

—Te dejo, voy arriba un rato —dijo don Andrés poniendo cara de congoja—. Es que me mareo con este levante.

—Esta noche me voy a ir a echar un ratito a la Damajuana, ¿te vienes?

—Ya veremos, no estoy muy en forma. ¿Vas a caer luego por aquí?

—Lo más seguro.

—Pues entonces hasta luego.

—Adiós.

Don Gabriel salió a la calle. Subía de las piedras un vaho denso y agobiante, como una compacta polvareda sacudida por los súbitos ramalazos del bochorno, cegadora y palpable, que se estacionaba en la boca y en la nariz sin dejar pasar el aire

a los pulmones. Don Gabriel descubrió a Mateo apoyado contra la pared sombreada, las manos en los bolsillos, una pierna doblada para arriba. Sintió una gratuita irritación al verlo en aquella postura. Y se acercaba con prisas, como huyendo del hirviente fogonazo de la luz.

—Uff... Vamos.

Subieron al coche, cada uno por un lado. A don Gabriel le costaba trabajo llegar al estribo. Tuvo que tomar impulso varias veces, saltando indecisamente sobre una pierna y agarrándose a la barandilla del pescante. Cuando estuvo arriba le quitó a Mateo las riendas de la mano.

—Deja, voy a llevarlo yo.

Mateo apoyó los codos en las rodillas y juntó los dedos. Don Gabriel se echó para adelante y palmoteó las ancas de la torda. La torda arrancó con ansiedad, braceando como en una pelea.

La mujer, medio dormida aún, tuvo conciencia de que algo se movía subrepticamente por la habitación, no sabía bien si justo al lado de su cuerpo o en algún otro sitio que no podía localizar. Oía voces y ajeteo de cacharros en el patio. Debía de ser tarde, pero los remendados postigos de la ventana estaban cerrados y apenas si se veía un hilillo de claridad adherido a la madera. Sintió ahora como un roce áspero y acartonado encima de la pierna. No movió el cuerpo: deslizó una mano hasta el sitio en que notaba el contacto de la rugosidad y palpó una tela recia y como impregnada de salpicaduras de barro. Le bullía en la memoria una especie de intermitente llovizna de partículas de sueño, como si se le estuviese vaciando dentro de la cabeza aquella absurda mezcolanza de difusas imágenes y vagas visiones sin sentido. Por las mañanas siempre le costaba el mismo intolerable esfuerzo volver a la realidad. Debía de ser cosa del hígado. De manera que poco a poco fue recordando que Joaquín había llegado de madrugada, quizás un poco antes que de costumbre, y que se había quedado dormido de bruces sobre la mesa camilla, hipando a bruscos y regulares intervalos. Lo oyó después vomitar en el cubo del palanganero, atragantándose con la acometida de las bascas. El chorro del vómito, al sonar contra el latón del cubo, le había producido una penosa impresión de agotamiento. Pero entonces prefirió hacerse la dormida. Le causaba un inconsciente y morboso placer hacerse la dormida, dejarse invadir por una especie de bruma que le ahorraba el angustioso trabajo de pensar en algo concreto. La mujer se volvió, Joaquín estaba a su lado, vestido y tumbado boca arriba, con la garganta trabada de ruidos.

—Joaquín —dijo.

Joaquín gruñó sin moverse.

—¿Se te pasó? —volvió a decir la mujer.

—Se me pasó, ¿el qué?

—La que traías anoche.

—¿Yo?

—¿Ya no te acuerdas?

—No, déjame dormir.

—Déjame dormir... ¿Tú sabes qué hora es?

Joaquín se volvió de espaldas a la mujer. Dejaba caer la cabeza hacia el borde de la cama. El colchón se resbaló para fuera, derramándose sobre el barrote de hierro como un saco vacío. Joaquín buscó una blandura entre los pelotones de la borra y se quedó quieto otra vez, un brazo casi a ras del suelo, el lobanillo de la sien aplastado contra la almohada. La mujer saltó despaciosamente sobre él y se levantó. Apenas si se distinguían los contornos del cuarto.

—Lola.



—Di.

—¿Dónde vas?

—Voy por agua, ahora vengo.

Lola no abrió los postigos. Se vistió a oscuras, moviéndose por la habitación como si se hubiese aprendido de memoria el sitio exacto de cada cosa. No tardó en abrir la puerta, y salir, volviéndola a cerrar detrás suyo. Joaquín se había tapado los ojos con un brazo para evitar la ráfaga de la luz. El patio era rectangular, más largo que ancho, rodeado de una galería volada a media altura con barandal de madera. En el centro, en un hueco circular vaciado entre los ladrillos, crecía una precaria palma amarillenta. El grifo quedaba al otro lado del patio, al final de una tubería encalada que corría sobre los marcos de las puertas, bajando luego hasta unos palmos del suelo. Lola se acercó despaciosamente con una cántara en la mano y la dejó apoyada contra la pared, debajo del grifo abierto. Un hombre en camiseta se asomó a la puerta de al lado, levantando una cortinilla de arpillera que dejó recogida en una alcayata del quicio. Tenía la barba canosa y crecida.

—¿Está ahí Joaquín? —preguntó.

—Sí —dijo Lola.

—Voy a ver si tiene candela, aquí no hay ni candela.

—Se estaba levantando.

—Bueno, voy a entrar, que ya son horas.

—Como se acuesta tan tarde.

—Eso también es verdad. Quien cantando trabaja, saca sueño de ventaja.

—Yo le doy ahora las cerillas.

—Gracias.

El hombre se volvió a meter en su habitación. Lola era una mujer todavía joven, de facciones duras, prematuramente ajada. Se había ido abandonando poco a poco, casi sin darse cuenta, como si se entregara gustosamente a su propio y obligado desaliño. Cuando se arrimó con Joaquín, Lola era todavía una muchacha de buen ver, de carnes prietas y poderosas y una caliente mirada de sumisión. Había nacido y se había criado en las viñas y, ya mayor, se fue a vivir con su hermana, que era la mujer de Vicente Corrales, el capataz de las Talegas, uno de los pagos de don Andrés. Y allí fue donde la conoció Joaquín.

—Si alquilo un cuarto, ¿tú te vendrías conmigo? —le preguntó un día.

—¿Adónde?

—A donde sea.

—¿Y mi gente?

—Que le vayan dando. ¿Tú te vendrías conmigo?

—Sí.

Lola, con el tiempo, se fue dejando llevar por la desgana, haciéndose a la idea de

que no valía la pena acicalarse y conservar la facha. Ni siquiera se imaginó que existía la posibilidad de luchar un poco contra aquella especie de solapada polilla que le iba carcomiendo de una forma tenaz e inconsciente los débiles puntales del sentir. Lola vegetaba sin apenas darse cuenta de lo que hacía o dejaba de hacer, resignándose instintivamente a su letargo.

—Te compraré unos zapatos de tacón.

—¿De verdad?

—Y un vestido.

—Granate, así con un cuello redondo de muselina, ¿sí?

—Eso está hecho.

El pelo de Lola se apoltronaba sobre la piel con una deslucida negrura, las largas y rizosas crenchas caídas sobre los ojos. Vestía una delgada y oscura batilla de percal, holgada por los pechos flácidos, con unos tirantes cruzándole la espalda huesuda. Esperaba que se llenara la cántara, los ojos fijos en la pared, evadidos aún de sueño y con el lagrimal destilándole un rezumo blancuzco. El ruido del agua, al caer sobre el barro, se iba haciendo cada vez más agudo a medida que subía de nivel. A Lola le sonaban las tripas con un rebullir parecido al del agua. Por las mañanas casi nunca tenía hambre, pero le sonaban las tripas.

—¿Y de qué vamos a comer? —le había preguntado a Joaquín cuando planeaban lo de irse a vivir juntos.

—¿Tú qué te crees que vale mi cante?

—Mucho, pero con eso no llega, ya lo estás viendo.

—Llega de sobra, que me escuchen. Y además yo gano un jornal, ¿o no?

—Cuando hay faena, Joaquín.

—Nos arreglaremos, tú no te preocupes.

—Si no me preocupo.

—Hambre no vamos a pasar, descuida.

—Y yo me puedo poner a servir.

—De eso ni hablar.

—¿Por qué no? Si hace falta.

—Que ni hablar, vamos. Asunto concluido.

Se acercó otra mujer con un barreño de cinc que dejó en el suelo, al lado del bordillo de la poceta, aguardando a que Lola terminara. De la puerta de enfrente salía una vieja de ceño arrugado, pequeña y nerviosa, sosteniendo un cacharro humeante envuelto en un trapo. Cerraba los ojos para hablar a chillidos, arrastrando las últimas sílabas con una lánguida y destemplada tonalidad de eco.

—Lola —gritó.

—Oigo.

—Que si tiene usted un poquito de perejil que dejarme.

—Espere, ahora miro.

Lola ya recogía la cántara, que rebosaba brillando la panda superficie. El chorro del grifo se había ido adelgazando hasta transformarse en un minúsculo canutillo de agua.

—No, si la van a cortar otra vez —dijo la mujer que hacía turno para llenar el barreño, acomodándolo sobre el pocijón de argamasa.

—Estamos buenos.

La vieja dejó el cacharro en una banqueta y se fue lentamente hacia el grifo.

—Es que la dejan a una cargar con todo —iba diciendo mientras se acercaba—. Yo no sé lo que se han creído, la niña y la madre de la niña.

—¿No está ahí Matilde? —preguntó distraídamente Lola.

—Y aunque estuviera, para el caso es lo mismo, figúrese. ¿O usted se cree que yo le veo el pelo?

—La edad...

—Qué edad ni qué edad. Es que no se hace cargo, eso es lo que le pasa. Y ahora, claro, la señorita está de veraneo, porque eso sí, que no la priven de lo que le gusta. Yo ya estoy hasta la coronilla, de verdad se lo digo. Y luego su madre, ¿dónde me deja usted a su madre?

Asomó un muchacho por el marco de la escalera, saltando ágilmente los últimos peldaños, con los brazos en cruz. Los peldaños eran estrechos y tenían un listón ahondado por el desgaste en el reborde, sosteniendo los sueltos ladrillos.

—Abuela, ¿ya ha puesto usted la radio? Tempranito —dijo.

La vieja se volvió, como disponiéndose a dar la cara, tenso y retejido de surcos el pellejo del cuello.

—¿Y tu madre, hijo? ¿Ha ido a coger moras?

El muchacho ya salía por la casapuerta.

—Un magué —respondió sin mirar, palmeándose el antebrazo con el puño oscilante.

—Fíjese usted qué respeto —dijo la vieja—, a lo que hemos llegado.

Y se alejaba otra vez a recoger su cacharro, maldiciendo entre dientes. La mujer del barreño le daba vueltas a la llave del grifo, del que seguía cayendo un balbuciente chorrito. Resoplaba el aire por la cañería, como escupiendo la salida del agua. Lola sacudía el cuerpo, encaramándose la cántara en la cadera.

—Ésa, mucho de boquilla, pero la Matilde no pierde el tiempo, lo mismito que su madre. Buen pájaro está hecha, no hay más que verla —dijo la mujer del barreño, casi sin levantar la voz, mientras se pasaba las ásperas manos por la abultada barriga.

—Digo... —murmuró Lola.

—Y la madre ni la ve, porque dígame usted cuándo la ve, cada una a lo suyo. Vergüenza es lo que no hay.

Por el patio, bajo el voladizo del fondo, unos niños saltaban a la piola. Se ponían en fila, serios y alertas, frente al que permanecía agachado, que cabeceaba como si abrevara en un pilón, buscándole acomodo a las piernas entre las fallas de la solería. «A la primera, linaje; a la segunda, *candaje*; a la tercera, *polvorera*; a la cuarta, *culá* que te parta...», iban cantando uno a uno, al tiempo que se turnaban para saltar. Lola los miró distraídamente y ya empujaba la puerta, pasando primero el cuerpo de espaldas a la habitación, para ayudar a que entrara la cántara. Volvió a aparecer con un manojito de perejil en la mano.

—Angustias —llamó.

La vieja estaba esperando junto al hueco de la palma, con un niño canijo agarrado a su faldón. Se acercó a recoger el perejil. Tenía una diminuta corcova lateral y andaba arrastrando los pies, escorada hacia la derecha.

—Muchas gracias, hija. Luego se lo devuelvo.

—Deje usted.

—Nada, no faltaría más, luego se lo devuelvo.

Lola no contestó. Se metía en el cuarto, pero se volvió un momento cuando oyó otra vez a la vieja.

—¿Ha visto usted a ése?

—¿Diga?

—No, el niño de la Panocha. Ésa es la educación que le enseñan.

—La de hoy en día.

—Yo no sé adónde vamos a parar, no respetan ni los años.

—En fin.

—Hasta luego, hija, y gracias.

Lola entró en la habitación y entreabrió un poco los postigos. Joaquín roncaba en la misma postura de antes, con la boca abierta, babeando contra el retor de la almohada. Se volvió cuando le dio la luz en los ojos, rezongando por lo bajo. Lola trajinaba ahora en el fogón, metiendo papeles por la ventanilla y dando aire con el soplador de palmiche. El soplador parecía un abanico de anuncio, con su redondo país bordeado de unos cordones malvas y su flexible mango de vareta. Joaquín entornó los ojos. Veía unas ráfagas de humo escapándose por la ventana como por el tiro de una chimenea.

—Tú, ¿adónde vas con tanto humo? —murmuró.

—¿Qué quieres que haga? Vete al patio.

Joaquín carraspeó, rascándose por debajo de la camisa e incorporándose fatigosamente. Se le destapaba el lobanillo de la sien al echarse el pelo hacia atrás. Hablaba mirando al techo.

—Tú dirás lo que quieras, pero me siento fatal.

—¿Y quién te dice nada?

—Me siento fatal, no doy una.

Llamaron desde el patio. Lola se asomó, entreabriendo la puerta. Era el hombre de la camiseta que había hablado con ella cuando llenaba la cántara.

—¿Me da usted candela? —dijo señalando con un gesto el cigarro amarillento de saliva.

—Ah, se me había olvidado, qué cabeza.

Lola le sacó un carboncillo atrapado en la tenaza. El hombre de la camiseta chupaba con trabajo.

—¿Prendió? —preguntó Lola.

—Ya, gracias.

—Nada.

—¿Se levantó Joaquín?

—Está echado, no anda muy allá.

—Que duerma, eso es bueno.

Lola se volvió para la habitación.

—¿Qué decía ése? —preguntó Joaquín.

—Que te alivies.

Salían unas llamitas gualdas de entre el carbón de la hornilla, que chisporroteaba contra el poyo, manchándolo de diminutas láminas negras. Lola colocó encima una cazuela de desconchado y rojizo esmalte, apretándola contra las aristas del carbón para que se sostuviese. La cazuela hizo un extraño y se quedó ladeada sobre el resalte de hierro, un poco escurrida por abajo.

—Oye —dijo Joaquín.

Se echaba lentamente para atrás, hasta que descansó la cabeza contra la pared, el almagre pegándosele al pelo.

—Di.

Hubo un silencio. Lola vertía en la cazuela el contenido de un plato, empujando las hojas de cardo con los dedos.

—Me siento fatal —repitió Joaquín.

—Ya lo he oído. ¿Qué te pasa ahora?

—Lo de siempre, ¿qué me va a pasar?

—El tranquilo que estás tú hecho, eso es lo que te pasa.

—No, si encima voy a tener yo la culpa.

—Hombre, mira el panorama. Y tú que si esto y que si lo otro. Y venga de beber, sabiendo el daño que te hace, ya me lo vas a decir.

—Será que tú ayudas mucho.

—Ya te he repetido veinte veces que me podían ajustar para el lavado, ¿no?

—Lo primero que tengo que hacer es ponerme bien.

—Eso por descontado.

—A Lucas le dieron una medicina para los bronquios en el seguro.

—¿Y qué?

—No, que a mí ni eso.

—Pues habrá que ir a la botica, la cosa está clara.

—Y tan clara. Apoquinando veinte duros.

—Yo ya no sé qué decirte, hijo.

Joaquín se levantó, mientras se abrochaba los pantalones. Se quitó la camisa. Tenía las carnes azafranadas y se le señalaba el esqueleto por debajo de la piel rígida, como la leña a través de un saco. Llenó la palangana, volcando la cántara sobre ella, y se enjuagaba los sanguinolentos ojos.

—Anoche tuve una pesadilla —dijo mientras se secaba—. Me habían colgado de un árbol por los pies.

—La borrachera.

—Y me daban con una vara en la barriga.

—¿Otra vez el disco de tu primo? ¿Pero a ti qué mosca te ha picado?

Joaquín dejó el paño de secarse entre los barrotes del pie de la cama.

—¿Te queda dinero? —preguntó.

—¿Dinero? ¿No te digo? Echa la cuenta.

—O sea, ni una lata.

—Ni una lata.

—Pues habrá que pensar algo.

Lola no contestó enseguida. Destapó un momento la cazuela y luego miró de pasada a Joaquín.

—Anoche fui a lo de Ayuso.

—Sí...

—No estaba, hablé con la Consuelo.

—¿Y qué, sacaste algo?

—Un sofocón, que ya no fía ni una rosca.

—Pues a la bodega no puedo ir hasta que no acabe la vendimia, ya te lo dije, y eso si hay suerte. De modo que...

—¿Total?

—Total, que no hay trabajo, ¿te parece poco? Y de cantar, ya me explicarás tú, con esta voz y con esta guasa del estómago.

—Y de la vendimia, ¿qué?

—Y dale con la vendimia. ¿No te he dicho ya veinte veces lo del papeleo ese de los cojones?

Joaquín se volvió a sentar en la cama, bostezando y metiéndose una mano por la cintura del pantalón.

—Ya no sirvo ni para coger coquinas, maldita sea.

—Te lo digo en serio, Joaquín. Hay que buscar un boquete, así no vamos a ninguna parte.

—Desde luego.

—Yo puedo colocarme para echar medios días, te lo vengo diciendo.

—Va a ser una solución.

—¿Hay otra?

—Mira, ahí tienes las de ganar. A mí no se me ocurre más remedio que ir a robar uvas por las noches.

—Anda ya, hijo.

Joaquín se quedó callado. Pensaba en su cansancio, en aquel sordo y agotador pellizco que le subía desde el estómago hasta la garganta, una y otra vez, acobardándolo y dándole una angustiosa sensación de acabamiento, como si le fallara la tierra bajo los pies y ya no pudiese remediar la caída. A veces el dolor se le estacionaba en un rincón del bajo vientre y allí permanecía horas y horas pegando zarpazos como un gato dentro de una canasta. Joaquín empezó a echarse al colete todo el vino que se terciaba, por ver de calmar los arrechuchos, hasta que ya ni siquiera conseguía tolerar el vino.

—¿Qué aliciente le sacas, a ver si yo me entero? —le decía Lola—. Te hace daño, ¿no?, pues venga, tú más vino.

—¿Es que tú te crees que se puede cantar en seco?

—Yo no me creo nada. Los ejemplos al canto.

Joaquín había llegado al pueblo en 1944, hacía ya más de quince años, sin oficio ni beneficio. Recaló allí como podía haber recalado en cualquier otra parte, después de que lo soltaron del penal del Puerto de Santa María y de haberse pateado a lo que saliera las trochas de la región. El alcalde de su pueblo no había querido darle los papeles, pero le hizo la caridad de facturarle para donde le viniera en gana. La sierra era grande y podía escoger el rumbo.

—Pero mire usted —le había dicho Joaquín al alcalde—, es que yo necesito buscarme un trabajo y con el salvoconducto de la cárcel no llego ni a la esquina.

—¿Cuánto tiempo estuviste en chirona, vamos a ver?

—Usted lo sabe mejor que yo: tres años menos cuarenta días.

—¿Y por qué?

—Me metieron al terminar la guerra, como a los demás.

—¿Lo estás viendo? Y ahora vienen las lamentaciones, ¿no?

—No, señor, yo lo único que quiero es la cédula.

—Pues la cédula no te la doy, mira tú por dónde. Arréglatelas con el papel que te dieron en el Puerto. A la gente como tú hay que escarmentarla, y bien.

—Pero es que a mí me hace falta, don Ramón, dése usted cuenta. ¿Qué hago, si no?

—Eso, allá tú.

—En el penal me dijeron que usted iba a solucionármelo.

—¿Por qué no pides ayuda a los tuyos?

—Los míos están aquí, en mi pueblo.

—De tu calaña ya no quedan, les dimos el pasaporte.

—¿Y yo qué le he hecho a usted?

—¿Tú? Más vale que te calles.

—¿Por qué me voy a callar? Usted me tiene que dar la cédula porque yo ya he cumplido lo que tenía que cumplir.

—No me digas. Anda, lárgate, si no quieres pasarte otros dos años a la sombra. Y que no te vuelva a ver por aquí.

A Joaquín le quemaba la sangre por el pecho arriba. La alcaldía tenía las paredes de cemento, con unas rayitas ocres imitando el dibujo rectangular de la piedra. Olía a heno. Por detrás de la mesa del alcalde se abría un balcón a la luz violeta de la plaza. Desde el muro de la izquierda, las figuras de dos cuadros miraban para Joaquín. Joaquín desvió los ojos hacia donde estaba pegado el cartel anunciador de las ferias, con un primer plano de madroños colgando de una torre y un caballo alzado de manos a su vera. Debajo venía la fecha de la celebración: del 17 al 21 de abril. Faltaban quince días. Joaquín se tragó la quina. Le empezaba a atosigar la punzada del estómago más fuerte que nunca.

—Un consejo —volvió a decirle el alcalde—: yo, en tu caso, me *najaba* del pueblo mañana mismo.

A la mañana siguiente, una pareja de guardias en traje de campo y mosquetón en bandolera se acercó a casa de Joaquín. Joaquín se había ido donde su hermano, que era escobero y vivía en una chabola de las afueras.

—El alcalde, que aquí tienes el billete —le dijo uno de los guardias.

—¿Qué billete? —preguntó Joaquín.

—El del tren.

—¿Cómo que el del tren? Yo no me tengo que ir a ninguna parte.

—De vacaciones, un regalo. Te bajas donde más coraje te dé, pero por aquí no vuelvas, ya lo sabes.

—Y eso, ¿a santo de qué?

—Orden de la autoridad.

—¿Y los papeles?

—Nosotros, ni idea.

—Pero ¿yo qué he hecho?

—A ver si lo averiguas. ¿O es que no te conviene acordarte?

—Una injusticia, ahí está.

El guardia que no había hablado levantó la cabeza con un inseguro desafío,



acomodándose el mosquetón.

—Mucho cuidadito con lo que se habla, ¿eh? De modo que a callarse la boca porque va a ser peor.

Joaquín sentía un nudo de rabia en la garganta.

—El día en que se me ocurrió volver...

—A las doce y cuarto en punto en la estación, ¿estamos?

Joaquín anduvo dando bandazos por donde Dios le dio a entender, viviendo a salto de mata, hasta que cayó por el pueblo y decidió no seguir adelante. Al principio consiguió un trabajo eventual de mosteador por mediación de un paisano, durante las faenas de acarreo en las Talegas, defendiéndose también con alguna que otra chapuza y con lo que caía por las noches, que era de higos a brevas, cuando deambulaba por los ventorros al arrimo del fandango. Joaquín era un buen cantaor, con la voz heredada de una casta de hombres duros y enigmáticos, esparteros de oficio, que bajaban de la sierra con el buen tiempo y recorrían la comarca ofreciendo su mercancía y vendiendo de paso su cante al mejor postor. A poco de llegar al pueblo, Joaquín se juntó con la cuñada de Corrales, el capataz de don Andrés.

—¿Tú te vendrías conmigo?

—Sí.

Alquilaron una habitación en una vieja casa de vecinos del Angostillo y allí habían ido tirando, unas veces mal y otras peor, según los tiempos. A Joaquín, como a su padre y como al padre de su padre, le decían por mal nombre el Guita, no se sabía si por lo enjuto y piernilargo o porque también había trajinado en la mísera industria familiar del esparto. La habitación era reducida, pero tenía una ventana a un callejón.

—Aquí vamos a estar bien.

—Se cabe.

—La cama ya la tenemos, ahora hay que comprar una cómoda.

—Y una mesa y dos sillas.

—Todo se andará. Aquí vamos a estar bien.

Llamaron a la puerta con dos golpes secos y sonoros, como si hubiesen golpeado con la palma sobre un cajón vacío. Lola se acercó a ver quién era. Se recogía el pelo en la nuca, enlazando los crespos mechones con una horquilla.

—Buenos días. ¿Está Joaquín? —preguntaron.

—Un momentito.

Lola se metió otra vez para dentro. Hablaba mirando para el fogón.

—Ahí te busca ése.

—¿Quién? —dijo Joaquín.

—Ése, ¿cómo se llama?

Joaquín se levantó. Intentaba meter los brazos por las mangas de la camisa mientras se dirigía a la puerta. Afuera estaba esperando Julián Cobeña, apoyado

contra uno de los puntales que sostenían el voladizo, de espaldas al cuarto. Era un hombre de edad indefinida, casi más ancho que alto, con una nariz amoratada y acribillada de agujeritos como una esponja. De día se le notaba más que de noche. Se volvió cuando oyó salir a Joaquín, moviéndose con una ridícula compostura y adoptando ese engolado aire de suficiencia de los espíritus serviles. Cobeña tenía cara de no haberse acostado.

—¿Qué hay, Joaquín? —saludó—. ¿Cómo va eso?

—Vaya, regular nada más.

—¿Y esas molestias?

—Pues eso, regular, unos días no me tengo y otros me aguanto. Mala cosa.

—Nada, hombre, lo que hay que hacer es no echar cuenta. Si uno va a andar todo el día con lo mismo y venga de vigilarse, a ver qué vida.

—No, si yo no le hago maldito el caso, como si no fuera conmigo, pero cuando esto empieza a decir aquí estoy yo... —y volvía a meterse la mano por la cintura del pantalón, como si buscara algo allí dentro.

—Lo dicho. Aquí donde me ves, todavía no me he acostado. Tuvimos una fiestecita en Valdecañizo y de allí me fui a la Perla. Un café y como nuevo. ¿Y sabes por qué?

—Di.

—¿Sabes por qué? Pues porque la salud depende mayormente de aquí —se apuntaba la sien con un dedo— y lo demás son peces de colores. Si algo no funciona lo que hay que hacer es darle la cara, o sea, que a ver quién puede más, hasta que se canse el cuerpo y coja por otro camino. Medicina de santo, hazme caso.

—Sí, eso se dice muy pronto, pero a la hora de la verdad, ya querría yo verte.

—Tú hazme caso.

El hombre de la camiseta se asomó al patio. Tenía aire de volver a pedir fuego. Titubeó un momento y luego corrió la cortina de arpillera de su habitación, echándole un ojo al Julián. Se oía cantar un jilguero por la parte de la azotea. Dos mujeres, una de ida y la otra de venida, atravesaban el estrecho soportal de la derecha trasegando agua. La más joven parecía no darse cuenta de su impasible y churretosa hermosura.

—Ésa es la niña de la Panocha, ¿no? —preguntó Cobeña.

—¿Cuál?

—Ésa, la del cubo, ¿hay otra?

—Sí.

—¡Cómo está!

—Y bailando, oro de ley.

—Si yo ya la he visto, Julián Cobeña al pie del cañón. El otro día estaba en lo del Troncho y armó un escándalo.

—Una artista.

—¿Y no se lanza?

—No sé.

—Pues yo le tengo echado el ojo, eso es una mina.

—Por ahí no vas encaminado.

—Ya me lo vas a decir, espérate. Unos cuantos de los verdes.

Julián Cobeña seguía con la vista a la hija de la Panocha, que cruzaba ahora por la galería alta. Sacudió la cabeza con un gesto como de volver a la realidad.

—Bueno, a lo que iba, que ayer tarde estuve con don Gabriel.

—Suerte.

—Y que quería una fiesta para esta noche.

—El estreno de la temporada.

—Venga, en serio. A eso de las diez. Tú caes por allí, ¿no?

—¿Por dónde?

—Por la Damajuana.

—Verás, es que...

—Cuento contigo.

—Hombre, qué quieres que te diga. Por mi gusto, ya estaba yo allí, pero es que no me encuentro nada bien, de verdad.

—Anda ya, tú, no me salgas ahora con eso. Si va a ser una cosa tranquila, una reunión sin más nada, es decir, oír un cante y tomarse una copita y ya está.

—Si no es por eso, qué más quisiera yo. Además, don Gabriel..., en fin, ya tú sabes, que no, vamos, que no se me apetece, para qué te voy a decir una cosa por otra.

—Pues no estás tú poco exigente. Don Gabriel tiene su trastienda, como cada quisque, mayormente, pero en cogiéndole el tranquillo, o sea, en sabiendo llevarlo, una aguja.

—Venenosa.

—Vaya, hombre, te levantaste que da gusto.

—Me sé yo más bien de memoria a don Gabriel y a toda su casta.

—Oye, mira, que yo no he venido aquí para que me tomes por el pito del sereno, ¿estamos? Encima de que uno te busca...

—Dispensa, Julián, yo sé que tú le trabajas ahí unos asuntos a don Gabriel, pero cada uno tiene su natural, yo sé por dónde voy.

—Hoy hay que aprovechar lo que sea. Como te pongas a darle vueltas a la olla, se la come uno más listo que tú, eso fetén. La vida es la vida.

A Joaquín le brilló en los ojos un momentáneo amago de agresividad.

—Y el que se lleva el gato al agua es el que no pierde ni el paso —remachó Cobeña—. Si es que no hay otro remedio: aprovechar lo que caiga, un ojo aquí y otro allí —se bajaba un párpado—, ¿tengo razón o no?

—Eso vamos a dejarlo.

Se oía un alboroto de voces. Joaquín miró hacia el fondo del patio, pero lo cegaba el reflejo del sol contra unos cristales. Se extendía un acre olor a puchero quemado a medida que arreciaba el calor. Una mujer hablaba a gritos con otra a través de todo lo ancho de la galería.

—¡Que si has visto al niño! —se desgañitaba.

—Bueno, ¿en qué quedamos? —dijo Cobeña—. No parece sino que te estoy pidiendo un servicio gratuito. A mí ni me va ni me viene, figúrate.

—Sí, si yo me hago cargo. Es que no me acabo de decidir. Luego te dejo colgado, ¿y qué?

—Escucha, Joaquín. A mí me encargó don Gabriel que le apañara un cantaor para esta noche y, ya ves, me ha faltado tiempo para venir a avisarte. Eso es lo que hay, sin interés. De modo que si te hace plan me lo dices y si no, pues aquí paz y después gloria. Por eso no nos vamos a pelear.

—Sí, claro.

—¡Y eso que le dije que viniera en seguida, le voy a dar una! —seguía gritando la mujer.

—Son cuarenta duros, date cuenta.

—Cuarenta duros. Como si no me hicieran falta.

—¿Y a quién no?

—¿No estaba ahí jugando a la piola?

—A quien los da, un caso.

—¡Ya le enseñaré yo piola, la leche que mamó!

—Bueno, ¿entonces, qué?

—Está bien, hecho. A las diez en la Damajuana. A ver si reviento de una puñetera vez.

—No será para tanto. Tú, con cumplir.

Lola entornó la puerta. Se asomó un momento y la volvió a cerrar casi de golpe. Julián Cobeña alcanzó a echarle un ojo a las brunas y entecas pantorrilas. Se le metía en las sienes el doble y fugaz centelleo de la piel. A Julián Cobeña le colgaba una gota de la nariz, como una maleable bolita de vidrio que aparecía y desaparecía con la respiración. Se acordó de pronto de la catalana, a la que no pudo meterle el diente la noche anterior.

—¿Tú conoces al Cuba? —preguntó, sorbiéndose la gota con ayuda de un dedo.

—De vista.

—Un tío litri con más conchas...

—¿Eh?

—No, es que me he acordado ahora no sé por qué. Anoche me la jugó, se la guardo.

Joaquín se quedó callado. Julián Cobeña sentía una ardorosa masa de eructos

desplazándose hacia la garganta. Le empezaba a punzar el sueño en las cuencas de los ojos, como si le martilleara dentro de la cabeza una nebulosa superposición de las carnes de Lola y de la catalana.

—Y la parienta, ¿cómo está? —preguntó tragando saliva.

Joaquín se distraía mirando correr el agua por el canalillo escarbado en el piso. El agua bajaba desde el pocijón hasta el hueco central de la palma, escapándose por las juntas y estancándose entre los ajados ladrillos, que vaheaban como la boca de un horno.

—¿Dime?

—Lola, que cómo anda.

—Ah, bien, como siempre.

—Lola vale lo suyo, te lo digo yo.

A Joaquín le dolía más el estómago. Pensó que iba a tener que echarse otra vez en la cama. Boca arriba se aflojaba un poco el pellizco de la acidez.

—Ea, trato hecho, a las diez estoy en la Damajuana —dijo como despertándose—. ¿Van a venir a recogerme?

—Es una mujer como tienen que ser las mujeres.

—¿Van a venir a recogerme?

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Hombre, me figuro. Si tú ves que no han aparecido a las nueve y media o cosa así, coges el portante, tampoco te vas a herniar.

—Estamos. Y gracias, ¿eh?

—Nada, hasta luego, memorias.

Cobeña ensayó un afectado ademán de premura. Joaquín lo veía atravesar el patio bajo el voladizo, con el andar vacilante, como si se olvidara de algo, sacándose para afuera los sucios puños de la camisa. Se detuvo un momento para encender una colilla de faria. Tosía con el humo del fósforo. Luego levantó la cabeza hacia la galería, por donde sonaban unas voces de mujeres. Se sacudió la chaqueta, pasándose la manga por las solapas. Joaquín ya abría la puerta de la habitación, un poco encorvado para adelante, los ojos fruncidos. Lola andaba revolviendo entre los cacharos de la cómoda. Miró a Joaquín.

—Vaya sermón, hijo, qué barbaridad.

—Ése, cuando coge la palabra...

Lola intentaba cerrar un cajón que se había atascado. Se hincó de rodillas y empujaba primero de un lado y luego del otro, metiéndolo por tiempos.

—Tiene menos vergüenza... —dijo mientras se incorporaba, una mano en la cadera.

—Ni la conoce, estamos de acuerdo. Un poco más y le canto las cuarenta.

—¿Y qué quería?

—Nada, una razón para esta noche.

—Menos mal.

—¿Menos mal? Era de parte de don Gabriel Varela, con eso te lo digo todo.

—Tanto da. Algo salió, ¿no?

—Una colocación.

—Sí, encima quéjate, tú también eres especial. Va a venir a lo justo.

—¿Tú crees que si no me hicieran falta los treinta o los cuarenta duros iba yo a cantarle a ese hijo de la gran puta?

Lola se secaba las manos en los bajos de la falda, remangándose para arriba.

—¿Quieres café? —preguntó.

—Venga.

Lola vertió el recuelo de la malta en un cuenco de loza amarillenta y se lo acercó a Joaquín. Joaquín lo sostuvo con las dos manos y sorbía ruidosamente, a pequeños y espaciados buches. Luego se sentó en la cama con una cuidadosa lentitud, apoyando la espalda en los barrotes de la cabecera, una pierna encogida contra el pecho. Miraba a un punto fijo del hule de la mesa camilla, todavía con el cuenco en una mano. Lola vaciaba la palangana en un pequeño bidón arrinconado junto a la puerta. Se oía como un remusgo de hojas crepitando con el calor.

Miguel descorrió las cortinas y se asomó a la calle. Parpadeó varias veces, desatándose y volviéndose a atar más fuerte la cinta de los pantalones del pijama. El pijama le venía estrecho y se le ajustaba a los hombros igual que una camiseta. Se volvió de espaldas a la luz, que se había entrado en la habitación como si fuera una oleada de cal. A Miguel le dolía el fondo de los ojos. Dio unos pasos indecisos hacia la puerta y la abrió con la mano temblona.

—¡Sole! —llamó.

—¡Va! —contestaron desde algún sitio.

Miguel se acercó a la cama deshecha y buscaba entre las sábanas. La habitación era espaciosa, de altos muros blanqueados, escasa de muebles y con la noble solería deslucida por el abandono. En el cielo raso todavía se notaban las muescas donde debieron alojarse unas vigas de grueso porte.

—¿Se puede? —preguntaron desde fuera.

—Pasa, sí.

Apareció una mujer ya metida en años, de limpia apariencia y confiada actitud. Llevaba un mandil con peto encima de un vestido marrón de hábito.

—Buenos días, señorito.

—Buenos días. ¿Me quieres traer un café?

—Son más de las doce y media.

—¿Ya?

—Seguro que se acostó con las claras.

—Mucho trabajo.

—Sí, sí...

—¿No te lo crees?

Miguel vivía solo. A media mañana iba una mujer a hacerle la comida y a arreglarle la casa. La mujer se sentía también en la obligación de velar un poco por la desordenada vida de Miguel.

—Se está usted matando, eso es lo que está haciendo.

—Pues no tengo ningunas ganas.

—¿Y qué es lo que saca con esa vida?

—Hepatitis.

—¿Dígame?

—Un día con otro, siempre sale algún compromiso. Tengo que atenderlos.

—Un día con otro...

—Anda, Sole, tráeme un café.

Sole se fue de la habitación moviendo la cabeza. Le tenía apego al señorito.

—Un caballero —explicaba—. Podrán decir lo que quieran, pero es un caballero.

Miguel se echó en la cama, la vista fija en el techo. Recordaba vagamente los ajetreos de la noche anterior, la absurda pisa en el lagar, su cuerpo chorreante de mosto, la apacible compostura de Carmela. Lo demás se le había disipado dentro de la espiral de brumas de la cabeza. Creyó entrever la llegada a su casa, ya de día, con la bilis y el fatigoso asco de la mañana aguzándole una especie de vago remordimiento. Tenía conciencia de que Perico Montaña le había dicho algo al despedirse que debía recordar y no podía. Lo atormentaban como ninguna otra cosa las lagunas mentales. *Les dije que vinieran, se lo dije a Rafael. Seguro que me estarían esperando.* Pensaba otra vez en Carmela, con una gustosa sensación de placidez.

—¿Se puede? —volvió a preguntar Sole.

—Sí.

Sole entró con una taza en la mano. La colocó sobre la mesita de noche y removía lentamente el café con la cucharilla, mirando para Miguel con un ingenuo gesto de reproche.

—Que no se le enfríe —dijo.

—Gracias.

—¿A qué hora quiere usted almorzar?

—Yo te aviso.

La mujer salió de la habitación. Miguel volvía a perderse en la áspera tiniebla de su memoria. Confundía los hechos de hacía algunas horas con otros más lejanos y martirizantes. Le palpitaban las sienas como una dolorosa réplica a la ardentía del estómago. *Me están royendo el vientre las larvas del alcohol, se me enroscan por dentro de las sienas los gusanos del alcohol.* Vio la mirada de lujuria de Julián Cobeña, la carnal avaricia de la catalana, la indigna mordacidad del Cuba. Se yuxtaponían sobre un borrascoso fondo de medias tintas las caras, las voces, la luz del petromax, la peste del carburo, la pringue de los lagares, el olor a esperma del mosto. Las imágenes superpuestas estallaban por algún lugar de la habitación, bifurcándose en miles de sólidos destellos que iban a depositarse dentro de la cabeza de Miguel. *La saliva que trago me sabe a cieno, ya no puedo volverme atrás.* Sentía la culpa como una masa amorfa y descompuesta que se apelmazaba en diminutos bultos bajo su cuerpo. Era su diaria y momentánea manera de reaccionar contra los matinales baches del humor. En el fondo de su modorra se iba dibujando la desatada mansedumbre del cuerpo de Encarna, entrelazándose con los rasgos de Carmela y de su prima Lupe. Miguel se golpeó un brazo con la cabecera de la cama. La cama era de matrimonio, con dosel y columnillas salomónicas. Miguel se incorporó. El café ya estaba frío. Se lo bebió de un trago y se levantó. Andaba descalzo, con una lenta incertidumbre en las piernas, el vértigo rondándole la vista. Se fue al baño a darse una ducha. A veces ponía una banqueta debajo del agua y se sentaba hasta que veía que se



le iba despejando la cabeza. El procedimiento no dejaba de tener sus ventajas.

—¿Le sirvo el almuerzo, señorito? —preguntó Sole desde el otro lado de la puerta.

—Espera un momento, ahora salgo.

Miguel se vistió mucho más pronto de lo que hacían suponer sus reposados movimientos. Cruzó un corto pasillo y entró en una habitación con dos estanterías a media altura, una a la derecha y otra al frente. La casa tenía tres pisos, pero los dos de arriba estaban alquilados. Miguel se reservó una parte de la planta baja, con una puerta independiente a la calle, cediendo el ancho patio y el ala derecha a los otros dos vecinos. Con tres habitaciones, Miguel tenía de sobra. La casa era lo único que le había quedado de lo que heredó de su madre. Sole entró con un plato humeante, que dejó sobre una mesita baja. Miguel hojeaba el periódico, apoyado en el espaldar de un butacón.

—Aquí tiene, señorito —dijo Sole.

—Gracias.

Miguel se sentó y comió unas cucharadas de sopa. Sole ordenaba unas revistas, amontonándolas en el resalte inferior de la estantería, encima de la parte cerrada.

—¿Qué hay ahora? —preguntó Miguel.

—Carne.

—Tráemela, ¿quieres?

—¿No termina la sopa?

—Está buena, pero no tengo muchas ganas.

—Los desarreglos. Y encima juegue usted con la comida, ya verá.

Miguel leía otra vez el periódico.

—Estoy demasiado gordo —dijo.

Sole recogió la sopa y salió. La habitación tenía una ventana al patio. La ventana estaba abierta y tapada con unos visillos, que se abombaban con los empellones del levante. Volvió a aparecer Sole con otro plato. Cuando Miguel terminó de comer ya eran las dos pasadas. A las tres y media entraba en la oficina, una agencia de exportación de vinos donde llevaba por las tardes los asuntos de la propaganda. Miguel se puso la chaqueta. Le venía el olor a mosto de la noche anterior.

—Sole.

—Mande.

—¿No vino Corrales esta mañana?

—Sí, señorito. Me dijo que no lo despertara, que luego lo vería.

—¿Dejó algo?

—No.

—Bueno, me voy.

—Hasta mañana, señorito.

—Hasta mañana.

Miguel salió a la calle achicharrada de sol. Atravesó a la otra acera para tirar por la sombra. No se veía a nadie. Bajaba de los árboles un crujiente y desolado silencio, como si el calor engullera todos los ruidos. Miguel atravesó el descampado de terrizo de una plaza y torció a la derecha, metiéndose por una angosta callecita empedrada. Alguien corría a su encuentro, alcanzándolo por detrás.

—Don Miguel —llamaron.

Miguel se volvió.

—¿Qué hay?

—Quería echar con usted un parrafito —dijo Lucas—, con su permiso.

—Andando.

—Verá usted, don Miguel...

—Ven, vamos a tomarnos un café ahí en la Perla.

Andaban sin hablar. Lucas llevaba una cazadora raída y unas botas de lona. Se subía la cremallera mohosa, que se atascó a medio camino. Al doblar la esquina entraron en un café. Se arremolinaba el viento contra el muro del chaflán, haciendo girar mansamente papelillos y virutas. Miguel se acercó al mostrador, refregándose con un dedo el lagrimal. Se le había metido el polvo en los ojos. La resaca del mareo sorbiéndole la razón, una mancha de mosto revolando entre el relampagueo de las órbitas como un murciélago, la evidencia de otro día en blanco. El camarero estaba sentado por detrás de la barra, al lado de una puertecilla cegada, y se levantó calmamente para saludar.

—Buenas tardes, don Miguel. ¿Qué va a ser?

Miguel se dirigía a Lucas.

—¿Qué tomas?

—Café con leche, gracias.

—Uno solo y uno con leche.

El camarero manipulaba en la cafetera. Al fondo del salón, dos hombres dormitaban sentados contra la pared, ante dos vasos mediados de cerveza. No había más clientes.

—Bueno —dijo Miguel—, tú dirás.

Lucas hablaba sin mirar, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, que tenía las vueltas descosidas y salpicadas de barro.

—Estoy *parao*, don Miguel.

—¿*Parao*, ahora?

—Las cosas, ya ve usted.

—Pero, hombre, si en Monterrodilla están buscando gente por debajo de las piedras.

—Sí, eso me dijeron, iba a tantearlo. Lo que pasa es que ahora, o sea, que yo creo

que a un servidor no lo iban a ajustar en Monterrodilla.

—¿Y eso?

El camarero sirvió las dos tazas. En cada platito, los dos terrones de azúcar. Lucas esperó a que el camarero se retirara.

—Es que..., bueno, que no me cogerían, es decir, que yo no me atrevo.

—Como no te expliques.

—Mire usted, don Miguel, yo a usted tengo que decirle las cosas como son.

—Pues desembucha.

—Anoche fui con Joaquín a coger uvas. Una mala racha.

—¿A coger uvas? ¿Y cómo se os ocurrió?

—Yo que sé. Nos soltaron una perdigonada desde el bienteveo.

—Pues sí que estáis buenos. ¿Y pasó algo?

—No, pasar no pasó nada. Nos vinimos con las manos vacías y con una leche, figúrese.

Los dos hombres que estaban sentados al fondo se acercaron al mostrador a pagar. El camarero les dio el cambio y salieron.

—Ésas no son formas —dijo Miguel—. Ni siquiera en Monterrodilla.

—Sí, señor, no se lo niego. Si fue una cosa que ni yo me la explico. Una mala racha.

—Vaya... Y Joaquín, ¿qué hace?

—¿Joaquín? En las mismas, fatal. Se emborracha con olerlo y además yo no sé qué tiene. Estamos pasando el quinario, don Miguel.

Lucas sorbió el último buche de su café con leche, agitándolo primero para aprovechar el azúcar del fondo, el dedo índice sujetando la cucharilla dentro de la taza. Se atolondraba al ponerla sobre el plato.

—Bueno, ¿y qué quieres que yo haga? —preguntó Miguel.

—Si usted pudiera buscarme un apaño para estos días...

—Hombre, el panorama está como para una recomendación.

—Usted sabe cómo soy yo, don Miguel.

—Por ahí no te conocía.

—Le doy la razón, maldita sea la hora. Las cosas están muy malas.

—De acuerdo, están peor. Y robando uvas, ¿qué?

A Lucas se le compungían los ojillos, rascándose las suelas de esparto contra el escalón del mostrador.

—Si fue una imbecilidad, don Miguel, ¿no se lo digo?

—¿Te hace ir a las Talegas?

—Verá, es que todo lo tenemos en contra —levantó la vista—. Usted sabe que Joaquín vive con la cuñada de Corrales, el capataz, y claro, no se hablan.

—Total, que todo son facilidades.

—Si supiera usted el apuro que me da.

—Yo hablaré con don Pedro Montaña, a ver qué se puede hacer. Valdecañizo por lo menos no lo habéis tocado, ¿o sí?

—No, señor. Mejor dicho, nos fijamos en Monterrodilla porque caía más cerca. La primera y la última vez, palabra.

—¿Y os vieron?

—Pues ésa es la cosa. Vernos, nos vieron —se metía los dedos por el pelo—. Ahora, lo que ya no sé es si se dieron cuenta de que éramos nosotros.

Miguel llamó al camarero, que se había vuelto a sentar al lado de la puertecilla cegada.

—Cobrando —dijo Miguel.

—Cinco veinticinco de dos cafés y setenta y cinco del bote —aclaró el camarero, haciéndose el desvergonzado con escasa habilidad.

Se oía el zumbido del ventilador colgado del techo. Miguel pagó sin comentarios las seis pesetas y salieron a la calle. Cruzaba un burro cargado hasta los topes de vasijas de barro, los botijos y los lebrillos colgando del serón casi a ras del suelo.

—Me tengo que ir —dijo Miguel—, ya nos veremos.

—¿Se acordará?

—Descuida. Ahora tengo que ver a don Pedro, más pronto...

—No sabe usted lo que se lo agradezco, estoy en las últimas.

—¿Y Joaquín?

—Joaquín, más vale callarse, ya le digo, la caraba.

—También querrá un remiendo, ¿no?

—Usted dirá.

—Bueno, yo hablaré con don Pedro por los dos.

—Joaquín no tiene en regla lo del carné.

—No sé, es lo mismo. Ahora lo único que hace falta es que os portéis, porque como sigáis así...

—Don Miguel...

Se despedían en la esquina. El viento seguía levantando remolinos de polvo por la parte del cruce, desplazándolos a lo largo de la acera vacía. Pasaron unas muchachas con espuestas y almocafres por el medio de la calle. Llevaban unos pañuelos oscuros en la cabeza y unos pantalones de hombre asomándoles por debajo de las faldas deshilachadas. Seguramente iban o venían de escardar.

—Yo os mando aviso a casa de Joaquín.

—Muchas gracias, don Miguel. A ver si es verdad que arrancamos.

—Yo os mando aviso. Hasta la vista, Lucas.

Lucas tiró otra vez por donde habían venido. Pasaba la mano por la pared desconchada. De espaldas, se le veía un churrete de calamocho en el cuello. Miguel

torció a la izquierda y salió a una calle anchurosa, de floridas y encaladas fachadas, con una hilera de plantones de acacia a cada lado. En la acera de la sombra se veían algunas personas sentadas alrededor de unos veladores con tapas de cristal, cobijados del sol bajo unas sombrillas. Miguel atravesó la calle y entró en un estanco diminuto. Sobre la puerta aparecía la bandera bicolor, con una de las franjas coloradas un poco más oscura que la otra. Miguel sacó unos billetes del bolsillo del pantalón.

—Monterrey, por favor —pidió.

La vieja del estanco le acercó la caja. Miguel tanteó los puros, escogió dos y pagó. Cuando salía le empezó a punzar el hígado. Todavía no eran las tres y media en el reloj de anuncio de una agencia de viajes. El reloj no tenía números sino las doce letras de «Viajes Pegaso», la «j» en las 12. Sorteó los veladores y volvió a atravesar la calle. Se le mojaban los ojos con el ramalazo de la jaqueca. Una inmensa y caliente gota de acidez untando de hastío el campo de la visión, un espejo deformante deslizándose por las paredes a compás de la marcha. Miguel se desvió por un pasaje transversal, de circulación prohibida, y entró en una casapuerta penumbrosa. Se detuvo a encender un puro, dándole vueltas en la boca mientras chupaba. Luego se pasó el pañuelo por la frente. Subió las escaleras y empujó una puerta de doble giro en el primer amplio recodo. La puerta tenía un recuadro con un cristal esmerilado en la parte de arriba y una inscripción en rojo, formando arco: «Whyte & Montaña, Cía. Ltda.» Una muchacha pelirroja y delgaducha, de apagado mirar, estaba sentada detrás de una mesa, en el ángulo del recibidor.

—Buenas tardes, don Miguel.

—Hola, ¿hay algo? —se quitaba las gafas de sol.

—Ahí le dejé las cartas en su mesa.

Miguel atravesó una sala con tres escritorios metálicos a cada lado y un mostrador de madera cruda en el frente. En dos de los escritorios trabajaban otros tantos empleados. Hasta las cuatro menos cuarto no estaba al completo.

—Buenas tardes.

—Buenas.

—¿Ha venido don Pedro? —se dirigía al último de la derecha.

—No, señor, todavía no.

Miguel se metió por una de las puertas del fondo. Era un cuarto reducido y con buena luz, donde cabían a duras penas un sofá, un estante y una mesa. Miguel se quitó la chaqueta y la colgó en un hueco que quedaba entre el estante y la pared. Luego se remangó la camisa y se sentó a abrir la correspondencia. Interrumpió la labor para volver a encender el puro. Sintió de nuevo los estirones del hígado y se aflojó el cinturón. Llamaron con los nudillos en la puerta.

—Pase.

Era uno de los hombres que trabajaban en la sala.

—Don Jerónimo, que lo llamara usted.

—¿Vino por aquí?

—No, telefoneó hace un rato.

—Gracias.

Miguel descolgó el teléfono y marcó un número. Don Jerónimo era más conocido por el apodo del Cuba. Sacudía la ceniza mientras esperaba la comunicación.

—¿Don Jerónimo?

Contestaron algo.

—De parte de Miguel Gamero.

Volvieron a contestar.

—No, muchas gracias, ya lo veré después.

Miguel colgó el teléfono y se puso a leer una carta. Hizo unas anotaciones en la esquina del papel. Lo adormilaba el teclear de una máquina de escribir, que parecía abrirse paso entre el cálido sopor de la habitación. Miguel agrupaba la correspondencia en tres montoncitos. *Tengo que ver a Vicente Corrales, tengo que hacer algo.* Metió cada montoncito en una carpetilla de plástico transparente. Hasta las siete y media quedaba tiempo de aguantar mecha, aunque no había nada nuevo que resolver. Se levantó y se acercó al estante. Rebuscaba por los anaqueles cuando se abrió la puerta.

—Creí que no estarías.

—A mi hora —dijo Miguel volviéndose.

Perico Montaña se sentó en el sofá.

—Estoy hecho polvo.

—¿No dormiste?

—Hasta hace un rato... La resaca.

—Es que fue de las buenas.

—Una cura de reposo.

Miguel se volvió a sentar, separando la silla de la mesa. La mesa tenía atravesadas por debajo dos barras de hierro, formando unas diagonales afiligranadas, con unos cilindros en la medianía. Perico Montaña se desabrochó el cuello de la camisa.

—Escribió el tío de las etiquetas —dijo Miguel.

—Ya era hora.

—Voy a decirle que bueno, que el dibujo a tres tintas, ¿no te parece?

—Yo creo que sí, tú decides.

Perico Montaña se reclinó en el sofá, apoyando la espalda en uno de los brazos de gutapercha y estirando los pies a lo largo del asiento, las manos cruzadas por detrás de la cabeza. Además de la viña de Valdecañizo, Perico Montaña llevaba una bodega de almacenado y era gerente de la agencia Whyte & Montaña, Cía. Ltda. El otro socio era un inglés que siempre andaba de viaje y que sólo aparecía por allí de higos a

brevas.

—Cada vez aguanto menos —dijo Perico.

—Es que nos bebimos una cantidad curiosa.

—El resto. Y el gachó ese, ¿cómo se coló?

—¿Quién?

—Cobeña, el hampón que le lleva los trajines a Gabriel.

—Estaba en casa de la Chacona, ¿no?

—Ni idea. A mí me da en la nariz que fue a sondear lo de los cortadores.

—Seguro que lo mandó Gabriel —tragó saliva como haciendo un esfuerzo—. Yo estuve a punto de darle en la jeta, ¿te fijaste?

—Una adquisición.

Miguel se volvió para abrir un poco más la ventana metálica que quedaba detrás suyo. Metió la mano por debajo de la persiana de plástico para empujar el batiente.

—Todavía huelo a mosto —dijo, ahuecándose la camisa.

—No, tú hiciste tu noche. El numerito de la pisa fue de antología. Me imagino los comentarios.

—Hace una temporada que se me desboca el freno, lo vengo notando.

—Mucha tela. Y a ti que cada vez se te entiende menos.

—¿A mí?

—Bueno, la cosa salió, ¿no?

—No nos aburrimos. Otra nube.

Se quedaron callados un momento. Rebullían las copas de unos naranjos que asomaban por la tapia de enfrente.

—La niñata esa estaba bien —dijo Perico.

—¿La rubia?

—Sí.

—Saca más que las misiones. Yo me dormí a lo último.

—Estaba bien.

Miguel abrió un cajón lateral de la mesa y sacó una libreta con tapas negras de hule. Se abanicó un poco con ella antes de hojearla. Perico cerró los ojos, resbalándose por el brazo del sofá.

—Creo que Gabriel está que trina —dijo.

—¿Le dio el tétanos?

—Lo de los cortadores.

—Ya.

—A joderse tocan, yo no los suelto, ni hablar. Además que tampoco iban a querer irse ahora.

—Haces bien. Oye, a propósito, ahí te tengo a dos recomendados.

—¿Para qué?

—Para que los metas estos días en Valdecañizo.

—¿En Valdecañizo? Pero si allí sobra gente, se cubrió el cupo.

—Échales una mano, hombre.

—Ya estás tú con tus líos.

—Se trata de Joaquín el Guita y de un amigo suyo... Las están pasando moradas.

—¿El cantaor?

—Está de capa caída. Y el otro igual... Un caso de apuro.

—Bueno, que se vayan mañana en el camión, en algún sitio podrán meterse. Yo se lo mando decir a Serafín, si es que no la cascó con la que tenía anoche.

—De acuerdo.

Perico se incorporó despaciosamente del sofá. Tenía una inmensa ojera debajo del párpado derecho. En el otro no se le notaba tanto. Se pasó las torpes manos por el pelo, sentado todavía y con los codos en las rodillas.

—¿Vienes después al casino? —preguntó.

—Me parece que hoy libre.

—Una copa, hombre.

—Luego son cuarenta.

—Pues mejor.

—No sé, en serio. Voy a ver si corrijo el paso.

—Lo que te digo, que no hay quien te entienda, con esos laberintos que te traes.

—¿Yo?

Perico se levantó.

—Voy a quedarme hasta eso de las cinco, a ver lo que hay por ahí. Si quieres algo, estoy en el despacho.

—¿Tienes abajo el coche? —preguntó Miguel.

—Sí.

—A lo mejor te lo cojo un momento para ir a la imprenta.

—¿Vas a tardar?

—No, ir y venir. Los almanaques.

—Toma.

Perico le dio las llaves a Miguel. Las llaves iban sujetas a una cadenita de plata de la que pendía una piedra negra de sello.

—Gracias.

Perico apoyaba las manos en la mesa con un abandonado aire de fastidio. Se le resbalaban los pies al cruzarlos.

—Estoy que no me tengo.

—Yo también. Menos mal que no hay prácticamente trabajo.

—¿Has visto al del consorcio?

—Todavía no. Con eso de que la jerarquía me da sarpullido...



—Pues para el asunto de los carteles nos va a tener que echar un cable, de modo que vete curando.

—Y lo echa, no te preocupes. De eso me encargo yo.

A Miguel se le cerraban los ojos. Le daba vueltas a la cadenita con la llave del coche.

—De todas formas, cuando acabe en Valdecañizo, me voy a ir a Madrid a ver si resuelvo lo de la guía.

—Conviene —dijo Miguel.

—Hay un montón de cosas.

—¿Te vas solo?

—Ya veremos, a lo mejor me vas a tener que acompañar.

—Piénsalo, porque cuando yo me naje de aquí no me encuentran ni con perros.

Perico se fue para la puerta. Era de la misma edad que Miguel y un poco más bajo, pero parecía más joven.

—Bueno, hasta ahora.

—Yo, si la dirección no manda otra cosa, voy a echarme media horita.

—Cierra por dentro.

Cuando Perico salió, Miguel arrimó la silla a la mesa. Se quedó con la vista fija en un punto de la pared, dándole vueltas nerviosamente entre los dedos a un lápiz de doble mina. Después se quitó el reloj de la muñeca y lo dejó apoyado contra la escribanía. La escribanía era de cristal negro, y tenía dos tinteros con tapaderas doradas y dos pisos de muescas para las plumas. *Tengo que hacer algo, de mañana no pasa.* No comprendía por qué pensaba otra vez en Encarna y en Carmela, juntas y confundidas dentro de su propia náusea alcohólica, como si aquella tenaz e imprevisible referencia fuese también la única justificación de sus sórdidas renunciaciones de cada noche. Miguel se levantó y corrió el pestillo niquelado de la puerta, que no calzaba bien y había que forzarlo hacia arriba para que encajara en la hembra. *Estoy cansado, todo el tiempo estoy cansado. Veo el cansancio del día siguiente frente a mis ojos, saltando en miles de materializadas virutas de ahogo, acometiéndome a cada paso que doy. Un agrio empellón de bilis se me agolpa en el pecho, trepando dolorosamente hacia la nuca a medida que cae la noche y se me cuarteja el decrepito aguante de mi repugnancia.* Miguel se dejó caer pesadamente en el sofá. Parecía que le habían cortado la respiración al pueblo: ya ni jadeaba. Se quitó cada zapato con ayuda del otro pie, forzando el talón repetidas veces. La estera amortiguó los golpes cuando cayeron al suelo. Llegaba de debajo del asiento un desapacible y enervante olor a guarnicionería y a relleno de crin. Miguel empezó a sentir sed, pero no se movió. *Me pesan las sábanas con que me tapo, el lastre del vino viejo que no he digerido todavía, el membrete del papel de la agencia. Me están royendo el vientre las larvas del alcohol, se me enroscan por dentro de las sienas los gusanos del*

*alcohol. A veces no puedo dormir, toda la cama es un repulsivo hervidero de mordientes y pegajosas burbujas, de blandos y movedizos amasijos que se me van adhiriendo a la piel como sanguijuelas. Siento debajo de mi cuerpo una masa amorfa y putrefacta que se descompone en diminutos bultos de culpa cada vez que intento escaparme de su contagio. Sonaba con un más acelerado ritmo el deprimente teclear de la máquina de escribir. Miguel se dio la vuelta hacia la pared. Veía el ajado cuero del espaldar formando una tupida redecilla que se iba ramificando como los hilos de una tela de araña. Es preciso hacer algo, tengo que agarrarme a un clavo ardiendo y hacer algo para salir de este hondón de mierda que me sigue empantanando en mi estúpida y miserable claudicación. Miguel cerró los ojos y se tapó la cara con un brazo, sin cambiar de postura. Una mancha gris horadando el negro fondo de los párpados, haciéndose más azul a medida que desalojaba la tenebrosa oscuridad del contorno, hasta fundirse en una volátil y titilante ascua rojiza, envuelta después en una especie de vértice que absorbía con un movimiento centrípeta los últimos rastros negros, abriendo la visión a un inmenso agujero fosforescente que ya empezaba a convertirse en una nueva serie de coloreadas espirales. Llamaron tímidamente a la puerta. Miguel pareció no oírlo. Buscaba acomodo por los pliegues del sofá desfondado, intentando evitar sin conseguirlo las protuberancias de los muelles sueltos. Necesito vomitar de una vez el asqueroso cieno de mi memoria. A Miguel se le iba la cabeza.*

*Cuando mi madre murió, me dejaron interno en el colegio. Había que acostumbrarse, yo ya era un hombre. El tío Felipe iba a verme una vez al mes y los sábados me mandaba con el cochero chocolate y jamón dulce y tortas de aceite. En el colegio nos pasábamos dos o tres horas diarias en la capilla. A mí me dolían las piernas de estar arrodillado, no podía rezar, pero había que estar dos o tres horas arrodillado en la capilla. El prefecto apuntaba en un cuadernito los nombres de los que no movían los labios para rezar. Perico Montaña hizo la cuenta: seis salves, siete padrenuestros y cincuenta y dos avemarías diarios. Los jueves íbamos de excursión al Temple y pasábamos por delante de la finca que tuvo mi madre y que ya entonces estaba a cargo del tío Felipe. Venía con nosotros don Alejo, el profesor de Ciencias Naturales. Yo saltaba la cuneta para mirar al otro lado de la alambrada y se me metía por todo el cuerpo una sensación parecida a cuando me echaba a dormir en el almiar. Don Alejo me decía: «Este campo va a ser tuyo, Miguel; tienes que saber mereértelo, eso es lo que habría querido tu padre.» Yo casi no me acordaba de mi padre. Lo veo por la parte del coto de la finca, al lado de Onofre, el casero, con las cananas cargadas de cartuchos, la escopeta en bandolera con el cañón para abajo. La tierra siempre olía lo mismo, olía a sudor de caballo y a humo de paja. Mi padre acertaba a una tórtola a medio kilómetro. En casa había dos escopetas negras y brillantes guardadas en unas fundas de becerro vuelto. Yo abría las fundas para mirar las escopetas, pero nunca las saqué de allí, las respetaba sin saber por qué. Mi madre le había dicho al hijo de Onofre que no quería que yo fuese a cazar. Don Alejo tenía el pelo gris, cortado casi al rape. Tiraba piedras de sobaquillo con la mano izquierda. A mí me parece que lo pasaba bien con él. Una vez entramos en la finca y comimos fruta debajo de un cañaveral y él me hablaba de los nombres de las plantas y de las clases de hojas que había y de cómo se llamaban las piedras. El hijo de Onofre sabía dónde estaban las madrigueras y los nidos de abubillas. A don Alejo, poco después, se lo llevaron a Vizcaya. Murió despeñado por un risco, mientras buscaba cuarzos entre unas cornisas de tierra floja. Yo me enteré al cabo del tiempo y entonces escondí mi caja de minerales en el armario del dormitorio. Ya no quería reunir. El colegio era grande y húmedo. Tenía tres patios de terrizo con naranjos y olmos y vallas medianeras y detrás quedaba el jardincillo con su estanque de rocas artificiales. A la derecha, a todo lo largo del patio, había una techumbre de uralita para cuando estaba lloviendo. Allí jugábamos al balón y al chirimbolo y a la pelota vasca. A mí me gustaba más jugar a los bolindres y al sal que te vi, pero a eso no quería el prefecto, y yo me escapaba al jardincillo para cazar libélulas o me iba a la sacristía a pedir recortes de hostia y a esperar que tocara la campana para volver a clase. El sacristán era un lego socarrón y rollizo que, además de regalarnos obleas,*

nos tentaba para ver si habíamos engordado. Una mañana entró el director en el estudio y me dijo que me fuera un momento con él. Yo me fui con él. Siempre tenía miedo de que me dijera que había fumado en el retrete, que no rezaba en la capilla. El director me cogió de un brazo. Era un cura nervioso y barrigón, de dientes de caballo, que sudaba constantemente por el bigote. Siempre tenía granos en la cara y reñía con una perversa bondad. El director me apretaba el brazo sin decirme nada. Me llevó a la sala de visitas del piso bajo. En la sala estaba el tío Felipe, sentado de cara a la puerta. El tío Felipe era hermano de mi padre.

—¿Qué hay, Miguelito? ¿Cómo va eso? —me dijo, dándome un beso en cada mejilla, sin levantarse del sillón.

—Bien —dije yo.

—¿Estás contento?

—Sí.

—Ya me he enterado que de aplicación no andamos muy allá.

—Se distrae —dijo el director—, es muy distraído.

—Pues eso no me gusta ni poco ni mucho —dijo el tío Felipe—. No vayamos a tener que dejarte sin vacaciones.

—No es que sea travieso, pero hay que amarrarlo corto.

Yo miraba para la alfombra, siguiendo con los ojos la línea amarilla de las cenefas. El tío Felipe estiró el cuello. Llevaba un trébol de piedrecitas clavado en la corbata.

—Bueno, a lo que venía —se arrancó—, que hemos tenido que vender lo de tu madre, que en paz descansa. Aquella tierra no daba más que disgustos.

El tío Felipe balanceaba entre las piernas un sombrero tirolés de color verde, con una tornasolada pluma asomándole por la cinta. Olía a colonia y a anís. Yo tenía un nudo en la garganta.

—Ya sabes que la familia me había nombrado tu tutor.

—Sí —musité.

—Pues eso, mi deber es velar por tus cosas.

El director asentía, las manos cruzadas sobre la barriga opulenta.

—Miguel sabe que tiene un padre en usted —dijo bajando los ojos.

—Lo que haría cualquiera en mi caso —dijo el tío Felipe.

El director me miraba componiendo un exagerado gesto compasivo.

—Los desvelos de su tío no debe usted olvidarlos nunca.

—Cuando termines el bachillerato podrás estudiar lo que quieras. Y si necesitas algo, ya sabes, con decírmelo.

Yo me acordaba del campo de mi madre, de mi habitación para hacer experimentos de química. Cuando el cielo empezaba a oscurecerse, me echaba boca arriba en el heno, por la parte de atrás del establo, pensando en lo que iba a hacer al

día siguiente. Me acordaba de mi hermana Inés, que era dos años más pequeña que yo, de la misma edad que la prima Lupe. La prima Lupe iba a pasar los veranos a la finca con nosotros. Era hija de una hermana de mi madre y siempre estaba dispuesta a correr conmigo las aventuras. Me acordaba de los hombres que sembraban el forraje y de cuando me iba con ellos para atajar las hijuelas de la acequia y del sombrajo de cañizo donde nos escondíamos para jalar de la red de cazar pájaros. Me acordaba de la carne bruna de Encarnita, la hija del casero, y de su ternura de animalillo cuando abrió las piernas para enseñarme el sexo, levantándose la falda con una dulce y espontánea naturalidad. Me acordaba de cuando orinó a mi lado, sin preocuparse de que yo la estuviese viendo, y oía el tibio chorro humeante cayendo sobre la tierra reseca. Mi madre me había dejado una habitación al fondo de la casa para hacer experimentos de química. Yo guardaba la llave y le contaba a Inés y a la prima Lupe y a Encarnita lo importante que era hacer experimentos y exponer la vida por la ciencia y morirse, llegado el caso. Un día le curé un esparaván a una mula, dándole untos de ácido nítrico.

—Tú, que te estoy hablando —oí que decía el tío Felipe.

—Sí.

—En clase es lo mismo —apuntó el director.

No quería al tío Felipe. Estoy seguro que mi madre tampoco lo quería. Me desquiciaba su falta de calor y su manera de decirme las cosas. En aquel momento lo odié, creo que no había sentido por nadie lo que entonces sentí. Se me subía la rabia a los ojos, mojándomelos de una desconsolada ira. El tío Felipe hablaba con el director. El director me palmeó en el culo.

—Ya puedes irte.

El tío Felipe me volvió a besar. Otra vez me llegaba la peste a colonia y a anís.

—Adiós, niño, y que estudies mucho, que ahora es cuando hay que aprovechar el tiempo.

—Adiós.

Volví despacio al estudio. Pensé en meterme en el retrete a llorar, pero me dio pereza. Ya no podría ir más al campo de mi madre. Por primera vez noté una sensación parecida a la que deben sentir los que se quedan mudos de pronto. Aquella misma tarde, al salir de la capilla, me escapé. Se me ocurrió durante el rosario, como la cosa más natural del mundo, y ni siquiera se lo dije a Perico Montaña. La calle tenía una honda y quieta luminosidad y las acacias empezaban a florecer. Anduve sin prisas, olvidado de todo, pero con una inconsciente seguridad en lo que hacía. Debían de ser como las seis de la tarde. Di un rodeo por las callejas del Angostillo y salí al campo por la trocha del Albarrán. Era la primavera de 1934. En junio cumpliría los 14 años. El campo de mi madre estaba a medio camino del Temple, en una tierra de roble bajo y de labranza, sombreada de eucaliptos y

castaños y con chumberas en las lindes; por un sitio que llaman Isla Cancela, cerca ya del río Zurrón. Muchas veces me escapé con el hijo de Onofre para irnos a bañar al río Zurrón. Volvía a oler el doméstico vaho de las orillas y los cañaverales húmedos y la paja caliente del trigo y el sudor de los caballos. Un día monté una jaca de boca dura que se encabritó con la picadura del tábano y me tiró contra un campillo de rastros quemados. Tuvieron que llevarme a casa en un carro, con el tobillo hinchándose y sin poder apoyar el pie en el suelo. Yo no decía nada y me aguanté el dolor para no asustar a mi madre. Mi madre mandó llamar al médico y tuve que estar casi dos meses con toda la pierna escayolada. Yo me paseaba por el almacén de aperos y por la parte del establo con un bastón, para que me viesen los hombres del cortijo. Llegué de noche al campo de mi madre. La casa estaba a oscuras y sólo retemblaba una lucecita de carburo por detrás de las pitas. Abrí el portillo de la izquierda y me entré por el cobertizo del establo. Me asusté cuando me agarraron de un hombro.

—Eh, ¿adónde vas tú?

—Soy Miguel, oiga. ¿Está Onofre?

—¿El qué?

—¿Está Onofre? Soy Miguel Gamero.

El hombre no me soltaba y me llevó hasta la puerta del establo, para verme la cara a la luz.

—Anda, pero si es el sobrino de don Felipe... ¿Y qué haces tú por aquí a estas horas?

—Nada, quería ver a Onofre.

—Pues Onofre no ha vuelto, está en el pueblo con el niño desde ayer tarde.

—¿Y Ana?

—Ven acá, debe estar en el almacén. ¿Pero qué haces aquí solo?

—¿Está Ana?

—Sí. ¿Qué te ocurre?

—No quería estar en el colegio.

—Eso está bien. Los colegios para los curas.

Volvimos a recorrer el cobertizo y dimos la vuelta a la cerca de boj. No había luna y todo estaba negro y como espeso de oscuridad, parecía que le habían untado betún al aire. Se oía mugir a un becerro.

—Han vendido el campo... —dije con un hilo de voz—. Lo han vendido, ¿verdad?

—¿Esto? Así parece.

—¿Y la casa?

—¿Qué casa?

—La mía. ¿También la han vendido?

—No sé, me figuro.

*Yo me callaba, reconociendo cada rincón que veía. Empezaban a castañetearme los dientes.*

*—Y eso que la tierra estaba portándose —dijo el hombre.*

*—Yo quería vivir aquí...*

*—El trigo, buena hechura.*

*Habíamos llegado al almacén. El hombre se asomó a la puerta corredera, empujando la pesada hoja a un lado.*

*—¡Señá Ana! —gritó.*

*La señá Ana no tardó en aparecer, una hoz de mango corto en la mano. No me había visto.*

*—¿Qué pasa?*

*—Aquí le traigo a este muchacho —se reía—, que ha desertado de la mili.*

*La señá Ana hizo un gesto de extrañeza y se acercó a mirarme.*

*—¡Señorito Miguel! Pero ¿qué hace usted aquí? ¿Cómo ha venido?*

*La señá Ana me hizo entrar en el almacén. Yo no decía nada y el hombre se volvió sin despedirse. Era la primera vez que la señá Ana me llamaba señorito.*

*—Pero, vamos a ver, ¿qué ha pasado?*

*—Nada, que me escapé del colegio.*

*—Dios mío, qué disgusto.*

*—¿Puedo quedarme aquí? El tío Felipe me dijo que habían vendido la casa.*

*—Sí, eso... ¿Qué es lo que ocurre?*

*—A mí me gustaba esta casa.*

*—Una bendición, si su madre levantara la cabeza... Y ya ve usted, hasta nosotros tenemos que irnos, las vueltas que da el mundo.*

*—¿Se van?*

*—Las cosas, hijo. Don Felipe...*

*—¿Qué?*

*—Nada, que tenemos que irnos para la sierra la semana que viene.*

*La señá Ana se cogía la punta del mandil con su mano de hombre.*

*—¿Puedo quedarme? —volví a preguntar.*

*—Pero vamos a ver, vamos a ver si yo me entero... ¿Qué va a decir don Felipe? Habrá que avisarle.*

*Apareció Encarnita. Hacía más de un año que no la veía, desde la tarde en que fui con don Alejo. Llevaba una bata descolorida y ribeteada de suciedad por la parte del vientre. Se recogía el pelo trigueño hacia atrás y tenía un churrete de hollín en la sien.*

*—¿Tú por aquí? —dijo titubeando.*

*Yo bajaba los ojos.*

*—¿Qué hay?*

*La señá Ana se había puesto nerviosa. Se pasaba los dedos por las comisuras de los labios.*

*—Yo no sé qué hacer. Es un compromiso, dése usted cuenta.*

*—Mañana me voy.*

*—Si estuviera aquí Onofre, o mi hijo. Encima, eso. Figúrate lo que estará pensando don Felipe.*

*Yo seguía mirando para el suelo. La señá Ana me volvía a tutear.*

*—La preocupación que le estarás dando...*

*Luego nos quedamos callados los tres. Yo tenía amarga la boca y me empezaba a doler el costado. Encarnita había vuelto a salir por la puerta de atrás del almacén. La señá Ana me dijo que me fuera con ella. Atravesamos el rellano por la parte del cobertizo y entramos en la habitación de los caseros. Al fondo, veía la fachada de la casa, titilante de sombras, con su barandal de piedra y el saledizo del tejado donde anidaba el mochuelo. Se me metía la memoria por los corredores, por mi habitación de hacer experimentos de química, la prima Lupe buscándome para irnos al coto a escarbar madrigueras. La señá Ana me hizo sentar en una silla baja de cajón.*

*—¿Tienes hambre?*

*—Bueno —dije.*

*Olía a ropa sucia y a leña quemada. La señá Ana balbucía por lo bajo mientras trajinaba en el aparador. Volvió a aparecer Encarnita y empezó a meter astillas por la boca de hierro del fogón. Yo me subía los calcetines por hacer algo. La señá Ana dijo que iba a ir por leche, que enseguida volvía. Encarnita soplabla con un pedazo de chapa encima de la leña y luego abrió un poco más el tiro de la cocina. No se volvió para mirarme.*

*—Estás hecho un hombre, Miguel.*

*—Tú también pareces otra, ya no te conocía.*

*—Pues soy la misma. Ahora he adelgazado mucho —dejó el soplillo de chapa en la mesa y me miraba ya de frente—. ¿No ves?*

*Encarnita se ahuecaba el vestido con las dos manos, despegándolo por las caderas. No me había dado cuenta antes, pero ahora notaba el abultamiento de sus pechos y la delgadez de sus piernas, como si fueran de una mujer que no había visto nunca. Ya no tenía el churrete en la sien. Encarnita era casi dos años mayor que yo. Quise levantarme pero no me atreví. La veía en el sombrero donde nos metíamos para tirar de la red.*

*—Ahora he adelgazado —repitió.*

*—No sé, tanto tiempo sin verte... —me costó trabajo seguir—. Lo que estás es más alta.*

*—Como no querías venir por aquí.*

*—¿Que no?*



—Me tenías que haber visto el verano pasado.

—Yo estuve en la playa.

—Ya sé, vaya postín. Pues yo tampoco lo pasé mal.

Encarnita se había vuelto otra vez para la cocina, empujando la leña hacia abajo con una barra de hierro. Se le subía la bata por las entecas piernas al empinarse sobre la boca del fogón.

—La semana que viene nos vamos a la sierra —me miró un momento—. ¿Lo sabías?

—¿Tú quieres irte?

—A mí me gusta la sierra.

—¿Y por qué no podéis estar aquí?

Se acercó, dándole la vuelta a la mesa por el camino más largo. Luego se volvió de espaldas, arrastrando los pies a pasitos menudos, sin saber dónde poner las manos. Miraba por la ventana.

—Ya no te acordarías de mí —dijo sin volverse.

—Sí que me acordaba.

—Mentira.

—De verdad que me acordaba.

Empecé a removerme en la silla. Notaba como un tapón en la garganta que me hacía respirar más aprisa. Encarnita se volvió.

—¿Tú qué te ibas a acordar? —dijo—. El tiempo que hace que no venías.

—Estaba en el colegio.

—Padre dijo que te había visto en lo de tu tía con tu prima Lupe. Lo que a ti te gusta, tu gente.

—Yo no tengo a nadie.

—No digas eso —se acercó—. ¿Por qué lo dices?

—Porque es verdad.

—Ésas son pamplinas.

—No son pamplinas, yo no tengo a nadie.

—Todo el mundo tiene a alguien.

Me quedé callado. Pensaba en el colegio y volvía a desesperarme la idea de que hubiesen vendido la casa.

—Yo no quería que el tío Felipe vendiera la casa —pensé a media voz.

—La casa o el dinero de la casa, ¿qué más da?

—Yo lo que quería era la casa de mi madre.

—Iba a ser tuya, ¿no? Pues con el dinero te compras otra.

—La mía era ésta.

Encarnita se separó unos pasos y se quedó con la vista fija en sus alpargatas, refregando la punta por la pastosa juntura de los ladrillos.

—Tu tío Felipe es un cochino.

—Mi madre me dijo que esta casa sería para mí.

—Si no es por eso, aparte.

—¿Eh?

—Que es aparte de eso, yo sé lo que me digo. Es un cochino sinvergüenza.

Entornó los ojos y se abrochaba un botón del descote, sin acertar con el ojal.

—Pero ¿por qué?

—Por nada.

—Venga, dime por qué.

—Escucha, luego te lo cuento.

Encarnita se volvió para la cocina y echaba otra vez aire encima de la leña con el soplador de chapa. Yo seguía sentado, con la cabeza cada vez más confusa. Pasó un rato todavía antes de que volviera la señá Ana. La señá Ana traía una jarra de latón en la mano.

—No, no me ayudes, hija, ¿para qué me vas a ayudar?

—Traiga, que siempre está usted rajando.

—Anda, toma —me miraba al darle la jarra—. ¿Se ha fijado usted en la falta de respeto?

—Estaba espabilando la candela, ¿no? —dijo Encarnita.

—Claro, si contigo da gusto —levantó la cabeza—. Una descarada, eso es lo que tú eres.

Encarnita vertía un poco de leche en un cazo. La señá Ana juntaba las manos, los dedos para arriba.

—Dios mío, si estuviese aquí Onofre. ¿Qué hago yo con usted?

Yo no decía nada. Empecé a notar como unas lucecitas que se encendían delante de mis ojos, como cuando me mareaba en la capilla. La señá Ana sacaba unos platos del aparador.

—Acérquese —me dijo.

Yo me acerqué a la mesa y me senté en un taburete de tronco. Comí pan con queso y un membrillo y un vaso de leche recién ordeñada. Sopa, no quise.

—Y ahora vamos a ver lo de la cama. ¿Dónde le apaño yo a usted un cobijo?

—Por ahí —dije—, en el pajar.

—Quite usted allá, hombre. En el pajar, qué cabeza.

—Es lo mismo.

—Niña, vete a decirle al Rubio que te baje el colchón del sobrado.

Encarnita salió sin responder, mientras la señá Ana seguía lamentándose de su suerte. Yo me sentía como cuando el prefecto me cogió fumando en el retrete y tuve que quedarme hasta las once de la noche rezando en la capilla.

—Siempre tiene una que cargar con todo.

—Mañana me voy, Ana.

—No, hijo, si yo estoy la mar de contenta de tenerlo aquí. Pero es que en el colegio ya habrán avisado a don Felipe. Figúrese usted el disgusto.

—Mañana me voy con la prima Lupe. Mi hermana está ahora allí.

—Si lo malo es esta noche.

—Quería ver la casa.

—Dios quiera que venga pronto Onofre. No sé si decirle al Rubio que se acerque al pueblo.

Se me cerraban los ojos de cansancio. Debí de quedarme dormido, con la cabeza apoyada contra la mesa. No sé cuánto tiempo habría pasado cuando oí que se abría el postigo. Me sobresalté. Volví los ojos con miedo y vi acercarse a Encarnita. Notaba como un estirón doloroso por la parte de atrás del cuello.

—Vas a acostarte en el cuarto de la cómoda —dijo Encarnita.

Me levanté medio dormido.

—¿Y tu madre? —susurré.

—Está donde el Rubio, ahora viene.

—¿Vais a dormir aquí?

—Sí, en el colchón. Madre no quiere irse al cuarto del almacén.

—Yo puedo acostarme en el colchón.

—Anda, no seas tonto.

—De verdad, yo duermo en el colchón.

Encarnita arrimaba hacia el lado del aparador una espuerta de mazorcas. Se volvió como para hablarme pero no dijo nada.

—A mí me gustaría dar una vuelta —susurré sin que me saliera la voz.

—¿Ahora? Si no se ve un chavo.

—En la casa hay luz.

—Mañana te levantas tempranito —cambió de conversación con una súbita seriedad—. ¿Quieres que te cuente lo de tu tío Felipe?

—Sí.

—Es un cochino, ¿te enteras?, un cochino.

—Pero dime qué ha pasado.

Encarnita tardó en contestar. Se cogía las manos por delante de la falda, como fingiendo un quebradizo gesto de pudor.

—¿Te acuerdas de la última feria, cuando fuimos a llevar las mulas?

—No, ¿por qué?

—Pues eso, cuando fuimos a llevar la recua, padre y yo dormimos en la cochera. Mi hermano se tuvo que quedar aquí.

—Sí.

—Padre no lo prueba casi nunca, ésa es la verdad, pero aquella noche se

*emborrachó y tu tío Felipe fue por mí y me llevó a la casa para que no tuviese miedo.*

*Yo escuchaba sin saber adónde iba a ir a parar Encarnita.*

*—Sí —dije.*

*—Bueno, pues por la noche entró en el cuarto donde yo estaba durmiendo y abusó de mí.*

*—¿Que qué?*

*—Yo no me di cuenta, que se muera mi madre. Pero de pronto sentí como si me hubieran abierto en canal, todavía me acuerdo. O sea, que el sinvergüenza de tu tío me perdió.*

*Yo no entendía demasiado, pero tuve una pronta y vaga conciencia de lo que le había pasado a Encarnita. Me atosigaba el miedo en el pecho.*

*—¿Mi tío Felipe?*

*—El mismito.*

*—¿Qué te hizo?*

*—Que me perdió, que ya no soy una mocita, ¿te parece poco?*

*—¿Y has tenido un niño?*

*—¡Qué dices! Era lo unquito que me hubiera hecho falta.*

*Encarnita había cogido una mazorca y le iba arrancando distraídamente las hirsutas hebras del cogollo. Recordé la cara del tío Felipe, su peste a colonia y a anís, el insolente trébol de su corbata, su manera de decirme que habían tenido que vender la finca.*

*—¿Qué vas a hacer, di? —pregunté sin mirarla.*

*—¿Qué quieres que haga? Cuando a una mujer la pierde un sinvergüenza... Eso no se remienda como un desconchón. Y encima, ahora nos echa de aquí.*

*—¿Y qué te ha dicho?*

*—¿Quién?*

*—El tío Felipe.*

*—¿A mí? No me hagas reír. Le mandó decir a padre que ya aquí no había trabajo, que teníamos que irnos. Eso es el pago, si te vi no me acuerdo. Así le dé un dolor.*

*—No digas eso.*

*—Sí, no digas eso, claro —repetía pasándose el revés de la mano por la nariz—. Después de lo que me ha hecho. Por idiota, a ver si no.*

*—Ahora te vas a ir a la sierra.*

*—Y con eso ya está todo arreglado, ¿verdad?*

*Me dolía otra vez el costado y notaba como una turbia y acuciante sensación de haber cometido alguna inconfesable atrocidad.*

*—¿Será posible? —murmuré por lo bajo.*

*—No te lo tenía que haber dicho.*

—Sí.

—¿Tú qué culpas tienes de que este tío tuyo sea un canalla? Porque eso es lo que es, un canalla.

—Cállate.

—No, si todavía voy a tener que encenderle una vela.

Me turbaba el descaro de Encarnita. Apenas si conseguía aclararme del todo el verdadero alcance de lo que me decía. Se me espesaba por el pecho arriba una mezcla de vértigo y miedo y como unas inconcretas ganas de vomitar.

—¿Se lo has contado a alguien? —le pregunté sin saber por qué.

—No..., bueno, es decir, a un muchacho del Temple que me rondaba, pero no le solté quién había sido.

—¿Y qué te dijo?

—¿Qué querías que me dijera?

—No sé.

—Es que me haces unas preguntas...

—No puedo creerme que el tío Felipe te haya hecho eso.

—Pues ya ves.

—No puedo creérmelo.

—Además, ¿tú sabes que si yo lo denuncio en el cuartelillo lo meten preso?

—¿Preso?

—Demasiado buena es una, encima de todo.

Se me perdía la memoria por unos tortuosos callejones sin salida. Encarnita se fue para el otro lado de la mesa.

—Tú eres todavía un niño, Miguel.

—Ya tengo catorce años.

—Catorce años —repitió Encarnita, y se puso seria de pronto—. Al hombre ni le va ni le viene, claro, pero cuando a una muchacha la pierden ya no la quieren nada más que para el trajín.

Se le aceleraba la respiración por debajo de la bata. Estaba como indecisa cuando me miró a los ojos, acercándose más. Parecía una mujer mayor. Yo me sentía lleno de una extraña y apetecible zozobra. Encarnita había bajado la voz, cambiando bruscamente el tono.

—¿Te acuerdas de cuando nos metíamos en el sombrero para cazar con la red?

—Sí.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—Tú eres distinto a los demás.

—¿Por qué?

Encarnita se había puesto en cuclillas a mi lado. Volvió a mugir el becerro. Me

imaginé de pronto que podía entrar la seña Ana y encontrarnos allí, pero no me importó. Veía palpar la garganta de Encarnita como el pecho de un pájaro.

—¿Y de qué más te acuerdas?

No le dije de qué más me acordaba. Me daba vergüenza decirlo. Tampoco hubiese soportado entonces que ella supiese que me acordaba. Pensé que ya nadie podría perdonarme mi escapada del colegio.

—Di, ¿de qué más te acuerdas? —volvió a preguntarme.

Encarnita me puso la mano en la rodilla y me la apretaba. La deslizó un momento por el pernil, arañándome las ingles con las uñas. Noté como si la sangre se me hubiese vuelto espesa de repente y se estuviera apelmazando en las venas. Quise aliviarme de aquel ahogo levantándome y yéndome hacia el aparador. Me bullía una especie de tímida y enervante opresión dentro del vientre. Sabía que ya no quería sustraerme a aquella instintiva y casi saludable perversidad que me cegaba la razón y me hacía como enorgullecerme de mi propio mal, como si lo necesitara para vengarme de algo. Sentí por el pecho una ráfaga de violento y deleitoso temor que no he vuelto a sentir en mi vida, como si fuera a meterme en un barrizal y no quisiera ni pudiera hacer nada para impedirlo.

—Me acuerdo de ti —susurré.

Encarnita se había asomado un momento a la puerta y la volvió a cerrar con una impaciente decisión. Tenía la boca crispada cuando se acercó hasta tocarme el cuerpo, empujándome blandamente hacia la pared. Yo no la reconocía. Me quedé quieto, la espalda pegada contra el muro de mugrienta calamocho, sin memoria de nada, como hundido en una pasiva y deseosa turbación frente al cuerpo jadeante de Encarnita. Después, sin decir una palabra, la vi salir con una desconcertada prisa, escapándose hacia la negrura del campo. Oía el atropellado resonar de sus alpargatas contra la tierra húmeda. Me asomé a la puerta.

—Espera...

Yo estaba como borracho, con las piernas aún temblorosas. Me eché en la cama del cuarto de la cómoda con un angustioso sentimiento de irrealidad. Iba a despertarme en el dormitorio del colegio, estaba seguro. Me parecía que había salido de un negro sopor deliciosamente malsano y me dolían las ingles como si me acribillaran por dentro las desatadas agujas de la médula. Miraba hacia las retorcidas vigas marrones del techo. Entre una y otra, quedaba un espacio blanqueado sobre el cañizo, del que colgaban los flecos de unas varetas podridas. Veía la pluma de tornasol del sombrero del tío Felipe. Veía la cabeza deforme de un viejo dibujada en la mancha de una gotera, entre unos desprendidos festones de caña. Sobre la cómoda coja, relucía el cartón satinado de un almanaque y allí estaba una muchacha, la cabeza cubierta con un pañuelo de lunares rojos, las puntas del delantal recogidas en la cintura, esparciendo semillas en un campo roturado y

dividido en dos pegujales por un riachuelo. Su cuerpo desnudo, un caballo a galope por las orillas del río Zurrón, la culpa como un saldo que había que liquidar. Parpadeaba la amarillez del muro medianero, iluminado parcialmente por la vecina llamita del quinqué. Olía a yerba mojada y a humo de aceite y a sudor de mujer. El dormitorio del colegio olía a sudor de hombre y a galleta agria. ¿Por dónde me estarían buscando? ¿Cómo miraría el tío Felipe a Encarnita, con la boca babeando de lujuria? Ya nunca me podrían perdonar lo que había hecho. La única justificación era que iba a poder contárselo todo a Perico Montaña. Me lastimaban los golpecitos del pulso en las sienes. Poco a poco, volví a vivir la secreta y atropellada quejumbre corporal de Encarnita como si fuese algo que no me había pasado a mí, sino que había visto hacer a alguien. Tenía una peonza dentro de la cabeza, no podía pensar en nada concreto.

—Me acuerdo de ti.

Y crecía la parte de abajo de la cómoda, arrastrándose a todo lo largo del tabique y trepando por las paredes hasta la cuña de una viga chorreante de pelos y de alquitrán, y crecía la banca de la capilla del colegio, anillándose como una boa sobre el órgano, derramándose por el comulgatorio, tapando los dos altares del muro lateral, y crecía mi cuerpo como el sexo de un garañón, enroscándose en el cuerpo de Encarnita, que tenía la cara de la prima Lupe, y la prima Lupe abría la boca delante de mis ojos, con la lengua fuera como una ahorcada, y yo me iba resbalando por la fachada del dormitorio del colegio, y Perico Montaña me daba la mano desde arriba, pero no era la mano de Perico Montaña sino el brazo rezumante de forúnculos del padre director, que me balanceaba en el vacío agarrándome de los pies, y yo estaba desnudo y con una especie de pellico de plumas liado al cuello, y Encarnita repechaba por el tronco de una acacia, mirándome y riéndose, con las piernas al aire y el tenebroso centro de su cuerpo destilando una masa como de gelatina, y Onofre le gritaba que se bajase, con las fundas de las escopetas de mi padre debajo del brazo, y yo me caía a la calle, hundiéndome en el cieno del río Zurrón y gritaba sin que viniera nadie a sacarme, y crecía otra vez la banca de la capilla, como un bote bogando a lo largo del río, y allí estaba el prefecto, de pie sobre la banca, con sus ojos de lince clavados en mis ojos, y yo lloraba de miedo de ahogarme en la alberca de la finca, y mi hermana Inés también lloraba, con un vestido blanco de encaje todo sucio de fango...

—¿Quién?

Me despertaron unas voces que llegaban de fuera. Tenía escalofríos cuando abrí los ojos y me revolvía sobre la aspereza del colchón de crin. Tardé en reconocer lo que no era la litera y el tabique con el armario del dormitorio del colegio. Ya era de día y se entraba el sol hasta el pie de la cama. No me había quitado la ropa y se me pegaba al cuerpo como si estuviese mojada. Sabía que venían por mí y me levanté

*despacio, con una suerte de inesperada alegría batiéndome por el pecho.*



El pago de Monterrodilla caía a una legua escasa del pueblo. A medio camino, había que torcer por una hijuela de terreno calizo, abierta entre dos lindes de agaves y chumberas, interrumpidas después por una cerca de zarzas. A ambos lados de la trocha se habían ido ahondando los dos surcos del ir y venir de los carros. En la protuberancia central crecía una yerba rala y pajiza, de verdosos ramalazos. Don Gabriel hizo trotar a la jaca por el medio de la hijuela, de modo que las ruedas corrían por los socavones laterales. Detrás del coche se iba enroscando una densa nube de polvo que era barrida por el levante antes de que tomara altura. Don Gabriel le dio las riendas a Mateo.

—Toma, tú.

Mateo ensartó la brida entre los dedos y la mantuvo floja, dejando ir a la torda a su andar. Don Gabriel se agarraba a la barandilla del pescante. Tenía distendidos los músculos de la mandíbula y se le señalaban las estrías bajo la piel al apretar los dientes. El coche iba columpiándose entre los baches, dócil al brusco empuje de las ballestas. Don Gabriel se escurría cada vez más por el cuero del asiento.

—Tú, más despacio. ¿Adónde vas?

Mateo acertó las riendas.

—¡Jiaaa...!

La jaca contuvo el trote. Tenía el pelaje brillante, salpicado de manchas opacas de polvo. Tascaba el hierro del freno, haciendo sonar las muelas como si se cascasen unas con otras. De la parte contraria venía un burro con un serón rebosante de higos chumbos. Se acercaba a pasitos menudos, subiendo y bajando la cabeza, con el roncal anudado al cuello. Lo montaba un muchacho espatarrado en la grupa, los pies casi a ras de tierra. Llevaba una camiseta pringosa y un deshilachado sombrero de paja caído sobre los ojos. Azuzaba las ancas del burro con una varita de acebuche, a golpes suaves y continuos. Se arrimó a las agaves para dejar paso al coche. El muchacho se volvía a mirarlos, echándose para arriba el sombrero. Las ruedas se habían salido de los surcos de la trocha y Mateo las hizo entrar otra vez, inclinándose de un lado como para ayudar a que el coche se desviara. Chirriaban los ejes al resbalar las llantas dentro del hondón. Don Gabriel sudaba por la nariz.

—También he escogido yo un buen día, qué joder —murmuró.

—Desde luego —dijo Mateo—, calefacción central.

—Yo no sé en qué estaba pensando...

—Es que la hora también se las trae.

Hubo un silencio.

—¿Usted ha visto *La caravana de Arizona*? —preguntó Mateo, con la mirada fija en las ancas de la torda.

—¿Eh?

—*La caravana de Arizona*, una película superior. Me he acordado por la polvareda.

—Déjame ahora de películas, mira que las ganas.

—No, es que salía así un camino como éste y el ventarrón se liquida a más de veinte carretas. Vaya cosa bien traída.

Don Gabriel no contestó. Atravesaron una doble hilera de eucaliptos y el coche se detuvo un poco más arriba, frente a una cancela pintada de verde. Mateo se bajó a abrirla, metiendo la mano entre los barrotes para descorrer el cerrojo. Los goznes de la cancela giraban sobre un blanqueado pórtico con alero de tejas esmaltadas. En cada lienzo de muro, a ambos lados de la verja, aparecía empotrado un azulejo con guirnaldas y letras de pendolista. Las letras estaban pintadas sobre el dibujo de un pergamino a medio enrollar. En el azulejo de la izquierda se leía: MONTERRODILLA, y en el de la derecha: AÑO MCMXXXIX. A lo lejos, siguiendo la curva de las bardas de adobe, asomaban las movedizas copas de unas moreras. Mateo volvió a subir al coche y jaló de la brida, haciendo entrar a la jaca por la vereda del caserío, cuya cornisa despuntaba al fondo de la pendiente. Se veía en mitad de la loma el alto sombrero del bienteveo, empinado sobre el oleaje de la viña desde unos zancos de tronco.

—Parece que no va a gusto —dijo Mateo.

—¿El qué?

—La torda. Los cascos de atrás no le funcionan.

—La llevas a herrar.

—Sí, señor.

Don Gabriel miraba para las cepas con un desmayado ademán, sujetándose con una mano el sombrero de rafia y secándose el sudor con la otra. El levante removía toda la viña, a ráfagas cálidas y violentas, remejiendo por los entreliños y cuarteando la lisura de la albariza. Llegaron a lo alto de la loma, desde donde se extendía el asentado piso del almijar. De la otra parte quedaba el frontal del caserío, con sus dos grandes puertas de madera claveteada. Mateo llevó el coche hasta el abrigo del tapial y ya corría torpemente hacia ellos un hombre metido en años, de cabeza monda y andares de percherón, ancho y recio como una barrica. Ayudaba a bajar a don Gabriel.

—Dichosos los ojos... —dijo con un indeciso silabeo.

Don Gabriel resoplaba, dándose aire con las solapas de la chaqueta.

—¡Vaya día!

—No es malo.

—¿Y qué hay de nuevo por aquí?

—Nada de particular. Tengo avisada a la gente para el lunes. Sin falta.

—Hay que empezar ya mismo.

—Si no llega a ser por la guasa esa de los cortadores...

—¿Desengancho? —preguntó Mateo.

—Espera.

Mateo se agachó a recoger un palito y se hurgaba con él dentro de la oreja, desentendiéndose de la conversación. Don Gabriel seguía hablando con el hombre que había salido a recibirlo.

—¿Se aclaró algo más? —preguntó.

—Lo que usted sabe, la misma cosa.

—¿Tú te acercaste por Valdecañizo?

—No, señor —hizo una pausa—. Como Serafín me mandó decir que se vendrían para acá cuando empezáramos... Ayer mismo eché una sonda.

—Pero ¿no han respirado por ningún otro sitio?

Se habían parado un momento a la sombra del tapial.

—Nada, ni rastro.

—Mira que también tiene tela el asunto.

—Una jugada.

—Y la cosa no se va a quedar así, eso va a misa.

—De todas formas podemos meternos en faena con los cortadores que hay apalabrados.

—¿No se va a resentir la uva con este tiempesito?

—Vamos a ver. Yo creo que no le va a dar tiempo.

—Más vale.

Entraban por la puerta del patio, la de la derecha. La otra comunicaba con la cuadra de lagares, que venía a ocupar toda el ala izquierda de la casa. Al fondo del patio, formando ángulo con la cuadra de lagares, se abría una oscura y espaciosa bodega que servía de dormitorio provisional para los vendimiadores. La vivienda del capataz quedaba de la otra parte, junto al hueco de la escalera que subía a la segunda planta del caserío, ahora cerrada. El capataz se asomó a una puerta del fondo del emparrado.

—¡Ana! ¡Que está aquí don Gabriel! —gritó con la voz cascada.

Apareció una mujer de pelo canoso y piel tensa y tostada, como de corteza de pan moreno. Daba la impresión de ser bastante más joven de lo que en realidad era. Se secaba las manos en un mandil a cuadritos.

—Me alegro de verle bueno, don Gabriel. ¿Y la familia?

—Por ahí andamos.

El capataz sacaba un sillón de brazos, con el asiento de fibra trenzada, espigado de espaldar. El capataz tenía la cara hierática y recorrida de diminutas hendiduras, como una talla de madera trabajada con una navaja. Respiraba con fatiga cuando dejó el sillón en el suelo.

—Siéntese usted —dijo—, aquí se está fresquito.

Don Gabriel se sentó a la sombra del emparrado, conteniendo el jadeo y estirando las piernas. Sacó una abultada petaca de cuero, con un sello de plata en un ángulo. La abría señalando con ella al capataz.

—¿Un cigarro?

El capataz se pasó los dedos por los labios, entreabriendo la boca.

—Con su permiso.

Intentó agarrar la punta del cigarrillo, pero no podía. Don Gabriel ahuecó la petaca para que consiguiera sacarlo.

—Vaya.

El capataz desenroscó la larga y anudada mecha amarilla de su yesquero y la retorció para arriba. Hizo girar la ruedecita, golpeándola varias veces con la palma de la mano. Soplaba para ayudar a que se prendiera la mecha, acercándosela a don Gabriel. Titubeaba al darle fuego.

—Encienda usted.

Don Gabriel encendió su cigarrillo. El capataz tenía el pulso temblón. Tapaba con el dedo pulgar el tubito de la mecha, esperando que se apagara. Se oía rebullir el calor por encima del calvero del patio.

—Oye, Onofre, yo me tomaría un plato de gazpacho —dijo don Gabriel.

—Eso ya está aquí —dijo Onofre.

El capataz entró en la casa. Llegaba ahora un apagado atropello de voces. Don Gabriel vio a Mateo trasegando agua de la cubeta del pozo a un balde de madera.

—¡Mateo! —gritó.

—Diga usted.

—¿Qué haces?

—¿Quién, yo? Voy a darle de beber a la torda.

—¡No!

—¿Cómo dice?

—¡Que no! Desengancha y déjala un rato a la sombra. Luego beberá.

Mateo apoyó la cubeta en el brocal encalado, sacudió las dos manos a la vez y se fue para la puerta del almijar, silbando un aire zarzuelero. Entraban ahora dos hombres en mangas de camisa. Saludaron de lejos a don Gabriel, tocándose levemente el ala de los raídos sombreros de fieltro. Don Gabriel ni los vio. Mateo se detuvo un momento con ellos. Apareció Onofre. Rascaba la ceniza del cigarrillo con el dedo meñique, la vista en el suelo.

—Pues el gazpacho ya está aquí —espaciaba otra vez las sílabas, como dándole remisos empujones a la voz—. Ahora mismito se lo saca Ana.

Don Gabriel se tapaba los ojos. Le escocía el brusco centelleo del resol punzando entre la cal. Arrastró la silla un poco más dentro de la sombra, que culebreaba sobre

el piso de tierra, a compás del intermitente vaivén de la parra, como si le costara cada vez más trabajo engullir las mórbidas lumbraradas del recalmán. Onofre se violentaba. Le arrancó un sarmiento seco al emparrado.

—Mala cosa el levante —dijo.

—Uff, como siga así, se tumba la uva, ¿o no?

—No, no se preocupe, mañana amanece encalmado, tirando corto. Es decir, si no se presenta lo peor, toque usted madera.

—A ver si nos descuidamos y por dos días de más...

—Lo dicho, toque usted madera. Si no cambia el viento, cuando la uva se entere ya la están pisando.

Don Gabriel le dio una última chupada al cigarrillo a medio consumir y lo tiró lejos, impulsándolo entre el dedo medio y el pulgar.

—Estoy con las carnes abiertas.

—Con que la cosa se aguante hasta el lunes —volvió a argumentar Onofre.

Mugía el polvo por el tapial.

—¿Y tus hijos? —preguntó don Gabriel.

—Bien. Onofre debe andar reforzando el bienteveo de la loma. Esta tarde va a soplar lo suyo.

—¿Y Encarna?

—Con su marido —bajaba los ojos—, en el pueblo.

—¿Se arreglan?

—Mire usted, yo ya ni me meto. Creo que van a venir uno de estos días. Paco quiere aprovechar la temporadita.

Don Gabriel se tanteó los pómulos, surcados de una tupida red de venitas moradas. Los pómulos tenían una consistencia parecida a la de los sesos de un cordero. Era como si la piel hubiese ido absorbiendo las sanguinolentas virutas de alguna sustancia muerta. En cada mejilla, don Gabriel tenía estampado, igual que una calcomanía, el coloreado mapa de los ríos y afluentes del vino.

—¿Y qué? ¿Cómo se presenta la cosa?

—¿Diga? —preguntó a su vez Onofre.

—¿Cuántas botas crees tú que vamos a sacar? Bueno, así a ojo.

—No sé, don Gabriel, eso nunca se sabe. Un cálculo... —miraba hacia lo hondo de la viña—. La uva tiene buena cara.

—Vamos a ver.

—El mantuo está como la candela, mejor que nunca. Esta mañana fui a echarle un ojo.

—¿Trajeron las mulas?

—Ahí están desde antier.

—Con que salga lo del año pasado, ahora lo firmaba.

—Usted dirá.

Se callaron un momento. Don Gabriel se levantó para quitarse la chaqueta. Se la dio a Onofre, que se fue con ella para dentro. Don Gabriel se estiraba de los pantalones, sacudiendo las piernas, una después de otra. Parecía como si estuviese dejando caer por la pernera abajo alguna molesta pegazón. Tenía la camisa adherida a la carne y se le traslucía la negrura del vello a través de las mojaduras del sudor. Dio unos pasos, respirando hondo, y se volvió a sentar. El cinturón le pasaba por debajo de la barriga, como sosteniéndola. Mateo atravesaba otra vez el patio, ahora en dirección contraria.

—Uff.

Onofre no tardó en aparecer, seguido de Ana. Ana llevaba un lebrillo de gazpacho a medio llenar. Lo dejó sobre una mesita que estaba pegada a la pared, bajo un ventanuco enrejado, y volvió a entrar en la casa. Salió en seguida con un plato y una banqueta, que colocó delante de don Gabriel.

—Ya tiene usted aquí su gazpacho —dijo mientras recogía el lebrillo—. No deje que le dé el bochorno; está fresquito.

Y lo servía con un cazo de madera; dejando caer el líquido en el plato con un cuidadoso primor. Don Gabriel empezó a sorber de la cuchara. Chascaba la lengua.

—Está bueno —masculló.

Ana se retiraba hacia la puerta, sin volverse del todo.

—Me alegro que le guste.

—Está como tiene que estar, su punto.

—¿Va usted a almorzar, don Gabriel?

—No, luego tomaré alguna cosa.

—¿Y Mateo?

—Sí, supongo.

Ana entró en la habitación. Onofre aplastaba con la suela la tierra del arriate, metiendo la punta de la bota entre los plantones de yerbabuena y de culantrillo. Subía y bajaba los ojos. Parecía que quería irse. Se acercaba un muchacho por la puerta del lado de la escalera.

—A las buenas tardes —saludó.

Don Gabriel soltó un gruñido. El muchacho miró para Onofre.

—¿Está ahí la seña Ana? —preguntó.

—Sí, entra —dijo Onofre.

—Permiso —dijo el muchacho.

Se oía el afanoso sorbeteo de don Gabriel, haciéndole compás a las ardientes chicharras.

—Voy a darme una vuelta por la bodega —dijo Onofre.

Don Gabriel seguía doblado sobre la banqueta, abriendo la boca para respirar

entre cucharada y cucharada. Hizo un gesto con la cabeza. Después llamó a Onofre, que ya salía del emparrado.

—Oye.

Onofre se volvió.

—Mande.

—Dile a Mateo que venga.

—Sí, señor.

—Y ve poniendo a refrescar una botellita del año pasado.

—Sí, señor.

Onofre ya llevaba en Monterrodilla casi veinte años. Había entrado de capataz después de terminar la guerra, casi a renglón seguido de que don Gabriel comprara la viña. Antes del 36 había sido casero de un cortijo de aquellos andurriales, por Isla Cancela, a mitad de camino del Temple, pero el cortijo cambió de dueño y Onofre tuvo que volverse a la sierra, que era de donde había salido.

—Lo que es don Felipe, bien no se ha portado, a ver si no —decía Ana.

—¿Bien? Estaba deseando vender la tierra y darnos con la puerta en las narices —contestaba Onofre.

—A quien se le cuente...

—Si eso ya lo veía yo venir, qué te dije.

—Y ahora vamos a ver qué hacemos.

—El pueblo es una gloria, pero allí no se cabe.

—Y con dos niños.

—Bueno, ya van teniendo edad de espabilarse, eso también.

En el pueblo de Onofre no hubo demasiados tiros. Al principio, fueron defendiéndose con el trájín del carboneo. Lo malo fue cuando acabó la guerra y empezó el hambre. Onofre pasó unos meses apretándose el cinturón, hasta que don Gabriel le mandó decir que estaba buscando un capataz, que si le interesaba meterse en Monterrodilla. Onofre no lo pensó. Recogieron los bártulos y se pusieron en camino a la semana siguiente. La astucia de don Gabriel había apuntado con buen tino. Según estaban rodando las cosas, Onofre reunía todos los requisitos para que le sirviera como un perro.

—Ea, aquí nos tiene.

Mateo no estaba en la bodega, estaba en la cuadra de lagares. Onofre lo descubrió sentado a horcajadas, la espalda contra la pared, sobre una percha de colgar arreos. Hablaba con los dos hombres que llegaron de la viña. Y se reía. Onofre se acercó.

—Don Gabriel, que vayas.

Mateo miró al techo. Se palmeaba los muslos.

—¡Ya estamos! —exclamó.

Onofre se dirigía ahora a uno de los hombres, negrucio y canijo, los pantalones

cogidos con unas pinzas de montar en bicicleta.

—¿Qué, se sabe algo de los cortadores?

—Parece que la cosa anda regularcilla —contestó el de las pinzas—. Bueno, como estaba.

—¿Nada nuevo?

—Que de Valdecañizo ya no los sueltan, ¿le parece poco?

—¿A quién has visto?

—Lo que usted me mandó, a Serafín.

—¿Y qué?

—Nada, que él se lava las manos, que eso don Pedro. Jugando al escondite.

—Lo que yo dije, más claro...

—Escuche usted, lo que pasa es que atrincan dos duros de más y con una garantía y de allí no se mueven, no le dé más vueltas. Además, que eso es una explicación, hay que reconocerlo.

—Seguro.

—Más claro que el agua, Onofre. Diez pesetas diarias son diez pesetas diarias.

—Seguro. Y si no vienen más, pues mira...

—Empezar se puede, lo de los mosteadores está resuelto.

—Total, va a suponer dos o tres días más de acarreo.

—Mientras no se meta en agua el asunto.

—Que sería la puntilla...

Mateo se tiró de la percha al suelo, haciendo una limpia pirueta, como si saltara de un potro. Se dirigía al capataz, ensayando un fingido mohín de descaro.

—¿Qué, nos tomamos un vasito de ese mosto que tiene usted ahí guardado?

—Que te llama don Gabriel —repitió Onofre.

—Ahora... Si a ése ya no lo levanta ni una grúa.

—Tú sabrás.

—¿Qué, nos tomamos ese vaso?

Onofre le hizo una seña al hombre con el que había estado hablando.

—A ver, dale a éste un vaso. Ah, y saca una botella de la segunda y ponla a remojo.

Se fueron hacia la parte de la bodega, por detrás del último lagar, y ya se oía el chorro del vino cayendo de la espita. El que se quedó con Onofre se quitó el sombrero y se lo golpeaba contra el muslo, sacudiéndole el polvo.

—Tal para cual —murmuró.

Onofre arrimaba a la pared unas cintas de esparto, empujándolas con la bota. Parecía que no había oído.

—Anoche tuvimos huéspedes, ¿eh? —dijo el viñador.

—¿Huéspedes? —preguntó Onofre.



—¿Y los disparos?

—Ah, sí, estuvieron por el lado del portalón robando uvas.

—Cuidado que hay que tener ganas, mire usted que el plan.

—Los levantó Grajales desde el bienteveo de la loma, dice que eran dos.

—Yo no sé la gente...

—Total, soltó unas perdigonadas al aire y salieron de estampía. Tener que llegar a eso.

—Hombre, calcule usted. Es lo que yo digo, que hay que tener ganas.

—Yo no soy partidario, pero si no, tal como anda el cotarro, se hacen la vendimia por su cuenta.

—¿Eran de aquí?

—Parece. Creo que Grajales los vio luego tirar por la hijuela.

Volvía Mateo, bebiendo del vaso mientras andaba.

—Vaya mosto el que se apalanca aquí el amigo, ¿eh? —comentó.

—A ti asco no te da ninguno —dijo Onofre.

—Tiene cuerpo, está bien.

—¿Volvió su hijo? —preguntó el hombre de las pinzas de montar en bicicleta.

—Debe estar al llegar —dijo Onofre.

—Bueno —dijo Mateo—, voy a ver qué quiere ahora el jefe.

Dejó el vaso en una repisa de herramientas y se escurría por la puerta del patio.

—Una joya —dijo Onofre.

—Se las trae —dijo el de las pinzas—. El muchachito se las trae.

Don Gabriel miraba llegar a Mateo sin hacer un gesto, repantigado sobre el crujiente espaldar del sillón, un pañuelo colgando de la mano. Se había abierto la camisa hasta la cintura y se le veían los pliegues de la grasa barnizados de sudor, escalonándose desde la mitad del pecho hacia abajo.

—Vaya, ¿cómo se te ha ocurrido acudir tan pronto? —dijo.

—Me acaba de avisar Onofre.

—Ya.

—El tiempo de venir.

Don Gabriel tenía un vacilante y contenido gesto de fatiga.

—Te vas para casa y le dices a la señora que me voy a quedar aquí hasta la tarde.

—¿Se va a quedar? —preguntó Mateo.

—Sí, me voy a quedar y ya te estás largando.

—¿Cómo dice?

Don Gabriel se incorporó trabajosamente. Le asomaba una vidriosa iracundia por los ojos mientras se daba aire con el pañuelo por dentro de la camisa.

—Venga, vete ya. Y vienes a recogerme a las cinco y media.

—Sí, señor.

—Pero a las cinco y media en punto, ¿me estás oyendo?

—Sí, señor, a las cinco y media estoy aquí como un clavo. Voy a almorzar primero, ¿no?

—Ya almorzarás en casa.

Mateo se dirigía otra vez hacia la puerta de la cuadra de lagares. Don Gabriel se congestionaba.

—¡Eh! —gritó.

Mateo dio media vuelta, girando sobre un talón.

—¿Diga?

—¿Se puede saber dónde vas ahora?

—Voy a decirle adiós a Onofre, con su permiso.

—¡Te quieres ir de una vez, coño!

Mateo torció hacia la salida del almijar. Se movía con un cansino aire de indecisión, como si soportase algún agobio en los riñones, arqueando las piernas todavía más que de costumbre. Se levantó un remolino de polvo junto al muro de la derecha. Don Gabriel se adormilaba, con la barbilla pegada al pecho, los brazos colgando por fuera del sillón. El campo zumbaba como una moscarda dentro de una botella. Entró en el patio el hijo de Onofre, camino de la bodega del fondo. Cuando vio a don Gabriel se desvió y apresuró el paso para saludarlo. Llevaba al hombro un atadizo de soga enlazado al mango de la azada.

—¿Cómo está usted, don Gabriel? —dijo mientras se acercaba.

Don Gabriel entreabrió los ojillos.

—Bien, ¿qué hay?

—Por ahí se va.

El hijo de Onofre era un hombre fornido y de más que regular estatura, ojigarzo y de largas patillas endrinas. Se tocaba con una diminuta boina marrón escurrida hacia la nuca. Tenía los pantalones remangados hasta media pierna, por encima de la cinta de las alpargatas. Apoyó la azada en el puntal del emparrado y se quitó la boina. Daba una noble impresión de seguridad.

—¿Mucho trajín? —preguntó don Gabriel.

—Vaya, no falta. El lunes empezará lo gordo.

—Que ya va siendo hora.

El hijo de Onofre se restregaba con el pulgar la palma de la otra mano, por donde tenía pegada una costra de polvo.

—Ahí andaba asegurando las estacas del bienteveo.

—Con este vendaval.

—No, y como Grajales se queda ahora de guardia por las noches.

—Eso de los robos... Mano dura, la única forma.

El hijo de Onofre no respondió. Recogió la azada y el rollo de soga y titubeó un

momento. Parecía que iba a entrar en la casa, pero se volvió en dirección a la bodega.

—Bueno.

—Oye —terció don Gabriel.

—Oigo.

—Que ya habrá que ir pensando en que sustituyas a tu padre. Me parece que últimamente ha dado un bajonazo.

—Verá usted, don Gabriel, yo quería hablarle de eso cuando terminara la vendimia, pero ya que ha salido la conversación...

—¿Qué pasa?

—No, nada, es que a mí, la viña, de capataz, no es así una cosa que me vaya bien, es decir, que yo ya me había hecho otros planes.

Don Gabriel tragó saliva. Ya había perdido la costumbre de que le llevarsen la contraria.

—¿Cómo?

—Ya ve usted.

El hijo de Onofre apoyó otra vez la azada en tierra.

—Allá tú —se mordió los labios—. Vaya salida.

—Es que no me apaño.

—Bueno, de todas formas todavía hay tiempo para que lo pienses mejor.

—No es por hacerle a usted un desaire, pero es que no me va.

—Sí, claro, si yo ya me conozco el terreno —se enderezó—. Un puesto como ése, que se pelean por cogerlo. En fin, allá tú.

Cuando don Gabriel le ofreció a Onofre lo de Monterrodilla, el hijo de Onofre se plantó. La guerra había terminado hacía poco y el hambre avivaba en los pueblos los rescoldos de las malas famas.

—Yo me quedo —había decidido el hijo de Onofre.

—Y eso ¿por qué? —indagaba el padre.

—Porque no me huele bien el asunto, ¿más claro? Prefiero seguir con el carbón.

—Pasando más rasca... No, si tú eres capaz de dejarnos colgados, así por las buenas.

—Ese don Gabriel Varela es un mangante, ya me he enterado yo por mi cuenta.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que no trago, que las cosas están como están por tíos como ése. ¿Miento?

—Y si puedes salir de esta pocilga y comer, tú no quieres, ¿no? —terciaba Encarna, la hija de Onofre—. A ti qué te importa lo que hagan los demás.

—Tú cállate. Claro, la señorita quiere cambiar de aires.

—Mira, niño, que a ti te han calentado la cabeza y no tengo ganas de que me la calientes a mí también. Demasiados palos llevo ya encima, ¿no te parece? —seguía

argumentando Onofre, como si quisiera justificarse a sí mismo con evasivas.

—Usted sabe que lo que le digo es el evangelio.

—Yo ni lo sé ni lo dejo de saber. Lo único que pasa es que es una cosa conveniente y que ya hemos pasado bastante, ¿es así, o no es así?

—Lo será, pero yo no trago, padre.

—O sea, que a los demás que nos den morcilla —decía Encarna.

—Te he dicho que te calles, yo no sé ni cómo tienes cara —decía el hijo de Onofre.

Encarna, desde que volvieron a la sierra, se dedicó a vivir su vida. Las privaciones y el miedo le habían metido en la sangre una enfermiza y desenfrenada comezón, como si se vengara contra ella misma de la miseria ofreciendo todo lo que tenía que ofrecer.

—Déjala tranquila —decía Ana—, así se la lleve quien no la conozca.

—No caerá esa breva.

Onofre procuraba no entrar en detalles cuando se trataba de Encarna, sentía como si la cosa no fuera con él.

—Bueno, volviendo a lo mismo —proseguía—, si uno va a fijarse quién se está aprovechando con el estraperlo, y quién no, pues tú me vas a decir a mí qué es lo que se saca en limpio.

—Esto va a cambiar y el carbón tiene su porvenir.

—¿Su qué? Mira, se nos ha presentado una oportunidad que ni soñarla y si no la cogemos, hay cuarenta esperando, eso es lo único que interesa. Yo ya no te digo más, aquí no se obliga a nadie.

El hijo de Onofre terminó por rendirse a la obligación. Tenía entonces veintidós años, dos más que Encarna. Pero ahora seguía pensando lo mismo que cuando llegó a Monterrodilla a finales del 39. La viña no era para él otra cosa que una estación de paso en espera de unos tiempos que no acababan de presentarse. Aguantó los chaparrones casi sin saber por qué, pensando quizá que tampoco perdía el tiempo en la viña y que era el propio hijo de don Gabriel quien estaba al quite de los acontecimientos. Pero cuando veía que a su padre se le debilitaban los pocos arrestos que ya tenía de por sí, empezó a concomerlo una nueva y más inmediata preocupación.

—Usted lo sabe, padre, yo me vine para ayudarlo en lo que hiciera falta, pero de capataz no me quedo, eso fijo.

—Si ya me he enterado de sobra, no tienes por qué estar machacándolo cada dos por tres.

—Es que yo sé lo que me digo. Don Gabriel ya está con la mosca detrás de la oreja y a mí no me agarra.

—Piensa un poco, hijo —alegaba su madre compungándose—, que las cosas no

están como para hacer tonterías.

—Yo ya no me caso, a la vista está. De modo que los tres podemos arreglarnos en cualquier parte, seguro.

Onofre, en el fondo, admiraba la buena fe y la entereza de su hijo. Lo que había perdido por un lado se lo encontró por el otro, compensándolo de los malos pasos de Encarna.

—Yo no tengo ninguna queja de ti —decía—, las cosas como son.

—Aquí estamos a las duras y a las maduras.

Don Gabriel seguía tragando saliva y sobreponiéndose a la imprevista renuncia del hijo de Onofre. Su salida de tono lo había desconcertado y se afanaba por hacerse el indiferente. Hubiese sido un fallo que se le notase la indignación. Se oía a Mateo arrear a la jaca, bajando a buen trote por la vereda.

—Bueno, ya haré yo mis cálculos —concluyó—. Más vale saberlo desde ahora.

—Sí.

—Lo que hay que oír, una colocación que es como para sacarla a subasta.

El hijo de Onofre se había echado otra vez al hombro la azada, balanceando en la mano el lazo de la soga.

—Ya hablaremos.

—Por mí, no hay más que hablar.

—Bueno, ahí estoy. Si quiere usted algo...

—Adiós.

El hijo de Onofre se fue para la puerta de la bodega. Saltaba una nube de basura por encima del brocal del pozo. Don Gabriel volvió a sacar la petaca con una irritada premura. Se levantó y encendió el cigarrillo. Le entraba por la boca, con el humo, el abrasado y sofocante arañazo de las chicharras. El cielo se había puesto brumoso por la parte del sur. A don Gabriel le zumbaban los oídos.

—¡Ana! —gritó.

Apareció Ana, moviéndose con una humilde y servicial diligencia. Daba la impresión de que se le habían achicado los ojos entre las tensas arrugas de su piel de maíz. Se pasaba un dedo por las comisuras de los labios.

—Don Gabriel...

—Oye, prepárame arriba una cama, que me voy a echar un rato. Y súbeme la botella que le dije a Onofre.

—Sí, señor, ahora mismo.

Ana entró en la casa y volvió a salir con un manojito de llaves cogidas de un rebenque.

—¿Quiere usted que le suba algo de comer? —preguntó.

—Cuando me despierte. Me llamas a eso de las cinco.

—Sí, señor.

Ana se dirigía hacia el hueco de la escalera. Titubeó un momento, como si se acordara de algo.

—Tengo ahí una gallina que está la mar de bien, ¿se la preparo?

—Cuando me despierte —repitió don Gabriel.

Por la parte del almiar alguien cantaba un arreglo por bulerías de lo de «cuando voy a los bailes del duque de Osuna». La voz parecía aglutinarse con la masa de agobios del calor. Se oían las lentas pisadas de Ana subiendo la escalera. Don Gabriel se dejó caer otra vez en el sillón, con un hosco ademán de aburrimiento. No podía con su alma.

A las tres, a las cuatro, no se veía a nadie por la calle. El sol aparecía velado por una densa y violácea calina que se pegaba a la carne como si fuese una ardorosa pella de humedad. De cuando en cuando, algún difuso ajetreo doméstico rompía el algodonoso y desolado crujir del aire. Rafael Varela se detuvo en el cruce de dos desnivelados callejones. Vaciló un momento antes de subir por el de la derecha. Había salido de su casa hacía ya un buen rato, no sabía con qué rumbo. A la hora de la siesta se le metía en el cuerpo una tediosa desazón que lo empujaba invariablemente a la calle. No podía dormir ni hacer ninguna otra cosa que no fuese andar hasta que el calor empezaba a ceder. Vicente Corrales se había ido a las Talegas, ya no iba a poder verlo hasta la mañana siguiente. Rafael caminaba a la deriva, como parapetado en una calma agobiante: parecía que la gente había abandonado de pronto el pueblo. Pensó acercarse a la oficina de Miguel, pero cuando estuvo cerca se arrepintió. Seguramente iba a encontrarse con Perico Montaña y no tenía ganas de aguantarlo. Brillaban los adoquines como si los hubiesen restregado con cera. Empezó a crecer el estrépito de un carro que bajaba a trompicones por una calle lateral. Rafael volvió a salir por segunda vez a la plaza de la Rinconera. Su casa quedaba ahora cerca, al doblar la esquina, pero prefirió seguir adelante. A veces le producía una placentera sensación de dominio soportar el ahogo de la siesta sin meterse en la cama. Unos hombres cargaban escombros en una camioneta. Salían de un portal con unas esportillas aguantadas contra los muslos y las iban volcando por encima del tablaje del camión. Se confundía el polvo de la escombrera con la pegajosa bruma de la tarde. Rafael torció a la izquierda y se metió en un bar que quedaba un poco más abajo.

—Un coñac con sifón —pidió.

—¿Hielo? —preguntó el camarero mientras se metía por la parte de dentro del mostrador.

—Sí, gracias.

El bar estaba vacío. Rafael se sentó en un taburete de exagerada altura, los codos sobre la barra. El camarero le sirvió el coñac en una copa y el hielo en un vaso. Después colocó el sifón sobre el mostrador, probándole primero la fuerza del gas contra el latón de la pila. Rafael echó el coñac encima de los cubitos de hielo y luego le añadió un chorro de sifón. La botella estaba envuelta en una azulada redecilla de alambre. Salía el agua a gargajosos borbotones, trepando por las paredes del vaso.

—Usted qué dice, que llueve o que no —preguntó el camarero al tiempo que retiraba la copa vacía.

—Vamos a ver —dijo Rafael.

—De mañana no pasa, me apuesto algo.

—Con este levante...

—Bueno, para el caso es lo mismo, usted verá como luego protestan. Si llueve, que si se estaba soleando la uva, y si no llueve, igual, que si la poda o lo que sea. Ya se inventarán algo, el caso es protestar.

—Sí.

Rafael no tenía ganas de conversación. Removía el líquido dentro del vaso con un movimiento nervioso, al coñac le costaba trabajo enfriarse. El camarero se retiró un poco hacia el otro lado del mostrador, cambiando inútilmente de sitio unos servilleteros de anuncio. Volvía a la carga sin mirar a Rafael, como si formara parte de su obligación seguir hablando.

—Y creo que ha sido un año de los buenos, eso dicen. Aquí, el que no lo nota es el que se defiende por su cuenta, sin tener de qué, ¿no le parece?

—Claro.

—Lo que más deja hoy es un tabanco, nada de bares. Un tabanco es lo que más deja, seguro, un negocio saneado, sin complicaciones. Lo poco que se gana aquí se lo llevan los impuestos, lo comido por lo servido.

Rafael no contestó. Asentía con la cabeza mientras bebía un buchito de coñac, que ya estaba frío y sabía a corcho. El camarero parecía irse acalorando a medida que hablaba. Adoptó un tono confidencial.

—Unos borregos, eso es lo que somos, a ver si no. Nos sacan hasta el pellejo y como si nada, tenemos el rabo entre las piernas.

—Hasta que no se demuestre lo contrario —replicó Rafael casi sin darse cuenta de lo que decía.

—¿Y quién levanta la voz? Si yo tuviera veinte años menos, me iban a oír. Uno se mata trabajando y luego ¿para qué? Dígame usted para qué. El que sale de pobre es el que se maneja por la puerta falsa.

El camarero se quedó callado de pronto, como si hubiese perdido el resuello. Ya debía de andar por los cincuenta y cinco años. Se salió de detrás del mostrador, acomodándose en una silla de tubo al lado del balconcillo, con la espalda apoyada en el cristal.

—Vaya día —refunfuñó—. Calor es lo único que sobra.

Las cuatro y veinte, las cuatro y media, un largo espacio vacío mordiéndose la cola en sólo diez minutos. El gas del sifón remejiendo por las fosas de la nariz. A Rafael le daba asco el sifón, no sabía por qué lo había pedido. Un cigarrillo fumado hasta la mitad, dos chupadas de otro. El humo del tabaco de hebra hecho un mazacote de amargor en la garganta. A Rafael le pasó de pronto por la cabeza que podía haberse acercado hasta Monterrodilla, pero luego supuso que a lo mejor se encontraba allí con su padre. Hacía un rato que había visto a Mateo, solo en el pescante de la calesa. Según la dirección que llevaba, lo más probable es que fuese



para la viña. Oyó que alguien siseaba desde la puerta, pero no se volvió a mirar. Se hacía el distraído a pesar de que estaba seguro de que lo llamaban a él, la única persona que había en el bar a excepción del camarero, que seguía imperturbable en su rincón del balconcillo, haciéndose el discreto. Una colección de banderitas, clavadas por las astas en una peana romboidal, la de España en el centro. Dos botellas de whisky convertidas en pie de lámpara, con unas etiquetas pegadas en la pantalla de pergamino.

—Sss...

Unos gallardetes colgados de su base a todo lo largo de un cordoncillo por encima del mostrador. La borrosa delincuencia de no hacer nada. Cuando terminase la vendimia, el hijo de Onofre iba a decirle a su padre que no iba a seguir trabajando en la viña. Sólo tenía por delante una semana, dos a lo sumo, para dejarlo todo listo. La estupidez de continuar apoyado en la barra, como si le diese apuro llamar al camarero para que le cobrase el coñac. Sisearon otra vez. Rafael miró de reojo.

—¿Qué haces, estás sordo? —preguntaron.

Era una muchacha de largo pelo suelto y piel aceitosa y oscura. Llevaba un vestido demasiado corto para su talla, exageradamente ceñido al cuerpo. Se asomaba al bar con un mal compuesto aire de descaro. Cuando Rafael se volvió, le sacaba la lengua. La muchacha sostenía entre el antebrazo y la cadera una caja de zapatos. La balanceaba sin atreverse a entrar, como si la caja fuese el motivo de su indecisión.

—Ah, ¿eres tú? —dijo Rafael.

—No se te ve nunca —dijo la muchacha.

Rafael se bajó del taburete y se acercó a la puerta. Sentía el estacionamiento de la sangre en la cara. El camarero se espabiló como para no perder detalle.

—No se te ve nunca —repitió la muchacha—. ¿Dónde te metes?

—Por ahí.

—Buen tunante estás tú hecho.

—¿Yo?

—Sí, tú, todavía te podía estar esperando.

—Verás, es que a última hora...

—Claro.

Rafael se sentía incómodo. Miraba a la calle por encima de la muchacha, como temiendo que llegase alguien. Se le iba desvaneciendo el sofoco de la cara.

—Bueno, ¿qué cuentas? —dijo.

—Voy ahí a la costurera, ¿me acompañas?

—Te vi anoche con ese amigo tuyo.

—¿Con quién, con Marcelo? Bah...

Hubo un silencio. Rafael pasó los ojos por las caderas de la muchacha, que parecían removerse por dentro igual que una masa que empieza a hervir. Se daba

cuenta que el camarero lo estaba mirando por detrás y no podía sustraerse al influjo de esa vigilancia, que lo desconcertaba sin entender por qué.

—A lo mejor me voy a servir a tu casa, ¿lo sabías? —dijo la muchacha.

—Sí.

Rafael sacó otro cigarrillo. Luego rascó un fósforo, pero no logró encenderlo ni tampoco lo intentó por segunda vez. Las gafas empañadas, un golpe de enconado deseo en el pecho, una ira mezclada de miseria. Rafael se volvió un momento hacia donde estaba el camarero, como si repasara el local por hacer algo. El camarero seguía ojo avizor.

—¿Entro? —preguntó la muchacha.

—¿Cómo?

—¿Es que tampoco me vas a invitar?

—Ya me iba, Matilde.

—Bueno, gracias, generoso.

—Me tengo que ir, otro día nos vemos.

—¿Y tu padre?

—Bien.

—Oye, que de lo que tú te figuras ya no hay nada, ¿eh?

—Sí.

Rafael volvió a rascar el fósforo por segunda vez. Cuando no sabía qué decir, tenía que tener ocupadas las manos.

—Bueno, hasta la vista —dijo la muchacha—, y que sigas tan animado.

—Adiós.

Rafael se acercó al mostrador y terminó de beberse el coñac, que ya no era más que una agüilla amarga. Pensaba en lo que podía haberle dicho a Matilde y se había callado. Siempre pensaba en lo que se había callado, recomponiendo con una imprevista agilidad mental cualquier imaginaria y frustrada conversación. Veía a su padre persiguiendo a las criadas de su casa, con los ojos supurados de vino, la boca rijosa y despreciativa. Veía su propia y hereditaria lujuria rebuscando desconcertadamente por el cuerpo de Matilde. El implacable contagio que había tenido que ir extirpándose como un pus desde que era casi un niño. No podía soportar el recuerdo de lo que había visto en su casa, la inminencia de lo que todavía le quedaba por ver.

—¿Qué le debo? —preguntó volviendo la cara.

—Tres cincuenta.

El camarero se levantó y se acercó a Rafael, sin meterse por dentro de la barra. Rafael dejó cuatro pesetas encima del mostrador.

—Buenas.

—A seguir bien.

Cuando se disponía a salir oyó otra vez la voz del camarero.

—Oiga, perdone...

—Diga.

—No, verá, es que... —se pellizcaba la barbilla—. Bueno, mejor dicho, era por si le interesaba saber que tengo ahí un reservado para los clientes. Aquí se cierra a eso de la una, pero hasta las tres o las cuatro, estoy yo dentro. Una llamadita, usted me entiende.

—Sí, gracias.

—Nada, ya sabe, para servirle.

Rafael anduvo un buen trecho con los ojos semicerrados, escocidos por la polvareda. Sentía un golpe de humillado recato soliviantándole los intersticios del estómago. El cristal de las gafas parecía desmenuzar el crudo relumbre de la luz en mil distintas y coloreadas virutillas. Poco a poco se había ido descomponiendo la desolada apariencia de la calle. El calor arreciaba con un nuevo despliegue de vahos, como si estuviese colgada del aire una plancha de hierro al rojo y fuese soltando churretazos de vapor. Un hombre enroscaba el extremo de una manguera en la boca de riego de la esquina. Después la arrastró por el lado contrario mientras otro hombre hacía girar la palanca de la toma. El agua ascendió en una curva elíptica por encima de los plantones de acacia y luego se desvió hacia el centro de la calle. El surtidor subía limpio, dirigido por el dedo pulgar del que regaba, acertándose cuando pasaba algún coche como si fuera un abanico de elástico. Olía a sótano y a lana mojada. Por la acera de la sombra se veían algunas personas sentadas alrededor de los veladores. Rafael se detuvo un momento antes de cruzar, esperando que se alejara el chorro de la manguera. Un coche se paró a su lado. Chillaba el freno como una rata.

—¿Vas para tu casa? —preguntó don Felipe Gamero asomándose a la ventanilla.

—¿Cómo? —reaccionó—. Pues no, ahora no.

—Si ves a tu padre, dile que a eso de las nueve le caigo por el casino. ¿Se fue a la viña?

—No lo sé, creo que sí.

—Se lo dices cuando vuelva.

—De acuerdo.

—¿Cómo te va, Rafaelito?

Al lado de don Felipe, en el asiento delantero, iba su hija. Rafael tuvo que agacharse un poco para poder verla.

—Hola.

—¿Te llevamos?

—No, gracias, voy ahí a un encargo.

Don Felipe ya había puesto otra vez el coche en marcha. Las salpicaduras del agua le había acribillado la capa de polvo de la parte baja de la carrocería. Arrancó

como si le hubiesen dado un empujón por detrás.

—Chao.

—Adiós.

Rafael atravesó a la otra acera. Don Felipe Gamero era igual que su padre, no había más que verlo. Los dos hombres de la manguera cargaban ahora con ella como con una boa camino de la siguiente boca de riego. Rafael se acercó al escaparate de una droguería, donde estaban expuestos en forma de pirámide unos botes de pintura, de mayor a menor. A cada lado había una fila de baldes de plástico, distribuidos simétricamente por colores. Un poco más arriba, quedaba un caserón de altivo empaque, con una espaciosa taberna en la planta baja y las oficinas del Instituto Nacional de Colonización en el piso principal, el asta de la bandera sujeta a los hierros del balcón. La colección de banderitas del bar, un recuerdo que se confundía con otro y luego con otro y otro más, hasta llegar al ridículo o al límite de un odioso aburrimiento. Una peonza bailando vertiginosamente y reproduciendo una serie de absurdas imágenes en cada vuelta. Rafael tiró por la calle en sentido contrario al que había traído. Andaba más aprisa. Lo deprimía aquel escenario, repetido de mil modos iguales dentro de su memoria hasta donde más podía estirla. Pensó otra vez en Matilde. Veía la oscilación de sus caderas como si no perteneciesen al cuerpo de la muchacha, sino como un movimiento aislado, blando y al mismo tiempo consistente, que bullía desde el fondo de la visión sin referencia alguna con la realidad. Se podía haber ido con ella. Recordaba la maloliente habitación de Matilde, en una casa de vecinos del Angostillo, donde también vivía la tía de Vicente Corrales. Una noche, Matilde le dijo que fuese a verla, que se iba a quedar sola desde las nueve. Y Rafael fue a verla porque no podía hacer otra cosa que ir, sin saber todavía que su padre andaba detrás de ella. Se le empañaban de nuevo las gafas. Le vino a la memoria el diario esfuerzo que había tenido que hacer, casi como una previsible y vengativa reacción contra lo que le rodeaba, para sobreponerse a sus más atezantes inclinaciones. Veía otra vez a su padre jadeando con la barriga llena de vino, lo oía entrar en su casa cuando él se levantaba, olía la fetidez a pachulí y a una mezcla de nicotina y de mosto que quedaba un momento en la galería. La propensión alcohólica, el largo repecho de latrocinios que se le habían revelado instintivamente, el deseo de acostarse con cualquier mujer fustigándole la razón, el despertar de la modorra cuando comprendió que tenía que escaparse como fuese de todo aquello. Rafael casi tropezó con unos muchachos que estaban parados en mitad de la acera.

—Hombre, llegas a tiempo —dijo el que parecía llevar la voz cantante.

—Qué hay...

—Nada, aquí este majareta que dice que al Barbosa lo que le hace falta es un extremo izquierda, ¿tú qué opinas?

—Hombre, no sé.

—Pero tú qué dirías si te preguntaran. ¿Le hace falta un extremo izquierda o un entrenador que conozca el punto flaco del equipo?

—Un entrenador, depende.

—¿Lo estás viendo? —se dirigía a otro del grupo, que usaba cachimba.

—Nada, ni entrenador ni nada. Un extremo izquierda, lo mantengo aquí y donde haga falta —contestó el de la cachimba.

—Venga ya, hombre, tú no sabes del pie que cojea el Barbosa. Chano ha tenido sus tardes malas, como cualquiera, no te lo niego, pero es un elemento de primera, rinde lo suyo.

—Que se vea, jugando es como hay que verlo. Ni una tarde ni dos, la temporada. Al final era un estorbo, tú verás cuando empiece la leña, a ése se le pasó la oportunidad.

Rafael permanecía al lado del grupo por inercia, sin saber exactamente por qué no se iba. Apenas si se enteraba de la discusión. Vicente Corrales iba a avisar a Rosalía y al hijo de Onofre para que fuesen a casa de Miguel al día siguiente. Los muchachos que hablaban de fútbol eran tres. El que llevaba la voz cantante estaba picado de viruelas. Rafael los conocía desde niño, de verlos a todas horas y en todas partes. Estaba seguro que ya se iba a poder contar con Miguel. Necesitaba convencerse de que Miguel cumplía cuando había que cumplir. Ahora la cosa iba en serio.

—Escucha a éste, Rafael. ¿Chano es un jugador de primera o no? Díselo tú.

Rafael entendió vagamente lo que le preguntaba el picado de viruelas.

—Sí —contestó.

—¿Cómo que sí? —dijo el de la cachimba—. Ése ve un balón y no sabe ni de lo que se trata, se hace un lío. Rapidez tendrá, de acuerdo, pero de vista, lo que se llama hacerse cargo de la situación, de eso, cero.

—Chano juega —dijo el que no había hablado todavía, que bizqueaba de un ojo.

—A los bolindres —dijo el de la cachimba.

—Chano juega, te lo digo yo.

—Mira, tú, esas cosas hay que plantearlas sobre el terreno —insistía el picado de viruela—. Sobre el terreno es como hay que plantearlas. Tú échate al campo y ponte de extremo izquierda, a ver qué haces.

—Para jugar al fútbol lo primero que hay que tener son dos dedos de frente —dijo el de la cachimba.

Rafael iba a ensayar una escapada cuando vio venir a Julián Cobeña por la otra parte de la calle. Se volvió de espaldas, colocándose al lado contrario del grupo, como si se interesara en la conversación. No podía evitar una especie de obsesiva repulsión física cada vez que veía a Cobeña. Soplaba el viento con un inusitado coraje, a bruscas avalanchas, resonando igual que un inmenso mugido por los callejones aledaños.

—Ahí está —dijo el picado de viruelas—. Se resentía de la lesión.

—Pues entonces lo que tenía que haber hecho es no salir. Si salió es porque se encontraba en forma, lógico. Un fallo del entrenador como una casa.

—No, en eso te doy la razón, la verdad, pero si se queda en el vestuario, ¿a quién ponen? Dame tú una alineación.

—A Cortina, o a Piña, a cualquiera primero que a ése.

—Peor —dijo el bisojo.

Julián Cobeña pasaba ahora por el lado del grupo. No vio a Rafael, iba mirando los escaparates a paso lento, el ademán soez y baboso, una mano en cada bolsillo del pantalón. De perfil, tenía pinta de tentetieso. Mordía un desliado colillón de faria con la boca entreabierto. Se detuvo un poco más arriba frente a un anuncio que estaba pegado en la pared, como delectando lo que decía. Rafael se fijó también distraídamente en el anuncio. Una frondosa viña perdiéndose en un fondo azul y, en primer plano, la silueta de un campesino con sombrero de paja y camisa roja, levantando sonriente un saquito y señalándolo con el dedo. En el saquito ponía: «CAMPOSAN. Asegura la vid del peligro del mildiu.» A Rafael se le revolvía en el estómago la sola presencia de Cobeña, no podía evitarlo. Se imaginaba que debía tener todo el cuerpo atacado por el hongo del mildiu.

—Bueno, mira —dijo el picado de viruelas—, vamos a dejarnos de discusiones, es perder el tiempo. ¿Tú sabes lo que hacía yo con la directiva del Barbosa, hablando pronto y claro?

—Di.

—Presos, los metía presos a todos.

—Carajo, Diego —dijo el de la cachimba—, que tampoco es para tanto.

—Eso —dijo el bisojo.

—Yo pago mi cuota, ¿no? Bueno, pues si yo pago religiosamente mi cuota un mes detrás de otro —se golpeaba con el puño la palma de la otra mano—, tengo derecho a exigir, es lo menos.

Rafael empezaba a marearse. El coñac no le había caído bien, tenía la boca amarga y pastosa. Se le pegaban los pies al cuero húmedo de las sandalias.

—Fíjate en el Industrial, sin ir más lejos. Ahí tienen dos o tres fulanos que apoquinan los traspasos de su bolsillo. ¿Sabéis lo que van a hacer ahora? Pues irse a Madrid por un par de figuras, la única manera.

—Bueno, os dejo —dijo Rafael.

—Espérate, nos vamos juntos —dijo el picado de viruelas—. ¿Tú eres socio?

—¿Cómo?

—¿Tú eres socio del Barbosa?

—No.

Empezaron a caminar por la acera recién regada, entre las paredes y los veladores.

El levante seguía arremetiendo a todo lo largo de la calle, remontando la basura como si estuviese soplando a todo soplar por debajo de las piedras.

—En el campo del Industrial, veinticinco mil espectadores —aclaró el bisojo sin que se supiera a santo de qué.

—¿El domingo? —preguntó el picado de viruelas.

—No, en general. Lo digo porque eso es un campo.

—No me hagas reír —dijo el de la cachimba—. Ni siquiera se les ha ocurrido pensar en un estadio que esté a la altura de la afición. Lo único que les interesa es forrarse con la taquilla, ni una reforma ni un miramiento con el público. Forrarse es lo único que quieren, ¿me equivoco?

—Eso la prensa es la que tenía que moverlo —dijo el bisojo.

—¿La prensa? La prensa menea lo que le conviene menear. Un caso: a mí me consta que en la Base estaban dispuestos a costear una ampliación, esa gente es así. Bueno, ¿se ha publicado algo? No se enteró ni el Papa, en éstas estamos.

Rafael se paró cuando atravesaban una calle lateral. Dejó paso a los tres muchachos y levantó una mano con gesto de prisa, como si se acordara de pronto de algo.

—Bueno, hasta luego —dijo.

—¿Te vas?

—Sí, tengo que hacer, hasta luego.

—Adiós.

Rafael se apresuró por el cruce de la derecha. El silbo del viento apagaba todos los demás ruidos. Unos niños salieron de estampía de un portal, persiguiéndose en silencio con unas espadas de palo. El atardecer se empezaba a echar encima antes de lo previsto. En setiembre, por lo común, no anochece hasta eso de las ocho, pero ahora la calina parecía engullir la luz a bocanadas. Rafael sentía una creciente ira contra sí mismo. Como las más de las veces, se arrepentía de haber perdido la tarde en aquel absurdo ir y venir, del que nunca sacaba otra cosa que un cansado sentimiento de inutilidad. Pensó irse a su casa, aun sabiendo que tampoco iba a poder aguantar mucho tiempo encerrado en su cuarto. Se detuvo frente a una puerta giratoria y luego entró en una sala de billares, que ocupaba toda la planta baja de un inmenso edificio medio arruinado. Titubeó un momento, mirando a una y otra parte repetidas veces. En la sala había cuatro mesas, colocadas irregularmente de modo que los tacos no tropezasen con la pared ni con el descabellado laberinto de columnillas. En una de las mesas estaban jugando al chapó; las otras tres permanecían cubiertas con unas remendadas fundas de sarga. Rafael descubrió el teléfono al lado de la puertecita del retrete. Sólo se oía el entrechocar de las bolas, nadie decía nada. Por un ventanal enrejado y sin puertas se veía un corralón de altas paredes grises que debía hacer las veces de basurero. Rafael se acercó el teléfono. Sacó una ficha del bolsillo

de la cazadora y la colocó sobre la muesca, empujando la palanquita. Olía a poceta y a sudor. Rafael marcó un número. Relumbraba desde allí el paño verde de la mesa donde estaban jugando. La luz de la doble pantalla entenebrecía la escasa claridad que iba descolgándose por el corralón. Rafael contaba los timbrazos del teléfono. Cuando empezó a sonar el cuarto, le contestaron.

—¿Don Miguel Gamero? —preguntó a media voz.



**SEGUNDO DÍA**

**LA TORMENTA**

# 1

Uno de los arrumbadores se subió encima de la andana de las botas, que estaban superpuestas en tres pisos a todo lo largo de la bodega. Ahora estaban terminando de colocar la tercera fila. El arrumbador agarró la cuerda por un cabo y esperó a que se encaramaran los otros tres. Uno de ellos era gordo y bajito y sudaba por todo el cuerpo, exhalando el mismo enervante y encrespado olor que la bodega. Cuando estuvo arriba, se pasó el poderoso antebrazo desnudo por la frente. Le vacilaban las piernas, buscando equilibrio entre las panzas de los toneles.

—Ahí va una bota, pero ésa anda —dijeron desde abajo.

Y se reían con un desganado carcajeo. El arrumbador no respondió. Se agachaba para recoger el cabo de la otra cuerda. Detrás subieron los dos que faltaban, ágiles y como alardeando de su agilidad. Miraban con sorna al gordo mientras sostenían las maromas, una pareja de arrumbadores a cada lado. Las cuerdas estaban fijas por uno de sus extremos en la parte de atrás de la andana, enlazando la bota para que pudieran ir subiéndola por el plano inclinado de los puntales hasta la fila de arriba.

—Ea, faltan cuatro.

—Aquí el que saca tajada es el amigo Piña.

—Se echan músculos.

A veces se zafa una cuerda porque el barril está lleno de mosto y pesa un quintal. A los arrumbadores que los coge tirando no les suele ocurrir gran cosa. Se van de cabeza al suelo o se descoyuntan una pierna al dar el batacazo contra los otros barriles de la andana. Lo malo es para los que están empujando la bota desde abajo, ayudándola a subir. Si no se escapan a tiempo, siempre atrapa a alguno y ése ya no lo cuenta.

—Listo, jalarle.

—Música, maestro.

Los cuatro arrumbadores de arriba estiraban de las dos maromas, acompañándose con un estertor a cada nuevo impulso. Apoyaban los pies en los barriles de delante, con todo el cuerpo echado para atrás. La costra de las suelas de las alpargatas se pega bien a la mugre de la madera. Al gordo se le señalaba en la garganta un tendón del porte de la maroma. Los de abajo eran tres y rodaban la bota con un esforzado agobio, uno a cada lado y otro en el centro, empujándola con la espalda sobre los dos puntales. La bota subía a breves y lentos estirones, deslizándose por la rampa con una crujiente pesadez. Cuando llegó a la altura de la segunda fila, hizo un extraño y se encasquetó, atravesándose un poco al pisar la cuerda. Uno de los arrumbadores le metió un palo por detrás y hacía palanca. La bota no se movía.

—Cuidado ahí arriba, aguantar fuerte.

—Venga.

Cogieron dos tranqueros de calzo y volvieron a hacer la misma operación, ahora por los dos lados. Uno de los tranqueros debía de estar podrido porque se quebró con un desmenuzado gemir de astillas. El hombre que lo manejaba dio un traspié. Pero la bota ya se había desatascado y siguió la marcha. Ahora estaba en el peor momento, trepando por el último trecho de los puntales. Cuando rebasó la altura de la rampa, ya entró en vereda más fácilmente, resbalando por la comba superficie de la bota de arriba. Tardaron todavía más de media hora en colocarla en su sitio. La fueron rodando a lo largo de la andana hasta que la afianzaron con calzos junto a la que habían subido antes.

—Otra... Quedan cuatro de este lado.

—Y veintidós del otro.

Sonaba como un hervor que parecía reptar por el piso de la bodega.

—Ya van a dar las siete.

—Menos diez.

—Pues eso.

Los arrumbadores saltaron a tierra y se fueron al lado de un barrilito que se apoyaba contra una pilastra, al fondo de la bodega. El barrilito tenía un soporte en forma de catre, con una doble sogá tendida entre las aspas. En la pilastra estaba colgada una repisa con unos vasos empañados. Bebieron uno detrás de otro, abriendo la espita, callados y como recuperándose del esfuerzo. Se tragaban el vino sin respirar, echando para atrás la cabeza con un brusco movimiento. Cada arrumbador se bebió dos vasos, menos el gordo, que le cogió las vueltas al capataz y se largó tres. Le hacían falta. Unos vasos de vino, aunque sean del vinagrón del gasto, entonan y meten en caja el cuerpo, que se ha quedado un poco desabrido con el corte del sudor. Dentro de la bodega no se nota demasiado el bochorno y el vino reconforta las trabajadas carnes. Los arrumbadores estaban echando horas extraordinarias, de cinco y media a siete, o a ocho, dependía del mosto que llegara de la viña.

—Este año se forra, vaya empujón.

—Una vendimia a modo, vete fijando lo que se entra por esa puerta.

—¿Nos jugamos un tute donde el Troncho?

—Ayer, cuarenta y seis botas, un chorrito.

—Voy a pasarme ahora por la cooperativa, a eso de las nueve te caigo por allí.

Don Andrés entraba en aquel momento en la bodega. Llevaba un bastoncito de bambú, con puño de marfil. Golpeó una bota con la contera. El capataz no lo había visto. Un arrumbador le dio con el codo y el capataz salió al galope para la puerta.

—Don Andrés...

—¿Qué cuentas?

—Ahora se daba de mano. Colocando el mosto en tercera.

Don Andrés miraba para el techo de la bodega. El techo estaba trazado sobre dos

caídas laterales a partir del vértice central, formando cuatro distintos planos cubiertos por un entramado de vigas tiñosas. Cada intersección de los desniveles se sostenía por una fila de pilares enlazados por arcos, de modo que la bodega quedaba dividida en cuatro naves, igual que la planta de una iglesia. Don Andrés se apoyaba lánguidamente en el bastoncito, arqueándolo con el peso. Su camisa celeste hacía juego con el pañuelo que le asomaba por el bolsillo de la chaqueta.

—¿Siguen trayendo la carga de las Talegas? —preguntó.

—Sí, señor, cada día.

Los arrumbadores saludaron desde lejos. Sonaba un pito con una furiosa y aguda insistencia. Primero, un mugido inicial corto y luego dos largos. Los arrumbadores se fueron para la salida. Llegaron otros más y el gordo se reunió con ellos. Titubearon un poco cuando vieron a don Andrés, pero se acercaron al barrilito y se bebieron sus vasos. Miraban para atrás cuando salían. Se azulaba la lenta caída del atardecer por los rugosos paredones del patinillo.

—Oye, tráeme un sillón, que me voy a sentar un ratito —dijo don Andrés—. Aquí da gusto.

—Ahora mismo.

—¿Ha venido Ayuso?

—No, señor, yo por lo menos no le he visto.

—Bueno, tráeme el sillón.

El capataz se fue por detrás de la andana. Era un hombre de cierta corpulencia, calvo y amoratado como una manzana que se empieza a pudrir, con ese buen color que tiene a veces la mala salud. Entre los arrumbadores se decía que no había tragado nada sólido desde hacía veinte años. Pero el cálculo no se correspondía exactamente con la realidad. Además del vino, se metía en el cuerpo sus buenas dosis de ensalada de lechuga y tomate. Dos copas de vino alimentan lo mismo que un par de huevos, o más, depende de los años que tenga el vino. El vino se incorpora la nutritiva entraña del roble de la bota, asimila la glucosa de la uva, absorbe los gérmenes del aire. Un hombre alimentado a base de vino vive cien años gordo. Con la sangre saturada de alcohol, el cuerpo puede conservarse como si estuviera metido en un frasco. Las carnes se ponen fofas y huelen a algo parecido a la lejía, se agrietan en miles de virutas violáceas, pero eso se alivia con vino. A veces se pudre por dentro el bofe y se va asomando poco a poco al sanguinolento vidrio de los ojos, a los labios tumefactos, a la deforme masa morada de la nariz. Pero el cuerpo pide más vino y, si no revienta, aguanta cien años con una abotagada lustrosidad. Todo es cuestión de irse acostumbrando.

—Me sienta. Y además, ¿qué hace uno?

El capataz llevaba veinticinco años en la bodega y casi no había pisado la calle en todo ese tiempo. Al caer la noche ya no había quien lo moviera y se echaba en su

catre hasta la mañana siguiente. Ahora volvía cargado con el sillón, las patas verdes para delante. Caminaba como sin vista. El sillón tenía unas florecillas blancas mal dibujadas en las tablas del espaldar. El capataz lo colocó al pie de la andana, junto a una puerta que se abría a un corral con arriates de geranios y unas pilas de duelas bajo el cobertizo del fondo. Don Andrés se paseaba entre las botas.

—Aquí se respira —dijo el capataz—, el único sitio.

Don Andrés se sentó y sacó una pitillera de oro. Tomó delicadamente un cigarrillo. El cigarrillo tenía una boquilla también de oro, haciendo juego.

—¿Quieres? —le ofreció al capataz.

—No, muchas gracias.

Don Andrés volvió a cerrar la pitillera y golpeaba el cigarrillo contra la tapa.

—Vete a la portería y di que estoy aquí.

—Sí, señor —dijo el capataz.

—Es que Ayuso no va a saber ni buscarme.

—Sí, señor.

El capataz andaba como un gorila, las manos colgantes y a ras de las rodillas, la espalda doblada hacia el suelo, con el cuello sumido en los hombros. Atravesó todo lo largo de la andana y torció a la derecha. Don Andrés miraba el humo del cigarrillo. Se sacudió la solapa de la chaqueta con el revés de la mano y se levantó. Pasaron otros arrumbadores por el fondo de la bodega, sin mirar a don Andrés. Don Andrés rascaba el terrizo con el bastoncito, dibujando rayas paralelas. Tiró el cigarrillo y lo aplastó, restregándolo con la punta del zapato blanco contra la regada arenilla del piso. Y ya se acercaba otra vez el capataz, a lentas y torpes zancadas, un cabo de tiza en la mano. Don Andrés volvió a sentarse, cruzando los antebrazos sobre los muslos.

—Avisado —dijo el capataz.

Empezaba a oscurecerse la bodega. Se repartían las sombras entre las botas, arrastrándose como bultos parejos y hacinados. Hacía más calor que antes.

—Sácame una copa —dijo don Andrés.

—¿Del Doña Blanca?

—¿Todavía no lo sabes?

—Sí, señor.

El capataz cogió una venencia que estaba colgada por el gancho en la arandela de una bota. La venencia tenía una cazoletita plateada en un extremo de la cimbreante varilla negra. El capataz destapó un barril y metió la venencia por el agujero de arriba. Le dio un golpe seco y sonó como un hondo y pastoso borbotón. Tiró de la varilla, impulsándola y cogiéndola en el aire más abajo, y apareció la chorreante cazoleta. El capataz alcanzó una copa de un estante con puertas de celosía. La sostuvo por el pie y vertió sobre ella el contenido de la cazoleta, separando la venencia a medida que se llenaba la copa. El chorrito de vino hacía una curva en el

aire y terminaba exactamente dentro del cristal. No se derramó ni una sola gota, cosa que no parecía previsible para un pulso como el del capataz.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Don Andrés olió el vino y se lo bebía con un parsimonioso deleite, removiéndolo en la boca una y otra vez.

—Hay que rociarlo, ¿no? —dijo.

—¿Usted cree?

—Pregunto.

—Yo lo dejaría.

—¿Cómo está la bota?

—Dos tercios.

—¿Y las demás?

—Por ahí se andan —se mordía la yema del dedo gordo—. Los trescientos litros largos.

—Más a mi favor.

—Diga.

—Que no me fío, yo le daré un repaso.

Don Andrés terminó de beber y le alargó la copa al capataz. El capataz dio un bandazo cuando la dejaba encima de la bota. Todavía le faltaban un par de horas para entrar en barrena. Miraba a lo hondo de la bodega por encima de don Andrés.

—Vaya vendimia —dijo.

—¿Verdad?

—Nadie va a sacar lo de las Talegas, me pongo lo que haga falta.

—Bueno, tú, enciende, ¿qué esperas?

—Sí, señor.

El capataz se acercó a una pilastra y juntó dos cables que pendían de la pared. Se encendieron unas altas y turbias luces sobre sus cabezas, esparciendo una especie de polvillo amarillento alrededor. El resto de la bodega se volvió más tenebroso.

—Échame otra copa, anda —dijo don Andrés.

—Sí, señor.

El capataz volvió a hacer la misma operación que antes, pero esta vez se reservó para él la primera carga de la venencia. Ya tenía otra copa preparada junto al tapón de la bota. Don Andrés entornaba los glaucos ojillos sin vida, mirando para la puerta del fondo, la que daba al corral. Tenía cara de recién levantado.

—¡Cómo está de nariz! —dijo el capataz al acercarse con la copa.

—A lo mejor lo embotellamos el año entrante. La solera da.

—Da de sobra —se rascó la nuca—, pero eso no hay quien se lo beba, don Andrés.

—¿Por qué no? Mira que la idea.

—Mucho vino, eso no hay quien se lo beba.

Don Andrés metía la nariz en la copa. Sus fugaces ráfagas de entusiasmo tenían la virtud de deprimir a los demás.

—Se le arregla la graduación —dijo sin dejar de oler el vino.

—Una botella de Doña Blanca no tiene precio. ¿Quién la paga?

—Cualquiera, ¿no? Yo no creo que eso sea un problema.

—Cualquiera que escarbe.

—¿Eh?

Don Andrés se bebía la otra copa. Luego la puso en el brazo del sillón. Se sacó el pañuelo celeste y se mojó una punta en la saliva de la lengua, refregándose una gotita que le había caído en la impecable camisa.

—¿Eh? —volvió a gruñir mientras se limpiaba.

—El mosto va a salir con doce grados —dijo el capataz.

—Cuando esté caído, que lo dejen hasta que yo lo vea, ¿estamos?

—Se oye fermentar desde la puerta, un puchero.

Se acercaba entonces Ayuso, balanceándose como de costumbre. Registraba con su mirada de perro de presa por entre las botas. Ayuso tenía el mismo aire que el capataz, no tanto por lo tripón como por lo colorado.

—Don Andrés... —dijo antes de llegar—. Lo estuve buscando por ahí fuera.

—¿No te dijeron que estaba aquí?

—Entendí mal.

—Como siempre. ¿Y qué hay de nuevo?

Ayuso saludó militarmente al capataz antes de responder.

—Pues ahora venía de hablar con el cura párroco.

—¿Qué te ha dicho?

—Que de usted tenía que salir esa idea de la comida, que Dios se lo pague.

—¿Va a ir?

—¿Mande?

—El cura, que si va a ir a la comida.

—Ah, que sí, que lo mejor es prepararla para después de misa de doce.

Don Andrés estaba encendiendo otro cigarrillo. Se lo dejó colgando de los labios y le daba vueltas al mechero de oro sobre el muslo.

—¿Y lo del manto? —preguntó frunciendo las cejas.

—De eso todavía no he podido hacer nada.

—Ya vamos a empezar con tu flojera.

—Don Andrés, fíjese usted que es que tengo veinte cosas.

Don Andrés se levantó. El capataz se había separado un poco, asomándose a la puerta del patinillo, y ya se volvía para Ayuso.

—¿Cómo va esa vida? —preguntó.

—Ya ves —dijo Ayuso—, de cabeza siempre.

—Bueno, tú —dijo don Andrés—, lo del manto, ¿qué pasa?

—Mañana me pongo.

—Mañana me pongo... Y mañana, que pasado.

—Descuide usted, don Andrés. Lo de la comida tiene su trabajo. Dése usted cuenta que voy a prepararla en el Espolique.

—¿Y qué?

—Que siempre es un engorro. Alquile usted los servicios, póngase a ver lo de las mesas y luego, lo principal, el tanteo de la cocina.

—¿Cuántos pobres te dijo el párroco que irían?

—Pues tenía que hacer un cálculo. Así por encima echó la cuenta de unos cien, no llegaban. En el Albarrán, claro.

—¿Tan pocos?

—Hombre, pocos no son, don Andrés —carraspeó—. Según como usted lo mire.

—¿Y van a ir mujeres?

—El cura párroco dijo que era mejor que hombres nada más.

—No le veo la razón.

—Eso me dijo.

—La idea es que coman todos los que lo necesiten.

—Claro.

—Bueno, él sabrá.

Se quedaron un momento callados. Trascendía del húmedo terrizo un descompuesto hedor, entre gustoso e insufrible, a fruta fermentada.

—Si van cien, eso le va a costar a usted como dos mil quinientas pesetas, salvo imprevistos —dijo Ayuso.

—Mira, no vayamos a empezar con tus cuentas, que no tengo ganas de laberintos, qué lata.

—Se lo digo porque por menos de cinco duros por boca...

—Y dale. Que te pague Revilla lo que sea, ¿no te lo dije?

—Sí, señor.

—Siempre con lo mismo, hijo.

Ayuso intentaba meterse la gorra por el bolsillo del pantalón. La doblaba en tres pliegues y no le cabía. Luego se ayudó con las dos manos y la logró encajar, dejando la mitad fuera.

—La familia, ¿bien? —preguntó el capataz.

—Bien jodida —dijo Ayuso.

—Oye —dijo don Andrés—, acuérdate que mañana me lleven una arroba del Doña Blanca.



—Sí —dijo el capataz—, a primera hora.

—Bueno, mejor dicho, que manden una a casa y otra al bar de Juanito.

—De acuerdo, sí, señor.

Una rata salió de debajo de los barriles. Se quedó quieta un momento antes de dirigirse pausadamente hacia la puerta del patinillo. El capataz fue el único que la vio pero no dijo nada. Se conoce que ya estaba acostumbrado.

—¿No te tomas una copita? —le preguntó don Andrés a Ayuso.

—Venga, muchas gracias.

—¿Fino? —dijo el capataz.

—Bueno es.

—Tráeme a mí otra —dijo don Andrés entre dos suspiros.

Cuando el capataz se alejaba con la venencia, don Andrés le hizo señas a Ayuso, que ojeaba unas anotaciones escritas en una laminilla de pizarra.

—Oye.

—Diga.

Ayuso se acercó, rascándose por el cuello.

—¿Le dijiste eso a tu niño?

—Ah, vi esta mañana al amigo en el Espolique.

—¿Y qué?

—Lo que usted me encargó.

—Pero ¿en qué quedó el asunto?

—Que iría a su casa.

—¿Seguro?

—Hombre, eso me dijo, que sin falta.

—Me fío yo menos.

Volvía el capataz con una copa en cada mano y se las acercó a don Andrés y a Ayuso. Ayuso agarró torpemente la suya, subiéndola y bajándola.

—A su salud.

El capataz iba ya de capa caída. Se le confundía el amoratado humor del blanco de los ojos con el iris negrúcio. Sudaba vino por la nariz. Dio dos bandazos más, el segundo más aparatoso que el primero.

—¿Ya estamos borracho? —preguntó don Andrés.

—No, señor, la fatiga —se pasó la lengua por el labio superior—. Es que trajinando de la mañana a la noche, uno no sabe lo que bebe, claro.

—Y tan claro, no hay más que verte.

Ayuso bebía con la cabeza echada para atrás, escurriendo las últimas gotas de la copa. El capataz se apoyaba en la pilastra. Dio un sorbetón y luego escupió.

—¿Qué hora es? —preguntó don Andrés.

Ayuso se sacó un reloj plateado con doble leontina del bolsillo del pantalón,

atolondrándose con la copa en la mano.

—Las ocho menos diez tengo yo —se ponía el reloj en la oreja.

—Bueno, me voy.

—¿Va usted para su casa? —preguntó Ayuso.

—No. ¿Por qué?

—Por si me hacía el favor de acercarme, si no es molestia.

—Anda, te dejo en el camino.

—Muchas gracias.

Don Andrés se fue para el otro lado de la andana, seguido de Ayuso y del capataz. Parecía una borrosa procesión de cabezudos. El capataz ya no se podía tener. Se despidió a la entrada de la otra bodega, encendiendo las luces del corral que las comunicaba. A la derecha, debajo de una techumbre de uralita y sobre unos pilares blanqueados, se veían unos viejos aparatos de destilación. El capataz tenía la voz estropajosa, como si las sombras de la nave se le enroscaran en la lengua.

—Con Dios.

—Hasta la vista.

Don Andrés no se despidió. Al salir de la bodega ya era noche cerrada. El chófer estaba leyendo una revista de historietas con un codo apoyado en el volante, la cabeza vuelta hacia la luz. Cuando oyó la verja se bajó apresuradamente del coche para abrirle la puertezuela a don Andrés y a Ayuso, la gorra en la mano. Olía a una abigarrada mezcla de flores podridas y vinagre. Tres niñas subían haciendo el tren por el pino y polvoriento callejón.

## 2

Lucas atravesó el patio a oscuras y llamó a una puerta del fondo, a la derecha. Sonaban las hojas de la raquílica palma, cabeceando a la altura de la galería con el rachear del viento. En un rincón del patio, amparada en el hueco de la escalera, una pareja susurraba con los cuerpos pegados uno contra otro. Lola abrió la puerta.

—Buenas noches, ¿está Joaquín? —preguntó Lucas.

—Salió hace un rato.

—Vaya, mala suerte.

—¿Querías alguna cosa?

—¿No han venido a traer una razón de parte de don Miguel Gamero?

—Que yo sepa, no. El que vino esta mañana fue ése, Cobeña...

—Es que me parece que nos van a ajustar en lo de don Pedro Montaña.

—Hombre, a ver si es verdad.

—En eso quedó don Miguel, iba a avisarnos aquí.

—Pues no ha venido nadie.

—Voy a dar una vuelta y luego vuelvo, por si acaso.

—Pasa.

—Bueno, un momentito.

Lucas entró en la habitación, que hedía a cuajada y a humo estancado. Lola lo dejó pasar y entornó la puerta detrás suyo.

—Siéntate, no hay mucho sitio —quitaba un canasto de encima de la silla.

—¿Sabes si Joaquín va a volver pronto?

—No, creo que no.

—¿Tenía algo?

—Una fiesta con don Gabriel Varela.

—Vaya gaita. Entonces, sabe Dios.

—Supongo.

Lola se había sentado al borde de la cama. Zurcía una camisa, con la tela casi pegada a los ojos. Subía y bajaba la aguja a lentos e indecisos estirones y se le resbalaba por el hombro el tirante de la bata.

—¿Y cómo va? —preguntó Lucas.

—¿Joaquín? ¿Cómo quieres que vaya? Como siempre.

—A ver si ahora nos arreglamos, Lola.

—Hasta que no lo vea, no lo creo.

—Cuando a uno le viene la mala racha...

—Ésa la tenemos nosotros de *nativitate*.

—Y yo, ¿qué? Ahora, al que no chupa del bote, se las dan una detrás de otra.

—Todas en el mismo lado.

Lola dejó la camisa sobre la cama y se levantó. Tenía la bata deshilachada por abajo y se le asomaba un dedo por la punta de la alpargata negra. Abrió el postigo, calzando el batiente con una piedra que estaba sobre el alféizar. El postigo daba a un callejón. Si pasaba alguien por fuera, sólo se le veía hasta la cintura. Lola cerró la puerta del patio para evitar la corriente y se volvió a sentar. Tenía los ojos ariscos y como acobardados.

—Ni de noche refresca —dijo.

Lucas se bajó un poco la cremallera de la cazadora, la vista fija en el fogón.

—Lo de ayer fue una guasa.

—¿El qué? —preguntó Lola sin mirar.

—Lo de Monterrodilla.

—Como no te expliques.

—¿No te ha dicho nada Joaquín?

—¿A mí? Si me da las buenas noches, ya voy bien servida. ¿Qué es lo que tenía que decirme?

Oscilaba el cordón de la bombilla, sombreando e iluminando alternativamente los rincones de la habitación. La luz parpadeaba como la balanceante llamita de una mariposa. Lucas cambió de postura, pasando el brazo por encima del espaldar de la silla.

—Bueno, yo no quiero meterme en camisa de once varas —dijo.

—¿Qué pasó?

—No, nada.

—Dímelo. Total, me voy a enterar por otro lado.

—Si no es eso.

—Que metió la pata con la borrachera, ¿a que sí? —se le apagaba la voz—. Como si no lo conociera yo cuando se toma tres copas.

—Verás, Lola, es que se nos puso el viento de mala manera.

—¿Y cuándo no es jueves?

—Nos fuimos a Monterrodilla a coger uvas.

Lola levantó los ojos de la costura. Tenía una ingrata y desvaída mirada de sorpresa. Lucas se rascaba un pie con el talón del otro. Llevaba unas botas de lona salpicadas de churretes de alquitrán.

—¿A coger uvas? —preguntó Lola.

—Una tontería de las gordas. Anoche.

—Pero ¿será posible? Claro, a mí qué me iba a decir ése.

—Se le habrá pasado, mujer.

—¿Pasado? La cuenta que le trae.

—Es que tampoco es así una noticia como para pregonarla.

—Ya hasta eso —volvió a mirar la costura con desconcertado enojo—. ¿Y a quién

se le ocurrió?

—Qué más da, a nadie. Si fue una estupidez, ya te digo.

—Lo que hay que oír.

—Tú sabes cómo andamos, Lola.

—Dímelo a mí —se le saltaban las lágrimas—. Estoy ya más harta de todo.

—Uno empieza a dar trompicones y cuando menos se lo espera...

—Te meten preso.

Lucas escarbaba en el bolsillo de la cazadora, reuniendo un montoncito de tabaco. Se inclinaba hacia la tulipa de papel para separarle las pelusas y las migajas.

—Ahora se van a arreglar las cosas —dijo a media voz.

—Por ese camino...

—Se acabó, ya verás. Contando con don Miguel...

—Yo, en su lugar, os mando a freír espárragos.

—Que no es para tanto, tú.

—¿Y dónde está la uva?

—¿Qué uva?

—La de anoche.

—Ah, si no sacamos ni un racimo. Además eso.

—En fin, lo *uniquito* que me faltaba.

Lucas había terminado de liar el cigarrillo. El tabaco no había dado más que para una especie de pajilla de sorber, con las puntas vacías y dobladas para afuera.

—¿Tienes candela?

Lola se acercó al fogón y sacó unos rescoldos con la paleta, metiéndola por la ventanilla de abajo.

—Toma.

Lucas chupó, barrenando las cenizas en busca de alguna brasa. El cigarrillo chisporroteaba cuando se le quemó el papel sobrante. A Lucas se le había metido el humo en los ojos.

—Gracias —dijo pestañeando.

Se entraba una nubecilla de polvo por el postigo abierto. Lola dejó la paleta al lado de la hornilla, vertiendo la ceniza sobre el carbón, y recogió otra vez su costura. El péndulo de la tulipa trazaba ahora un arco más extenso, columpiando las sombras a uno y otro lado de la habitación. Llegaban unas voces y como un arrastre de latas por la parte del patio. A Lucas se le secaba la garganta y carraspeó con un apagado gruñido.

—Bueno —dijo—, me voy.

—Yo le avisaré a Joaquín.

—Volverá de madrugada, ¿no?

—Seguro, ya te lo dije.

—Sus veinte duros no hay quien se los quite hoy.

—A ése le quitan hasta la camisa.

—No se te pasa una.

—Hombre, tú dirás, con la propina que me traes.

Lucas se levantó de la silla, estirando el cuello y ajustándose en el hombro la sucia cazadora. La bombilla le caía a la altura de los ojos y él se desviaba para poder ver a Lola.

—Ya me daré mañana una vueltecita a ver si don Miguel ha dejado alguna razón.

—De acuerdo.

—Hasta mañana.

—Con Dios.

Lola no levantó la vista. Lucas abrió la puerta y la volvió a cerrar detrás suyo, golpeándola dos veces sin conseguir hacer encajar el pestillo, que no tenía hembra. El patio seguía medio a oscuras, apenas alumbrado con algún cernido resplandor que salía de las habitaciones y se destazaba contra la negrura de los ladrillos húmedos. La pareja seguía arrinconada en el hueco de la escalera, achuchándose a favor de las sombras. Sonaba una radio en la galería alta, aumentando de pronto de volumen como si se hubiera abierto la puerta que interceptaba la música. Cuando Lucas pasó al lado de la pareja, lo llamaron.

—Lucas...

Lucas se volvió. No veía bien la cara del que hablaba. Sentía por medio una especie de tul de vapor caliente.

—¿Diga?

La muchacha se había quedado en lo oscuro, sin moverse del sitio en que estaba cuando llamaron a Lucas.

—¿Venías por Joaquín? —preguntaron.

—Ah, Piña, no te había visto. Aquí, lo que es ahorrar luz...

—No estaba, ¿verdad?

—¿Joaquín? No, había salido.

—Me lo encontré hace un rato por la Rinconera.

Dos hombres cruzaban el patio hablando a media voz. Se fueron para la puerta de la calle sin saludar. Ahora se había abierto una ventana bajo el voladizo de enfrente y se proyectaba una débil luz pajiza contra la escalera.

—Ya lo veré —dijo Lucas.

El que hablaba con Lucas se volvió para la muchacha, que quedaba ya dentro de la pálida zona del resplandor.

—Acércate, niña.

La muchacha se acercó, una mano en la espalda, con las prietas y perfiladas carnes retemblando a compás de sus pasos. Llevaba una verde y descolorida bata de

algodón, suelta por las caderas y oscurecida por los bajos. Dentro de su morena suciedad parecía agazaparse una desconcertada hermosura de animalillo. Le salía de los ojos un titilante destello marrón.

—La conoces, ¿no? —preguntó Piña, el muchacho que estaba con ella.

—De vista —dijo Lucas.

—Mercedes... Aquí, un amigo.

—Tanto gusto —dijo la muchacha, alargando tímidamente la mano y acercándose más a Lucas.

—El gusto es mío.

—Una artista —dijo Piña—, que si quisiera se comía el mundo.

—No te diviertas de mí, tú.

—Ya había oído hablar —dijo Lucas.

—Claro, la fama. Tiempo al tiempo.

—Además, que no me dejan —dijo la muchacha.

—Y qué, ¿estás con la vendimia? —le preguntó Piña a Lucas.

—Mañana me voy a lo de don Pedro Montaña, bueno, me parece. A eso venía.

—Pues yo no me muevo de la bodega. Allí me tienes rodando botas para abrir el apetito.

La muchacha se arreglaba el pelo, levantando los dos brazos desnudos con una inquietante naturalidad. Le brillaba por la cabeza revuelta como una veta azul de mercurio. Lucas sentía brotar de cada axila de la muchacha un oscuro y cálido vaho de lujuria. Le costó trabajo desviar los ojos hacia Piña, que lo observaba incluso con beneplácito.

—Tú sigues jugando en el Barbosa, ¿no? —preguntó por no quedarse callado.

—Hombre, eso no se pregunta, mi puesto.

—Claro.

—Mira, Lucas, el fútbol es lo único que vale hoy la pena, pero lo único fetén, ¿estás de acuerdo?

—Sí, teniendo afición.

—¡Mercedes! —gritaron por la galería de arriba.

—¡Voy!

—Anda ya para dentro, que te gusta a ti más una casapuerta.

Mercedes se volvió para Piña. Tenía los labios mojados.

—Tengo que irme, tú.

—Espérate un ratito, ahora subes —dijo Piña.

—No puedo, ya lo estás oyendo.

—También tu madre es que no te deja ni respirar —agudizó el tono—. El hecho de que estemos aquí hablando no es ninguna cosa rara, ¿no?

La muchacha le dio otra vez la mano a Lucas y se la soltaba poco a poco al

alejarse.

—Tanto gusto.

—Buenas noches.

Subió las escaleras atropelladamente, el bulto del cuerpo elástico balanceándose entre los estrechos tabiques del hueco. No se despidió de Piña. Cuando llegó arriba, se asomó al barandal de madera de la galería, echando el cuerpo para fuera, una pierna brillando en el aire mate.

—Adiós.

La muchacha bajó la voz, poniéndose las dos manos en la boca como una bocina.

—¿Vienes mañana?

—Sí, a eso de las siete te caigo.

Piña cogió del brazo a Lucas y salieron a la calle. Entraba en aquel momento una vieja, con una lechuga en una mano y una botella en la otra. Soltó un gruñido al pasar.

—¿Nos tomamos un vasito? —dijo Piña.

—Pues la verdad —dijo Lucas—, estoy a dos velas.

—Yo te invito, hombre.

—Muchas gracias.

—Nada, no faltaría más —lo empujaba con brusca simpatía—, vamos ahí a lo del Troncho.

Empezaba a salir la luna por encima de los paredones, agrisando como si fuera borra la turbia y nubosa pesadumbre del cielo. Quemaba la humedad del aire, que embestía de cuando en cuando contra la calma crispada de la noche. Pasó un niño con un palo y lo golpeó contra los barrotes de un cierro. Se oyó un tableteo de matraca. Una mujer asomó las greñas por el ventanuco del quicio.

—¿Por qué no te das en la cabeza, gracioso?

El niño se volvió a mirar pero no dijo nada.

—¿Qué te pareció la Mercedes? —preguntó Piña.

—De primera.

—Y sin estrenar, un mirlo blanco.

—Pues paga extraordinaria.

—Y ahí donde la ves —levantaba la mano con el dedo pulgar y el índice unidos—, no tiene ni esto de malicia.

—Se le nota.

—Lo del baile es lo que la trae tarumba.

—Ya me dijo Joaquín que podía hacer carrera. Es la niña de la Panocha ¿no?

—¿Tú la has visto bailar?

—No.

—Lo que te pierdes. Ésa levanta los brazos y dice aquí estoy yo y se acabaron



todas las que andan por ahí presumiendo de artistas, más verdad que Dios.

—¿Y no se lanza?

—Mira, yo en eso todavía no me aclaro, cada cosa a su tiempo —se metió el dedo meñique por la oreja, removiéndolo violentamente—. Además, que tampoco hace mucho que estoy detrás de ella, un ten con ten, tú me entiendes.

—Claro.

—Vale lo que no está en los escritos.

—No, la muchacha es un monumento, eso indudable.

—Tú te has fijado, ¿no? Bueno, pues lo que lleva encima es la bata y pare usted de contar, qué cosa.

Sonaba la bocina de un coche por la calle lateral. Lucas y Piña se detuvieron en la esquina.

—Has tenido buen ojo, desde luego —dijo Lucas.

—Y tú, ¿qué haces?

—¿Yo? ¿De qué?

—De mujeres, ¿de qué va a ser?

—A mí se me pasó la edad.

—Bueno, no es que vayas a casarte así por suerte o por desgracia, entiéndeme, pero un *roneo*...

—Yo estoy como para pensar en *roneos*, me cago en Sanani.

—¿Qué pasa?

—Nada, hombre, lo de siempre, ¿qué va a pasar?

—¿No va bien la cacerola?

Piña había cogido a Lucas del brazo y siguieron andando por la calle arriba.

—Este pueblo, que ya me tiene hasta donde dijimos.

—Y si te largas, ídem de ídem.

—Sí, seguro, el mismo panorama, pero a lo mejor no apesta.

—El trabajo está igual en todas partes, eso ya se sabe.

—Uno tampoco pide un cortijo, Piña. Pero que le den lo que tienen que darle, ¿o no es así?, qué menos.

—Mira, yo he pasado más hambre que un galápago, pero me metí ahí en la bodega y ya ves, me voy defendiendo con eso y con las primas del equipo.

—¿Y cuántos sois en tu casa, di?

—Sí, también es verdad, que cada uno mete lo suyo, ¿no?

—A eso iba, no es el mismo caso. Tú fíjate la parte que me toca, te echas a la calle, de acuerdo, y se te va el día de la ceca a la meca y no sacas ni buenas palabras.

—Y si lo coges por el otro lado, igual. Porque date cuenta que tampoco es vida estar trabajando diez horas como mínimo —le puso una mano en el hombro a Lucas, como para que lo mirase más atentamente—. Además, toma nota, en mi casa hasta mi

madre la pringa, un detalle, y con todo y con eso a lo más que se llega es a comer caliente.

Lucas se detuvo de pronto, mirando para un hombre que cruzaba la calle en dirección contraria.

—Espera —dijo.

—¿Qué?

—Es que me parece que ése está empleado en la oficina de don Pedro Montaña.

—¿Lo conoces?

—Nos iba a mandar recado a Joaquín y a mí.

—¿Eh?

—Es para lo de Valdecañizo. Me voy a acercar otra vez a ver qué hay.

—Bueno. ¿Vienes luego a lo del Troncho?

—Sí.

—Allí estoy, te espero —señalaba con el pulgar—. Y suerte.

—Hasta ahora.

Lucas se fue otra vez para casa de Joaquín. Andaba despacio, como haciendo tiempo. Volvía a notar que se le estaba secando la garganta. Tragó saliva varias veces. La saliva remoja el hambre en el estómago. Lucas se metió la mano en el bolsillo de dentro de la cazadora. Sacó un rollito de billetes envolviendo algunas perras. Había dejado un duro guardado en la habitación para imprevistos. Contó lo que tenía, parándose un momento contra la pared. Dos billetes de una peseta, una monedita también de peseta y cuarenta céntimos en calderilla. Con tres cuarenta, uno puede comprarse una barra de pan y un octavo de resto en una freiduría. Si el resto de pescado está empezando a apestar, cuesta un poco menos y a lo mejor las tres cuarenta dan también para un vaso de mosto. El mosto hincha el pan en la barriga y el hambre ya no da empujones hasta la mañana siguiente. Lucas se volvió a meter el dinero en el bolsillo, reliando los billetes con las perras por dentro. Siguió andando hasta llegar a la puerta de Joaquín. Cojeaba levemente de la pierna derecha. Se asomó al patio y vio a Lola recortada contra la penumbra de la habitación. El hombre con el que se acababa de cruzar hablaba con ella. Lucas salió otra vez a la calle y empezó a ir y venir por la acera, un poco separado de la casa. Un niño tiraba una piedra, no se sabía a quién, y se escondía entre las sombras de la esquina. La piedra rebotó con un desolado estrépito por los romos y desguazados adoquines. *Mañana tendré dinero. Si hoy me prestara alguien cinco duros, me los gastaba con Piña o con quien fuese. Una semana...* Lucas vio al hombre salir. Se apresuró y entró en el patio casi a renglón seguido. Volvió a llamar a la puerta de Joaquín.

—¿Quién? —preguntó Lola desde dentro.

—Soy yo, Lucas.

Lola abrió la puerta, masticando algo en la boca. Encima de la mesa camilla había

un plato de coles. A Lucas le dolía aquel olor en el estómago.

—Otra vez —dijo—, dispensa, es que vi entrar al de la oficina.

—Que mañana a las ocho sale el camión, que estéis en la bodega.

—Ya sabía yo que don Miguel no me fallaba.

—Ahora tú verás Joaquín, con la que traerá esta noche.

—Yo me encargo de venir por él, no te preocupes.

—No estaría de más, a ver si por hache o por be...

—¿Te das cuenta cómo se arregló la cosa?

—A ver lo que dura.

—Alegra esa cara, Lola.

—Sí.

—Bueno, hasta mañana, yo vengo por Joaquín.

—Hasta mañana, Lucas.

Lucas volvió a salir a la calle. Primero andaba deprisa y luego frenando el paso. La noticia del trabajo en Valdecañizo empezaba a producirle una fatigosa sensación de desesperanza. *Ayer a estas horas, me tiraron una perdigonada de sal.* Lucas no fue a buscar a Piña al tabanco del Troncho. Se acercó a una freiduría a gastarse sus tres cuarenta. Las freidurías no las cierran hasta tarde. El pescado no estaba demasiado fresco. A Lucas le sobró para beberse un vaso de mosto.

### 3

La tierra olía como si le hubieran abierto el vientre. Por el aire, por debajo de cada piedra, la tierra olía a fermentos estancados y a zumos en elaboración. Era un olor agobiante, mefítico, que parecía producirse por una especie de amalgama de todos los demás olores. De los entreliños, de los blancos y cuarteados terrones de albariza, subía un vaho denso y pegajoso, un enervante turbión de malsanos y turbulentos gérmenes que se había ido propagando como una desbocada nube de langostas. Entre las agrias vetas del mosto despunta a veces como un viscoso relumbre genital, como si algo estuviese engendrándose en el útero de la tierra. Cuando el mosto empieza a fermentar, se filtra por la madera de la bota un áspero barrunto a semen, a jugos de placenta, a entraña recién fecundada. Oliendo ese olor durante horas y horas se termina por no saber a qué huele. El aire va saturándose de una especie de principio embrionario de la borrachera que se asimila por todos los poros del cuerpo y va depositando en la memoria la vaga procedencia de los olores. De modo que huele a moho y a cera virgen y a sulfato de cobre y a frutaputrefacta y a ovario vegetal. Desde los lagares y los almijares se levanta como una hedionda y enloquecida algarabía de pájaros que vienen a posarse sobre el fétido paridero de la tierra.

—Huele a mosto que apesta.

Joaquín había sentido llegar toda esa embestida de olores desde un cuarto de la venta de la Damajuana. Al principio no se dio demasiado cuenta, pero luego fue empezando a notar una reseca comezón por la garganta abajo. Le sabía la boca a mosto y la misma espesa saliva que tragaba le producía una angustiosa sensación de sed localizada en las sienes, como una insufrible necesidad de meter la cabeza en una tinaja y que le entrase el agua hasta dentro, reabsorbiéndola por la piel. La venta tenía un rellano empedrado delante del paredón frontal. En el medio se levantaba un pozo chato y de grueso brocal de granito, enjalbegado hasta esa veladura azulenca que brota de la violencia de la cal. De un soporte de hierro colgaba la cubeta de latón, festoneada de desgarrones. Joaquín había tenido que salirse del cuarto.

—Con permiso, un momento.

Hacía un calor sofocante. Joaquín andaba como un sonámbulo. Se asomó dentro del pozo y notó como si de allí abajo subiera una oleada de mosto bullendo en el encierro de la bota. No había por aquellas trochas ninguna viña, de manera que resultaba poco probable que llegara hasta la venta el morboso exhalo de la fermentación del vino. Debía de ser un regusto del gas del estómago.

—Huele a mosto que apesta —había dicho antes de salir del cuarto.

—¿A mosto? —preguntó Julián Cobeña.

—¿No lo notas?

—Como no sea de tus eructos.

Joaquín se dobló todo lo que pudo sobre el brocal. El agua del fondo brillaba apagadamente, escarceando alrededor de la piedra verdinosa como una blanda lámina de uralita. Joaquín tiró un poco de la soga y luego la dejó deslizarse por su propio peso. La soga estaba húmeda y el esparto se desprendía al rozar velozmente entre los dedos. Al llegar al agua, la cubeta resonó con un lánguido repliegue, como si hubiera golpeado contra el mojado pellejo de un tambor; después, se hundió de costado. Joaquín empezó a izarla despaciosamente, sin quitar los ojos del quebrado claroscuro del fondo. La garrucha gemía a intervalos regulares, casi a compás de los grillos. Cuando la cubeta estuvo arriba, la apoyó en el brocal y metió la cabeza en el agua, arañándose con los rotos bordes de latón. Joaquín bebió ansiosamente, mordiendo el agua a bocados, y el agua le caía por los hombros, llegándole hasta la carne a través de la camisa empapada. Pensó de pronto que había un sapo en el fondo de la cubeta y que le había escupido en mitad de la cara. Miró un momento y luego levantó la cabeza y aspiró el aire, como venteando alguna aromática racha de fango de vino. Le caía el agua por el pelo y se pasaba la mano para escurrirlo, sacudiéndola después en el aire. Se sorbía el olor del forraje caliente, de la yedra que trepaba por el muro del rellano, del maternal estiércol amontonado junto al abrevadero. Llegaba ahora con toda claridad la conversación del cuarto, agudizándose entre las tenebrosas lindes de la noche. El eco venía de la parte de la vereda.

—Abre la ventana, tú.

—Con doscientas botas ya se saca tajada, eso levanta una bodega.

—Es una guitarra de las que ya no se fabrican. El tute que le doy y ni una queja.

—¿Una bodega? Como no tiene bastante...

—Sí, no hay más que oírla, un piano.

Joaquín se volvió para dentro. Las voces lo desplazaban hacia el mismo entrevisto y desconsolado lugar de siempre. Al llegar al portalón se detuvo otra vez. Le pareció barruntar de nuevo el olor a mosto. Apoyó una mano en las jambas carcomidas. Notaba como un parpadeo de luciérnagas y pensó que se iba a desvanecer. Luego sintió un lento y movedizo escalofrío que le crispaba las ingles y le circulaba dolorosamente entre los muslos y las caderas. *Huele a mosto y no hay una viña en toda la redonda.* Y aspiraba con la boca abierta, apretando los ojos, viendo estallar rojas y momentáneas candelas en la negrura de las órbitas. Joaquín estuvo todavía un buen rato en aquella postura, tragando el aliento de la noche, el pastoso sabor del polvo, sintiendo que se le removían los intestinos y que le empezaban a punzar las mandíbulas, los atorados conductos de la saliva. De dentro llegó una voz farfullera.

—¡Eh, Guita! ¿Dónde coño te metes?

Joaquín no contestó. Oyó los pasos amortiguados de alguien que se acercaba y apareció en el quicio don Gabriel. Traía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y se hurgaba allí dentro, subiéndose el talle y removiendo el cuerpo para

encajar en su sitio el cinturón elástico.

—¿Qué, cogiendo *lúas*? —dijo don Gabriel.

Joaquín lo miró como si acabara de despertarse y la cosa no fuera con él. Don Gabriel tenía los ojos vidriosos, el colgante labio inferior mordiendo al superior, las sanguinolentas mejillas irritadas más de lo normal.

—Ya ve usted —respondió Joaquín sin mirar—, por aquí tomando un poco el fresco.

—Venga, para el cuarto, que me aburro.

—Usted perdone, don Gabriel, pero es que ahí dentro no se puede respirar. No me encuentro bien.

—¿Has vomitado?

—No, señor, ¿por qué?

—Pues vomita y para el cuarto.

—¿Eh?

—O tú te crees que te he traído de excursión.

Joaquín se fue detrás de don Gabriel tragándose la quina, conteniéndose como quizá nunca se había contenido. Cuando se aguantaba se ponía enfermo de rencor, se le enconaba en el pecho su temple humillado. Era lo de siempre, ya se lo sabía de memoria. Se acordó del alcalde de su pueblo. Don Gabriel era de la misma calaña. Ahora hubiera dado cualquier cosa por tener una última reserva de arrestos, como la noche anterior en el tabanco de Manuel, cuando buscaba la bronca incluso de una forma gratuita, para vengarse de la propia imposición de su cobardía. *Soy un mierda, eso es lo que soy.* Y ya entraban en el cuarto. El cuarto estaba lleno de humo. Habían abierto el ventanuco, pero el humo no se iba, tercamente aferrado a las pringosas paredes de almazarrón.

—¿Se te soltó el vientre, hijo? —preguntó Julián Cobeña.

Joaquín lo desafió con la vista sin contestarle. Alrededor de la mesa, con su largo tablero descolorido de lejía, estaban sentadas hasta seis personas: dos mujeres y cuatro hombres. Joaquín se volvía para don Gabriel.

—Si usted no manda otra cosa —aventuró—, un servidor va a retirarse.

—¿Cómo?

—Que me parece que voy a irme, don Gabriel. No me encuentro bien, ya se lo he dicho.

—Tómame una copita, *titi* —dijo una de las mujeres.

—Tú te quedas aquí hasta que yo te lo diga —dijo don Gabriel, desabrochándose el botón del cuello de la camisa.

—Mire usted...

—Ni mire usted ni nada. Tú te quedas aquí y no hay más que hablar, estaría bueno.

—Es que no me encuentro bien, me ha hecho daño...

—Siéntate, venga.

Joaquín estaba pálido. Se sentó en una silla del fondo, al lado del ventanuco. La anea de la silla se había desprendido por abajo y Joaquín arrancó un podrido y deshilachado cordón. Se lo metió en la boca y se quedó mirando una mancha que había en la pared, a la altura de sus ojos. Debía de ser una mancha reciente porque, según la miraba, parecía como si se le desprendiera un hilillo de humedad hacia abajo. La anea empezó a saberle agria y se le formaba en la boca como una pelota de saliva. Empezó a sentir vértigo y dejó caer la silla para atrás, hasta apoyarla contra el saledizo del ventanuco. Le costaba trabajo pensar en lo que iba a hacer.

—Bueno, anímate —dijo el guitarrista—, que parece que estás traspuesto.

—Tú ocúpate de lo tuyo —dijo Joaquín.

—No, si encima vamos a estar pendientes de cuando a ti te dé la vena.

Una de las mujeres, la más jovencita, hablaba con don Felipe, haciéndole carantoñas con una interesada y empalagosa ostentación. Don Felipe estaba en el casino cuando don Gabriel andaba reclutando personal para la juerga. Una juerga individual no es lo mismo que una juerga con dos concurrentes por los menos. Don Andrés, a última hora, había fallado.

—Yo soy muy cariñosa —dijo la mujer—, tú no me conoces.

—Se te ve —dijo don Felipe.

—Tú no me conoces.

—Todo se andará, no empujes.

—Te quedas conmigo, ¿sí?

A don Felipe Gamero ya se le había pasado la edad, pero sobaba a su pareja por partes, como cumpliendo un obligado rito. La mujer era bastante joven todavía. Tenía el gesto crispado, rígido el ademán, palpitantes y grasosas las aletas de la nariz; parecía que siempre estaba a punto de dar un salto. Le brillaba en los ojos un imperceptible azogue de premeditada violencia, como poniéndose de antemano a la defensiva de lo que pudiera suceder. Don Felipe le dio un pausado sorbetón a su copa de anís.

—¿Tú sabes cuánto tiempo llevo yo en la vida? —preguntó la mujer.

—No sé —contestó don Felipe—. ¿Desde hoy?

—Dos meses no hace, vete fijando.

La otra mujer era ya madurita y hablaba sin pronunciar la erre. Se movía con un fingido aire de melindre. Llevaba el pelo teñido de azafrán y soltaba una carcajada a cada paso, sin motivo aparente, acompañándose con varias sonoras palmadas en el aire. Se le desataban las opulentas formas con las acometidas de la risa. Julián Cobeña se levantó y le tiró un viaje al escote cuando se acercaba a don Gabriel. Don Gabriel se había quedado de pie a la entrada del cuarto.

—Las manitas quietas —dijo la del pelo de azafrán.

—Tú —dijo don Gabriel.

—Dígame —contestó Cobeña.

—Buen ojo, ¿eh?

—¿Con qué?

—Con ese muerto del Guita que te has mercado.

—Me extraña, la verdad —dijo Cobeña, encogiéndose de hombros—. Usted lo ha visto otras veces. Es un muchacho que cumple.

—Pues lo que es hoy me está dando la noche. Lo mando al cuerno ahora mismo.

—No sé, desde luego es una guasa, él sabrá lo que tiene.

Don Gabriel cogió su copa de encima de la mesa.

—Ah, tú, ¿te dije lo del hijo de Onofre?

—No.

—¿Con qué te crees que me ha salido?

—Ése, sabe Dios.

—Que ni hablar de quedarse de capataz, tú fíjate bien dónde tendrá la cabeza ese muchacho.

—¿Así?

—Así. Ya hablaremos de eso.

—Hombre, don Gabriel, ya sabe usted lo que yo le dije sobre el particular.

El de la guitarra se limpiaba el sudor de las manos con un enorme pañuelo de yerbas, restregándose las alternativamente una y otra vez. Era un hombre gordo y cetrino, ya entrado en años, con la piel verdosa y brillante como una botella. De cuando en cuando se metía un dedo entre las muelas, se lo miraba atentamente y se lo volvía a chupar, limpiando con los dientes los restos de comida que se habían quedado en la uña. Hablaba ahora con el gitano que hacía las veces de animador a sueldo.

—Ese canino del Guita nos la va a jugar, ya verás.

—¿De qué de cuándo? Nosotros, a lo nuestro.

—Don Gabriel se está poniendo de mala leche, mira que el plan. ¿A quién se le ocurrió traerse a ese cencerro?

—Ustedes no ser tontos —dijo la del pelo de azafrán.

—No, claro, yo la noche no la pierdo.

—Es que tampoco es el caso —dijo el gitano—. ¿Nosotros qué tenemos que ver con que ese tirilla tenga almorranas?

Joaquín seguía apoyándose con la silla en el saledizo del ventanuco, los ojos idos. Se espesaban las volutas del aire saturado de humo y de calentura. Don Gabriel miraba a todos aburridamente, con una destemplada y retadora impertinencia. Vacilaba al dejarse caer de lado contra la pared.



—A ver, tú —ordenó al de la sonanta—, toca algo.

El de la sonanta empezó a afinar las cuerdas con una solícita atención, apretando y aflojando las clavijas. Escupió entre las piernas, bebió un sorbito de su copa, puso la cejilla en el tres, bebió otro sorbito e inició el compás. La funda de la guitarra permanecía erguida por detrás de la silla, un poco entreabierta, parecía un ataúd deforme y vacío. Joaquín la miraba. *Ahí se está depositando el fúnebre olor a mosto.* El brusco son de la música se descomponía en un tumulto de acordes y el guitarrista levantó la cabeza hacia Joaquín, dándole la entrada. Le caía un churrete de sudor por la mejilla. Todos esperaban que Joaquín se arrancase. Pero Joaquín estaba mirando ahora por el ventanuco, como sin darse cuenta de nada.

—Alguien ha vomitado mosto —dijo—. Huele a mosto que apesta.

El guitarrista interrumpió el toque y se pasó el revés de la mano por la nariz, sorbiéndose el moquillo. Volvió a escupir por delante de su panza de pera.

—Qué te parece —rezongó meneando la cabeza.

Don Felipe se desabrochó la chaqueta y miró para Joaquín. Era un hombre de porte rudo e impertinente, con el pelo blanco amarillento y la sórdida mirada del que siempre tiene la razón. Olía invariablemente a colonia y a anís.

—¿Qué pasa? —preguntó sujetándose una rodilla con las manos.

Hablaba con una gangosa aridez, como sobreponiéndose a la torpeza alcohólica de su voz.

—¿Qué pasa? —repitió.

—No me encuentro bien —dijo Joaquín—. Estoy malo.

Don Felipe se volvió para su pareja sin contestar. Parpadeaba la luz, como si se hubiesen soltado los filamentos de la bombilla. Don Gabriel bebió de un trago y se sirvió otra copa, cogiendo la botella por el gollete. Se le mojó la mano y se la restregaba por detrás del pantalón. Nadie decía nada. Parecía que el aire se iba enrareciendo cada vez más. El gitano rompió el fuego.

—¿Y si nos tomáramos un pescadito frito, a ver si ése come caliente una vez en su vida?

Don Gabriel tardó en contestar. Tenía el gesto bronco y se le avivaban las venitas de los carrillos bajo la titubeante y pajiza luz del cuarto. Tartajeó un poco.

—Tú ya te estás callando —se volvió lentamente hacia Joaquín—. ¿Y a ti qué te ocurre? Estoy harto, ¿te enteras?

—No me siento bien, don Gabriel, ya se lo he dicho. ¿Qué quiere usted que le haga?

Don Gabriel tocó las palmas y apareció el ventero. Parecía que había estado esperando detrás de la puerta.

—¿Llamaban?

El ventero era un hombrecillo calvo, seco de carnes, con una temerosa mirada de

mochuelo acosado. Llevaba una sucia camisa sin cuello, con la tirilla atravesada por un pasador de metal. De la faja marrón, subida hasta el pecho, le colgaba un paño de cocina. Se secaba las manos en él mientras esperaba que don Gabriel le hablase. Don Gabriel no lo miró.

—¿Hay citrato? —dijo.

—¿Cómo dice? —preguntó el ventero.

—Que si hay citrato.

—No; citrato, no, señor.

—¿Cómo que no?

—Usted se refiere al citrato, citrato, ¿no?

—Claro, ¿a qué va a ser?

—Pues no, señor, citrato no puedo servirle, lo siento.

—A ver, que vayan a una botica por citrato.

—¿Ahora, don Gabriel?

—Di que es urgente —intervino don Felipe—, que hay un enfermo.

El ventero se separó un poco de don Gabriel y miraba de hito en hito para los demás, entornando los ojos sin párpados, como buscando al enfermo. No sabía si reírse. Iba a decir algo pero don Gabriel lo atajó, torciendo la cabeza para fuera.

—Tráete otras dos botellas, de momento.

—Y otra media de anís —añadió don Felipe.

—Ya están aquí —se volvía—. ¿Corto un poco de jamón?

—Corta lo que quieras, venga.

El ventero se fue dando saltitos; Joaquín se levantó de la silla, apoyándose con las manos sobre el espaldar en una forzada e indecisa posición. Hablaba todavía con el cuerpo inclinado para adelante, los ojos fijos en la solería.

—Con permiso, me voy a ir.

Don Gabriel lo miraba ahora de frente.

—Venga, a la calle. Y no vuelvas por aquí, no se te ocurra.

Joaquín se acercó hacia la puerta medio tambaleándose. Se volvió de pronto en un rápido e imprevisto giro, dando una camballada grotesca. Tropezó con las piernas de la muchacha que llevaba dos meses en el trajín.

—Tú ¿es que no ves? —dijo la muchacha.

Don Gabriel lo cogió de un brazo. Intentaba reírse con una indigna mueca de fastidio.

—¿Es que no ves? —repitió.

Joaquín no lo miraba. Sentía un ahogo de sangre agolpándosele por la nuez, como si le subiera del pecho un empellón de rabia dolorosa. Las piernas de la muchacha le habían obstruido la fugaz liberación de su conciencia. Volvió a notar una especie de vértigo que lo desvinculaba de la realidad, acobardándolo a fuerza de ira. Pensó en su

navaja y era como si esa sola idea se le hubiese materialmente endurecido en cada articulación. Un fragmento de un bloque de sal, el sapo del pozo comiéndose el esparto de las alpargatas, un hombre con las tripas fuera colgando de un árbol. Ahora lo único que quería era salir de allí. Pero don Gabriel no lo soltaba. Sentía su mano apretándole debajo del sobaco. La mujer del pelo de azafrán le ofreció una copa.

—Toma, a ver si te espabilas.

—Déjalo que se vaya y que no fastidie más, ya está bien —dijo el guitarrista.

—Qué tío —dijo el gitano.

La mujer volvió a poner la copa sobre la mesa, encogiéndose de hombros. Julián Cobeña se acercó a don Felipe, que seguía trajinando a su pareja con una babosa cochambre. La mujer le ponía un codo en la rodilla.

—¿Vas a quedarte conmigo?

—No da coba ese cuerpo.

—Ese muchacho está mal —dijo Cobeña.

—Que se largue —dijo don Felipe.

—No me lo explico, yo nunca lo había visto así, que un hombre llegue a eso.

El de la sonanta hablaba en voz baja con el gitano, que bebía como un pajarito, a sorbos pequeños y continuos, levantando el gaznate de cuando en cuando. Se echó un rizo para atrás. Don Gabriel se encaró otra vez con Joaquín.

—Que no se te ocurra volver, ¿eh? Tú ya te puedes ir despidiendo de estos trotes.

—Aquí no hay pienso —dijo el gitano, sonriéndole a don Felipe como para congraciarse.

Joaquín se soltó, sacudiendo el brazo, y salió sin despedirse. Se cruzó con el ventero, que llevaba dos botellas en una mano y media de anís y un plato de jamón en la otra. Cuando llegó al rellano se escuchaba el alboroto del cuarto, las voces de la del pelo de azafrán y del guitarrista más subidas de tono que las otras. Un escarabajo trepaba por un tablón podrido.

—A mí me gusta alternar con personas de educación, mejorando los presentes.

—Ése ya hizo su agosto, hay que darse cuenta del numerito.

Y la guitarra marcó unos inciertos compases. Joaquín se fue otra vez hacia el pozo. *Que no se te ocurra volver, no vuelvas por aquí.* Le parecía que cada golpe de guitarra era como un hacha despiadada que estuviese resquebrajando la mansa madera de la noche. La cubeta seguía sobre el brocal. Joaquín volvió a meter la cabeza dentro y bebía con la misma ansia que antes, pensando en el imaginario y gelatinoso reptar del sapo. Las voces salían de la venta como un infecto reguero de saliva de sapo. *Huele a mosto que apesta.* Y se volcó sobre el pilón, vomitando a violentas y convulsas tarascadas. Después se enjuagó, echándose en la cara el agua negra del abrevadero y secándose con los faldones de la camisa. Se metió sin darse cuenta en el estiércol. A través de los ojos mojados, veía la pared frontal de la venta

formando un balanceante ángulo agudo con el limoso empedrado. La guitarra seguía embistiendo al bulto de la noche con un patético y quejumbroso resoplido.

—Eso es...

Joaquín salió al camino, atravesando la portada de tablas verdes. La luna parecía una antorcha reverberando por detrás del toldo de nubes. *Tiene la risa teñida de azafrán.* Debía de ser más de la una. Se escuchaba el hondo y aborrascado estertor de la noche, la redonda negrura del marjal, que fue engullendo los últimos ecos furiosos de la guitarra. Le zumbaban los oídos, como si se le desenroscara dentro de la cabeza, cada vez más vertiginosamente, la cuerda de un trompo. *Soy un mierda.* A lo lejos, sobre la línea de la arboleda baja, titilaban los primeros lejanos fusilazos de la tormenta. Joaquín no sabía bien por dónde iba.

Perico Montaña procuraba seguir a rajatabla su particular sistema para beber aguantando firme. El procedimiento no presentaba mayores problemas. Cuando veía rondar la medianoche, cambiaba de vino. Era una medida plausible que mantenía en regla el cuerpo y que, salvo alguna que otra excepción, siempre le había producido excelentes resultados. Si estaba bebiendo fino, se pasaba al oloroso, y al revés. A veces, cuando ya estaba embalado y metido en faena, solía olvidarse de las ventajas del cambio y entonces las cosas no iban todo lo bien que podía esperarse. Pero lo más frecuente, de todas formas, era que se acordara.

—A mí tráeme ahora oloroso —le dijo al conserje.

—Sí, señor.

—Eso debería estar prohibido —dijo Jerónimo *el Cuba*.

—No sé por qué, me cae de perlas —dijo Perico—. Yo me paso al oloroso.

—Todo lo que sea rebujar, para mí es un error.

—Ya entrarás por derecho, espera que te des cuenta.

Miguel estaba recostado en un butacón de fuelle, de espaldas al balconcillo, las manos cruzadas delante de la boca.

—¿Tú qué dices? —le preguntó el Cuba.

—¿Eh?

—Que si te sienta cambiar de aguas.

—No sé, qué más da —contestó desganadamente Miguel—. Yo bebo lo que me echen.

—Pero aparte —dijo Perico.

—Primera calidad, eso es lo que cae bien.

—Por ahí —dijo el Cuba.

—Aunque, bien mirado, una noche a mosto tampoco me destempla. Se duerme más.

—Como ayer, sin ir más lejos —dijo Perico.

Ya volvía el conserje con las copas. Las colocaba cuidadosamente en la mesita, recogiendo las dos que estaban vacías, un dedo dentro de cada una. A la de Miguel todavía le quedaba un resto y el conserje la apartó sin retirarla.

—Que te quedas atrás —dijo el Cuba.

—Ya estamos con las carreras —dijo Miguel—. Tú de lo que cambias es de velocidad.

Se callaron un momento. Al otro lado del vestíbulo del casino había dos grupos charlando, repantigados en unos tresillos de cuero. En la sala de dentro, como todas las noches, ya le estaban dando al mus y al bacarrá. Se oían las voces sordas del juego y el apagado arrastre de las cartas y las fichas.

—¿Qué, una partidita? —preguntó el Cuba.

—Por mí, hecho.

—Yo no trago —dijo Miguel.

—Venga hombre, un par de manos.

—No.

—Déjalo —dijo Perico—, se enrola una pareja por ahí.

—Eso.

—¿Por qué no echas un vistazo?

—Ahora —dijo el Cuba.

—Anímate, Miguel.

—No, de verdad, me voy a ir pronto.

—Te noto rarillo, tú.

—Como no sea del agua que va a caer.

—Puede —dijo Perico.

Miguel se incorporó un poco y terminó de beber el resto de la copa que llevaba de atraso.

—Yo no me acosté hasta después de almorzar —dijo el Cuba.

—Tú eres así.

—Me eché una siesta y a la calle.

—Oye, a propósito —preguntó distraídamente Miguel—, ¿no me telefoneaste esta tarde?

—Ah, sí, se me había olvidado.

—Te llamé a eso de las tres y media, pero no estabas.

—Sí, hombre, mira que dije que me despertaran si eras tú —se estiraba un calcetín—. Esa vieja no entiende ni de reloj.

—¿Querías algo?

—Aprovechando que está Perico, mejor.

El Cuba se incorporó para sentarse en el borde de la butaca. Le costaba trabajo salir del fondo de la blandura.

—Nada —dijo—, que tengo ahí un negocio que puede interesar.

—¿Otro camión?

—En serio. Cincuenta botas del año pasado que quien sepa aprovecharlas...

—¿A cuánto? —preguntó Perico.

—Eso hay que trabajarlo todavía —dijo el Cuba—. El precio del lote no está arreglado, no corres tú poco.

—¿Entonces, qué?

—Un tanteo. A mí me consta que el tío que las vende te las daría a ti antes que a otro cualquiera. Vamos, que ajustaría la cosa todo lo posible.

—¿Se pueden ver?

—Claro, cuando se tercie. Mañana mismo.

—Tú perdiendo el culo, ¿no?

—No, si yo ahí no voy a pagar ni los gastos.

—Por amor al arte.

—Joder, Perico, que parece que lo que quiero es liarte.

—¿Vas tú a verlas? —se volvió.

—De acuerdo —dijo Miguel—. ¿A qué hora?

—¿A las once? —dijo el Cuba.

—A las once y media.

—Hablando se entiende la gente.

—Tú me recoges.

—Perdona el madrugón —dijo Perico.

—La cosa vale la pena, de verdad. Yo ya probé el vinillo y da gloria —dijo el Cuba juntando los dedos y acercándoselos a los labios.

—¿Están parejas?

—¿Las botas? Como un buche.

—Bueno —dijo Perico—, viéndolas nada se pierde.

Miguel se levantó de la butaca, respirando hondo, con la copa en la mano. Bebía mientras andaba alrededor de la mesita. Cuando vio pasar al conserje lo llamó.

—Oye.

—Mande.

—Que me hagan una tortilla.

—¿Sola? —preguntó el conserje.

—Sí —se volvía—. ¿No tomáis algo?

—No, gracias.

—Yo también me apunto a la tortilla —dijo el Cuba.

—Dos, y rápidas.

—Bueno, tú —dijo Perico—, a ver si reclutas a alguien para jugar.

—A ver.

El Cuba se levantó y se fue para la otra parte del vestíbulo, donde estaban sentados los habituales contertulios de cada noche, entre adormilados y jacarandosos.

—¿Quién quiere perder la camisa? —se le oyó pregonar.

Perico se volvió para Miguel.

—¿Fuiste a lo de los almanaques?

—Sí, ya te lo dije.

—¿Y qué?

—Me aseguraron que el martes estarían listos quinientos.

—Hay que estar encima.

—Sí.

Un moscardón chocaba una y otra vez contra los cristales del balconcillo.

—Tú tienes esta noche asunto con Encarna —dijo Perico—. ¿A que sí?

—¿Eh?

—A mí me vas a contar que las prisas son para meterte en la cama, ¿no? Menos cuentos.

—Es una solución.

Se acercaba otra vez el Cuba, mordiendo y escupiendo la punta de un puro.

—No hay quien se atreva —dijo—, les tenemos comida la moral.

—Vaya —dijo Perico—, ¿ya sacaste un puro?

—Me lo debían.

Miguel buscaba al conserje, volviendo la cabeza. No lo veía y tocó el timbre que estaba al lado del balconcillo.

—Se está nublando —dijo Perico.

—Sí —dijo el Cuba—, parece que cambió el viento.

—No sé qué es peor.

—A ti no te coge. Ya soleaste la uva, ¿no?

—Sí, yo me libro por tablas.

—A quien vaya atrasado, y no hay que decir nombres, el peor momento.

—Se lo buscó —dijo Perico.

Apareció un camarero, con chaquetilla blanca y una servilleta en la mano. Se cuadraba como un recluta.

—¿Llamaban, don Pedro?

—Tráete media botella —dijo Miguel.

—Sí, señor.

El camarero se retiró y se iba metiendo la servilleta por la cintura. Cuando llegó a la marquesina se paró a hablar con don Andrés, que salía en aquel momento del salón. Don Andrés llevaba un bastoncillo de bambú debajo del brazo. Saludó de lejos a Perico y se acercó.

—¿Cómo está la juventud? —preguntó antes de llegar.

—Bien —dijo Perico—, siéntate.

—¿No habéis visto por aquí a Gabriel?

—Yo no lo olí al entrar —dijo el Cuba.

—Hijo, Jerónimo, tú no te cansas.

—¿De oler?

—Creo que se fue para la Damajuana —dijo Perico.

—Sí, yo iba a acompañarlo, pero la verdad es que tampoco tenía muchas ganas —miraba a Miguel—. Me parece que se llevó a tu tío Felipe.

—Buen cambio —dijo Miguel.

—¿Eh?



—Que vaya pareja.

—¿Cuál?

—¿Y tú cómo perdiste el tren? —dijo Perico.

—Los quebraderos de cabeza, que no me dejan vivir.

Se acercó otra vez el camarero a traerle una copa a don Andrés. Don Andrés alargó la mano.

—Gracias.

—¿Y las tortillas? —preguntó el Cuba.

—Ahora mismo.

—Oye, Andrés —dijo Perico—, que ya nos hemos enterado que vas a echarles de comer a los del Albarrán.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Un espía.

—Eso es cosa de Ayuso, que tiene una lengua...

—Lo estaban comentando antes por ahí.

—Mira que quería que no se supiese, pues nada, ha faltado tiempo.

—Hombre, el asunto merece campanas —dijo Miguel.

—Cuando se hace una caridad, no se pregona. Mi lema.

—Depende —dijo Perico.

—Depende ¿de qué?

—De la casa patrocinadora.

—Además, eso debe saberse —dijo Miguel—, es un ejemplo para la sociedad.

—Ya empiezo a no enterarme de lo que habláis.

—Yo es que estoy ronco —dijo el Cuba.

Don Andrés no se dignó hacerle caso. Se dirigía a Perico.

—También se va a correr la voz de lo otro, me lo estoy temiendo.

—¿Has abierto la alcancía?

—Déjate de bromas, es una obligación. Lo que esté en mi mano remediar...

—¿Y de qué se va a correr la voz?

—No, de nada.

—Que se sepa —dijo el Cuba—. Se le hace propaganda rápido.

—Pues que voy a comprarle un manto a la Verónica, eso es —reconcentraba el gesto—. Pero no quiero que lo comentéis con nadie.

El Cuba imitó el repique de los tambores a paso lento. Se acompañaba con las manos, golpeando en el aire a compás.

—Pum..., purrruum...

—Mira, Jerónimo —dijo don Andrés.

—¿Qué?

—Nada, que conmigo menos confianzas, ¿tú te estás enterando?

—¿Yo?

—Sí, tú.

El Cuba puso cara de sorprendido. Iba a decir algo pero lo cortó Perico.

—Te vas a gastar un dinero —dijo dirigiéndose a don Andrés.

—Es que hay que hacerse cargo de las cosas, ¿o no es verdad?

—Claro.

—Tú no puedes ni imaginarte la miseria que hay por ahí, da miedo.

—No cabe debajo del manto —dijo Miguel.

—Eso qué es, ¿una gracia?

—Una comparación, coño.

Llegaba el conserje con las tortillas y la media botella. Miguel cogió su plato y se lo colocó encima de las piernas. El Cuba se arrimaba a la mesita, arrugando la alfombra al correr la butaca.

—¿Algo más? —preguntó el conserje.

—No, gracias.

—¿Jugamos una partidita? —le propuso Perico a don Andrés.

—¿Con quién?

—Nos agregamos a una mesa.

—Me acabo de levantar de perder mi sueldo, no doy pie con bola.

—Un problema.

Miguel y el Cuba seguían sin intervenir en la conversación, dedicados a la tortilla.

—Ah, oye, que tengo que hablar contigo un momentito —dijo don Andrés.

—Tú dirás.

Don Andrés se levantó. Le hizo señas a Perico para que hiciera lo mismo y se alejaron unos pasos hacia la entrada.

—Ya me he enterado que Gabriel está hecho una fiera contigo.

—Eso creo, ¿y qué?

—Pues que tenéis que hacer las paces —dijo don Andrés.

—¿Qué paces? En todo caso el que está enfadado es él.

—Y con razón.

—¿Cómo que con razón? ¿A ti qué te ha dicho?

—Tú sabes que lo has metido en un berenjenal.

—Pero, vamos a ver, ¿a ti qué te ha dicho?

—Pues eso, que te levantaste a no sé cuántos viñadores de Monterrodilla sin más ni más.

—Una trola.

Don Andrés se apretaba la nuca.

—Ya estoy con la jaqueca —se quejó.

—Una trola —repitió Perico—. ¿O es que se cree que yo ando por ahí con una

escopeta cazando personal?

—Yo ni quito ni pongo, lo que me contó.

—Mira, a mí, Gabriel me la trae floja, de modo que ya se lo puedes ir diciendo.

Perico se acaloraba. Don Andrés se llevó la mano a la cadera, apoyándose con la otra en el bastoncillo. Tenía los ojos hundidos y como extraviados.

—Se te ocurren unas cosas...

—Se fueron para Valdecañizo porque les dio la gana. Allí no se arrea a nadie con un látigo, no es costumbre.

—¿Y tú qué les diste, además de eso?

—¿Además de qué?

—Además del cebo.

—Árnica.

—¿Eh?

—Se corrió la voz de que estaban pagando más.

—¿Lo estás viendo? Y de la contrata, ¿qué?

—Ésas son cosas de Serafín, aquí la única contrata es la del que cumple —se restregaba un ojo—. Yo no me dedico a quitarle al prójimo lo suyo, no me va lo de estraperlista.

El Cuba se levantó y se acercaba con el puro a un lado de la boca, los dedos gordos enganchados en los bolsillos del pantalón.

—¿Privado? —preguntó.

—Sí —dijo don Andrés.

—Es que no vi el cartelito, perdón.

—Ahora voy —dijo Perico.

El Cuba dio media vuelta. Miguel no se había movido. Miraba evadidamente a un punto fijo de la alfombra, un codo en cada brazo de la butaca.

—No se pierde una —dijo don Andrés.

—Falta de sueño.

—Bueno, que tenéis que arreglar eso, hombre.

—Yo no pienso mover ni un dedo.

—Hijo, tú también eres especial —se golpeaba la pierna con el bastoncillo—. Lo has dejado colgado y encima...

—Nada, si se pica que se rasque.

—Yo ya he hecho lo que tenía que hacer, que quede claro.

—Estaría bueno.

—Una enemistad por una tontería tan grande.

—¿Te mandó de sonda?

—¿Cómo de sonda?

Se acercaba Miguel, una mano agarrada a la solapa de la chaqueta, a pasos lentos

y como embarazados.

—Me voy —dijo.

—¿Ya? —preguntó Perico.

—No me encuentro en forma.

—Los misterios de Miguelito Gamero —dijo don Andrés.

—Ya quedé con Jerónimo a las once y media.

—De acuerdo —dijo Perico—. A ver qué sacas en limpio.

—Por la tarde hablamos.

—Oye, Miguel, ¿y a ti qué te pasa con el niño de Corrales? —preguntó don Andrés.

—¿Por qué?

—No, que ya te he visto con él dos o tres veces, una cosa que me trae intrigado.

—Negocios.

—Vaya negociante que estás tú hecho. Igual que Rafaelito Varela.

Miguel se volvió para Perico.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Que descanse ese cuerpo.

Miguel se fue para la puerta. Antes de abrirla, se detuvo un momento como si fuera a dar marcha atrás, pero pareció arrepentirse y salió. La calle estaba negra y compacta como un charco de alquitrán. A Miguel le dolía el hígado. Le dolía desde que tenía quince años, no era cosa de ahora. Cuando estaba en el colegio, de pronto, le daba una especie de flato y se lo aguantaba sin decírselo a nadie, unas veces por un morboso prurito de vanidad y otras porque le tenía miedo a que lo metieran en la enfermería y tuviesen que abrirle la barriga, como cuando se le hinchó el apéndice a Perico Montaña. El alcohol no había hecho después otra cosa que aumentarle la frecuencia de las punzadas y los vómitos de bilis. De ahí no habían pasado los arrechuchos. Unas nubes rastreras corrían por delante de la luna, trazando una deslizante tiniebla sobre el tormentoso sopor de la madrugada. Miguel iba por el borde de la acera y alguien se bajó para dejarle paso.

—Adiós, buenas noches.

—Buenas.

Miguel no recordaba al que lo había saludado. Repasó mentalmente los sitios donde podía haberlo visto: la barra de un bar, la tipografía, el cuarto de una venta, la oficina, la bodega, el laberinto de los hostiles días en blanco. Hizo un esfuerzo para pensar en otra cosa. Torció por una calleja con unos arcos tendidos sobre las dos filas de tejados y salió a una placita sombría, limitada por tapias de piedra sin argamasa. En la esquina del frente, por donde proseguía la calleja, se levantaba un solemne caserón de labrados pilares y macizas puertas de caoba. De los guardapolvos de

pizarra colgaban las violetas y aromáticas crenchas de la buganvilla. Miguel siguió el rumbo que llevaba y luego dobló el chaflán del café la Perla. Las cortinas metálicas estaban a media altura y se salía a la acera la cuadrada luz del interior. Sonaban voces y como un ronco y contenido canturreo. Un poco más largo, en la inmediata espesura de la calle, dos hombres hablaban a la puerta de un almacén.

—Eso se carga en un par de horas —decía uno.

—Echando el bofe.

Miguel atravesó a la angosta acera del otro lado.

—¿Tienes ahí la libreta?

—Yo no me comprometo. Toma.

—Bueno, ponle tres horas.

Miguel se desvió a la izquierda. El ojo de la cerradura, con los dientes del reborde esperando para interceptar la llave temblona; el corto pasillo oliendo al neutro olor del hábito de Sole; la estantería con sus tres desiguales anaqueles repletos de libros viejos que no había leído nunca; el retrete para echar la bilis; la falta de sentido de la butaca, con una mancha oscura en el sitio de apoyar la cabeza y un rozado lamparón en cada brazo; el siempre igual y odioso dibujo de las losetas. Miguel ya había llegado a su casa. Abrió con una deprimente sensación de irse a recluir en una forzada guarida. Luego miró al suelo, como buscando algo que hubiesen echado por debajo de la puerta, pero no había nada. *Hoy no veré a Encarna, es mejor que no la vea.* Sole le había dejado la cena fría en la mesita baja de la sala, los platos cubiertos por una servilleta. Miguel levantó la servilleta y la volvió a dejar caer. Abrió la ventana del patio, descorriendo los visillos. Luego sacó un sobre de un cajoncito de la parte baja del estante y se fue para su cuarto, quitándose la chaqueta por el camino. Antes de desnudarse se tomó una píldora. *Tengo que hacer algo, de mañana no pasa. Tengo que ver a Vicente.* Cuando se acostó apagó en seguida la luz. Sentía la urgente y deleitosa necesidad de ponerse a pensar a oscuras. Empezó a caer un estruendo de agua por una cañería.

Ya hacía más de un año que había terminado la guerra y el verano se metía como una exhalación por las viñas, preñando las cepas y abriendo de par en par el inmenso horno de los gredales. Perico Montaña y yo nos íbamos a pasear al caer la tarde por el camino del Retén o por la hijuela del Temple. A Perico le gustaba calcular el número de cepas que tenían las viñas y las carretadas de uvas que iban a dar, según estaban de cuajados los troncos. Se había acostumbrado a medir las aranzadas de tierra contando primero a ojo los entreliños. El invierno había pasado por el pueblo como una plaga. En el Albarrán estuvieron siete meses largos comiendo cardos borriqueros y algarrobas. La aranzada, por estas trochas, viene a tener unos 4.750 metros cuadrados y las posturas de una aranzada oscilan entre las 1.800 y las 2.000 cepas. Las cosas iban de mal en peor, eso decían, pero entonces se presentó una regular cosecha de maíz y la gente pudo comer frituras de maíz y parece que el hambre amainó un poco. Una buena viña produce más de ocho carretadas de uvas por aranzada: las medianas dan seis o siete, y las de poca monta menos de cinco. Yo me iba enterando de las cosas del campo porque me gustaba enterarme y porque el campo era para mí como una entrañable aventura que había vivido desde niño. Labrar una viña, pagando un jornal decente, cuesta dinero y muchos viticultores preferían suprimir la faena y recoger menos uva, salían ganando. La epidemia de tifus no llevaba camino de arreglarse. El piojo verde había hecho su agosto y por todas partes se veían gentes con el cuerpo acribillado por el exantema. Hasta que no llegaba la vendimia, a finales del verano, los trabajadores del campo lo pasaban mal. Algunos habían hecho la siega, pero la siega deja los riñones desguazados y ponerse a cortar uva después de haber estado cortando trigo, es una labor que no todo el mundo puede aguantar. En Valdecañizo, la viña del padre de Perico, iban a recoger, sobre poco más o menos, diez carretadas por aranzada, que ya estaba bien. En una carretada entran unos 700 kilos de uvas. Los brazos de las cepas habían roto las estacas que los apuntalaban, rendidos con el peso de los opulentos racimos. Claro que todavía había que contar con que el tiempo se portase. Por detrás del cuartel de la Atarazana la gente hacía cola para recoger las sobras del rancho. Esperaban turno desde el mediodía hasta el anochecer, con sus cacharros de lata en la mano, los ojos ariscos y como vacíos. La vendimia no tiene una fecha fija para empezar, depende de cómo esté la uva de madura y del tiempo que haga. Pero a principios de setiembre ya hay que ir pensando en meterse en faena. Perico me decía que aquel año iban a recoger en Valdecañizo alrededor de las quinientas toneladas de uvas. Algo que no sabía lo que era me empezaba a zaherir entonces por dentro de la memoria. Nunca me sentía tranquilo, ésa era la verdad, como si hubiese hecho algo de lo que no podía liberarme hasta que no lo pagara de

alguna forma. Perico quería casarse al año siguiente. El padre de la novia tenía la mejor bodega de almacenado de la comarca. La novia de Perico se llamaba Inés, como mi hermana. Yo no veía con buenos ojos que Perico se casara, me parecía que era como traicionar de alguna forma ese tácito acuerdo que nos había mantenido unidos desde el colegio. Su novia era muy amiga de la prima Lupe y, algunas veces, al caer la tarde, paseábamos los cuatro por la trocha del Temple o por el camino del Retén. El mosto que se saca de los primeros prensados de la uva se va trasegando a las botas y se deja fermentar sin moverlo durante tres meses. Yo le decía a Perico que iba a pedirle al tío Felipe lo poco que había logrado salvar de la herencia de mi madre, para poner algún negocio por mi cuenta, un depósito de alcohol o una tonelería, ya habría tiempo de decidirlo. En el invierno de 1937 nos habíamos ido los dos al frente de Málaga. Perico ya había cumplido los dieciocho años, a mí me faltaba poco. La guerra nos cogió cuando terminamos el bachillerato y, entre una cosa y otra, no pudimos estudiar Derecho, que era lo que teníamos pensado. A mí me gustaba más hacerme médico, pero Perico me lo quitó de la cabeza. De todas formas, daba igual. Cuando han pasado tres meses desde la pisa, el mosto ya está limpio y se traslada a otros barriles, separándolo de las heces del fermento y subiéndole la graduación con alcohol. De modo que no fuimos a la universidad a estudiar Derecho. Al volver del frente, cada uno se dedicó a lo suyo. Nos daba la impresión de que no valía la pena empezar una carrera, que se nos había pasado la edad. Perico todavía tardó tres años en casarse. Primero se puso al tanto de los asuntos de la viña y después también llevaba los negocios de la bodega del suegro. Una vez que se ha añadido alcohol al mosto limpio, hay que esperar cuatro o cinco meses para que se asimile bien asimilado y luego ya todo es cuestión de tiempo; el vino se hace solo, siempre es una ventaja. El tío Felipe me había dicho que lo de la universidad era una cosa que convenía, que no lo negaba, pero que tal como estaba el cotarro, lo mejor era meterse a ganar dinero con los negocios. Si no se tenían demasiados escrúpulos, uno podía hacer una regular fortuna en un par de años, de lo único que se trataba era de saber cogerles las vueltas a las oportunidades. El tío Felipe me aconsejó que me pusiera a trabajar con él, ayudándolo en el asunto de los molinos harineros o en la compraventa de remesas de mosto. A mí, lo del trigo no me gustaba ni poco ni mucho, no lo veía claro, pero me decidí por probar suerte en el negocio del vino. Había que seleccionar y catar las partidas, combinar los mostos y luego venderlos al cabo del año. Perico y yo acabábamos de volver del frente. Almacenar el vino y saber darle salida en su momento, si se lleva con vista, produce un buen margen de ganancias. Yo me puse a trabajar con el tío Felipe porque ni siquiera se me ocurrió que pudiera escoger otro camino. No se me había olvidado el día en que fue a decirme que habían vendido la finca de mi madre y me escapé del colegio. El tío Felipe, a la mañana siguiente, fue por mí al campo y me castigó sin

vacaciones, me quedé interno todo el verano. Pero yo no le guardaba rencor entonces. A los orujos que quedan después de la pisa se los somete a un más avariento prensado, hasta sacarles los últimos jugos. A este nuevo coletazo de la uva se le suele llamar apretón y se destina a las mezclas de vino de bajo precio. Por aquellas fechas fue cuando empecé a beber más de la cuenta. Al principio, era cuestión del negocio, tenía que probar las remesas, no había otro remedio que conocer la calidad del vino. Los catadores prueban un buchito y lo escupen, con eso saben cómo está. Pero para llegar a tales sutilezas se necesita haber estado tragando vino durante muchos años. A veces, un catador tiene que probar cien botas en un solo día; si no escupiese el vino, reventaba como un globo. Pero yo, sin ir tan lejos, me metía entre pecho y espalda bastante más vino del que podían aguantar sin resentirse mis escasos veinte años. El tío Felipe no le prestaba mayor atención al hecho de que me estuviese envinando como una bota. Los trabajos de la vendimia se hacen a destajo. Los pisadores y tiradores de uva rinden hasta cinco carretadas por día, unas tres toneladas y media; los mosteadores y maquineros, igual, cinco carretadas, y los metedores, diez. Por las mañanas, me despertaba con el pulso temblón y lo único que me hacía entrar en caja era desayunarme con un par de copas de aguardiente de orujo. Nadie me dijo que lo que estaba haciendo era una barbaridad. Sólo la prima Lupe, alguna vez, intentaba meterme en vereda sin demasiado convencimiento, pero eso era otra cosa. Yo vivía entonces en casa del tío Felipe, que era hermano de mi padre. En la familia, por lo común, siempre había laberintos y peleas entre unos y otros. Yo me acostumbré a desentenderme de todo aquello, me parecía que no iba conmigo, que no tenía nada que ver con lo que pasaba en mi familia. El recuerdo de la guerra todavía seguía sin sedimentar del todo. De cuando en cuando, bajaba desde la sierra como una avalancha de rencor. Una mañana apareció un hombre muerto en una esquina, con una cartilla de racionamiento en blanco enrollada y metida por la boca. Otro día, de noche, entró un arrumbador en una taberna, se bebió una botella sin pestañear y sacó un cuchillo. Dijo que quien le llevase la contraria iba a tener que entenderse con él. Nadie le llevó la contraria y entonces el arrumbador se metió el cuchillo por la barriga y se mató. A mí, todo aquello se me enconaba por dentro de la cabeza, sin que supiera exactamente qué era lo que me ocurría. El tío Felipe me dijo que iba a echarle mano a una parte de la herencia de mi madre para hacer un negocio, que iríamos a medias en las ganancias. Yo no sé qué pasó, pero tuve que firmar un papel donde reconocía las pérdidas del dinero que había empleado. Lo de la venta de la finca del Temple voló junto con lo que me correspondía de la bodega de almacenado del abuelo. Pero todavía podía disponer de la renta del corcho, que siempre era una entrada. Entonces me fui a vivir a la casa de la parte vieja del pueblo, que estaba cerrada desde que murió mi madre. Quería pedirle al tío Felipe lo que me había quedado



para establecerme por mi cuenta. La casa tenía tres pisos y yo me instalé en el de abajo, los dos de arriba no me hacían falta. Ya había pasado un año desde que terminó la guerra. El tío Felipe se fue desentendiendo poco a poco de mí y yo tampoco hacía nada por verlo. El pueblo me deprimía, pero un venenoso y ya difícilmente domesticable prurito de beber me iba liberando de todo lo que me repugnaba. El hígado empezó a quejarse, no era cosa nueva, ya me dolía desde niño, pero ahora tenía siempre la bilis como más arriba que antes, al filo de la garganta. El vino, para beberlo, se echa en una copa de cristal fino y se mira al trasluz y luego se mete la nariz dentro de la copa. El vino tiene que brillar y oler antes de darle el primer sorbito. Es una fórmula que requiere su natural aprendizaje. Muchas veces me cogía el amanecer en las ventas, sin comprender del todo qué era lo que estaba haciendo allí. Pero ya sabía de sobra que no podía acostarme si no me había bebido lo que me hacía falta beber. Poco después de empezar la guerra, el tío Felipe montó un negocio de molinos harineros con un asociado que se llamaba Gabriel Varela y parece que se farraron a base de acaparar el trigo y vender luego la harina al triple de la tasa o a más, dependía del hambre. El vino de apretones que se echa en un vaso turbio y se bebe sin más, no es sino un vino genízaro, a ése no hay que pedirle que se porte porque tampoco se le trata con una mínima consideración. Al principio, siempre se piensa así, se hace una previa selección de clases de vino, incluso del cristal que le corresponde a cada clase, uno se fija en el aroma y en el tono, hay que ser respetuosos con la tradición. Perico Montaña me dijo que el tío Felipe me había engañado, que le pusiera un pleito por estafa, pero yo no quise ni oír hablar del asunto, la sola idea del pleito me producía una aburrida impresión de agobio. Lo único que iba a hacer era pedirle al tío Felipe lo poco que me quedaba y poner algún negocio de tonelería o de alcoholes, si es que daba para eso. Luego, sin darme cuenta, me fui comiendo el resto de la herencia y, cuando quise frenar, ya lo único que tenía era la casa. Un hombre que no tiene dinero para más se mete en un tabanco y se bebe diez vasos de vino agrio, uno detrás de otro, con los ojos cerrados, a setenta y cinco céntimos la medida, tragando sin oler, sin cogerle al vino su disimulado gusto a azufre. Lo que realmente importa es engullirlo como sea para que recaliente la barriga vacía. Entonces vivía solo en el piso bajo de la casa que me dejó mi madre. Lupe era la única de la familia que venía a verme a escondidas. Mi hermana Inés se había casado poco antes y se había ido a vivir a Cartagena. Pero la prima Lupe seguía estando conmigo, como cuando nos íbamos a escarbar madrigueras por el coto de la finca. A mí me preocupaba lo que estaba pasando entre los dos, pero tampoco me hacía a la idea de no verla. Perico Montaña, aquel mismo año, en abril de 1940, organizó una agencia de exportación de vinos con un inglés, un tal Whyte, y me colocó allí para llevar la propaganda, hasta que decidiera lo que iba a hacer. Yo cumplía, creo, pero estaba borracho por las tardes. Me acostumbré a

trabajar estando borracho, sin que se me notara demasiado. Eso no es difícil, depende del hábito que se tenga. El vino que se saca de una bota de solera con cien años de telarañas, y se venencia alargando el chorrito desde la cazoleta a la copa de cristal, ése es un vino que exige respeto en el trato. De manera que hay que olerlo despaciosamente, una y otra vez, primero con un agujero de la nariz y luego con el otro, hasta que el aroma se meta por la garganta abajo. Después hay que situar la copa de forma que le entre la luz por detrás, para que se transparente y se le destaquen al vino sus propiedades de limpieza. Luego se gira la mano, se guiña un ojo, se acerca y se separa la copa con el fin de que se le puedan coger las vueltas a la diafanidad. Algunas noches, cuando me metía en la cama relativamente pronto, se me caía el alma a los pies. Me revolví contra mí mismo y contra la estupidez que me rodeaba. Siempre pensaba igual: irme de allí de una vez. Me sentía como metido en una cueva que tenía franca la salida y de la que no sabía ni quería escaparme. Le echaba la culpa de mi cobardía a aquel sórdido ambiente en el que me habían venido engañando desde que estaba en el colegio y el tío Felipe vendió la finca del Temple. Un vaso turbio de vino bajo no necesita más que un sorbetón y una boca acolchada que trague los buches. No hace falta mirarlo ni olerlo, se perdería lamentablemente la ocasión de beberse dos vasos en el mismo tiempo que uno, pero para darse cuenta de eso es indispensable haber bregado mucho con el vino. Hay que entrar en el tajo dentro de un cuarto de hora, hay que meter la cartulina con el nombre de uno en el reloj que marca la hora de entrada, hay que irse a acostar para levantarse a las seis, tirando corto. Las mañanas me las pasaba en la cama, sólo trabajaba por las tardes, de tres y media a siete y media. Empecé a pensar por mi cuenta y a perderme en el callejón sin salida de mi incapacidad para entender lo que pasaba. Algo se me removía por dentro con una sublevada fe en un porvenir que yo no sabía exactamente en qué consistía. Cuando se ha mirado y se ha olido convenientemente el vino viejo, se sorbe un poco del borde de la copa de cristal fino, chupando imperceptiblemente unas gotas, no más. Luego se hace recorrer la diminuta dosis arriba y abajo de la lengua, pegándola y despegándola del paladar. Después se deja deslizar por la garganta la saliva tinta en vino, para que el vino se agarre poco a poco al gusto. Perico Montaña no me entendía, no estaba de acuerdo casi nunca con lo que yo pensaba, creía que todo era cuestión de mayor o menor resistencia alcohólica. Él resistía más que yo. A los veinte años se resiste bastante bien si uno no le pide al vino más de lo que el vino puede darle. En el pueblo, suponiendo que hubiese dos mil hombres de veinte años, se tomarían dos mil botellas diarias de vino por término medio, unos más y otros menos. Perico y yo nos vendríamos a beber una botella larga cada uno, pero había muchos que no pasaban de la media botella. Al mediodía, antes de comer, nos citábamos en el casino. Yo me acababa de levantar y ya entonces empecé a no poder resistir la luz. Me escocían los ojos y me lloraban como si tuviese

tracoma. No me podía quitar las gafas de sol. En el casino se hablaba invariablemente de negocios y de otros ambiguos escarceos comerciales. A veces también se discutía de deportes y de faldas, o de las noticias del día, que cambiaban poco. Cuando uno entraba en el casino era como si hubiese atravesado una barrera que interceptaba la visión de la realidad. El pueblo era entonces algo lejano y turbio, apestoso y desapacible, cubierto por una contagiosa nube de tifus exantemático y de milanos de cardo. Nadie se encontraba en disposición de franquear esa barrera, de asomarse un momento al exterior. No estaba bien visto. Hasta al menos humilde le hubiese parecido ostentoso. La buena educación era una cosa y el pedirle peras al olmo era otra. Con un vaso turbio, lleno de vino genízaro hasta arriba, no se puede hacer más operación que tragárselo lo antes posible, cerrar los ojos, rascarse la costra de la erupción del piojo verde, sentir que se va calentando el estómago, pedir otro vaso de lo mismo. El hombre que bebe vino en un vaso de vidrio turbio es muy distinto al que lo bebe en una copa de cristal fino. Tampoco cuesta igual. Pero eso es cuestión de costumbre. A la larga, el mosto agrio también sirve. El que no se justifica bebiendo es porque no quiere justificarse. Perico no estaba de acuerdo. Pocas veces estábamos de acuerdo, ésa era la verdad, pero se nos hacía difícil pasar un día sin que nos reuniéramos para discutir juntos de cualquier cosa o para recordar los tiempos de la guerra. Nuestros paseos de cada tarde, camino del Retén o por la salida del Temple, se habían convertido en una necesidad de la que no podíamos prescindir. Era como darle una tregua al vino. Si no íbamos con Inés y con la prima Lupe, íbamos solos, que era lo más frecuente. Una vez, al volver de la viña de Perico, nos encontramos con Encarna. Estaba sentada con un hombre ya mayor junto al tronco de un eucalipto, los pies dentro de la cuneta. No la había visto desde la noche en que me escapé del colegio y me quedé a dormir en la finca de mi madre. A mí me dio un salto el corazón, no pude contenerme. Ya sabía que Onofre había vuelto al pueblo hacía más de un año y que estaba de capataz en Monterrodilla, la viña que había comprado durante la guerra Gabriel Varela, el socio del tío Felipe. Encarna me miró y volvió la cara. Yo también me hice el distraído, pero ya no me la saqué de la memoria en toda la noche. Estuve con la prima Lupe en el cine y ella me apretaba la mano contra su pecho y yo me acordaba de Encarnita. Al día siguiente, por la mañana, me fui a Monterrodilla. Yo no había querido ver a Onofre ni a Ana ni a ninguno de la familia, no me gustaba remover el recuerdo de la finca del Temple, que tanto había significado para mí y que todavía me lastimaba por dentro. La presencia de Encarna me había vuelto a echar encima ese difuso y tortuoso lastre moral que he venido sacándome de la conciencia durante todo este tiempo. Sentía una morbosa necesidad de agarrarme a mis quince años, como si desde entonces no hubiese vivido del todo y me hiciera falta saturar de experiencias, aclarar de alguna forma los espacios oscuros que había ido dejando atrás. De modo que me levanté bastante más

temprano de lo previsto y me fui a Monterrodilla. El campo, por la mañana, parecía un fanal lleno de mil coloreadas vetas en ebullición. A medio camino había que torcer por una trocha polvorienta, abierta entre dos lindes de agaves. Fui en la bicicleta del botones de la oficina. De todas formas, Monterrodilla no estaba muy lejos, a unos tres kilómetros. Cuando enfilé la vereda del caserío me encontré al hijo de Onofre, que subía por la cuesta, un azadón en la mano. El hijo de Onofre no me reconoció. Yo le dije: «Soy Miguel Gamero, ¿no te acuerdas?» «Sí, hombre, claro, dichosos los ojos», me contestó. «Todos los días queriendo venir a saludar a la familia», dije. «Las cosas que han pasado desde que no nos veíamos, ahora va a hacer cinco años que vendió tu tío lo del Temple.» «Cinco años», repetí. Y ya entrábamos por el almijar. Yo nunca había estado en Monterrodilla. Era una viña hermosa, tendida sobre tres extensas colinas, con un inmenso caserío rodeando un bien trazado patio central. Aquello debió costar una fortuna, se conoce que los molinos harineros habían rendido lo suyo. Yo iba a decirle al hijo de Onofre que había que ver qué viña, pero me callé. Perico Montaña hubiese calculado: «Ciento cuarenta aranzadas, unas trescientas mil cepas.» El hijo de Onofre se adelantó a llamar a su madre. La señá Ana tampoco me reconoció. Onofre tardó en aparecer, estaba dando una vuelta por la parte de abajo de la viña. Yo no me atrevía a preguntar por Encarna. «Tu tío Felipe y don Gabriel tuvieron buen ojo», comentó el hijo de Onofre. «Desde luego», dije. «Yo no quería venirme, me vine por mi padre», añadió. «La misma canción, hijo», terció la señá Ana. Entonces me decidí y le pregunté a la señá Ana por Encarna. Me dijo que había ido a las Talegas a ver a la cuñada de Corrales, el capataz. «A ver si no vuelve», dijo el hijo de Onofre. Y nos quedamos callados los tres. Luego llegó Onofre y me cogía de los brazos con sus dos manos recias, el gesto tímido y afable. «Por fin se acuerda de nosotros», dijo, «ya era hora». «La de veces que estaba pensando venir», dije yo. Hablamos de muchas cosas, no me acuerdo. Di una vuelta por el caserío de la viña. Habían dejado en la cuadra de lagares unas botas de mosto del año anterior. El mosto estaba un poco dulzón de boca, pero entraba bien. Encarna no volvía. Me quedé a comer allí, pero Encarna no apareció. A las dos y media regresé al pueblo. Pensé acercarme al camino de las Talegas, pero hacía mucho calor y me empecé a arrepentir de aquel absurdo paseo. En la oficina, estuve toda la tarde acordándome de Encarna y, cosa rara, aquella noche me acosté pronto y no bebí casi nada. La prima Lupe me había telefonado y yo quería verla pero tampoco me pareció que de verdad quería verla entonces. A la mañana siguiente se presentó Encarna en casa. Era lo que menos podía imaginarme. Serían como las diez y yo todavía estaba en la cama. «Venía a devolverte la visita», me dijo como si hubiésemos estado juntos el día anterior. «Te vi antier», le dije yo. Tenía la sensación de que era la cosa más natural del mundo que Encarna estuviese allí. «Ya sé», dijo. No parecía la misma de hacía cinco años.

Realmente, no había cambiado, coincidía en todo con la imagen que yo conservaba de ella, pero no parecía la misma. Tenía un extraño y desmedido descaro, como si hiciese esfuerzos por reírse de su sombra y lo consiguiera con escasa habilidad. «¿Por qué fuiste a la viña?», me preguntó. «Quería verte», dije. «Pues aquí me tienes.» Hablamos de todo lo que había pasado desde la última vez que nos vimos, hacía ya cinco años. Me acordaba de la noche en que dormí en la finca del Temple y ella también se acordaba, estoy seguro, aunque no hablamos de ello ninguno de los dos. Yo sentía la misma desazón que entonces. Poco a poco, Encarna se me iba haciendo más familiar, sobre todo su manera de crisar la boca y el tono de su voz. Desde aquel día, unas temporadas más y otras menos, ya no dejé de verla. Al principio, cuando menos lo pensaba, venía a casa por las noches. Luego, me dejaba un papel por debajo de la puerta y así yo sabía cuándo iba a ir. «Claro, a ti te da azaro que te vean conmigo», decía. Yo no quería entonces que me vieran con ella, después ya me daba igual. Cuando uno se acuesta borracho, si todavía no tiene el cuerpo suficientemente escurrido por el alcohol, lo más seguro es que le den vueltas las paredes y le flote la cama como una barca. No hay otro remedio que vomitar, eso alivia. Luego, a medida que uno va familiarizándose con el vino o, al revés, desde el momento en que el vino se identifica con uno, ya no molesta el vértigo ni hay nada que vomitar. Sólo se ve un gran vacío, un oscuro e inmóvil hueco no desagradable del todo. A veces, pulula por esa tiniebla algún objeto difícilmente reconocible, que escarba por el fondo de los ojos pero que también termina por amodorrar, es como un sedante. Las cosas rodaron de tal manera que yo me acostumbré a aquellas espaciadas pero nunca interrumpidas visitas de Encarna como a un recurso a la vez gustoso y mortificante. No me cabía en la cabeza ni seguir el rumbo que llevaba ni dar marcha atrás. Lo que iba a ocurrir al día siguiente no lo sabía la noche anterior, no me importaba saberlo. Me habían enseñado a dejarme llevar por lo que fuese, eso era todo. Encarna me contó con pelos y señales su vida en la sierra, aquel gratuito terraplén por el que se había ido sintiendo empujada sin saber cómo. «Qué más da», decía ella. «Nos tocó lo peor», pensaba yo en voz alta. «¿Por qué?», preguntaba ella. «No sé, por todo», decía yo. «Cada uno es cada uno.» No he acabado de entender qué es lo que me unió desde entonces a Encarna. Nunca habló en serio de nosotros, tampoco quería nada concreto, ni siquiera hizo la menor alusión a lo que le había pasado con el tío Felipe. Andando el tiempo, cuando Encarna se casó con Paco Páez, un vivalavirgen que se agarraba a lo que fuese y al que seguramente por eso le decían el Tenazas, Encarna seguía viniendo a verme como si tal cosa. Lo de su imprevista boda me dejó desconcertado, creo que se casó para compensar un poco los malos ratos que le había hecho pasar a su madre. El cuerpo termina por envinarse después de unos diez años de haber estado metiéndole dentro alcohol. El hombre que se ha pasado diez años bebiendo vino sin parar y para de pronto,

*empieza a ajarse y acaba convirtiéndose en una cotufa. El cuerpo no aguanta la abstinencia de vino si ha estado ininterrumpidamente lleno de vino durante diez años. Hay que saber ir recogiendo amarras, un fallo puede ser fatal, aunque lo más frecuente es que ya sirva de poco. Cuando Encarna hablaba de su marido, parecía que estaba refiriéndose a alguien que conocía de vista. Su marido tampoco parecía darse cuenta de las idas y venidas de Encarna. Perico Montaña me decía que qué me pasaba, que si me había vuelto loco. La prima Lupe no me habló más que una sola vez de todo aquello, pero después no volvió a preguntarme. La prima Lupe fue un poco como el recuerdo de la guerra, no tuve más remedio que desandar el camino de otra forma. Para labrar una viña a brazo hacen falta muchas peonadas de labor. Primero hay que abrir los hoyos y echar el estiércol, luego hay que podar y limpiar las cepas, desbragar y sacar las sierpes, cavar, castrar y recastrar. Eso, como primera medida. Lo del azufre y el sulfato viene después. Lo cierto es que, a partir de aquel mes de junio de 1940, Encarna fue para mí como una especie de vengativa escapada hacia no sabía dónde, como algo sucio pero verdadero a pesar de su aparente suciedad. Me daba la impresión de que así vivía todo lo que me habían negado antes. No tenía demasiado sentido, lo sé, pero tampoco le encontraba otra explicación. Luchar contra lo establecido era como resarcirme de mi fracaso.*

## 6

La cuneta se abría entre la carretera y un senderillo aledaño que reptaba por los matorrales de vinagrera y de piorno. Empezaba a soplar una tenue y aliviadora brisa. Joaquín se remetía los faldones de la camisa mojada por dentro del pantalón. Batieron las alas de la lechuza entre el negro ramaje. Joaquín titubeó buscando el camino. *El año pasado me zumbaron una perdigonada de sal en una pierna.* Se resbaló por el desnivel de la medio tapada cuneta y se quedó sentado en el borde, de espaldas a la avenida, mirando para las cercas de los plantíos, para las tapias de las fincas, erizadas de sanguinarios pedazos de vidrio. Sacó la navaja del bolsillo. Fulgía la hoja azulada, recogiendo el brillo mate de la luna, que apuntaba por detrás de unas nubes veloces. *Toda la noche en el bienteveo, acechando para que nadie se acerque. Dos años largos tiritando de miedo en las trincheras.* Le vino a la memoria el gesto de don Gabriel, su cara abotagada y contrahecha, su manera de sonreír y de decir las cosas. Joaquín sentía por don Gabriel una especie de agobiante y angustioso rencor que llegaba a producirle náuseas. *Ya me llegará a mí la vez.* Y se dejó caer hacia atrás, buscando con la espalda el apoyo de un tronco de castaño, entreviendo desde el fondo de su miseria que nunca le llegaría la vez. Miraba para el hondón del cielo, que parecía deslizarse en el vacío como la superficie de un estanque, a turbias y superpuestas capas de limo. Quería pensar en algo que no sabía bien lo que era. Otra vez se le volvía todo irreal y absurdo, como hilvanado a un bramante que tiraba de él hacia una desconocida negrura, igual que cuando salió de su pueblo y no sabía qué hacer ni adónde ir. Ahora sentía un extraño alivio en el estómago. *En la escuela, de niño, le robé uvas al Pitiraco. Tenía un racimo guardado para el almuerzo y yo se lo robé, sin tener hambre siquiera. Ahora me pegan un tiro.* Se acordó de Lucas, de la noche anterior, cuando fue con él a Monterrodilla. Se acordó de cuando trabajaba en el acarreo en la viña de don Andrés y de la tarde en que cogió a Lola por la cintura y ella le tapaba la boca con la mano sin decirle nada. Se acordaba de casi toda su vida, como si de pronto se estuviese proyectando junta sobre el lienzo roto de su memoria, sin solución y sin sentido. Su padre y su hermano y toda su familia haciendo escobas y sogas de esparto y cantando en el pueblo. Oía las perdigonadas de sal, el silbo de las balas en el frente de Málaga; primero, el tableteo del disparo por las lomas; luego, la mordedura de la candela por dentro de la sangre, el golpe del corazón cuando estaba de centinela y crujía la noche de pronto. Y sintió miedo, un miedo insano y agotador, como si ya no le quedara por delante más que aquel miedo. *A los diecisiete años me fui al frente y tenía miedo, como ahora. Un palo detrás de otro.* La hoja de la navaja estaba apoyada contra la yerba y se acercaba un escarabajo hacia el filo, sigilosamente negro y brillante. Joaquín lo clavó contra la tierra. El escarabajo soltó un líquido blancuzco y espeso y crujió como una castaña. *Tengo treinta y nueve años*

y estoy hecho un guiñapo. Ya me llegará a mí la vez, tiene que llegarme. Pensó otra vez en Lola con una irritante ternura. Ahora estaría acostada en la inmensa cama de hierro, lo primero que metieron en la habitación cuando se fueron a vivir juntos. Al llegar le diría: «Se acabó Lola, ya no voy más a la venta; se me agría el vino en el estómago, estoy hecho un guiñapo.» Lola se daría la vuelta, mirándolo con sus ojos entumecidos de sueño: «¿Y por qué bebes, di? También son ganas.» Y él entonces se acercaría hasta sorber el tufo de las sábanas, entreviéndole los pechos aplastados que nunca tuvieron leche, las greñas mojadas de sudor. «A ver qué quieres que haga.» Y Lola: «Anda, acuéstate.» «Sí.» Pasó un coche cerca. Los faros fueron encendiendo como una gigantesca hojarasca de verdor en torno a Joaquín. Joaquín se incorporó, apoyándose en el tronco y enderezándose por partes. Cerró la navaja y siguió andando con ella en la mano, apretando las cachas hasta que se le clavó el acerado reborde en los dedos. El senderillo salía otra vez de entre la yerba, ensanchándose por un calvero de grava. *Yo me voy a cagar en el padre del que le eche agua al vino.* Intentó imaginarse a la mujer de la taberna que tenía un hermano en Larache; no, en Melilla. Pero todo lo veía lejano y tupido de incongruencia. De modo que no podía pensar sin aburrirse de sus propios pensamientos, como si sorteara las piedras de un vado, temiendo estancarse en el fangal de su propia cabeza. Ladró un perro desde atrás de una cerca de tela metálica, con un refuerzo de alambres de púas en la parte alta. *Toda la noche ladrando, no vuelvas por aquí, toma el billete del tren.* Su hermano le había dicho: «Déjalo, las cosas tendrán que arreglarse.» Joaquín se detuvo un momento mirando para lo oscuro. No se veía nada, pero el perro ladraba como a cinco metros. Empezó otra vez a andar, al borde de la cuneta, por lo más difícil. Notó que alguien venía detrás suyo ganándole terreno y haciendo resonar la yerba con el apresurado roce de los pies. Joaquín se rezagó un poco, esperando que lo adelantaran. Le pareció que había pasado mucho tiempo antes de que le dieran unas vigorosas palmadas en el hombro.

—Hombre, Guita, ¿qué hay? —preguntaron con familiar desplante.

Joaquín torció la cara.

—¿Eh?

—¿Para dónde vas?

—Pues ya ves —dijo Joaquín—, para casa.

—¿No estabas con don Gabriel Varela?

—He tenido que venirme, no me encuentro bien.

—Vaya, el estómago, ¿no?

—Eso.

—Pues yo también me voy para la cama, aquí ya nadie sabe gastarse los cuartos. En la venta de la Jeroma no había más que tres perlanas de los de media botellita. El niño de Ayuso y un grupito de ese corte, figúrate qué porvenir.



—Cuarenta arrobas de mosto —murmuró Joaquín.

—¿Cómo?

Joaquín dio un traspié. *Estoy borracho; me he bebido cuatro copas y estoy borracho, como anoche. ¿O tú te crees que se puede cantar en seco?* Joaquín no hubiese querido encontrarse con Paco Tenazas. Paco Tenazas tenía una salud de hierro. Era un hombre bajito y esmirriado, de una edad indefinida, que no se cansaba nunca. Siempre estaba dispuesto a aceptar lo que cayera, aunque fuesen cuernos. Después de andar toda la noche intentando buscárselas con el cante, se iba a la estación a esperar la llegada del rápido. Hacía portes en una carretilla alquilada y luego trabajaba de albañil a destajo. No se sabía cuándo dormía. Pensando en eso, Joaquín se sentía como un tullido. *Duerme de pie, como los búhos, silbando y con los ojos abiertos. Duerme dentro de un lagar, bebiéndose la uva que pisa cada noche.* El Tenazas sacó un cuarterón del hondo bolsillo de la chaqueta. La chaqueta le venía un poco grande, le colgaba por detrás como la cola de una levita deforme.

—¿Qué decías?

—No, nada —dijo Joaquín.

—¿Un cigarro? —ofreció el Tenazas.

—No.

—Venga, hombre, echa un cigarro —le ponía el paquete delante de los ojos—. Es bueno, de contrabando.

—No, gracias.

Paco Tenazas hurgó con el dedo pulgar dentro del cuarterón, rascando la dureza de la pastilla. Después se volcó en la mano el tabaco y cerró el puño.

—¿Quieres que te diga lo que tenemos que hacer los artistas? —preguntó—. Pues levantar el vuelo, fíjate. Dime tú si no lo que se hace aquí, morirte de asco.

Paco Tenazas sacó el papel de fumar y liaba el cigarrillo con una lentitud exasperante, apretando el tabaco una y otra vez, enroscándolo y desenroscándolo entre los dedos.

—¿A que no sabes lo que saca un cantaoor en Madrid? —seguía argumentando—. Pues cincuenta machacantes una noche con otra, para que te enteres.

—Ya.

Paco Tenazas cogió el cigarrillo por una punta, lo sacudió varias veces y le pasó la lengua de arriba abajo. Se detuvo y encendió un fósforo. Ahuecó las manos, formando con ellas un habilidoso cuenco, y metió el cigarrillo entre el índice y el pulgar, por el único orificio que quedaba practicable. La llama del fósforo le lamía los dedos, pero no parecía causarle mayor molestia. Empezó a chupar y a echar humo. Joaquín no lo miraba. Se encogía hacia el suelo, haciendo rodar una piedrecita bajo la podrida suela de las alpargatas. Paco Tenazas le dio un codazo y prosiguieron la marcha. Torcía la cabeza hacia Joaquín.

—Aquí ya no hay ambiente, hombre. A ver: ¿cuándo has visto tú que te tengan toda la noche a dieta, y que patatín y que patatán, y que luego te suelten veinte pavos? Claro, si es que te los sueltan, porque a veces ni eso. Vamos, que es lo que yo te digo, que hay que ahuecar el ala. Y mientras antes, mejor.

—Eso.

—Y si no vete fijando tú en lo que pasa. ¿Cuántas veces se atrinca una buena reunión, lo que se dice una fiesta a modo? Pues de higos a brevas, ¿no? Los demás días rascándote la barriga —se la rascaba—. Y menos mal que yo me defiende por ahí con alguna que otra chapuza y con lo que mete Encarna por su cuenta, no hay más narices, ¿no te parece?

—Sí.

—Bueno, lo que te decía, que el asunto del cante, lo que es por mí, cruz y raya —daba hachazos al aire con la mano abierta—. ¿Tú qué dices?

Joaquín respondió con algo parecido a un eructo.

—A ver —prosiguió el Tenazas—. Te tomas dos o tres copas y, de postre, mojama, adiós muy buenas, recuerdos a la familia. Que no, hombre, que no. De la guerra acá las cosas han cambiado mucho. No hay gusto, se ha perdido el gusto, qué quieres que te diga. A todos esos señoritos muertos de hambre me los paso yo por la entrepierna, ¿estamos?

La voz de Paco Tenazas le sonaba a Joaquín como un zumbido que se iba repartiendo en mil zumbidos más, descoyuntados y sordos como una tolvanera de virutas. Veía los árboles como si estuviesen cambiando de sitio.

—Huele a mosto, ¿no? —preguntó casi sin darse cuenta.

Paco Tenazas pareció no oírlo. Seguía dándole vueltas a lo suyo.

—Un poner: ¿tú te acuerdas del Insurrecto? Sí, ¿no? ¿Pues sabes lo que hizo? Najarse, y eso que aquí sacaba lo suyo. Que había una fiesta en Sevilla o donde fuese: allí estaba el Insurrecto, capitán general. Pues con todo y con eso, se fue a Madrid, mira tú por dónde. Me dice: ¿yo qué hago aquí, perdiendo un chorro de billetes todos los días? Y se fue, le alabo el gusto. Si es que no... En Madrid corre el dinero que no veas, como en Barcelona, igual.

Joaquín notó que se le iba la cabeza otra vez. Cogió del brazo a Paco Tenazas.

—Espera —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó el Tenazas al tiempo que se detenía.

—¿No hueles a mosto?

Paco Tenazas levantó la cabeza y husmeó en todas direcciones, resoplando como un becerro. Le temblaban los orificios de la nariz, parecían dos tubos de goma.

—¿A mosto? —dijo—. Yo no huelo.

—Pues huele.

—No te digo que no, pero yo no huelo. Será de ahí, de la Sacristía. Vamos, me

figuro.

—Es que ya olía en la Damajuana.

—¿Y qué?

—No, que todavía se nota.

—Lo raro sería que oliera a leche.

—Se nota mucho.

—Qué manía, tú. Pues si huele, olerá.

—En el pozo habían pisado uva.

—¿Eh?

Joaquín bajó la voz.

—Huele a mosto que apesta.

El Tenazas lo miró con cierta precaución y lo empujaba aparatosamente, como para hacerse el tranquilo con su propia y confianzuda actitud.

—Venga ya...

Siguieron andando. Ya estaban frente a las primeras casas del pueblo. La carretera se alargaba en línea recta hasta una plaza mal iluminada, en forma de hexágono, con un jardincillo central limitado por balaustres de piedra, una farola de tenue fulgor en cada esquina. Al fondo, en la linde de una calle transversal, la carretera tenía ya más traza de avenida y se bifurcaba en dos direcciones, abriéndose en ángulo. La desviación de la derecha se estrechaba y subía en una suave pendiente hasta una difusa arboleda de troncos encalados. Cuando llegaron al cruce, Joaquín se detuvo como si lo paralizase una brusca ansiedad.

—Bueno, hasta la vista.

—Pero ¿no vas al Angostillo? —dijo el Tenazas.

—Sí —dijo Joaquín—. Es que voy a coger por aquí arriba.

—Tú sabrás, que te vaya bien. Ya no te veré hasta después de la vendimia. Mañana nos vamos a Monterrodilla, a echarles una mano a los suegros. A la Encarna no le tira mucho el campo, pero hay que aprovechar lo que caiga, ¿no te parece?

—Claro.

—Y tú, ¿arreglaste algo de lo tuyo?

—No.

—Espábilate, hombre, que la vida está cada vez peor.

Joaquín se quedó parado en el chaflán. El aliento de la lluvia lejana sabía a boñiga y a flores muertas.

—Bueno, adiós —dijo el Tenazas—. Lo dicho.

Joaquín veía al Tenazas desaparecer entre las sombras cambiantes de la avenida, bajo unos aleros de tapia baja. Se acercó a un banco del jardincillo, por el lado que daba a la calle en cuesta. El banco era de cemento, con el barandal de hierro colado. El cemento estaba tundido de grietas y manchas de moho y le asomaban por las

hendiduras los verdes gusanos del liquen. Joaquín se sentó, dejándose caer poco a poco. Sentía como una metálica humedad en las caderas y le ardían las rodillas igual que si se las hubiese estado refregando con estopa. En alguna parte sonaron unas campanadas, parecía que se estaban abriendo paso con un punzón por la espesura tormentosa del aire.

—Otra noche perdida —dijo en voz alta.

Empezaba a caer un penetrante y delgado relente. Sobre el polvo de los adoquines se extendía como una sólida película de brillantez. De la parte del campo llegaba a intervalos iguales el trepidante ruido de un motor. Cantó un gallo por la carretera. Joaquín notó una reconfortante y febril sensación de descanso, como si la carencia de fatiga, la brumosa evasión hacia el fantasmal y desarticulado fondo de los objetos, lo desvinculara momentáneamente de todo sentido... Y ahora estaba allí la noche terca y despiadada hedionda y caliente de cieno rezumando un miserable sopor por todos los rincones del caserío apestosamente agazapada en cada agrio conducto de la saliva en cada vomitado charquito de mosto no como una acechanza más de la sombra sino como una terrible víbora que espiaba el paso del caminante para abalanzarse sobre él y morderle la garganta el supurado dolor del estómago sorbiéndole hasta la última gota de hambre y al otro lado hacia la parte de las bodegas también estaba la noche incorporándose al nauseabundo fermento del vino a la descomposición de la madera de los barriles socavando los cristalitas de la glucosa y las ardientes estrías del alcohol amasando las últimas migajas de pan con el estiércol de los abrevaderos mientras exprimían la uva robada en la boca de alcantarilla de los acaparadores mezclando las perdigonadas de sal con los vigilantes escupitajos de tiña y también estaba la noche rondando el pasajero dormir del pueblo el lóbrego relámpago de las guitarras la trinchera del miedo de morirse la mesa de la alcaldía el mostrador de la taberna un solo plato de coles descuartizándolo todo en dos bandos materiales de ira persiguiendo a la muchacha a quien le han roto el virgo a cambio de un puesto en una bodega de embotellado y al niño harapiento que juega a cara o cruz en la rampa de una iglesia y al hombre al que ya no le queda sino un siniestro frasquito para guardar el sudor y también estaba la noche debatiéndose entre las mugrientas sábanas de la cama inhóspita auscultando el más imperceptible quejido de protesta del vientre la derrota de la úlcera de presidiario metiendo en un mismo saco de basura el rodar de las botas sobre la tela caqui del almijar el cuerpo del centinela colgado de un árbol por los pies y con la barriga reventada a palos los pechos secos de la mujer que no pudo reunir suficiente desesperación como para tener un hijo... Joaquín oyó una bocina cerca. Antes de oírla, tuvo la impresión de que un haz de luz lo borraba todo. Dio un brinco. Miró a uno y otro lado, sin ver más que un resplandor que no lo dejaba ver, una violenta bocanada de luminosidad que lo lastimaba por dentro. Parpadeó varias veces, defendiéndose de la luz con las manos, agachando la cabeza como si

algo estuviese a punto de caérsele encima. El relumbro se desplazó ahora un poco a la izquierda y ya el coche aceleraba hacia el fondo de la avenida. Alguien gritó desde lejos, asomándose a la ventanilla.

—Eh, tú, primo, que se te va a cortar la digestión.

Le pareció reconocer la voz del gitano que estaba en la venta de la Damajuana. Joaquín se apretó las cuencas de los ojos con los nudillos, que se le quedaron untados de la espesa agüilla del lagrimal. Apoyó las manos en el herraje del banco y se levantó. Anduvo un buen trecho sin volver del todo a la realidad, arrimado a la pared, con los ojos semicerrados, adivinando los sitios por donde tenía que atravesar la calle. Le giraba dentro de la cabeza un hiriente y miserable torbellino de vacío. Llegó al rellano del final de la cuesta, con sus anémicos árboles encalados hasta media altura. *Mi primo José colgado de un árbol y lo vareaban como a una aceituna, hasta que se le salieron las tripas.* Ahora sólo quería poder acostarse, sentir a su lado el mutuo espacio de despego entre el cuerpo de Lola y el suyo. Intuía un indiferente paraíso de descanso, hostil y sin piedad alguna, donde todo lo que ocurriera tendría ya necesariamente una fatal y gustosa desesperanza. *Que no me echen una mano, no quiero que nadie me eche una mano, que me dejen dentro de un pozo vomitando vinagre.* Se cruzó con un guardia de la inspección nocturna. Iba montado en una bicicleta pintada de negro, de alto manillar niquelado. Conducía con la mano derecha; la otra la balanceaba en el aire como un muñón. *Una libélula dentro de una garrafa de espirriaque.* Volvió a cantar un gallo, desencadenando como un rumor de agua a ras del suelo. Joaquín escupió contra la pared. Sonó el golpe del cierre de una cisterna y otro cacarear más lejano. Pasaba un camión vacío camino de la trocha del Temple. La pared estaba pintarrajeada con carboncillo. «Tomasito es más gordo que un melón. Panadería de rosca. Mis carnes.» Y arriba, unas confusas iniciales negras de molde partidas por un desconchón. Retemblaban contra los adoquines las ruedas de un carro. De un ventanuco salía un delgado humillo de fritanga. *El orden público; lo primero, el orden público, la bicicleta de la libélula del orden público. Lucas en un lado y yo en el otro, apuntándonos con un fusil sin saberlo.* Joaquín tropezó con el partido reborde de la acera. Recuperó el equilibrio y se apretaba el bajo vientre con la palma de la mano. Cuando llegó al Angostillo, ya había terminado de caer la luna por detrás de los tejados.

Llenó una jarra de agua y la echó por el agujero de arriba del tonelete. Se derramaba un chorrito a todo lo ancho de las duelas, envolviéndolas como una cincha. Un moscón verde y peludo se posó a la vera del agua, restregándose las patas delanteras y recorriendo una y otra vez el mismo camino, sin decidirse a meter la trompa de hongo en el deslizante frescor. La mugre del barril brillaba por el canalillo que iba dejando el agua al resbalar por la panza de roble. Una bombilla, adosada al tabique de panderete, iluminaba de mala manera el despacho de vinos. La otra parte de la tienda, el almacén de comestibles, quedaba a oscuras. Olía a sudor agrio y a sebo. Ayuso levantó el tonelete por el reborde de atrás, removiéndolo a duras penas y apoyando la barriga en la arandela de la bota de abajo. Luego sacó el embudo, puso el tapón de corcho encima del agujero y lo golpeó con el puño cerrado. Se fue para el grifo de la pileta a llenar de nuevo la jarra. Tenía los ojos soñolientos, fijos en la puerta cerrada de la tienda. Se pasó el revés de la mano por la boca. Cuando rebosó la jarra, se acercó otra vez donde los toneletes, que eran tres, dos calzados en el suelo y otro central encima, haciendo triángulo. Repitió la operación del agua con el barril de abajo, ahora con el de la izquierda.

—¡Marcelo!

La voz llegaba de la trastienda. Ayuso volvió la cara sin dejar de echar agua en el tonelete.

—¡Qué!

—¿Qué haces? —preguntó Consuelo con ronca premura.

—¿Cómo que qué hago? —contestó Ayuso—. Trabajando.

—¿Pero tú sabes qué hora es?

Ayuso se había levantado con las primeras claras. A veces se despertaba con una idea fija en la cabeza y ya no podía volver a coger el sueño. Cuando no le daba vueltas a las ganancias del día, se desvelaba calculando el aumento mensual de reservas o discurriendo algún nuevo trajín del negocio. Ahora había pensado que le iba a venir bien aligerar un poco la hechura del vino para lo de la comida a los pobres del Albarrán. Una jarra llena de agua son dos litros y medio de agua. Echando una en cada tonelete, resultaba un total de siete litros y medio más de vino. El litro de vinagrón, una clase con otra, viene a costar como a seis cincuenta. Es decir, que con el trasiego se sacaba de la manga cuarenta y ocho setenta y cinco. La operación no podía ser más rentable.

—Tú duérmete —dijo.

Se oyó un rebullir de telas mezclado con el crujido de las tablas de la cama. Ayuso se volvió por tercera vez al grifo. La boca de la jarra se había desviado del chorro y Ayuso la enderezó, aguantándola con una mano por el reborde. Del desagüe

del fregadero salía un consistente tufo a estropajo podrido. Apareció Consuelo, en camisa bajera, recogiendo el ralo pelillo canoso por detrás.

—Que todavía es de noche, hijo.

—¿Y qué? —dijo Ayuso sin mirar.

—Cuando te da el ataque...

—Más de cabeza habría que andar.

—No, si aquí, a las primeras de cambio, ya no va a poder una ni dormir.

—¿Te he dicho yo que te levantes?

A la mujer de Ayuso, la camisa le llegaba a media pantorrilla. Suelta como estaba, le caía sobre el cuerpo apelmazándolo en un solo bulto gelatinoso y contrahecho. Iba descalza y tenía los dedos de los pies como morcillas. Se los refregaba unos contra otros, echando fuera los rollitos de la suciedad. Ayuso cargó con la jarra y destapó el agujero del barril de la derecha. Consuelo se adelantaba torpemente para verlo hacer.

—Quita —dijo Ayuso.

—¿Otro chorreo?

—El vino lo agradece. Se enrancia.

—Claro.

—Y además, ¿tú qué tienes que meterte?

Se escuchaba el borbotón del agua dentro del barril, como si estuviese cayendo mucho más honda. El moscón ronroneaba por debajo de la bombilla: una verde gota metálica desplazándose por el aire apestoso, un ojo titilante, una alada llamita de fango colgada de las vigas, un rebrillo persiguiendo las miasmas que esparcía el agua por el barril. Consuelo se asomó un momento a la trastienda y se volvía pesadamente para Ayuso, las manos en las caderas.

—¿Tú sentiste llegar al niño? —preguntó.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo va a ser? Hace un rato.

—Me pareció.

—Te pareció, ¿verdad? Pues ahí lo tienes tan campante, desde las ocho que salió. Ésta es la hora en que se presenta.

—Así está luego por las mañanas —dijo Ayuso—, que no hay quien lo haga moverse.

—Dímelo a mí.

—Ya le ajustaré yo las cuentas.

—¿Tú?

—Ése se ha creído que a mí me la va a dar.

Ayuso olisqueaba el último barril rociado. Consuelo se acercó a recoger la jarra, y la metió debajo del mostrador, entre unas garrafas sin funda.

—Ya terminaste, ¿no? —dijo al levantarse, las manos en las rodillas.

—¿De qué? —dijo Ayuso.

—Del enjuague.

—Sí.

—Mira que la horita.

—La que me parece.

Ayuso volvió a poner el tapón de corcho, encajándolo por el procedimiento del puño. Luego se secó las manos en un trapo que colgaba del panderete.

—Pues esas salidas se van a acabar —dijo—. Ya está ese niño levantando mucho el vuelo, me va a oír.

—Eso tú eres el que tienes que decírselo.

—Me va a oír, porque de la castaña que le doy...

—Y además, por lo que yo me huelo, salió al padre.

—¿Eh?

—Que ve unas faldas y no da pie con bola.

—¿Y eso a qué viene? —dijo Ayuso volviendo la cara.

—No, es que Lola me dijo que andaba con una furcia que vive en su casa.

—Hombre, me apuesto algo a que sé quién es. La Matilde, seguro, una niñata que se las traga dobladas.

—¿Y tú de qué sabes tanto?

—Ésa era un asunto de don Gabriel Varela.

—Vaya... Y el niño recogiendo lo que cae.

—Bueno, lo que te digo, que se acabaron las salidas.

Se filtraba una luz azulenca por encima de la puerta de la calle, entre el vacío rectángulo superior del marco.

—Yo me voy a la cama —dijo Consuelo.

—Eso.

—¿Y tú?

—No sé si llamar al niño.

—¿Ahora?

—Es que me está quemando la sangre —ladeaba la cabeza—, cuando yo me levanto, el señorito viene a dormir, después que ha hecho su noche, claro.

—Y otra cosa, ¿de dónde saca el dinero?

—Yo qué sé. Lo dicho, que se acabaron las salidas.

—A ver si es verdad.

Consuelo se metió en la trastienda y torció para el dormitorio. Al otro lado quedaba la habitación de su hijo. Consuelo se arrodilló en la cama y se fue echando por partes sobre el colchón. Ayuso entró detrás de ella.

—Que luego voy a salir a tomarme un café en la esquina.

—Pero ¿no hay hecho ahí? —preguntó Consuelo.



—No sé, me lo voy a tomar en la esquina.

—Qué ganas.

Ayuso se volvió a la tienda. Apretó el grifo, que goteaba sobre la mugrienta plancha de cinc, levantó la trampilla del mostrador y se acercó a la puerta de la calle. Ayuso vacilaba como una yegua de vientre a la que le han echado encima demasiado peso. Descolgó la barra transversal del cierre, hizo girar la llave, que estaba colocada en su agujero, y abrió una hoja de la puerta. Se metió en la habitación la primera cernida luz de la mañana, rastreando por los ladrillos y empolvando de una densa vaharada de lluvia el aire espeso de la tienda. Ayuso miró para la calle, que estaba vacía y humedecida por un cálido barrunto a tormenta. Dejó la puerta entornada y se volvió al mostrador, sujetando la trampilla mientras hacía pasar el cuerpo. La trampilla golpeó contra el panderete y Ayuso la dejó allí apoyada. Apagó la luz y se pasó a la otra parte de la tienda, la del despacho de ultramarinos, encendiendo la bombilla que pendía del techo. Repasaba con la vista las latas de conservas, los paquetes de fideos, los cartuchos de pan rallado. Debajo del cuarteado anaquel se abrían las casillas de la harina, del azúcar, de la sal gorda. Contra la pared, en un soporte de aspas, el bocoy del vinagre y, a su lado, sobre la tabla del mostrador, la pequeña bomba de aceite, con su pringoso depósito de cristal, el eje del émbolo como tomado de una costra de brea. La media barrica de las sardinas arenques quedaba de la otra parte, apoyada contra el panderete de separación, debajo de las tumefactas cuelgas de chacinas, que casi llegaban a confundirse con la negra tira de goma de las moscas. Ayuso contaba las latas de bonito apiladas sobre el estante, una lata menos por cada piso.

—Cuatro y tres, siete, siete y dos, nueve... —iba contando a media voz.

Ayuso cortó un pedazo de papel de estraza y sacó un cabo de lápiz del bolsillo del pantalón. Apuntaba las existencias. Cuando las latas se van vendiendo, es lo que pasa, que hay que hacer un nuevo pedido. Las latas de conservas no se pueden hinchar, como el contenido de un tonel de mosto, estirándole el tope con agua. Ayuso, después de un complicado balance, calculó que iba a tener que desembolsar a fin de mes como unas seiscientas cincuenta pesetas. No había otro remedio. La cuestión de los comestibles tiene su lado malo, cosa que no ocurría con el vinagrón. Había que renovar las existencias, ir tapando los huecos a medida que se presentaban. Ayuso pensó que tardaría dos meses en duplicar el importe de la inversión. De todas formas, tampoco tenía quejas de la marcha del negocio. Un mes con otro, le sacaba sus buenas cuatro mil pesetas libres, que siempre eran una ayuda. Ayuso terminó con sus apuntes, se guardó el trozo de papel en el bolsillo y metió el lápiz en el cajón de los cuartos, entre las hojas de una libreta escolar. Luego apagó la luz y se fue para la trastienda. Forcejeaba con la puertecilla del corralón, intentando abrirla. Se oyó gruñir a Consuelo en el cuarto de al lado. Ayuso se acercó a la emporcada caseta del

retrete. Ya era de día. Después entró en el dormitorio y descolgó su chaqueta. Consuelo estaba desparramada boca arriba sobre el camastro, una monstruosa pierna al aire, las sábanas reliadas en los pies, descubriendo la tela zurcida del colchón.

—Ahora vengo —dijo Ayuso.

Consuelo se dio la vuelta sin contestar. Ayuso atravesó la tienda, mientras se ponía la chaquetilla de mil rayas, y salió a la calle. Cerró la puerta golpeándola sin ningún miramiento y haciendo girar dos veces la inmensa llave herrumbrosa. Debían de ser como las seis y media. Seguramente ya estaría abierto el café de la esquina y, si no, el de la Perla, que se ponía a funcionar con el alba, aprovechando los estertores de las juergas. Cruzaban por la acera de enfrente unos hombres, silenciosos y con prisas, los canastos del almuerzo en la mano. Ayuso tiró para la izquierda, hasta llegar a la esquina de la calle. La mañana se presentaba con una mansa y rosácea pesadez, deslizándose por las blancas paredes como un tobogán ensabanado de musgo. El café de la esquina estaba abierto. Ayuso no tuvo que alargarse hasta el de la Perla, que quedaba bastante más arriba. En el angosto local había poca gente: tres hombres apoyados en la barra y una pareja sentada al fondo, desayunándose sin perder puntada con churros y café con leche.

—Buenos días.

—Pues ya está aquí la tormenta —decía uno de los hombres, la boina debajo del brazo; en el suelo, sosteniéndolo entre los pies, un capacho cubierto con una servilleta.

—Mañana —contestaba otro, interrumpiendo sus sorbetones de café, sin levantar la cabeza.

—¿Mañana? Antes de la tarde, ya verás.

—No creo, ha refrescado.

—Bueno, lo que te decía, que entonces fue Grajales y le dijo: ¿a mí con ésas?, tú te has equivocado de número, y el otro, como si le hubiesen mentado a la madre, fíjate, saltó y le metió un viaje a Grajales en semejante sitio. ¿Y tú crees que hizo algo?, pues nada, como si no fuera con él.

—¿Y qué esperabas tú que hiciera ese chivato?

El camarero le sirvió a Ayuso una copa de aguardiente y un vaso de café sin que los hubiera pedido. Se conoce que ya sabía sus costumbres. Ayuso se bebió la copa de un trago, como si fuera agua; luego vertió las escurriduras sobre el café.

—No, claro, un gallina —dijo el hombre del capacho—. Y además, bien empleado, se lo merecía, ¿miento?, a un hombre que le dan en la jeta, lo menos que hay que pedirle es que se porte, o sea, que no se quede así como un pasmado, sin demostrar que los tiene en su sitio.

—Me acuerdo de otro caso por el estilo y Grajales lo mismo, un maricón, ése es el nombre. Por cinco duros vende a quien sea, no se para a distinguir.

Ayuso miraba para la pareja que estaba sentada al fondo. La muchacha era casi una niña. Llevaba el pelo suelto y la boca mal pintada por fuera de los labios. Comía con una ansiosa torpeza; mojaba los churros en el vaso y se le escurría el café con leche por la barbilla. Su acompañante podía ser como diez años mayor y ahora estaba fumando sin hacerle caso a la muchacha. Tenía traza de peón de albañil. Ayuso pensó que se habrían acabado de levantar. Los dos hombres de la barra seguían dándole a la lengua. El tercero permanecía distanciado, vuelto de espaldas al mostrador, como haciendo tiempo. Alguien entró en el café y se puso al lado de Ayuso. Ayuso se separaba para mirarlo.

—Hombre —saludó—, ¿te has caído de la cama?

Lucas le pidió al camarero un café doble antes de contestar. Llevaba una bolsa de lona al hombro.

—Ya ves —contestó—, al campo.

—¿Al campo? —dijo Ayuso.

—¿Qué pasa? —dijo Lucas—. ¿Te parece raro?

—No, nada, es que como andabas ahí con no sé qué líos.

—Don Miguel, que nos buscó un hueco en lo de don Pedro Montaña.

—Pues enhorabuena.

—Vamos a ver, falta hacía.

Ayuso se había guardado en la chaqueta el paquetito del azúcar. Abrió una cajita de tapa corrediza y echó en el vaso una pastilla. La diabetes ya le había dado más de un susto y, con la vejez, le había cogido miedo. El azúcar no lo probaba, como no fuese el que tenía dentro el mosto.

—¿Has visto últimamente a Joaquín? —preguntó.

—Ahora voy por él —dijo Lucas.

—¿Y eso?

—Nos vamos los dos a Valdecañizo.

—Pues me alegro de verdad, créeme —se refregaba el dedo meñique por el lagrimal—. Precisamente yo había pensado darle un toque a don Andrés a ver si lo metía en alguna parte. Ese muchacho va de mal en peor.

—Desde luego.

—Y tú sabes que es oro de ley, lo que se dice una buena persona, se le aprecia de verdad.

—Sí.

—Las faenas que le han hecho, que se cuentan y no acaban, tú sabes por dónde voy.

El camarero le trajo a Lucas su café doble. La pareja se había levantado y el muchacho se acercó al mostrador a pagar, mientras su amiga lo esperaba en la puerta, un bolsito de plástico rosa entre las manos. Lucas removía su café. Cuando la pareja

salió, los dos hombres que estaban charlando en la barra se asomaron a la calle.

—Una paloma.

—Con plomo dentro.

Lucas se bebió su café y puso sobre el mostrador el duro que se había reservado para imprevistos. Se acomodaba la bolsa de lona en la espalda.

—Me voy —dijo.

—¿Ya?

—Tengo que ir por Joaquín, el camión sale a las siete y media.

—Hay tiempo, hombre —dijo Ayuso—. Dio la nota, ¿eh?

—¿Quién?

—Joaquín, en lo de Manuel Contreras.

—No, qué va, le hizo daño en el estómago...

Lucas recogió las dos cincuenta que le devolvía el camarero.

—¿Tú estabas con él? —preguntó Ayuso.

—Sí.

—¿Y qué pasó? Ya me he enterado que hubo bronca.

—Nada, que le hizo daño algo que se tomó —Lucas se impacientaba—. Si no nos bebimos ni media botella.

—Bueno, hombre, a ver si os arregláis ahora y os dejáis de tangos.

—A ver.

—Suerte.

—Adiós.

Cuando Lucas salía entraban dos arrumbadores. Ayuso se acercó a la puerta y miraba para lo alto, las manos cogidas por detrás. El cielo estaba brumoso y corría un vientecillo fresco y como aromado de yerba mojada. Ayuso volvió la cabeza y se dirigió al camarero sin acercarse, levantando un dedo.

—Apunta.

—Café y aguardiente, ¿no?

—Sí.

—Hasta luego.

Ayuso salió a la calle y desanduvo a paso lento el camino hasta su casa. Vio de lejos a su mujer, barriendo la acera por delante de la tienda, y se acordó de Lola, de cuando fue el día anterior a pedir fiado un kilo de habichuelas y Consuelo se lo negó. Sentía una especie de repugnancia por algo impreciso que le martilleaba por dentro, sin una concreta relación con nada. Pensó en la comida que le iba a dar don Andrés el domingo a los pobres, y en las trasnochadas de su hijo con la Matilde, y en el representante de las latas de conservas, y en los asquerosos pregones de su mujer. No comprendía por qué lo impacientaba ahora todo aquello, olvidado de tan sabido, y que era parte de su propia miseria desde hacía más de veinte años. Por el fondo de la

calle se acercaba a todo meter un motocarro de tosco y desencajado armazón. El estruendo se metía por los oídos como una perforadora. La conciencia de esponja de Ayuso luchaba con su letárgica y nada frecuente disposición para echarle una mano a un amigo. Tratándose de Joaquín, Ayuso sufría sin darse cuenta cada vez que su instinto de avaro le había dado una nueva larga a sus deseos de ayudarlo un poco, aunque fuese fiándole un kilo de habichuelas. Por el bordillo de la acera se iba ennegreciendo el blanco ribete de las florecillas que caían de las acacias. Ayuso llegó al Espolique y entró sin saludar a Consuelo.

—Se complicó la cosa.

—Y tanto.

—¿Nos tomamos la espuela?

—No, ya está bien, me rajo.

En la Perla había movimiento desde un poco antes del amanecer. El negocio rendía más durante las primeras horas de la mañana que en todo el resto del día. Los que no se habían acostado desayunaban al mismo tiempo que los madrugadores, unos con aguardiente y otros con café. En la barra, por la parte perpendicular a la calle, un muchacho joven, de largo pelo ensortijado y descarada actitud, hablaba con otro de la misma pinta. El muchacho se echaba para atrás indolentemente, las dos manos por dentro del peto del mono azul mahón.

—Ahí los tienes —dijo meneando la cabeza.

—¿El qué? —preguntó el otro.

—Los señores, su copita antes de entrar en el tajo.

—Si sus medios se lo permiten... —soltó una estruendosa y extemporánea carcajada.

—¿Les sacamos el sobrante? —preguntó el del mono azul mahón.

—¿A ésos?

—Sí, la verdad es que tampoco son de los que se ponen a tiro.

Por detrás, en una mesa pegada a la pared, se despejaban del trajín de la noche con unas copas de anís don Gabriel Varela y don Felipe Gamero.

—Se complicó la cosa.

—Que era lo previsto.

—No, de verdad —dijo don Gabriel—, yo hoy pensaba echar un rato en la Damajuana y acostarme a una hora prudente.

—Las siete y pico, ¿más prudente?

—Venga, tómame otra copita.

—No, ya eché el cierre.

—Bueno, lo dejamos.

A don Gabriel no se le veían los ojos: toda la cara era una misma masa amoratada y como teñida de pimentón. Las bolsas de debajo de los párpados se le confundían con la parte de arriba de la nariz. Don Felipe estaba un poco menos derrumbado. A veces, la palidez, como el buen color, engañan.

—Va a llover —dijo don Felipe.

—Lo veo venir, no me hables.

—Bueno, todavía no has empezado en Monterrodilla, ¿no?

—Sí, pero un atraso ahora me hace un pie agua, imagínate.

Don Felipe estornudó sin que le diera tiempo a sacar el pañuelo. Se tapaba la boca con la mano.

—Habrás que irse —dijo—. Ya esto está dando las boqueadas.

—Espérate que me aclare un poco —dijo don Gabriel—, estoy muerto.

El muchacho del mono azul mahón se tomaba un vasito de cazalla. Había estado mirando todo el tiempo para la mesa donde estaban sentados don Gabriel y don Felipe. Ahora se volvió de espaldas, girando con una pausada impertinencia.

—Y Marcelo, ¿qué hizo? —preguntó.

—No sé —contestó el otro—. Creo que se quedó con Matilde.

—Ésa se la está dando.

—Y de qué manera...

—¿No estaba en lo de la Jeroma?

—Sí, si fuimos juntos. Pero en cuanto vio un hueco, se largó con la niña.

—Hablando de Roma —torcía la cabeza—. Ahí está el que le dio el repaso.

—¿Quién?

—Don Gabriel Varela, ¿Quién va a ser?

—La compañía tampoco se queda corta.

—Primero la madre y luego la hija, un lote bien administrado, el subsidio familiar.

En la barra no había ningún puesto libre, los que llegaban se iban quedando en segunda fila. Don Gabriel se pasaba una mano por la cara, como espantándose el brumoso envite del cansancio. El muchacho del mono azul mahón se acercó más a su amigo.

—Bueno, qué, ¿damos una cabezadita? —dijo entre bostezos.

—Yo no, hasta la tarde no me pongo horizontal.

—Suerte. No tengo más remedio que ir al mediodía a ver si coloco la brocha.

—Yo ya saqué para la semana —ponía cara de indulgencia—, y eso que no exigí.

Se espesaba el moscardoneo de las voces. Hacia el fondo había un par de mesas sin ocupar. Don Gabriel miraba a uno y otro lado con un sombrío gesto de ahogo.

—¿Y qué hubo de lo de Perico Montaña? —dijo don Felipe—. Te lo quería preguntar.

—¿De qué?

—Del lío ese que me explicaste.

—Ah, la cabronada de los cortadores, ¿no?

—Sí.

—Nada, que me la jugó con todas las de la ley.

—Se necesitan ganas de camorra.

—Pues le voy a dar gusto.

—Entre el *tontaja* ese y mi sobrino Miguelito...

—Que también se las trae.

Don Felipe se refregaba la nariz con el pañuelo.

—Cuéntamelo a mí —dijo—, lo que he tenido que bregar. Yo ya lo mandé a hacer puñetas hace tiempo.

—Se veía venir, claro.

—Me tenía hasta los mismísimos. Y eso que tú no sabes ni la mitad de la segunda parte.

—Los dos se creen que son mírame y no me toques. Pues tú veras, tiempo al tiempo.

—A mi sobrino le salió el tiro por la culata.

—El otro día lo vi con mi hijo Rafael —hizo una pausa—. No me cabe en la cabeza.

El amigo del muchacho del mono azul mahón se escarmenaba el pelo con un peine desdentado, ahuecándose, y agachándose para verse en el espejo que servía de fondo a las botellas. Don Gabriel cada vez hablaba con mayor dificultad. Había que levantar la voz para entenderse. Ahora entraba un grupo de nuevos parroquianos. El muchacho del mono azul mahón se sacó un papel del bolsillo. El amigo lo cogió y le echó un vistazo.

—Ah, sí —dijo.

—¿De acuerdo?

—Sí.

A don Gabriel le había dado parlanchina.

—No te conté que Cobeña se pegó a una que organizaron en Valdecañizo, a ver si sacaba algo de lo de la cuadrilla.

—¿Y qué? —dijo don Felipe.

—Nada, ya te lo puedes figurar, borrachera que te crió.

—Eso estaba dentro del programa, adoración nocturna.

—Cobeña dice que le metió el diente al capataz, un tanteo, pero que estaba sin vista y no cogía hebra, vete tú a saber. Total, que no le sacó del cuerpo ni media palabra.

Don Felipe hablaba con el pecho pegado a la tabla de la mesa.

—Es que ese secretario que te buscaste también es como para un apuro.

—No, no creas. Cobeña, según para qué cosas, tiene su ojo.

—Conoce el ganado.

—Eso fijo —se buscaba con el dedo gordo por dentro de la nariz—. Pero es que además, cuando las cosas estaban más peliagudas, a mí me hizo un servicio que no fue manco. Con lo del trigo, ya tú sabes.

—Sí, eso también es verdad.

Alguien había hecho estallar un paquete, echándole aire con la boca y



golpeándolo contra la tabla del mostrador.

—¡Fuego! —gritó el muchacho del mono azul mahón.

El camarero ponía cara de autoridad. No era el que estaba allí la tarde anterior, cuando entraron a tomar café Miguel y Lucas; era otro más viejo y bastante más activo.

—Usted, que despierta al vecindario —dijo.

—Si era la diana —dijo el amigo del muchacho del mono azul mahón.

El camarero colocó unas tazas y unas copas encima de la bandeja. Por fuera de la barra, esperaba el que servía en las mesas contando las fichas del importe.

—El bicarbonato —pidió.

—¿Hace o no hace? —le decía un hombre con facha de conserje a una mujer que había llegado hacía poco.

—Olvídame, muñeco.

El hombre llevaba gafas de motorista. Se oyó un estruendo de cristales, como de vasos rotos. El muchacho del mono azul mahón intentaba pegarse a un grupo de gente ruidosa y bien vestida, que estaba dándole duro a la cazalla.

—Nosotros nos conocemos —le sondeaba al que parecía llevar la voz cantante—. En alguna parte nos hemos visto.

—Perdone, no recuerdo.

—¿Usted no es amigo del Cuba?

—Yo no, gracias.

—Pues en alguna parte nos hemos visto.

—Bueno, tómese una copita para celebrar el encuentro.

—Estoy ahí con un amigo.

—Que se agregue, un día es un día.

—¡Anselmo!

El amigo del muchacho del mono azul mahón se acercó a los que invitaban. Don Gabriel se había levantado para poderse meter la mano en el bolsillo del pantalón y sacar el dinero. Uno de los del grupo que estaba bebiendo cazalla se arrancó de pronto a cantar, un brazo en el hombro de su compañero, pegando un desafinado y agrio quejido. Don Felipe se adelantó a don Gabriel y pagó la cuenta. El camarero que estaba por detrás de la barra se encaró con el del jipío.

—¿No ha leído usted el cartelito? —preguntó.

—¿Qué cartelito? Yo no leo ni el periódico.

—Lo dice claramente, ¿no?

El camarero señalaba por encima del quicio de una puertecilla baja, donde estaba colgado un letrero con marco marrón.

—¿Y usted cree que eso está bien escrito? —dijo el cantante.

—Eso es una orden de la policía —dijo el camarero—, para que se vaya

enterando.

—¿De la qué? A mí no me prohíbe cantar ni el obispo.

—En su casa; en la mía se lo prohíbe un servidor y si no, ya sabe, la puerta está abierta.

Se apelonaban los clientes.

—Oiga, un café solo, y van tres veces que se lo pido.

—Se prohíbe fumar.

—¿Y en el urinario? ¿Se puede cantar en el urinario?

—Yo pago para hacer lo que me dé la gana —remachó el que se había lanzado al cante—. Éste es un sitio público.

—Lo será —dijo el camarero—. Pero aquí no se alborota, y no hay más que discutir.

—Ya ni cantar, terminantemente prohibido —dijo el que había introducido en el grupo al muchacho del mono azul mahón—. El código de los mierdas.

Cuando don Gabriel y don Felipe salían, ya se había organizado un abigarrado tumulto en la Perla. Pero eso era lo habitual y rara vez llegaba a mayores.

—Eso lo será usted.

—¿Me da el café o no?

—Venga, vámonos a un sitio decente, que esto huele a cuarto bandera.

—Si doy parte al cuartelillo, se va a acordar.

El sol horadaba con un algodonoso estilete de destellos el entoldado cielo de la mañana. Don Felipe y don Gabriel le dieron la vuelta al chaflán y se metieron en el coche, que habían dejado arrimado a un paredón de la calle lateral. Don Felipe se puso al volante.

—¿Adónde vamos?

—A casa, ¿no?

A don Gabriel le caía un hilillo de baba sobre la camisa. Cuando ya se han rebasado los cincuenta y cinco años, las trasnochadas no suelen caerle bien al control de la saliva. Cabeceaba a uno y otro lado, por tiempos, igual que un oso. Don Felipe estaba pálido como un muerto, pero se mantenía un poco mejor que don Gabriel, a pesar de que por ahí se andaban en edad. El coche atravesó la Rinconera, cruzó una plaza de terrizo y luego se desvió hacia la izquierda un largo trecho. Don Felipe frenó con una torpe violencia frente al portal de la casa de don Gabriel. Don Gabriel se espabiló con el encontronazo y manipulaba con la puerta sin conseguir abrirla. Don Felipe levantó el botoncito del seguro y don Gabriel se bajó, sacando trabajosamente las piernas de dentro del coche. Dio un traspie al subir el escalón de la acera.

—Uff, hasta luego.

—Que descanses.

Don Gabriel atravesó el zaguán y se metió en el patio. La cancela de hierro estaba

abierta. Una muchacha fregaba el suelo de los porches y se volvió a mirar a don Gabriel mientras mojaba el cepillo en el verdoso balde de plástico. El toldo estaba descorrido y en el patio se agolpaba una claridad más intensa y lechosa que la que se diluía por la calle. Don Gabriel subió las escaleras agarrándose al pasamano con una indolente pesadez. Mateo estaba sentado en una banqueta forrada de damasco, ojeando un periódico, unas correas de estribo dobladas sobre la rodilla. Se levantó apresuradamente.

—Buenos días —dijo.

—¿Y ese madrugón? —preguntó don Gabriel.

—Como cada día.

Mateo seguía la marcha de don Gabriel, casi rozándolo por detrás. Don Gabriel no se había detenido y doblaba ahora la esquina de la galería, procurando mantener el equilibrio sin salirse de la moqueta central. Mateo parecía imitarlo.

—¿Me va a necesitar esta mañana? —preguntó.

—No, pero no te muevas de aquí.

—Iba a ir donde el herrero.

Don Gabriel no le contestó. Su hijo salía en aquel momento de una puerta del fondo de la galería. Don Gabriel se afanaba por corregir su descompuesto ademán. Su hijo fingió no haberlo visto y se iba hacia la parte contraria del corredor, como para no encontrárselo.

—¡Rafael!

Rafael se volvió con desgana y se acercó lentamente hasta donde estaba su padre. Rafael tenía siempre la misma circunspecta y deportiva actitud del que sabe lo que quiere. Llevaba una carpeta de cartulina azul en una mano, con la otra se ajustaba las gafas en la nariz.

—Buenos días, ¿no? —dijo don Gabriel.

—Buenos días.

—Estudiando duro, ¿a que sí?

—Vaya.

—Eso está bien.

Rafael estiraba del cordón de goma de la carpeta. No miraba de frente a su padre.

—Eso está pero que muy bien —repitió don Gabriel.

—Me examino el veinticuatro.

Don Gabriel dio unos pasos para situarse de espaldas a la luz. Su hijo intentaba alejarse otra vez.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Y la niña?

—No sé, no la he visto.

—A ésa no le gusta madrugar como a ti.

—Es temprano.

—Las ocho y diez —dijo Mateo, que permanecía a la expectativa.

Don Gabriel no le hizo caso.

—Pues ahora vengo yo de Monterrodilla, hay trabajo para parar un tren —se subía los pantalones—. Y como no se esté al pie del cañón...

—Bueno, voy a ver si desayuno —dijo Rafael.

—Come mucho, que el estudio desgasta el fósforo.

Rafael no le contestó a su padre. Don Gabriel lo veía atravesar el corredor, como haciendo alarde de la seguridad de sus pasos. Le dieron ganas de llamarlo otra vez, pero se encogió de hombros y se fue para la puerta de su cuarto, que quedaba detrás de donde estaba Mateo.

—Entonces ¿me va a necesitar? —volvió a preguntar Mateo.

—¿Eh?

—Que si llevo a herrar a la torda.

—Vete donde te parezca, y no marees.

Don Gabriel abrió la puerta y se deslizó en su habitación sin hacer ruido. Su mujer dormía sosegadamente, tapada hasta medio cuerpo con la sábana. Don Gabriel empezó a desnudarse. La habitación estaba casi a oscuras, pero se entraba por entre las cortinas del balcón un fugaz rebrillo que hacía resaltar los muebles en la sombra. Don Gabriel tropezó con un taburete. Notó que su mujer se había despertado y que intentaba mirar entre la penumbra.

—¿Qué hora es?

—Tarde —contestó don Gabriel.

—Qué barbaridad.

—Tuve que irme otra vez para Monterrodilla.

La mujer de don Gabriel encendió la luz de los apliques de encima de la cama. A cada lado, cinco velas de cristal con unos colgantes en forma de goterones. La mujer de don Gabriel se levantó y se puso una bata de seda acolchada. Era delgada y de regular estatura, con el pelo teñido de un pálido tono azulenco.

—¿Ya te levantas? —preguntó don Gabriel.

—Para no verte.

—Primero el niño y ahora tú, estamos listos.

—¿Qué pasa con el niño?

—Nada, que a ése le voy a arreglar yo sus insolencias.

—El quinario que estoy pasando.

—Déjate de sermones, ¿eh?

Don Gabriel se quitaba los zapatos con un esforzado jadeo, sentado en una butaquita al lado de la consola y abriendo las piernas para poder colocar la barriga.

Su mujer entró en el cuarto de baño, abriendo la puerta disimulada en el zócalo. Se oía silbar desde la calle y toda la mañana sonaba como si fuese a llover. Don Gabriel se ponía el pijama cuando su mujer volvió a aparecer y salía de la habitación sin decir nada. Don Gabriel tenía la lengua como hinchada por el regusto pastoso del anís, le sabía agria la boca. Se dejó caer pesadamente encima de la cama deshecha. A los cinco minutos escasos, Mateo lo oyó roncar desde la galería.

Se paró al lado de la pared para encender el faria. El primer fósforo se le apagó y, con el segundo, el puro no acababa de tirar por más que chupaba. Sacó un palillo de dientes del bolsillo de arriba de la chaqueta y se lo clavó al faria por la parte puntiaguda, empujándolo para adentro con la uña del dedo meñique. La uña del dedo meñique de Cobeña era un prodigio de conservación. Gorda y amarilla, con una longitud aproximadamente igual a la mitad del dedo, hacía las veces de herramienta indispensable para los más variados usos. El faria prendió a la tercera intentona y Cobeña siguió andando. Se había puesto negro el fondo del cielo por la parte del sur, que era la mala en setiembre. Cobeña atravesó la calle, una mano en la cinta de los tirantes, alargando el elástico hacia abajo. Miraba para un escaparate de maquinaria agrícola cuando le metieron un dedo por el costado.

—¿Cómo va esa vida?

Cobeña volvió la cara y se arrepintió de haber cogido por donde iba. El Cuba no era santo de su devoción y siempre prefería no encontrárselo. Le tenía un poco de miedo a su competencia en las chapuzas y a su ventaja con la boca.

—*Tirandillo...*

—¿Se descansó? —preguntó el Cuba.

—¿De qué?

—De la racha.

A Cobeña se le ofuscaban las entendederas más de lo normal hablando con el Cuba. Nunca sabía si le estaba tomando el pelo o si es que no llegaba a coger la hebra de lo que decía. Cobeña tenía ganas de despedirse.

—Sí —titubeó—. Bueno, me alegro de verlo.

—Pare usted la jaca, compadre.

—¿Diga?

—¿Y don Gabriel?

—Bien, por ahí.

—Pues abra usted los ojos, que le están pisando el terreno.

—¿Cómo dice?

—Que no se duerma, que se la van a jugar.

—¿A mí?

—A usted.

—Me extraña.

El Cuba se acercó más a Cobeña, cogiéndolo de un brazo y llevandoselo hacia la pared, fuera del paso de la gente.

—¿Hablamos de negocios? —preguntó.

—Usted dirá —dijo Cobeña.

—¿Cuánto podemos repartirnos si arreo otra vez para Monterrodilla al personal que se birló don Pedro Montaña?

—No entiendo.

—Pues más claro...

—¿Y eso cómo va a ser? No entiendo.

—Usted dígame lo que podría caer por el servicio.

—Ni idea.

—Pero ¿hace?

El Cuba arrinconaba más a Cobeña contra la pared.

—Es que no veo claro de lo que se trata.

—Pero, hombre, ¿usted no comprende que a don Gabriel le va a gustar más que el pan frito darle en la cara a Montaña?

—Me imagino.

—Pues eso.

Cobeña no miraba al Cuba de frente. Seguía dándole de sí a la goma de los tirantes.

—Sí —tartajeó—, si me hago cargo de la parte que a usted le toca, lo que no veo es qué pinto yo ahí.

—Espere que le diga —explicó el Cuba—. Verá, yo no aparezco para nada, ¿estamos?

—Estamos.

—Como si la cosa la estuviese usted trajinando por su cuenta.

Cobeña seguía sin entender.

—Don Gabriel, mayormente, no está así como para hacer tratos con don Pedro.

—Pero ¿no me está usted oyendo? El trato lo hace usted directamente, a través de un tercera persona, que soy yo y que ni mentarme para nada, porque entonces el asunto se iba a volver del revés.

—Sí, claro.

—Don Gabriel lo que paga aquí, aparte de que le hace falta la gente es el hecho de devolverle la cabronada a don Pedro, ¿me explico?

—¿Y cómo va a responder?

—¿Quién?

—Don Pedro.

—Eso es cosa mía —el Cuba se impacientaba—. Usted lo que tiene que hacer es sonsacarle a su don Gabriel lo que estaría dispuesto a soltar por la operación, eso es todo. De lo demás me encargo yo.

—Yo veré, mañana le digo cosas.

—De acuerdo. Y a no irse de la lengua.

—Hasta mañana.

Cobeña se quedó parado viendo alejarse al Cuba. Cobeña no sabía qué pensar de su propuesta. En principio no le parecía que la cosa fuese como para desecharla sin más, pero no veía muy claro el trapicheo. El Cuba lucía un elegante traje claro de verano y una altiva desenvoltura, como de llevar llena la cartera. El Cuba era amigo de don Pedro. Claro que el Cuba se la jugaba a su padre si se pusiese a tiro. Cobeña siguió andando por la parte de dentro de la acera, casi rozando las paredes. Le gustaba mirar los escaparates: un reluciente lavabo de porcelana verde, un maniquí con cara de mimbre, un candelabro, un equipo de pesca submarina, un juego de bandejas repujadas, un reloj. Cobeña se veía reflejado en los cristales. Una máquina de coser, una pierna ortopédica. El Cuba tenía buena facha y los trajes le caían bien al cuerpo. Cobeña, de joven, no era mucho más delgado que ahora y todo le sentaba mal, hasta la gorra. Antes de traspasarle el Espolique a Marcelo Ayuso, intentó rebajar carnes, disminuyendo las ya escasas dosis de garbanzos, pero no hubo forma: un vaso de vino lo engordaba como si fuese grasa. Cobeña desvió los ojos del cristal del escaparate. «Dr. Francisco P. Vaquero. Especialista en dentaduras parciales sin ganchos de metal. Extracciones sin ningún dolor o fastidio que da la extracción.» Torció a la derecha y luego a la derecha otra vez. Anduvo un buen trecho antes de meterse en un portal. Del portal salía un cálido y húmedo chorro de aire. Se acordó de cuando fue a avisar a Joaquín el día anterior. Si se lo encontraba, no iba a saber qué decirle. Cobeña se acostó relativamente pronto, cuando salieron de la Damajuana. Don Gabriel y don Felipe se habían ido a terminar la noche por su cuenta. En el patio, cuatro mujeres hacían cola al lado del grifo. Una niña, sentada en el suelo, rellenaba de tierra algo que debía de haber sido una muñeca de trapo. Cobeña se acercó a una puerta de la derecha, por la parte de la entrada. La puerta estaba abierta, pero la cubría una cortinilla de tela de colchón.

—A los buenos días —dijo Cobeña.

Apareció un muchacho en camiseta y con unos andrajosos pantalones azules de deporte hasta las rodillas.

—¿Quería algo? —preguntó.

—Matilde Escobar, me hace el favor.

—Esa puerta.

El muchacho volvió a echar la cortina, casi metiéndosela a Cobeña por la cara. Cobeña supuso que el muchacho le había indicado la puerta de más arriba, que estaba igual que la anterior: abierta y con un pedazo de colcha lila tapando el hueco. Cobeña se inclinaba.

—Buenas —llamó.

Una vieja asomó la cabeza por el espacio que quedaba entre la cortinilla y el quicio.

—Diga...



—Perdone, ¿vive aquí Matilde?

—Sí, ¿qué se le ofrece?

—¿Está ella?

—¿La madre o la hija?

—La madre.

—Espere un momentito.

La vieja retiró la cabeza dando un suspiro. Cobeña miraba para la puerta de Joaquín, que quedaba al fondo, bajo el desguazado alero de la galería alta. Una de las dos mujeres que hacía turno junto al grifo hablaba con otra señalando a Cobeña. La vieja volvió a aparecer.

—Que de parte de quién —preguntó con voz temblona.

—De parte de don Gabriel Varela, una razón que tenía que darle.

—Pase usted.

Cobeña entró en el cuarto, que era interior y apenas si se distinguían los contornos. En la pared del frente un marco se abría a una segunda habitación, también sin ventanas.

—Pase —repitió la vieja.

—Con permiso.

—Espere usted y le enciendo.

Cobeña miraba a uno y otro lado intentando acostumbrarse a la penumbra. Se encendió la luz y entró en un cuarto diminuto y cuadrado como un cajón. Una mujer medio vestida y con las ropas y los pelos en desorden se incorporó cansadamente de la revuelta suciedad de un catre. Se sostenía la sábana por encima de los pechos.

—Buenos días, perdone —dijo Cobeña.

—Buenas.

—Perdone la molestia, no sabía que estuviese acostada.

—Nada, siéntese.

—Un minuto, sólo venía a darle un recado de parte de don Gabriel Varela.

La mujer miró para la vieja, que se había quedado a la entrada del cuarto, las manos cruzadas por delante.

—Abuela, ¿por qué no va usted por el aceite?

—Ya, ya me voy —refunfuñó la vieja—. A lo que hemos llegado.

—Venga...

—A una la echan, eso es, no tiene que enterarse de las cosas que pasan.

La vieja salió sin interrumpir la cháchara. Andaba escorada del lado de la pequeña corcova que le irrumpía a media espalda. La mujer se sentó en el catre, apoyando la espalda contra la pared, las manos sobre la barriga.

—La abuela —dijo—, que ya está chocha.

—Los años —comentó evasivamente Cobeña.

—Bueno, ¿decía?

—Que don Gabriel me manda preguntarle que qué pasa con la niña.

La mujer se remetía la sabanilla por debajo de las piernas. Miraba al techo.

—No se figure que estoy en la cama por flojera —dijo—. Hasta las tres trabajando.

—Ya.

—Bueno, a la niña la dejó en la calle, ¿no?

—¿Diga?

—Que le dio con la puerta en las narices, ¿o no es verdad?

—Es que eso era una complicación, usted lo sabe mejor que nadie.

—Sí, ya lo he oído veinte veces, pero ahora es a mí a quien no le da la gana de pasar por el aro.

—En casa de don Gabriel va a estar mejor que en ningún sitio.

—Pero si es que eso es una cosa que no cabe en la cabeza de nadie.

—Pues su sobrina Petra dijo que iba a irse uno de estos días.

Cobeña sintió que algo le estaba estirando de los pantalones por debajo de la silla. Primero un roce y luego una ligera presión hacia atrás. Cobeña prefirió hacerse el distraído.

—¿Y quién es Petra para decidir lo que tiene que hacer la niña? —dijo la mujer—. Vamos, me parece a mí.

—No sé, eso dijo.

—Estaría bueno.

Cobeña dio un respingo. Un bulto cubierto por un saco se arrastraba ahora por delante de sus piernas. La mujer se agachó sobre el catre para mirar. Cobeña se retiraba andando de espaldas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Niño —gritó la mujer—, como te coja otra vez haciendo gracias te pongo el culo como un tomate. Venga, al patio y que no te vuelva a ver por aquí.

El niño se levantó y se quitó el saco de encima con una atropellada seriedad. Salía con gesto compungido. No debía de tener más de cuatro años.

—Pues eso, que no camelo —dijo la mujer.

Cobeña se volvió a sentar, tragando saliva y mirando para el suelo con desconfianza.

—Bueno, usted sabrá lo que hace —dijo—. Aquí le dejo este sobre.

—¿Qué sobre? —preguntó la mujer.

—Tome, ábralo.

Cobeña se había sacado un sobre azul del bolsillo de dentro de la chaqueta y se lo alargaba a la mujer. La mujer se apoyó con una mano en la barra del catre, echándose para adelante. Cogió el sobre y lo ahuecaba, mirando minuciosamente el contenido

sin sacarlo fuera.

—Éstas son palabras mayores —dijo.

—Y tan mayores.

—Bueno, la niña está con su tía desde el miércoles.

—¿Y qué?

—Que vamos a ver si ahora es ella la que no quiere.

—Usted la trabaja.

—No sé.

Se oía rebullir en la habitación de al lado. Cobeña miraba para el suelo. La mujer sacó las piernas de debajo de la sábana y se levantó. Era todavía joven y de cierta desaliñada prestancia, pero andaba como si tuviera sesenta años. Se asomó a la otra habitación.

—¿Ya? —dijo.

La vieja no contestó. Recogió el jarro del palanganero y salió al patio. Lloraba un niño en alguna parte, arrancándose la garganta a cada nuevo berrinche. La mujer se volvía otra vez para Cobeña.

—Hecho.

—Usted se lo manda decir a Petra, ¿le parece?

—Sí, pero que conste que yo no le doy seguridad de nada.

—Bueno, ya ve lo que hay —dijo Cobeña colocándose por detrás de la silla—. Y lo que va a caer.

La mujer miraba para el sobre, que había dejado sobre la cama. Lo recogió y se lo metió por el escote doblándolo en cuatro dobleces. Cobeña era bastante duro de nariz, pero ahora olía a sumidero.

—Por mí no va a quedar —dijo la mujer.

—Eso es ponerse en razón.

—Hágase usted cargo de que como una no escarbe aquí y allí —se golpeaba el vientre con la palma—, no le entra en la barriga ni polvo.

—Bueno, pues me voy.

—Recuerdos.

—Igualmente le digo, buenos días.

Cobeña salió al patio. Al lado de la puerta, la vieja estaba hablando con Lola. Lola pareció sobresaltarse.

—¿Cómo está usted? —preguntó Cobeña.

—Bien, gracias —contestó evasivamente Lola.

—¿Y Joaquín?

—En el campo.

—¿En el campo?

—Sí, ¿le parece raro que una persona trabaje?

—No, es que no lo sabía.

La vieja miraba alternativamente para Lola y para Cobeña, el jarro del palanganero a sus pies.

—Pues sí, señor —dijo—, ganándose su jornal.

—Enhorabuena.

—Y no como otros que yo conozco.

Cobeña intentaba sonreírle a la vieja, que recogió su jarro y se fue para el grifo, con el niño del saco agarrado a su falda.

—Con Dios —dijo Lola.

—¿Y adónde ha ido Joaquín? —preguntó Cobeña.

—A lo de don Pedro Montaña.

—Pero hoy es el primer día, ¿no?

—Sí.

—Vaya, vaya.

Lola se volvía para su puerta. Cobeña dio unos pasos detrás suyo.

—¿Quería usted algo? —preguntó Lola deteniéndose.

—No, que me alegro de lo de Joaquín. Le hacía falta.

El hijo de la Panocha atravesaba la galería de arriba con una garrafa en la mano. Se asomó al barandal.

—¡Julián! —gritó.

Cobeña levantó la cabeza. Lola aprovechó el descuido para meterse en su habitación.

—¿Qué hay? —dijo Cobeña.

El hijo de la Panocha no tardó en aparecer por el marco de la escalera, saltando los últimos peldaños sobre el barandal de cemento.

—¿Salía? —preguntó.

—Sí.

—Lo llevo en la carretilla.

—Mira qué gracioso —se aclaró la garganta—. A ti no te han dicho...

—Era una broma, ¿es que no se le puede gastar una broma?

—No.

—Bueno, ahora sin cachondeo, su amigo el Guita se fue al campo esta mañana, ¿eh? —balanceaba la garrafa—. Quién iba a decirlo.

—Sí, eso me ha contado Lola.

—Había que verlo.

—¿El qué?

—Vino ese muchacho, Lucas, por él, y no se tenía.

—Es que anoche estaba como si le hubiera dado una cosa rara.

Salía ahora de su habitación la madre de Matilde. Miró para Cobeña y le echó una

sonrisa de despedida. Al hijo de la Panocha no se le escapó el detalle.

—Qué, ¿hay asunto? —preguntó.

—A ti te gusta mucho enterarte de lo que hace el prójimo, ¿no?

—Curiosidad.

Cobeña enfiló la puerta de la calle seguido de cerca por el hijo de la Panocha.

—¿Le interesa a usted comprar medio ciento de damajuanas? —preguntó el hijo de la Panocha.

—No —contestó Cobeña.

—Precio tirado, mercancía superior.

—No.

—Pero ¿no quiere ni verlas?

—¿Para qué?

—Hombre, es una oportunidad que no se presenta todos los días, se lo digo yo.

—¿De quién es el material?

—Como si fuera de este cura.

—Vaya garantía.

—Una muestra, mire.

El hijo de la Panocha le metía a Cobeña por la cara la garrafa que llevaba en la mano. Cobeña le tanteó el forro de cañilla.

—Esto está tirando a podrido —dijo.

—¿Tirando a podrido? Usted no ha visto damajuanas.

—Será eso.

Se habían parado un momento en el portal. El hijo de la Panocha se adelantó para colocar la garrafa en la carretilla.

—Usted se lo pierde —dijo.

—Cuatro billetes te doy por todo. Es decir, si el lote está en buenas condiciones.

—Me pone un telegrama.

El hijo de la Panocha empujaba la carretilla, una mano en cada vara. Traqueteaba la llanta de hierro contra las piedras. Cobeña iba a su lado, bordeando torpemente el filo de la acera mal enlosada.

—Bueno, ya hablaremos de eso con más calma.

—Esta tarde van a ir a verlas —aclaró el hijo de la Panocha—. Pida usted número.

Cobeña jadeaba siguiendo la marcha de la carretilla. Anduvieron un trecho en silencio.

—Oye, me han dicho que tu hermana se decide por el baile, ¿no?

—Un *magué* —contestó el hijo de la Panocha, dejando la carretilla en el suelo.

—Hombre, si vale, no veo que eso tenga nada de malo.

—Mientras yo sea quien soy, ésa no baila ni el trompo.

—No lo entiendo, la verdad.

—Un bailecito y una copa y un gachó que está a la expectativa de lo que caiga — se bajaba el párpado con un dedo—. Que no, vamos.

—Eso deja hoy una renta.

El hijo de la Panocha empujaba otra vez la carretilla. No se volvió para contestarle a Cobeña, que seguía otra vez su marcha.

—¿Una renta de qué?

—Cuando una mujer se quiere defender, se defiende ella solita, eso indudable.

—Sí, pero como la cosa no va por ahí.

—¿Eh?

—Que mientras más corto se amarre el ganado, mejor.

Cobeña optó por abandonar la persecución. Todavía era muy temprano para el trote que llevaba.

—Hasta luego —se despidió.

—Que le vaya bien —contestó el hijo de la Panocha sin detenerse—. Y si se decide a echar un parrafito sobre lo de las garrafas, de cuatro a ocho en el almacén.

Cobeña se fue quedando atrás. Sacó del bolsillo la colilla de un faria y la volvió a encender, rascándole primero la ceniza con la uña del dedo meñique. Por allí no había escaparates. Cobeña miraba para el fondo de los portales de las casas: unas macetas de geranios, un pozo con tapadera de tablas, un grupo de niños jugando a las canicas en un patio, una mujer preñada hablando con una vecina de carnes secas, el cobrador de las reproducciones en bromóleo hojeando el taco de recibos. Cruzó una vistosa muchacha con un capacho en la mano. Un chorrillo de agua sucia cayendo de un balcón, una niña mordiendo una cáscara de sandía, un hombre todavía joven agarrado al barrote de una ventana, la chaquetilla colgada de un hombro, la cabeza oscilante. Cobeña lo miraba todo. Le gustaba leer los anuncios, como para asegurarse que no se había olvidado de las letras. La «r» la confundía con la «p», pero casi siempre sabía distinguirlas según el significado de la palabra. Miraba para la cornisa de un garaje. «SERVINAUTO.» Iba torciendo la cabeza. «Reparaciones en general. Pintura al duco. Servicio de grúa. Lubricación especializada.» Se oía un agobiado ronroneo de voces y trajines bajo el sofoco plomizo del cielo. La calle parecía un corredor recién fregado. Cobeña se fue para casa de don Gabriel.

Las butacas de mimbre se alineaban a todo lo largo de la fachada, por debajo del toldo. Todavía quedaba sitio para que pasara la gente sin tener que bajarse de la acera. Un hombre de chaquetilla blanca recorría la fila pregonando mariscos frescos. Detrás iba un niño con una cesta de bolsas de patatas fritas. Las bocinas apagaban las voces de los vendedores. El aire de la mañana se movía como un velo mojado.

—Yo creo que puede resultar.

—¿Y de graduación?

—Dieciséis o cosa así, menos de diecisiete, desde luego.

Delante de algunas butacas estaban colocadas unas mesitas también de mimbre para las botellas y las copas. Miguel llamó al de los mariscos haciendo pitos con los dedos.

—¿Cómo están esas gambas? —preguntó.

—Vivas.

—Ponga una docenita.

El vendedor hizo un cucurucho de papel y dejaba caer dentro las gambas, soltándolas una a una desde lo alto. Luego colocó cuidadosamente el cucurucho encima de la mesita.

—Doce langostinos —dijo—, ahí están.

Miguel pagó. Le brillaba la ancha y pálida entrada del pelo como si le estuviese rezumando grasa por los poros. Se quitó un momento las gafas de sol. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Dónde se fue Jerónimo? —dijo Perico Montaña—. ¿Tú sabes?

—No —dijo Miguel—, me avisó que tenía que resolver un asunto, que después nos veríamos.

—Toca madera.

Pelaban las gambas. Llegaron unos socios y se sentaron en las únicas butacas que quedaban libres. El casino, de una a tres, tenía siempre el completo.

—Entonces vale la pena, ¿no?

—Ya te digo —insistió Miguel—, a mí me parece que no está mal, que se le puede sacar partido.

—¿Les diste un buen repaso a las botas?

—Hombre, las cincuenta no las probé.

—Pero ¿se veían parejas?

Miguel se volvió a poner las gafas de sol. Se le oía respirar.

—Sí, eso sí —dijo—. Yo le metí la nariz a unas cuantas y me gustó el percal.

—¿Y la boca?

—Bien.

—El precio es lo que me tiene mosca.

—Tampoco es una ganga.

—No es que sea una ganga, pero si las cosas son como tú dices, a eso se le podía sacar más jugo.

—Le hará falta el dinero.

—Todavía tengo yo que echarle un ojo.

Perico Montaña llenaba las copas. Su vecino de la derecha se inclinaba hacia él para hablarle.

—¿Terminó usted ya? —preguntó con un pegajoso tono de lisonja.

—¿De qué?

—En la viña.

—Sí, traerme la carga que queda.

—Pues lo felicito, porque va a estar lloviendo una semana.

—Parece.

El vecino de Perico hizo una pausa y volvió al ataque.

—Yo, este año, arrendé la pisa.

—Bien hecho.

—Uno se vuelve precavido. Cuando no es el tiempo, es lo otro —miró un momento para Miguel—. ¿No le parece?

—Claro —dijo Perico.

Miguel intervenía en la conversación por hacer algo, agachándose por delante de Perico para ver al que hablaba.

—¿Usted no usa *tríbulis* en la viña? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—*Tríbulis*, esa máquina que acaba de salir.

—Pues no sé.

—El invento del siglo, una especie de robot. Corta la uva, la solea, la pisa, la mete en la bota...

—¿Y no se la bebe? —interrumpió el vecino de Perico.

—... la trasiega y le acelera la fermentación.

El vecino de Perico se volvía hacia el amigo que estaba sentado a su derecha. Prefirió llevar las cosas por el lado de la broma, temiendo el patinazo.

—¿No estás oyendo? —le dijo—. Aquí, el señor Gamero, que tiene ganas de guasa.

—Creo que no me ha entendido bien —dijo Miguel—. Es un consejo con toda la seriedad que el caso requiere. Si está en sus posibles, introduzca el *tríbulis*, hace el trabajo de cien brazos.

—La era de la máquina —dijo Perico.

—Yo estoy de acuerdo con el progreso —dijo el amigo del vecino de Perico.



El vecino de Perico optó por reírse.

—Tiene gracia —comentó con afectada soltura.

—La revolución de la mano de obra —dijo Miguel.

—Bien hablado.

—Eso —dijo el vecino de Perico—. Ahora nos vamos a tomar media botella por eso del tri... ¿qué?

—*Tríbulis: trí-bu-lis* —dijo Miguel.

—Pues por el invento ese.

Miguel se aburría de su propia burla. Se echó para atrás y se tomó la última gamba. Perico seguía hablando con su vecino. Luego se levantó. Un botones recogía una de las tres partes del toldo, haciendo girar la manivela con una sola mano. Se oía el chirrido del eje enrollando la lona. Perico se dirigió a su vecino.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Espérese, que nos tomamos esa media botellita.

Miguel se levantó también.

—Otra vez será —dijo.

—Bueno, la invitación queda pendiente.

—De acuerdo.

—No se preocupe usted, señor Gamero —dijo el otro socio—, que ahora vamos a brindar por el *tríbulis*.

—¿Por qué *tríbulis*? —dijo Miguel.

Y ya seguían la línea de las butacas de mimbre. El botones los adelantó al trote, con la barra en la mano, enganchándola en la argolla de otra franja del toldo. No se movía ni una hoja.

—¿Adónde vamos?

—Yo tengo que ir a almorzar con Ramón —dijo Perico.

—El rosario en familia.

—¿Y tú qué haces?

—No sé, para casa.

Cruzaron a la otra acera. Andaban despacio, Miguel con las manos en los bolsillos y Perico balanceándolas con cierta enfática energía. Los saludaron desde la terraza de un bar. Era una pareja ya un poco metida en años. La mujer miraba fijamente para Miguel. Miguel se hacía el desentendido.

—Ésos no se casan —dijo Perico mientras se alejaban del bar.

—No sé.

—Pues tu prima Lupe ya no es ninguna niña.

—Sí.

—A lo mejor todavía la tienes esperando, ¿te acuerdas?

Miguel no contestó. Sentía un súbito ramalazo de rencorosa memoria zumbándole

por dentro de la cabeza. Le pasaba con frecuencia, cuando menos lo esperaba. Había muchas cosas que le hacía daño recordar, no sabía bien por qué. La depresión se le presentaba como un morbosos agujijón que no conseguía sacarse hasta que no encontraba la causa, que tampoco obedecía siempre a una realidad concreta. Era como si se le reavivase una dormida y gratuita irritación contra sí mismo y contra todo lo que le rodeaba. Miguel se sentía bastante más viejo de lo que era, como si ya hubiese terminado de vivir lo más sombrío y ahora tuviera que ir doblando penosamente los vericuetos de un tiempo inane y caduco, carente del menor síntoma de esperanza.

—¿Te acuerdas?

La memoria del frente de Málaga, de los desmanes del tío Felipe, de la finca que tuvo su madre por la trocha del Temple, de Encarna, de la prima Lupe, del diario tobogán del vino y del aburrimiento. La memoria de la estafa y del fracaso. Las iracundas espiras de vacío de sus cuarenta años de vida. Todo eso junto y nada. Nada.

—Tú, ¿estás sordo? —dijo Perico.

—¿Eh?

—Que si te acuerdas de lo de tu prima Lupe.

—Sí.

—Vaya, hombre.

Caminaron en silencio hasta doblar una esquina. La calle empezaba a vaciarse un poco de gente. Acababan de regar, pero parecía que había llovido.

—No hables tanto, que mareas —dijo Perico.

—Es que dormí mal.

—Claro, se te ocurre meterte en la cama con las gallinas.

—Debo tener cambiadas las horas.

Se detuvieron a pocos pasos del chaflán. Perico miraba para arriba.

—Oye, ¿y tú qué líos te traes con el niño de Gabriel Varela? —bajó los ojos y los fijaba en las gafas de sol de Miguel—. A ver si nos enteramos.

—Nada, ¿por qué?

—Ya te he visto dos o tres veces con él y con ese perito agrícola, el de las Talegas, otro misterio de los tuyos.

—Ahí no hay misterio que valga, una amistad.

—Bueno, yo me quedo aquí —se separaba—. Nos vemos a la tarde, a eso de las cinco caigo por la oficina.

—Hasta luego.

Perico Montaña entró en un amplio portal con piso de mármol y blanca cancela interior. Miguel desanduvo parte del camino y torció por una calle lateral antes de llegar a la terraza donde estaba su prima Lupe. Seguía con las manos metidas en los bolsillos. Se notaba cansado y con sueño. El irritante escozor de la memoria. La calle

desembocaba en una anchurosa avenida sombreada de naranjos. La depresiva sensación de no ir nunca a ninguna parte. Oyó que lo llamaban desde la puerta de un bar.

—¡Miguelito!

Miguel volvió la cabeza y se acercó de mala gana.

—Tómate una copa y no seas descastado.

—Venga —dijo Miguel.

Don Andrés entró primero y buscaron un sitio por la rebosante barra del bar. A Miguel no le gustaba aquel sitio. El bar estaba anexo al local de una peña de cazadores. En el extremo más alejado de la puerta había un hueco. Don Andrés apoyó la contera de su bastoncito de bambú sobre el mostrador, como señalando el descubrimiento.

—Dos de Doña Blanca —pidió—, que esté fresco —se volvía hacia Miguel—. ¿Y cómo va ese valor?

—Vaya.

—Oye, una cosa que quería decirte, ¿tú sabes lo que me han contado del hijo de Ayuso?

—¿De quién?

—Del hijo de Ayuso, el del Espolique.

—Sí.

—Pues agárrate.

La barra tenía forma de u, la parte abierta pegada a la pared. Miguel se distraía mirando para los clientes que quedaban del otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ayuso, bueno, el padre, me arregla a mí de vez en cuando algunos asuntos.

—No sé.

—Me hace así algunas chapuzas —bajaba la voz—. Pues el niño, por lo visto, se entrompó anoche en la venta de la Jeroma y empezó a decir que yo estaba envenenando al capataz de la bodega echándole matarratas al vino, date cuenta. Y que su padre era un cómplice que yo me había buscado. Hasta ahí lo que me han dicho, figúrate tú el disgusto.

—Pero eso es una broma, hombre.

El camarero dejó las dos copas encima del mostrador. Las copas estaban mediadas y el vino parecía espesar su opalina transparencia bajo la quieta grisura de la luz. Don Andrés esperó que el camarero se retirara para seguir hablando.

—Si, sí, una broma que me puede costar muy cara.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo tengo mi reputación como el primero y éstas son las cosas que lo hacen a uno andar en boca de la gente.

—Venga ya, no digas tonterías.

Alguien saludó desde el otro flanco de la barra. Don Andrés no se dio por aludido.

—Una tontería que no la consiento —dijo—. Deja tú que yo coja a Ayuso y le pida explicaciones.

—Tú sabrás.

—Me va a oír, porque todavía no me ha visto enfadado de todas todas. Se la buscó.

—¿Por qué no te llevas la pistola?

—¿Qué pistola?

Miguel se mareaba. A veces tenía la impresión de que si soportaba a don Andrés era porque ya se había acostumbrado a soportar toda una diaria cadena de despropósitos. Su incongruencia mental siempre terminaba por provocarle una insufrible exasperación.

—Un nueve largo —dijo.

—¿Un qué...? —entornaba los ojos—. Mira, Miguel, cuando uno empieza a no entenderte, sabe Dios.

—Pues hablo castellano.

Miguel se bebía la copa. Don Andrés continuaba con la suya en la mano izquierda, oliéndola una y otra vez.

—Entonces ¿tú crees que no debo denunciarlo? —preguntó sin levantar la vista del vino.

—Tú entérate de todas formas en el cuartelillo, es la vía legal para la declaración jurada.

Don Andrés terminó su copa y pidió otras dos.

—Un lío, ¿no? —cambió de conversación sin variar el tono—. ¿Qué te parece el vinillo?

—De primera.

—Pues ya verás el año que viene, a lo mejor voy y lo embotello.

—Es verdad, no había caído —dijo Miguel—, ¿y cómo lo tienen ahora en el bar?

—Yo, que mando una damajuana para mi gasto. No se lo sirven a nadie, eso desde luego.

—Claro.

—¿Y sabes lo que me cobran por la copa? —hizo una pausa—. ¿Sabes lo que me cobran? Pues seis pesetas, barato, ¿no?

A Miguel se le acrecentaba su incapacidad para entender a don Andrés. El camarero volvió a servir el Doña Blanca. Se había llevado las copas adentro y las traía llenas, sin que se viera de dónde sacaba el vino. Miguel observaba al camarero.

—Es una comodidad —dijo.

—¿Verdad que sí? —recalcó don Andrés.

—Está bien pensado, a mí no se me hubiera ocurrido.

Don Andrés se quedó un poco cabizbajo.

—Hoy es viernes, ¿no? —dijo sin mirar.

—Todo el día.

—No sé si suspender la comida que pensaba darles el domingo a los pobres del Albarrán.

Bebieron al mismo tiempo.

—¿Y eso? —preguntó Miguel.

—Porque iba a celebrarse en el Espolique y me parece que ya le voy a levantar la veda a Ayuso, se colmó el vaso. Claro que los pobres tampoco tienen la culpa.

—La caridad es una cosa y el matarratas otra.

—¿Ya vas a empezar?

Miguel cogió a don Andrés de un brazo.

—¿Quieres que te recomiende una solución?

—Pero ¿en serio?

—Como si me fuera a morir.

—A ver...

Miguel se quitó las gafas de sol.

—Pues que a mí me parece que todos esos desbarajustes tuyos se te iban a arreglar con un raspado de matriz.

Don Andrés se quedó mirando fijamente a Miguel, el puño del bastoncillo de bambú debajo de la barbilla.

—No tiene ni pizca de gracia —dijo.

—Gracia no tendrá, pero la debilidad de la médula lo agradece.

Don Andrés llamó al camarero.

—Juanito...

El camarero acudió apresurado y solícito, inclinándose sobre la barra.

—Don Andrés...

—¿Cuánto te debo?

—Tres copas de antes y cuatro de ahora, cuarenta y dos pesetas.

Don Andrés entreabría los departamentos de su billetera de piel de cocodrilo. Miguel observaba la operación en silencio. Don Andrés dejó sobre la barra un billete de cincuenta pesetas.

—Toma —dijo—, está bien.

Don Andrés volvió a plegar y a guardar la billetera. Miró a Miguel como si se lo acabara de encontrar.

—Buenas tardes —dijo.

Miguel no contestó. Don Andrés atravesaba el bar a pasitos menudos y diligentes.

Miguel lo veía alejarse. Sintió una especie de conato de risa nerviosa atosigándole la garganta. Después, cuando don Andrés salía, notó otra vez la morbosa acometida de la depresión desalojándole de sosiego la cabeza. Le dieron ganas de correr detrás de don Andrés, pero se contuvo. La iracundia contra todo lo que le rodeaba. El empujón de vacío de la mendacidad y de la vergonzante abdicación de los días. Miguel apoyó desganadamente los codos sobre el mostrador, la vista fija en los anaqueles de las botellas. Le daba pereza pensar. Una etiqueta escrita en inglés, un gollete ahorcado con un cordón amarillo, el ruido del bar, el aire cargado de sofoco. Empezó a sentirse desplazado hacia una serie de absurdos comportamientos mentales. La dolorosa, martirizante obsesión de buscar una salida, el pensamiento mordiéndose la cola, la atrofia ganando terreno. Le balbucía en la memoria, a fugaces ráfagas de incertidumbre, una especie de inconcreto centelleo, como si algo que no le hubiese pertenecido nunca estuviese usurpándole ahora un rincón de su conciencia. Miguel veía turbio el fondo del bar. Pensó que le iba a pedir al camarero una copa de palo.

—Una copa de palo —pidió.

—Sí, señor.

Rondaba por su cabeza la compañía del cuerpo de Encarna, tan sucesivamente salido de la prostitución con una verdad que había que ir cancelando de antemano, como para que no alterase el hipócrita orden establecido; la compañía de su hermana Inés, a la que no había visto desde que se casó y se fue a vivir a Cartagena y que tan junta estaba a su porvenir de aquellos días de antes de la guerra; la compañía de su prima Lupe, cayéndose y levantándose desde lo que no fue nunca más que una resignada y tácita negación familiar, perseguida y rehuida secretamente a cada hora. El bar se iba despejando.

—¿Quiere llenar?

Miguel se tomó otras dos copas antes de salir. *Tengo que hacer algo*. La calle estaba casi vacía. Eran cerca de las tres. Una luz borrosa y como aplastándose contra la calentura del aire bajaba desde las turbulentas nubes. Con el alcohol, la claridad se recrudece, se hace más penetrante y cuajada dentro de los ojos. Miguel no tenía ganas de irse para su casa, pero pensó que le vendría bien descansar un rato antes de la hora de la oficina. Perico Montaña no iba a aparecer hasta las cinco.

Tuvieron que hacer columpiar la bota sobre el cuerpo de Joaquín para quitársela de encima. Un puntal del carro se había desprendido de la hembra del enganche cuando subían los toneles, empujándolos a pulso por la rampa. La bota, que ya casi rebasaba la altura del carro, se vino a tierra de pronto y atrapó debajo a Joaquín, quedándose de pie sobre él con un imprevisto y estancado equilibrio. Parecía que Joaquín no había hecho nada por zafarse. Lucas estaba a su lado y se quitó a tiempo. Pegó un salto de costadillo y, cuando caía sobre el almijar, pudo entrever el cuerpo de Joaquín aplastándose con el tonel encima. Joaquín ni siquiera dejó escapar un quejido; tampoco se hubiese notado a través de la madera. Sólo se oyó el derrumbe de los huesos y una como silbante salida de líquido por los boquetes de las costillas. El reborde de la arandela de la bota se había incrustado dentro de la carne y tuvieron que ir tumbándola de un lado para liberar el cuerpo. De modo que el filo de hierro de la arandela estrujaba el vientre de Joaquín con el balanceo inseguro del tonel, que fue soltando un deslizante coágulo de sangre a medida que lo rodaban por el terrizo. La sangre se iba poniendo marrón. El vino, cuando se pudre dentro de la madera de la bota, también se pone marrón. Los demás cargadores, después de los primeros espantos, se habían quedado mudos. Lucas se agachaba sobre Joaquín, que permanecía con los ojos abiertos, un brazo encima de la boca. Lo zarandeo mirándole la cara.

—Joaquín —dijo por lo bajo, en un pujo de voz.

Joaquín tenía el pecho rojo y fruncido como un muñón. Le borbotaba desde dentro de la carne un sordo y espeso pálpito de sangre seca. A Lucas se le nublaba la vista. Se quedó de rodillas, mirando un momento para los demás. No le salía la voz.

—Usted, vaya a buscar a Serafín.

—Voy.

El arrumbador salió corriendo para el patio del caserío. Uno de los hombres se echaba agua en la nuca con el botijo. Se adensaba sobre el almijar el tormentoso vaho del aire. Parecía que las chicharras se habían puesto a hacerle son al burbujeo de la sangre engullida por el polvo. Un buitre empezó a sobrevolar la viña a pasadas lentas y amenazantes. Apareció Serafín, acelerando el paso todo lo que podía con un desgarrado trotar. Lucas se levantaba lentamente, los ojos en el terrizo.

—Cristo —dijo Serafín a medida que se acercaba.

Nadie le respondió.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Ahí lo tiene —dijo uno de los arrumbadores.

—¿Qué ha pasado?

—La negra, eso es lo que ha pasado.

—¿Está muerto? —preguntó Serafín.

—Usted dirá, con una bota encima.

—Pero ¿cómo es posible?

—El puntal, que se resbaló del enganche.

—¿Y él qué hizo?

—Nada.

—¿Nada?

—No hizo nada —dijo el arrumbador—. ¿Qué quería usted que hiciera?

—Cristo —volvió a decir Serafín.

Se acercaban los otros viñadores.

—Habría que meterlo en el patio —dijo uno—. ¿Lo metemos?

—Sí.

—Vamos a llevarlo al patio.

Serafín miraba para el fondo de la viña con los ojos quietos. Entre las negras y aborascadas nubes apuntaba un precario destello de sol. Dos hombres cargaron con el cuerpo de Joaquín y se iban para la puerta del patio, los pies del muerto por delante. Serafín volvió la cara.

—Coja usted la bicicleta y váyase a dar aviso al cuartelillo —le dijo a uno de los viñadores.

—De acuerdo.

—Pero volando.

—Ya estoy allí.

—Dice usted lo que pasa.

El viñador se adelantó a los que llevaban el cadáver. Serafín y Lucas se fueron también para el patio, seguidos de los demás. Cuando entraban, empezaron a salir de la bodega y de la cuadra de lagares los trabajadores de la vendimia. Serafín entró en la vivienda del capataz y salió con un retal de arpillera. Se lo pusieron encima al muerto, que habían dejado en el suelo junto a la tapia del patio. Un hombre espantaba a dos perros que embestían y aullaban como lobos, venteando el hedor. Uno de los perros era cojo y de color canela. Lucas salió otra vez al almijar. Tenía la garganta exprimida como una esponja.

—En el frente de Málaga... En el frente de Málaga lo íbamos a matar sin saber que era él.

Lucas dio unos pasos hasta llegar a la pendiente de la vereda. Veía el carro junto a la puerta de la cuadra de lagares, con las dos mulas inmóviles como estatuas, el puntal todavía en el suelo, cinco botas arrimadas contra el tapial. A la izquierda, sobre el abrasado terrizo, aún estaba empapándose la mancha negra de la sangre de Joaquín. Pasó un minuto, una hora. Se acercó el perro canela husmeando con despacio, y luego hozaba con un indeciso jadeo entre la tierra húmeda. Lucas cerró los ojos y se volvió



para el patio, adivinando la dirección. Tenía el cuerpo entumecido, con una especie de masa sólida removiéndosele por las entrañas, arriba y abajo, igual que un émbolo. Abrió otra vez los ojos y veía turbia la distancia. Se tapó un orificio de la nariz y sopló con fuerza, echando el moquillo al aire. Luego se tapó el otro y repitió la operación. *Tiene agrio el aliento, se le agria el vino en el estómago.* Se pasó el revés de la mano por los ojos. Le sabía amarga la boca. Entró en el patio y miró para el bulto de la arpillera.

—Me cago en los muertos —masculló en un hipo.

El personal de la viña seguía reunido delante de la mata del jazmín, por la parte de la vivienda del capataz. Algunos se agolpaban alrededor del cadáver. Lucas no se acercó. *Ya verás tú como nos arreglamos ahora, Lola.* Le dio la vuelta al pozo y se quedó apoyado de espaldas en el brocal. *Nada, que fuimos a coger uvas a Monterrodilla.* Lucas miraba para las copas polvorientas de las higueras. Sonó un trueno repechando por las colinas del fondo, desde la parte del sur. Vio a Serafín que venía hacia él.

—Usted lo conocía, ¿no? —preguntó Serafín.

—Sí.

—No llevaba aquí ni seis horas.

—Desde esta mañana.

—Se vinieron juntos, ¿verdad?

—Sí.

—Cristo.

—Los dos llegamos esta mañana.

Entraba en el patio el viñador que fue a dar parte al cartelillo. Pedaleaba hacia el pozo.

—Que ya mismo vienen —dijo antes de llegar.

—¿Cómo? —preguntó Serafín—. ¿Andando?

—Es que tenían que esperar que trajeran la moto.

—Vaya... Pero ¿dijo usted lo que pasaba?

—Sí, por encima.

—¿Lo dijo?

—Habían salido con la moto —se interrumpió para tragar saliva, doblando el cuello—. Estaba allí uno del retén.

—¿Usted explicó que había un muerto?

—Sí, lo que me preguntó el guardia.

Serafín se dirigía hacia donde estaban los grupos de trabajadores. Parecía que la cercanía de la muerte le había metido en el cuerpo una desusada inyección de vitalidad.

—Venga, cada uno a su avío —ordenó.

Los hombres arrastraban los pies, remisos y murmuradores. No se decidían a marcharse. La desgracia goteaba su morbosos incentivo sobre la rutina.

—Venga —repitió Serafín—, que aquí no se les ha perdido nada. Que se queden los que estaban cargando.

El patio tardó en despejarse. Algunos hombres se rezagaban a la puerta de la bodega. Lucas continuaba apoyado en el brocal del pozo. Iba y venía por el mísero tiempo de su memoria y cada vez se daba menos cuenta de lo que había pasado. Pensaba vagamente en Lola.

—Es que no tiene explicación —decía alguien.

—Unos, que la tienen sentenciada, maldita sea la hora.

—El sino de las personas. Luego una firma y ya está, por ahí te pudras, accidente de trabajo.

Serafín se acercó a uno de los que hablaban.

—Camacho...

—Diga.

—Váyase usted en el camión a casa de don Pedro —explicó Serafín—. Lo localiza y le cuenta lo que hay, ¿estamos?

—Estamos.

—Bedoya debe estar en el almacén, se lo dice usted de mi parte.

El arrumbador se alejaba, el sombrero de deslucido fieltro en la mano. Serafín se fue otra vez hasta donde estaba Lucas.

—Oiga, perdone —dijo—, ¿usted sabe si ese muchacho llevaba encima sus papeles?

—¿Cómo? —preguntó Lucas.

—La documentación. Habrá que dársela a los guardias.

—No tenía papeles.

—Algo que lo identifique.

—No tenía papeles, no los tenía desde la guerra.

—Pues eso va a ser una complicación.

—¿Y a mí qué me cuenta? Ya no lo joden más.

Atravesaban el patio el viñador y el chófer del camión que iban en busca de don Pedro. Se oía entonces el tableteo de un motor subiendo por la pendiente de la vereda. Serafín se fue para la puerta del almijar, a zancadas torpes y vacilantes. Le dio un golpe de tos por el camino y escupía la flema trabajosamente. Se le había enfriado su transitoria racha de vitalidad. La moto se detuvo en la linde de las higueras morochas. El cuerpo de Joaquín llevaba ya más de dos horas debajo de la arpillera. La arpillera estaba mojada de sangre por la parte de arriba. Dos hombres montaban guardia a su lado para evitar que se acercaran los perros. Brilló un relámpago y detrás el bronco responso del trueno. Del cuartelillo habían mandado a un cabo primera y a un

número. El cabo primera era un hombre ya maduro, retostado y serio, con aspecto de lo que era. Hablaba con la voz de la autoridad. El número tenía cara de haberse acabado de levantar de la siesta.

—Bueno, bueno, vamos a ver —dijo el cabo—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Serafín iba por delante y se acercaron a la tapia. El cabo levantó la arpillera por una punta.

—Uff, si hubiese hecho sol este desgraciado se agusana —comentó mientras dejaba caer la arpillera con gesto de asco.

—Lo trajimos aquí, que hace menos calor.

—Pero ¿han cambiado ustedes de sitio el cadáver? —dijo el cabo.

—Sí, señor —dijo Serafín—. Aquí no hace tanto calor.

—¿Y usted no sabe que el cadáver no se puede levantar hasta que el señor juez lo ordene? ¿O es que no conoce su obligación?

—Yo creí que era una barbaridad dejarlo ahí afuera.

—De modo que usted cree que lo que manda la ley es una barbaridad.

—Sí, señor, es decir, que no caí.

—¿Y dónde estaba?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? La víctima.

—En el almijar, eso es un horno, ya le digo.

—Bueno, como primera medida usted no es nadie para decidir por su cuenta. Me parece a mí, ¿no?

—Sí, señor.

—Y ahora vamos a ver qué dice el señor juez de todo esto.

Se volvió para la mata del jazmín. El número se sacó del hombro el mosquetón y lo llevaba en la mano, cogido por la parte más estrecha de la culata.

—Los testigos no se habrán ido, ¿verdad? —preguntó el cabo.

—No —contestó Serafín—. ¿Quiere usted que los llame?

—Luego... Pero que no se muevan.

—Ahí los tiene —Serafín señalaba a la pared frontal.

Tres viñadores permanecían a la espera, amparados en el cobijo de los porches y mirando para los guardias con un receloso desconcierto. Los otros dos seguían al lado del cadáver. Lucas no se había movido del pozo.

—Bueno —dijo el cabo—, ¿y cómo fue la cosa?

Serafín se adelantaba para ofrecerles unas sillas.

—Siéntense.

—Ahora, gracias —dijo el cabo—. ¿Cómo ocurrió el accidente?

—Pues verá. Estaban cargando el mosto. Claro que yo me acerqué luego, pero parece que estaban cargado el mosto.

—Mire usted —interrumpió el cabo—, aquí el número y un servidor venimos en representación de la ley. De modo que a ajustarse a los hechos. ¿Usted fue testigo?

—No, señor, testigo no fui.

—Bueno, pues lo primero que hace falta es la declaración de un testigo presencial.

Serafín le hizo seña a uno de los viñadores, que se acercó a paso ligero, una mano metida por la cintura del pantalón.

—Explíqueme usted aquí al cabo cómo fue lo del accidente —dijo Serafín.

El cabo ponía cara de estarse acordando de algo. El viñador miraba para el suelo.

—Yo no me di cuenta —tartamudeó—. Cuando se zafó el puntal me eché para atrás.

—Bueno, vamos a ver —dijo el cabo—. Ustedes estaban subiendo las botas en el carro, ¿no es eso?

—Sí, señor —dijo el viñador—, la segunda carga.

—¿Y qué más?

—Se le cayó encima, yo no me di cuenta.

—De lo que se tiene que dar cuenta es que esto es una declaración ante la autoridad y que hay que reconstruir los hechos con sus pelos y señales.

—Lo dicho, el puntal se salió del enganche, y claro, no hubo manera de aguantar la bota.

—¿Y la víctima?

—Ahí está —señalaba para la tapia, hacia donde estaba el cadáver de Joaquín.

El cabo tamborileaba con los dedos sobre el correaje, como haciendo acopio de paciencia.

—Que qué hizo cuando se le cayó la bota encima.

—No sé, yo me eché para atrás.

—O sea, que no presencié el momento del accidente.

—Presenciarlo sí lo presencié, de lo que no me di cuenta es de cuando el tonel atrapó a ese hombre. Yo estaba de espaldas.

—Sí, ya me he enterado. ¿Y luego?

—¿Luego? Una bota llena de mosto pesa más de quinientos kilos, usted dirá.

El número liaba un cigarrillo. No debía de tener más de veinte años y parecía sufrir por el tormentoso calor y por las diligencias que se avecinaban. El cabo escupió y se volvió al número con enojoso ademán de fatiga.

—Tómele usted la filiación al testigo.

El número guardó el cigarrillo y sacó un cuaderno con tapas de hule de la faltriquera. Se mojaba la punta del lápiz en los labios.

—¿Nombre? —le preguntó al viñador.

—Manuel Cortina.

—Bien —le dijo el cabo a Serafín—. El señor juez se personará en el lugar del suceso a las dieciocho quince.

—Sí, señor.

El cabo esperó a que el número terminara con su interrogatorio.

—¿Ya? —se impacientaba.

—Un momento. ¿Profesión?

—El campo —contestó el viñador—. También soy interior izquierda del Barbosa.

—Vaya usted anotando ahora lo que se diga —advirtió el cabo cuando el número cerraba su libreta.

—A sus órdenes.

—¿A qué hora ocurrió la desgracia?

—A eso de las tres —calculó Serafín mirando para el viñador—. Un poco antes quizá, ¿usted qué dice?

—Sí, a eso de las tres —dijo el viñador.

—¿Seguro? —dijo el cabo.

—La sombra estaba a unas dos varas del arriate —miró para la puerta del almijar—. Debían ser las tres, o sea, un poco antes de las tres.

—Apunte usted las tres, con la aproximación del caso —le dijo el cabo al número.

—Las tres —repetía el número separando las sílabas a compás de su trabajosa escritura—. Día de autos, el de la fecha, hoy catorce de setiembre de mil novecientos sesenta.

El cabo se sentó en una silla de anea, debajo de la mata del jazmín. Se quitó el tricornio y se pasaba el pañuelo por la frente.

—Ya está ahí la tormenta —dijo.

El número se dirigía a Serafín.

—Hace usted el favor de un poco de agua.

—Tráigase el botijo —le dijo Serafín al viñador—. ¿Le hace mejor un vasito de mosto? —se volvía al cabo—. ¿Se le apetece?

—No, gracias —dijo el cabo—. Las ordenanzas.

—Un día es un día.

—Lo tenemos prohibido.

El viñador se fue por el botijo. Nadie decía nada. El botijo estaba colgado de un cáncamo, por la parte del porche. El viñador lo descolgó y se lo acercaba al número. El número agarró el botijo del asa con una sola mano y se volcó el chorrito sobre la boca, separando el pitorro a medida que tragaba. Se le movía la nuez como un hisopo, sonándole con un violento engullir de cañería.

—Los testigos que no se me vayan hasta que llegue el señor juez —repitió el cabo.

—Descuide —dijo Serafín.

—Y dígame, ¿el carro era de la pertenencia de la viña?

—Sí, señor, el del turno.

—Usted es el capataz, ¿no?

—Para servirle: Serafín Benítez Lozano, veintidós años de servicio.

El cabo arrastró un poco la silla en dirección a Serafín.

—¿Y usted tiene un cálculo de los motivos del accidente? O sea, que si aparte de que fue casual, la justicia tendría que estar en antecedentes de alguna otra cuestión.

—¿Cómo dice? —preguntó Serafín.

—Que si se debió a ocasión fortuita o anda por ahí algún asunto que no esté todo lo claro que tiene que estar, ¿usted me entiende?

—Yo creo que más claro, el agua.

—Verá: el señor juez tiene que investigar los pros y los contras, es decir, que no hay que dejar ningún cabo suelto. Por eso le preguntaba, usted sabe que por aquí ha habido sus más y sus menos. ¿Me explico?

—Sí, señor, la culpa fue de la hembra del enganche.

El cabo volvió a resoplar. Se acordaba del vaso de mosto que le había ofrecido Serafín. Cuando estaba amenazando la tormenta se le secaba la boca. Prefirió cambiar de tema.

—¿Y tenía familia?

—Mire usted —dijo Serafín—, yo no lo conocía.

—¿Cómo que no lo conocía?

—No había venido con los de la contrata, hoy hacía el primer turno.

—¿Y eso?

—Hacían falta cargadores. A última hora...

—A última hora, ¿qué?

—Siempre se presenta alguno nuevo a última hora.

—Así, por las buenas.

—Hay gente que lo pasa mal, se les echa una mano. El señorito me mandó hoy a los dos.

—¿A qué dos?

—Al pobre hombre ese y a un compañero.

Serafín volvió la cabeza hacia el porche, buscando a Lucas. Lucas se había sentado en el suelo, en la linde de las higueras aledañas al pozo. Serafín tardó en descubrirlo.

—Oiga —gritó—. ¿Quiere venir?

Lucas se levantó lentamente y se acercaba con la cabeza baja, los dedos gordos colgando de los bolsillos. Se quedó un poco separado del grupo.

—Mande —dijo.

—Aquí que querían hablar con usted —dijo Serafín.

—¿Conocía al muerto? —preguntó el cabo.

—Sí —dijo Lucas.

—¿Tenía familia?

—Lola, su esposa.

—A ver, acérquese, que aquí no nos comemos a nadie.

Lucas dio unos pasos y se entró bajo la mata del jazmín.

—Diga.

—¿Sabe usted el domicilio de la víctima? —preguntó el cabo.

—Tenía un cuarto en el Angostillo.

—¿En qué calle?

—La calle no sé decirle. Entrando por el Albarrán, a mano derecha.

—¿Vivía con algún familiar?

—Con su esposa, ya le digo.

El cabo se quedó un momento callado.

—¿Desde cuándo estaba trabajando aquí? —volvió a preguntar.

—Hoy era el primer día.

—De modo que hoy era el primer día...

—Sí, hoy era el primer día, nos vinimos en el camión esta mañana.

—¿Y cómo se llamaba la víctima?

—Joaquín.

—Joaquín, ¿qué?

—Le decían el Guita. De apellido, Navarro.

Lucas se mareaba. Oía la voz del cabo como si estuviese llegándole a través de un tabique. Pensaba otra vez en Lola y en alguien que no sabía quién era pero por el que sentía en aquel momento una extraña e inexplicable sensación de odio. Retumbó el trueno sobre la viña, tableteando entre los muros del patio como una traca. El número se volvía al cabo.

—Ya la tenemos encima.

—Lo que yo dije.

Serafín miraba al cielo meneando la cabeza.

—Se lió la cosa —corroboró.

—¿Estaba usted tomando nota, Becerra? —preguntó el cabo.

—Sí, es decir, lo que voy cogiendo.

—Bueno, luego le vuelve usted a pedir la declaración a este hombre.

—De acuerdo.

El cabo se levantó. Estaba cansado, pero hacía esfuerzos por no perder su autoritaria compostura. Volvió a tronar con un nuevo y más brusco redoble.

—Becerra... —llamó el cabo.

—A sus órdenes.

—¿Por qué no va usted por la moto y la pone al resguardo?

—Ahora voy.

El número se levantó y se ajustaba las deformadas cartucheras. Se puso en bandolera el mosquetón y ya se iba para los arriates del pozo. Lo cogió la lluvia por el camino. Se había puesto negro el cielo y el agua caía a chorros, tapando el aire con una inusitada violencia, a furiosas y estruendosas acometidas. El patio sonaba como si se hubiera roto de pronto una represa y se vaciara el tumulto de la corriente sobre la viña. Los dos hombres que estaban velando el cadáver corrían hacia los porches. Serafín y el cabo se entraron en la vivienda del capataz. Lucas miraba desde la puerta el bulto del cuerpo de Joaquín. Vio al número meterse bajo los porches empujando la moto a la carrera. Lucas se volvió para el cabo sin franquear la entrada, señalando con el brazo en dirección al cadáver.

—¿Y si lo metiéramos en la bodega? —dijo.

—¿De qué se trata?

—Habrá que quitar de ahí el cadáver, ¿no le parece?

—Lo siento —dijo el cabo—, pero se tiene que quedar donde está hasta que el señor juez ordene el levantamiento.

—¿Se va a quedar ahí?

—Sí, se va a quedar ahí, ¿pasa algo?

—Lloviéndole encima como a un perro.

—A callar, y no vuelvo a repetírselo, ¿eh?

Lucas le volvió la espalda al cabo y se apoyó en el quicio, sin entrar en la habitación. Se le mojaban los pantalones con las salpicaduras de la lluvia. El número llegó empapado y casi atropella a Lucas. La habitación estaba blanqueada y en desorden. Lucas olía la tierra mojada como nunca la había olido.

—El muerto se está lavando —oyó decir al número—. También es mala suerte.

—¿Eh? —preguntó el cabo.

—Que ya no se entera el pobre de la que le está cayendo encima.

Lucas se volvió de repente, separándose un poco de la puerta hacia el interior de la habitación.

—¿Y si el que estuviera ahí fuera su padre? —dijo con voz temblorosa.

El número miró primero al cabo y luego se sacó el mosquetón del hombro. Se oía rebullir la tos en el pecho de Serafín. El cabo se adelantó al mismo tiempo que el número le metía a Lucas la culata por el vientre. Lucas se había echado para atrás y el golpe no le dio de lleno, pero tuvo la impresión de que algo se le había descolgado de su sitio por dentro. El cabo agarró a Lucas de la pechera de la camisa, zarandeándolo y empujándolo hacia fuera. Lucas no hacía nada por defenderse.

—Pero ¿usted qué se ha creído? Ya verá cómo se le quitan las ganas de faltar a la



autoridad.

Serafín ya había conseguido sacarse la flema. Miraba a Lucas por encima del hombro del cabo, los ojillos nublados de temor. El número se había quedado detrás. Le temblaban las manos y estaba blanco como el papel.

—Pero ¿usted qué se ha creído? —repitió el cabo—. Si no cumplo ahora mismo con mi deber es por respeto a la ocasión.

El cabo soltó a Lucas, dándole un empujón hacia la puerta. Lucas no perdió el equilibrio: se quedó debajo de la mata del jazmín, mirando al cabo con evadido mirar. Sentía en el vientre el golpe del culatazo como una candela.

—Quédese ahí sin moverse hasta que venga el señor juez —dijo el cabo—. Sin moverse, ¿estamos? —se volvió para el número—. Becerra...

—Diga.

—Vigile usted a este sujeto y si se mueve de donde está, lo autorizo para que lo meta en vereda.

—Déjelo usted de mi cuenta —respondió el número.

Y se le entrecortaba la voz. Lucas no oía. Empezó a chorrearle el agua por la cara. No recordaba que Joaquín estaba muerto, mojándose por debajo de la arpillera, con el pecho estrujado y encharcado. Lucas no veía, sólo tenía miedo. No sintió llegar a dos de los cargadores, que se quedaron mirándolo con extrañeza antes de entrar en la vivienda del capataz. A Lucas se le metía la lluvia por la boca. Retumbó un trueno y luego otro. La noche se había echado encima antes de tiempo.

A la altura de la azotea, de parte a parte del patio, estaban tendidos los alambres del toldo. Había que tirar de las cuerdas que pasaban por las garruchas, al pie del canalillo, para descorrerlo. El agua abombaba la parte central de cada una de las dos mitades de la lona; mientras recogían el toldo se iba derramando sobre el patio el crecido depósito de la lluvia. Las dos muchachas bajaron de la azotea empapadas. Don Gabriel había estado mirando la operación desde la galería, las manos en los bolsillos de la bata, torvo el ademán, como si se le estuviese despellejando algún recóndito pliegue de la memoria. Hacía escasamente una hora que se había levantado. La casa parecía llenarse de la violenta lividez del chaparrón. Se metía el estruendo por las habitaciones como una chorreante tremolina de encono. Don Gabriel pensaba en Monterrodilla. Los gajos de uva machacados contra la tierra, el cañizo del bienteveo pudriéndose, los tortuosos brazos de las cepas hundidos en los charcos de la albariza. Veía la vereda batiéndose como una quebrada sobre el viñedo, llevándose por delante las estacas del portalón, las bardas de adobes, los lienzos de muro de la cancela. Veía la acequia saliéndose de madre, despeñada por el almiar abajo, sacando de sus goznes la puerta de la cuadra de lagares. Toda la viña junta bogaba a la deriva como por detrás de una inmensa cortina de desolación. A don Gabriel la resaca le ponía una nube en cada ojo. No sentía la momentánea frescura de la lluvia; sudaba por la frente y le subía un ácido ahogo hacia la boca, burbujeando por los bronquios arriba. Removió la cabeza. Petra le había llevado el almuerzo a la cama. A Mateo ni siquiera lo llamó. Llegaba ahora un murmullo de voces desde la sala de la chimenea. Don Gabriel se volvió a su cuarto y tocó el timbre. Crujía la madera del espaldar de la cama. Las lluviosas estrías de los cristales parecían deformar el contorno de los muebles. Petra tardó en aparecer.

—Perdone usted, me puse pingando en la azotea.

—¿Y la señora? —preguntó don Gabriel.

—Me parece que está abajo. ¿La llamo?

—No. Tráeme un café.

—Sí, señor.

Petra tenía el pelo húmedo y se le pegaban los mechones por las sienes.

—Oye —llamó don Gabriel cuando la muchacha se iba.

—Dígame.

—¿Está ahí el señorito Rafael?

—Salió hace un rato.

—De pesca.

—¿Cómo dice, señor?

—Nada.

—La señorita Gloria está en la chimenea con la señorita Tana.

—Tráeme el café.

Petra salió ajustándose el lazo del delantal. Don Gabriel no tenía ánimo ni para mirarle las piernas. Tampoco le pasó por la cabeza preguntarle por Matilde. Monterrodilla estaría encharcada, con los racimos arrastrados por los crecientes canales de la acequia. La uva no se estaba soleando todavía en el almijar, pero para el caso era lo mismo. Un nuevo plazo para garantizar la pérdida, un nudo de la madera del zócalo adquiriendo relieve y tomando forma de ojo de caballo. Don Gabriel parpadeó y se acercó al balcón. La segunda cortina de organdí estaba echada, pero se entreveía el iracundo festón de la lluvia horadando la grisácea espesura del aire. Don Gabriel se volvió hacia la consola y se miró al espejo, componiéndose el peinado y volcando la barriga sobre el mármol de rosadas aguas. Luego abrió la puerta y salió otra vez a la galería. Volvía a oír el agudo murmullo de unas voces que llegaban de la sala de la chimenea. Mateo apareció por la parte de la escalera. La lluvia afinaba los ruidos, como dándoles una especie de elástica solidez.

—Buenas tardes —dijo Mateo—. ¿Se descansó?

Don Gabriel soltó un gruñido.

—Que vino mi padre hará como dos horas.

—¿Y qué? —masculló don Gabriel.

—No, que como estaba usted dormido, que volvería luego.

Don Gabriel se separaba de Mateo sin hacerle caso. Le lastimaba en la nuca su voz.

—La torda quedó *chachi* —dijo Mateo.

—¿Eh?

—La llevé a herrar, lo que usted me dijo. Le han hecho un trabajito curioso.

Don Gabriel seguía dándole la espalda a Mateo. Se fue para el salón sin contestarle y abrió la puerta. Tana, la hija mayor de don Felipe, hablaba con Gloria. Don Gabriel entornó los ojos.

—¿Cómo están estas parlanchinas? —preguntó.

—¿Qué hay, papá?

—Pues aquí sacándole punta a la gente —dijo Tana.

—Vaya tiempecito, hay que ver la broma.

—Como siga así, voy a tener que pedir posada.

—No va a escampar en un mes, un *contradiós* —dijo don Gabriel—. Tu padre también estará muy contento.

—Supongo —dijo Tana.

—De ésta perdemos hasta la camisa.

—Llueva o no llueva se llena la cueva.

—De ranas —dijo don Gabriel volviéndose—. Bueno, os dejo el campo libre.

—¿No te sientas? —dijo Gloria.

—Estuve trabajando hasta tarde, voy a ver si me echo un ratito.

—Nosotras estamos aquí arreglando el mundo —dijo Tana.

—Pues buena mano —se registraba las encías con la lengua.

—Hasta ahora.

Don Gabriel dejó a Tana y a su hija en el salón. Tana era huesuda y pecosa, de pechos altos y ojos grandes. Debía de tener como veinte años, dos menos que Gloria. Gloria llevaba unos ajustados pantalones a cuadritos y una blusa de seda verde sacada por fuera. Era algo más baja que Tana, pero también era más airosa de aspecto.

—Pues lo que te estaba diciendo —dijo Gloria—, yo no lo pienso más, ya está la cosa resuelta.

—No, si te alabo el gusto —dijo Tana—. Qué más quisiera yo sino poder decir otro tanto de lo mismo.

—¿Y por qué no convences de una vez a tu padre?

—¿A mi padre? Ojalá. Ya sabes que por ese lado voy a conseguir muy poco.

—Yo no sé en qué siglo viven.

—Eso me pregunto.

Tana se levantó y se estiró el vestido para abajo. Estaban sentadas en unas butaquitas de madera amarillenta, forradas de terciopelo malva. La tela formaba unos rombos de tornasol.

—Hija, ¿qué haces para estar tan delgada? —preguntó Gloria.

—No me hables, que las hambres que paso.

—Yo he engordado un poco y estoy otra vez con el alma en un hilo.

—Ponte a régimen, una cuestión de voluntad.

Tana se volvió a sentar lánguidamente, ahora en el sofá isabelino que hacía juego con las butaquitas. Sostenía una horquilla entre los labios, mientras se arreglaba el corto pelo rojizo. Luego se metió la horquilla por debajo de las crenchas. Seguía sonando la lluvia como un torrente.

—Por lo que se ve, a ti no te ha costado demasiado trabajo.

—¿El qué? —preguntó Gloria.

—Lo de la Base.

—¿Que no me ha costado trabajo? Te querría haber visto en mi lugar, fue una verdadera odisea.

—Nadie lo diría.

—Pues ya ves. Todo el verano con lo mismo, dale que te pego.

—¿Y tu madre?

—Mi madre era la primera que no quería ni oír hablar del asunto. Y mi hermanito Rafael, bueno, eso más vale dejarlo.

—Rafael desde luego es don misterios, ¿qué es lo que hace?

—Vete a saber. A mí me huele que está hasta metiéndose en esos líos de la política.

Tana ofreció un cigarrillo a Gloria. La pitillera era de oro calado, con una piedrecita roja en el centro. Se quedaron unos momentos calladas mientras encendían. El mechero era de mesa y tenía forma de alcuza.

—Pues la verdad, Gloria, yo no sé de qué te quejas.

—Ah, es que todavía no te he contado ni la mitad.

—¿De qué?

—A cuenta de lo del trabajo en la Base, he tenido que prometerle a papá romper con Ramón, tú date cuenta.

—No me digas.

—Tal como lo oyes.

—¿Y a santo de qué?

—Papá no quiere ni oír hablar de los Montaña. Yo no sé qué ha pasado con Perico y con tu primo Miguel.

—Ni idea. Ésos, sabe Dios.

—Algo gordo habrá sido.

—O el negocio o lo que no es el negocio. —Tana sacó un pie del zapato—. Bueno, ¿y tú qué actitud tomaste?

—¿Con lo de Ramón?

—Sí.

—¿Qué actitud querías que tomara? Que bueno, que de acuerdo. Luego ya haré yo por mi cuenta lo que me dicte el corazón, ¿no te parece?

—Claro, vaya dilema.

—Le dije a Ramón que cuando yo empezara a trabajar que ya arreglaríamos las cosas para vernos. A mí que no me vengán con imposiciones.

—¿Y empiezas pronto a actuar?

—El quince de octubre, correspondencia inglesa, vaya postín.

—Qué suerte, hija, se me ponen los dientes largos.

Gloria aplastaba el cigarrillo una y otra vez contra el cenicero que quedaba al lado de la butaquita, sobre un soporte de madera torneada.

—Venga, Tana —dijo inclinándose hacia adelante—, a ver si te dejan a ti también.

—Si es que no hay forma, ya lo he intentado por todos los medios. Incluso se lo dije al padre Ignacio, para que me aconsejara.

—Cuéntame.

—Pues eso, primero le expliqué que yo no creía que fuese justa la oposición de los padres a que las hijas trabajaran.

—Lógico.

—El padre Ignacio me contestó que sería por mi bien —bajó los ojos—, que quién sabe los peligros que me estarían esperando en la Base.

—También son ganas de sacar las cosas de quicio.

—La impresión que me dio.

Gloria se levantó de la butaquita. Tenía los pantalones arrugados por los prietos muslos. Tocó un timbre que estaba disimulado en el resalte de mármol de la chimenea.

—Perdona, Tana, se me había ido el santo al cielo. ¿Qué quieres tomar?

—No te molestes, a estas horas... Una taza de té, si acaso.

—Como quieras, ahora lo traen.

—Gracias.

Gloria se acercó al balcón. Abría hasta el tope las cortinas, que hacían juego con el tapizado del tresillo. Se volvía abrochándose el botón de abajo de la blusa.

—¿Has visto a la pandilla?

—No, desde antier —contestó Tana.

—No hay nadie, qué aburrimiento.

Se abrió silenciosamente la puerta de la sala que daba a la galería. La puerta estaba acolchada, con los rebordes enmarcados en una línea de oro. Apareció una muchacha bastante mayor que Petra, de cofia y uniforme negro. No se la sentía andar sobre la alfombra.

—Señorita...

—¿Quieres servir el té, por favor?

—Sí, señorita.

—Gracias.

La muchacha se volvió a marchar en silencio. Tana se estiraba de la combinación metiéndose la mano por la cintura de la falda.

—¿Te gusta el vestido? —preguntó sin mirar.

—Precioso, sí. ¿Quién te lo hizo?

—En Neira, me lo traje de Madrid.

—Te cae muy bien.

—¿Os vais otra vez a la playa?

—No, hija, qué más quisiera. La dichosa vendimia.

—El mismo caso, aquí encerrada.

Gloria se volvió a sentar en la butaquita, los brazos colgando por fuera. Mugía el agua volcándose por el canalón del patio.

—Yo ahora ando metida con el equipo para la Base. No me decido por nada, es un problema.

—Tendrás que hacerte muchas cosas, claro —dijo Tana.

—No creas, sport.

—Favorecer, favorece, desde luego.

—Mira, no sé qué decirte. Ahí tienes a Angelita Roncal, sin ir más lejos.

—Es que ésa con tal de enseñar... Hay que ver las blusitas que se gasta, da vergüenza.

—Pues andaba detrás de mi hermano, no deja uno.

—¿De Rafaelito?

—Tal como lo oyes.

—Qué valor.

—Claro que Rafael, con sus cosas, ni se entera.

—Desde luego tu hermano es un caso psicológico.

Llegaba la muchacha con el té. Acercó la mesita de ruedas hasta colocarla delante del sofá.

—¿Quieres encender?

—Sí, señorita.

—No se ve ni torta, qué tiempo —dijo Tana—, parece que no ha llovido nunca.

—A mí la lluvia me pone mala.

—¿Algo más, señorita? —dijo la muchacha.

—No, gracias. Espera —se dirigía a Tana—. ¿Quieres una copa?

—Te lo agradezco, no.

La muchacha volvió a salir. Gloria se levantó para servir el té.

—¿Nos vamos al cine? —preguntó mientras llenaba las tazas.

—Sí, va a ser una solución.

—¿Viste *Las noches de Cabiria*?

—No me hables, qué tostón.

—Un argumento de lo más desagradable, ¿verdad?

—Esas cosas deberían prohibirlas en el cine.

Bebían a pequeños sorbitos de las tazas. Gloria dejó la suya vacía en la bandeja y se sirvió otra.

—Te doy la razón —volvía la cabeza—. ¿Quieres más té?

—Bueno, gracias.

—Una mujer de la vida que parece que no ha roto un plato y hay que ver.

Parecía que la lluvia había amainado un poco. Un opaco y pegajoso silencio se deshilachaba como un fardo de borra por todos los rincones de la habitación.

—Bueno —dijo Gloria—, si me esperas me arreglo en un momento.

—No tardes.

—Cinco minutos. Ahí tienes unas revistas, acabo de recibirlas.

—A ver si veo algún traje bonito.

—En ésa viene la colección de otoño.

Tana cogió una de las revistas y la hojeaba distraídamente.

—¿A quién se parece ésta? —preguntó—. Mira...

Gloria se acercó por detrás.

—No sé —dijo.

—A Lupe, ¿no?

—Sí, quizá, con veinte años menos.

—Yo le encuentro parecido.

—Oye, ¿y no se casa?

—Se le pasó la época, a mí que no me digan. ¿Cuántos años lleva ya de novia con ése del Instituto?

—Otra que tal, también es más rara.

—Dicen que sigue estando loca por mi primo Miguel.

—Bueno, Tana, ahora vengo. En seguida estoy lista.

Gloria se fue dando saltitos. Tana se levantó un momento y se volvió a sentar. Cogió una revista, pero no la abrió. Se quedó mirando para la chimenea, de donde parecía exhalarse el cálido y desolado aliento de la lluvia. Luego sacó el espejo del bolso y se arreglaba el lacio pelo rojizo, ahuecándose por la nuca. Brilló un relámpago y Tana se quedó esperando el trueno. Pero el trueno no sonó esta vez.



El urinario no tenía techo. Una vallita circular de chapa metálica, con una abertura a cada lado, daba acceso a un angosto recinto también circular, con otras dos entradas dispuestas perpendicularmente a las exteriores. Ayuso salió del pequeño laberinto del urinario abrochándose la bragueta. La bragueta formaba una bolsa que le subía hasta medio pecho. Miró a derecha y a izquierda de la calle, como orientándose, y tiró en la misma dirección que había traído. La acera estaba encharcada y había que ir sorteando los lavajos para no mojarse. Ahora no llovía, pero el cielo continuaba aborascado y amenazante. Unas veloces nubes negras se deslizaban por debajo de la brumosa masa del fondo. Cerca, por la parte del sur, seguía retumbando a intervalos regulares la tronada. Ayuso sentía la caliente humedad del aire remetiéndosele por el cuerpo. Pensaba en el domingo. Si seguía lloviendo, no iba a poder celebrarse la comida a los pobres del Albarrán. De todas formas, tampoco era cosa de suspender los preparativos. El corralón del Espolique estaría hecho un barrizal, pero había que correr el riesgo. Se imaginaba que don Andrés no iba a dejarlo colgado con los gastos y que ya habría tiempo de cubrirlos. Ayuso calculó que incluso iba a ser mejor suspender la comida por una semana. Llegado el caso, podría justificar con creces el desembolso y hasta doblar lo que perdiera en el tejemaneje de la cocina. No le diría nada a don Andrés. Cien duros por un lado y lo del monto de las pérdidas si llovía, ya era un asunto. Ayuso llegó a un cruce desde el que se abrían en abanico cuatro calles. Tiró por la más estrecha, que quedaba encajonada entre dos altos y pretenciosos edificios de nueva planta. Ayuso caminaba como un autómatas, casi sin darse cuenta por dónde iba. Probablemente se orientaba por el olor. Se acordó que había dejado en el Espolique a su mujer y a su hijo. Cuando faltaba de la tienda, nunca estaba tranquilo, lo reconcomía el temor de que hicieran algún desaguisado. Torció a la derecha, atravesó a la otra acera y se entró a la izquierda. Tenía los calcetines mojados y se ahogaba con la tormentosa calentura del aire. El callejón subía haciendo eses hasta un espacioso rellano flanqueado de casas de un solo piso. La grisura de la luz barnizaba de un acuoso y fantasmal tinte la graciosa disposición de los enjalbegados muros. Ayuso se metió en la taberna del Troncho.

—A las buenas tardes —saludó desde la puerta.

El Troncho parecía un tubo. Esmirriado y bajito, de piel seca y plomiza, calvo y desdentado, era difícil averiguar la edad que tendría. Se agachaba en aquel momento al lado de una bota, colocando una tina de madera negra debajo de la espita.

—Buenas —ladeó la cabeza sin levantarse.

—Aquí a ver si hacemos negocio —dijo Ayuso.

El Troncho se incorporó. Hablaba como un viejo y se movía como un chiquillo. La taberna era amplia y de noble aspecto. Tenía una cierta traza de sacristía, con sus

limados muros de piedra sin blanquear y sus altos ventanales labrados. Por el techo corrían las telarañas y el verdín, a franjas paralelas, como siguiendo la dirección de la corriente de aire que circulaba entre la puerta y una de las ventanas del fondo. Ayuso se fue para la otra parte de la andana de las botas, que dividía la taberna en dos mitades, la de delante el doble de ancha que la de atrás. El mostrador quedaba frente a la puerta, un poco a la derecha. El Troncho iba a la zaga de Ayuso. No había nadie más en la taberna. Ayuso se sentó en un taburete, junto a una desvencijada mesita de cocina.

—¿Quiere usted un vasito? —preguntó el Troncho.

—Venga. ¿Tiene ahí todavía ese vinillo de sobretaba?

—Sí, ¿le echo un vasito?

—Vamos a probarlo.

El Troncho se fue al mostrador a buscar un vaso.

—Vamos a probarlo —repitió Ayuso—. Estaba bueno.

Las moscas revolaban entre las botas huyendo de la lluvia. En setiembre, el olor multiplica las moscas, todo el pueblo se llena de moscas. Pero ya no duran demasiado; a la semana de estar oliendo a mosto, no lo resisten y se mueren a montones. El Troncho no tenía que agacharse para meterse por detrás del mostrador. El mostrador no era más que una mesa como de carpintero tapada por el frente y pegada a la pared por un lado; el de la izquierda quedaba franco. El Troncho abrió la espita de un barril que goteaba a la espalda de Ayuso. Volvía con el vaso, espumoso por arriba como si fuese cerveza. Lo colocó sobre la mesita.

—Aquí tiene —dijo.

Ayuso no bebió en seguida. Cambió de sitio el vaso y le daba vueltas, arrastrándolo sobre la tabla. Miraba los mojados e incompletos círculos que se iban quedando señalados en la madera.

—Pues verá —dijo—, venía a ver si arreglábamos ahí un asuntillo, como cosa de nada.

—Usted dirá.

Ayuso corrió un poco el taburete para dentro, acercándose a la mesita. El Troncho se sentó al otro lado, a horcajadas sobre una silla de tijera puesta del revés, los brazos cruzados sobre el indeciso espaldar. Ayuso no quitaba los ojos de las mojaduras que iba absorbiendo la madera.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó.

—Vaya, más mal que bien —se pasaba los dedos a contrapelo de la crecida y canosa barba—. ¿Y la tienda?

—Igual, eso no se mueve —dijo Ayuso—, eso está igual.

—Es otra cosa, claro. Una tienda se defiende de otra manera.

—Con el almacén es con lo único que se cubren un poco las espaldas. Lo del vino

no da ni para pipas.

—El vino, como no sea al por mayor. Y ahora, ni eso.

—Mucho personal en la vendimia, se nota, ¿no?

—Sí, siempre se nota algo.

Ayuso le pegó un sorbetón al vaso y lo vació hasta la mitad. Se limpió los labios con el dedo índice, chascando la lengua.

—Está bueno —dijo.

—Ya lo creo que está bueno. Ese vino, por el precio que yo lo doy, no se encuentra.

—Además de verdad, sí, señor. De clase y de precio.

—Por suerte o por desgracia, yo tengo ahí mis reservas. Cuando veo que se está remontando, pues le paro los pies, eso es lo que hago —señalaba con la cabeza para la andana—. Ahora me van a traer un par de botas de este año para rociar la criadera.

—Ésa es la única forma, claro —dijo Ayuso cambiando de postura—. Bueno, a lo que iba, usted tiene ahí unas sillas, ¿no?

—¿Unas sillas?

—Verá, a ver si nos ponemos de acuerdo —volvió a acomodarse en el estrecho taburete—. El domingo me van a hacer falta como unas cien sillas, es para un convite, o sea, para una comida de la parroquia. Yo tengo en el Espolique cerca de cuarenta, pero me van a hacer falta alrededor de las cien.

—Ya —dijo el Troncho—. ¿En qué puedo servirle?

Ayuso le dio otro sorbo a su vaso, pero esta vez no tragó tanto como antes. Parecía que había tomado fuerzas para arrancar.

—¿Por cuánto me alquila usted seis docenas de sillas, en números redondos?

—Hombre, Ayuso, no sé —se rascaba el cogote—. Yo las tengo ahí, usted las ha visto, pero alquilarlas, no sé...

—Es para un día, venir por ellas el sábado a última hora y el domingo por la tarde están aquí.

—Sí, si no es por eso, yo no las necesito mayormente. Es que ya le digo, alquilarlas es una cosa que no cae dentro de mis cálculos, no las he alquilado nunca.

Ayuso terminó su vaso. Todavía con el buche en la boca vio entrar al hijo de Onofre. El Troncho se levantó, sacándose la silla de entre las piernas con una imprevisible agilidad. Se acercó al mostrador.

—Hombre, ¿cómo le va? —saludó.

—Bien —contestó el hijo de Onofre mientras se secaba el agua que le caía del pelo—. ¿Qué hay de nuevo?

—Ya ve usted, tirando.

—Por aquí, una vueltecita.

—Ya hace no sé el tiempo que no se dejaba ver.

—La vendimia.

El hijo de Onofre miró a Ayuso de pasada. Ayuso se había levantado del taburete y se alejaba hacia el fondo de la bodega, con las manos metidas en los bolsillos, estirándose del pantalón hacia los lados. Detrás de un tabique de lona enyesada se veía asomar una pila de sillas de tijera. El Troncho seguía hablando con el hijo de Onofre, la tabla del mostrador de por medio.

—Y tu padre, ¿cómo anda?

—Regular —contestó el hijo de Onofre—. Regular nada más, le pesan los años.

—Una viña come mucho.

Se oían las lentas y pastosas pisadas de Ayuso.

—¿Me da usted una copita de coñac? —pidió el hijo de Onofre.

—¿Del barril?

—Sí, es lo mismo. Y un vaso de agua.

El Troncho llenó la copa, abriendo la llave de canuto de un barrilito, y la puso sobre el mostrador.

—¿Ha venido por aquí don Miguel Gamero? —preguntó el hijo de Onofre.

—Ah, sí —contestó el Troncho mientras colocaba un vaso de agua al lado de la copa de coñac—. Hará como una media hora.

—Vaya.

—Que si venía usted, que iba a un encargo y que ya estaba aquí.

—Voy a esperarlo un ratito.

Ayuso se paseaba ahora a todo lo largo de la andana. El trueno saltó encima mismo de la bodega, parecía que se iban a venir abajo las paredes. Seguía tableteando el eco cuando habló el Troncho, la voz gutural y temblona.

—Qué tiempo, esto no puede ser bueno.

—Se veía venir.

—Va a hacerle daño al campo, ¿no?

—Usted dirá, bueno no es.

—¿No querían que lloviera? —levantó la mano—. Pues con más ganas...

—Al que esté metido en faena, a ése es al que le toca la peor parte.

El Troncho se disponía a acercarse a Ayuso, que estaba ahora parado de cara al mostrador.

—Un momento —se excusó.

—¿Usted conocía a Joaquín? —preguntó el hijo de Onofre.

—¿A Joaquín?

—A Joaquín el Guita.

—Sí, ¿por qué? —dijo el Troncho.

—Se ha matado esta tarde, hace un rato.

Ayuso se adelantó corriendo. Cuando le hacía falta, tenía el oído de una liebre.

—¿Qué? —exclamó.

—En Valdecañizo, una desgracia —repitió el hijo de Onofre—. Lo aplastó una bota.

—¿A Joaquín?

—Me acabo de enterar cuando venía, una desgracia.

—Pero si esta mañana... ¿Usted se refiere a Joaquín Navarro?

—Creo que se llamaba Navarro. Al Guita.

—¿Será posible?

—¿Tenía hijos? —preguntó el Troncho.

—No.

—Bueno, menos mal.

—Si esta mañana vi a Lucas —dijo Ayuso—. Se fueron juntos a Valdecañizo.

—Cuando menos se piensa... —dijo el Troncho.

—¿Y cómo fue?

—Creo que estaban cargando el mosto y se le vino una bota encima —dijo el hijo de Onofre—, un caso de mala suerte.

—La tenía sentenciada, maldita sea la hora.

Ayuso se pasó una mano por la frente. El hijo de Onofre se bebió la copa de coñac de un trago, como para no cogerle el sabor, empujándola con un buche de agua. Ponía cara de no gustarle.

—Cuando menos se piensa... —repitió el Troncho.

—¿Y lo sabe Lola? —preguntó Ayuso—. ¿Se lo han dicho?

—¿La mujer? No sé, supongo que ya lo sabrá, habrán ido a avisarla.

—Maldita sea la hora.

Se quedaron callados los tres. El hijo de Onofre sacó un paquete de Ideales amarillos y ofreció. Ayuso no quería. Empezó otra vez a diluviar, no se veía la pared de enfrente de la calle. El agua se metía dentro de la taberna, saltando como si fuese granizo.

—No me lo puedo creer, es una cosa que no me la puedo creer —dijo Ayuso—. La tenía sentenciada —fue bajando la voz—. Lola estuvo en el Espolique...

—La vida —dijo el Troncho—. La puñetera vida. Está uno tan fresco y cuando menos se piensa, zas, se acabó.

—¿Y está todavía en Valdecañizo? ¿No lo han traído?

—No sé —contestó el hijo de Onofre—. Me imagino que hasta que no vaya el juez no lo traerán.

—Habrás que acercarse por su casa.

—Sí.

—A lo mejor Lola no se ha enterado todavía.

—A lo mejor, no hace ni tres horas.

—Un mal trago —dijo el Troncho—. El que tenga que darle la noticia a la mujer, un mal trago.

—Pobre muchacha —dijo Ayuso—. Es que no me cabe en la cabeza, maldita sea la hora.

Ayuso se acordaba del kilo de habichuelas que no le quiso fiar su mujer a Lola. Por primera vez desde hacía muchos años, Ayuso tenía el corazón en un puño. Refregaba la punta de la mojada bota negra contra la pared baja del mostrador. La bota tenía dados de sí los elásticos de los lados y a Ayuso se le salía el talón. No sabía qué lo desazonaba más, si la repentina muerte de Joaquín o el miserable concomio de su avaricia. Sentía otra vez un oscuro desprecio por su mujer, como cuando la vio por la mañana barriendo la puerta del Espolique. Brilló un relámpago. Se acordó de las sillas. A lo mejor, el Troncho se las prestaba sin más. En todo caso, podía proponerle lo que tenía decidido: dos garrafas viejas de a dos arrobas a cambio del préstamo. Escupió y pensó otra vez en Joaquín. Lola iría al Espolique a pedirle ayuda. Le daría lo que hiciera falta, tenía que dárselo. Ahora no era como antes. Pisó el escupitajo para no levantar la vista del suelo. El Troncho hablaba con el hijo de Onofre, pero Ayuso no oía lo que estaban diciendo. A fin de mes iba a tener que desembolsar unas seiscientas pesetas para reponer existencias. Había que ir rellenando los huecos de los comestibles a medida que se presentaban. Retumbó otra vez el trueno. A Lola iba a darle lo que hiciera falta, de eso estaba seguro. Sonó el motor de un coche deteniéndose en la puerta de la taberna. Ayuso seguía con los ojos pegados al suelo. Claro que también era posible que Lola no tuviese más remedio que volverse a las Talegas con su cuñado. Pensó que podría hablar con don Andrés para que estuviese al quite. Ayuso tampoco se encontraba en disposición de cargar con un nuevo gasto.

—Buenas tardes —dijo Miguel mientras se sacudía los mojados pantalones con una mano, todavía en la puerta.

—¿Cómo va eso? —dijo el hijo de Onofre.

—Buenas tardes —respondieron a la vez Ayuso y el Troncho.

—Ahora te cuento —dijo Miguel dirigiéndose al hijo de Onofre—. Tuve que recoger el coche de Montaña.

—¿Vas a volver a la oficina?

—A dejar el coche. Montaña se ha tenido que ir a Valdecañizo, vinieron en el camión por él.

—Lo de Joaquín, ¿no?

—¿Te has enterado?

—Me encontré a un cargador de Valdecañizo que iba a dar parte.

—Lo que son las cosas, ayer estuve hablando con Lucas. Se fueron a la viña por mí.

—Ya ves.

—También es mala suerte, qué mierda.

Ayuso y el Troncho se habían acercado a la puerta a ver llover. Se volvían: el Troncho hacia la andana de las botas y Ayuso hacia el mostrador. Ayuso se llevaba nerviosamente dos dedos a la sien en señal de saludo.

—Usted perdone, don Miguel —dijo.

—¿Qué hay?

—¿Ya sabe lo de Joaquín?

—Sí.

—Yo no acabo de creérmelo, no me cabe en la cabeza, es como si me hubieran dado un trancazo.

—Una desgracia —dijo el hijo de Onofre.

—El sino de las personas, ahí está. Ese muchacho lo llevaba escrito.

El Troncho se acercaba.

—¿Lo han traído? —preguntó Ayuso—. ¿Sabe usted si lo han traído?

—Yo creo que hasta que no vaya el juez... —dijo el hijo de Onofre.

—Entonces está todavía en el campo, ¿no?

—Además, a su casa no lo van a llevar.

—¿Y eso?

—Como ha sido un accidente —dijo el Troncho.

—Claro.

—Un accidente siempre es un engorro.

—¿Y Lola? —dijo Ayuso.

—Don Pedro iba a ir a verla —dijo Miguel—, bueno, luego vamos a ir los dos.

—Figúrese usted cómo estará, una lástima, y encima, eso. Joaquín tenía la negra.

Se quedaron callados. Miguel se colocó en un extremo del mostrador, de cara a la pared.

—¿Me da usted una copa de ginebra? —pidió.

—Sí, señor —dijo el Troncho.

—¿Tomas algo? —le preguntó Miguel al hijo de Onofre.

El hijo de Onofre no quería. Estaba encendiendo otro cigarrillo. Miguel se dirigió a Ayuso.

—¿Y usted?

—Muchas gracias, don Miguel. Un vasito.

—¿Le gusta ésta? —preguntó el Troncho enseñándole a Miguel una botella de ginebra.

—Vale, da igual.

Miguel no conseguía tranquilizarse. Algo que no sabía bien lo que era se le venía encima como una losa. La muerte de Joaquín le producía una desconsolada sensación de inseguridad. Tenía la memoria como atiborrada de una tediosa y depresiva

virulencia. Lo zahería de desconcierto la inminente necesidad de mirar para adelante.

—¿Y Vicente? —preguntó el hijo de Onofre.

—Iba a ir a casa a las siete con Rafael —dijo Miguel.

—Sí, en eso quedamos. Rosalía también estará.

El hijo de Onofre pellizcaba las hebras que se salían por la punta del cigarrillo.

—Cuando termine la vendimia, nos vamos de Monterrodilla —dijo.

—Ya lo sé, no te preocupes.

—No me preocupo, tenía que hacerlo.

—Algo saldrá.

Miguel, delante del hijo de Onofre, se sentía siempre un poco como si lo hubiesen cogido en falta. Muchas veces había pensado hablar con él de lo de Encarna y nunca le pareció oportuna la ocasión. Ahora ya era todo distinto, pero seguía sintiendo el mismo vergonzante resquemor por lo que no había sabido ni tampoco había querido remediar. Amainaba la lluvia poco a poco, dejando en el aire una bochornosa pestilencia a fango. El hijo de Onofre, desde los viejos días de la finca del Temple, había sido para Miguel una especie de inveterada representación de la hombría. Sin proponérselo, el hijo de Onofre le había ido enseñando algo cuya importancia adivinaba, pero que siempre estuvo como envuelto en una vaga referencia con la realidad. Oyó maldecir a Ayuso. Miguel sentía ahora como nunca el violento deseo de que el hijo de Onofre no estuviese al tanto de sus andanzas con la hermana.

—Y si no, nos volvemos a la sierra.

—Algo saldrá, ya verás —dijo Miguel—. Seguro que sale algo.

—Lo único que quería era irme, tú sabes que tenía que hacerlo.

—Lo sé.

Miguel pensaba en Joaquín y en Encarna y en Lucas y en la mujer de Joaquín. Una red de desolados canales conduciendo al mismo sitio. Le bullían delante de los ojos como luciérnagas las horas de los dos últimos días. Se acordaba de la noche anterior en Valdecañizo, no, de la noche anterior no, de la otra, cuando se metió en el lagar rebosante de uvas, y de aquel mediodía, cuando estuvo con don Andrés en el bar. Miró para Ayuso. Ayuso tenía el ademán compungido, su vaso de sobretabla a medio terminar en la mano. Don Andrés le iba a levantar la veda a Ayuso por lo de la calumnia del matarratas. Perico Montaña ya habría llegado a Valdecañizo. Miguel no lo quiso acompañar, no iba a servir de nada. Luego iría a ver a Lola con Vicente Corrales y con Perico. Lola era cuñada del padre de Vicente, el capataz de las Talegas, la viña de don Andrés. Ayuso hablaba ahora con el Troncho y con el hijo de Onofre. Miguel se acordó de los cortadores que le había pisado Perico Montaña a Gabriel Varela. Si eran los del segundo turno, habrían visto cómo se le caía encima la bota a Joaquín. La ginebra estaba amarga y sabía a perfume barato. Veía el almijar de Valdecañizo, la uva sobre los redores, el pozo del patio, las dos lindes de higueras



morochas. Veía las bardas de Monterrodilla, la loma desde la que se empinaba el bienteveo, la cancela de tejas esmaltadas. Joaquín había ido con Lucas a robar uvas a Monterrodilla. Algo se le abría a Miguel por delante igual que una puerta que podía franquear cuando quisiese dejando fuera el hediondo lastre de toda su memoria. Ya había terminado de llover. Chorreaban las goteras de las cornisas y de las grietas de los canalillos. Le pasó por la cabeza un fugaz vislumbre del frente de Málaga, cuando se encontró allí con Lucas. Joaquín estaba del otro lado. Lo empezó a marear la vespertina punzada del hígado.

—¿Nos vamos? —preguntó el hijo de Onofre.

—¿Eh?

—Ya ha escampado.

—Vámonos, sí.

Miguel pagó. Cuando el Troncho iba a darle la vuelta, ya se había separado del mostrador.

—Gracias —dijo el Troncho echando las tres cincuenta que sobraban en una cajita de puros.

—Hasta luego.

Miguel y el hijo de Onofre salían ya de la taberna.

—Bueno, de las sillas, ¿qué? —le preguntó el Troncho a Ayuso.

—Ahora vengo.

Ayuso se fue detrás de Miguel. Miguel abría la puerta del coche. Estaba más pálido que de costumbre. Ayuso se acercó con gesto vacilante.

—¿Va a ir usted a ver a Lola? —preguntó.

—Sí, a la noche —dijo Miguel.

—Allí nos veremos, yo voy a acercarme también.

—Sí.

—Pobre muchacha.

—Hasta luego.

—Con Dios.

Miguel subió al coche por una puerta y le abrió la otra al hijo de Onofre. El rellano estaba enfangado y salpicaba el agua a violentos churretones contra los guardabarros. Bajaron la cuesta de la calle del fondo y luego torcieron a la derecha. La plaza del urinario parecía un desierto. No se veía a nadie por ninguna parte, daba la impresión de que estaba amaneciendo. Enfilaron la avenida. La parte de atrás del coche rozó con el bordillo de la acera. Un guardia de impermeable blanco se aburría bajo el alero de un quiosco. Miguel iba callado, mirando al frente sin pestañear. El hijo de Onofre sacaba y metía el cenicero. Cuando llegaron a una esquina de la avenida, vieron a Vicente Corrales y a Rafael Varela guarecidos contra la pared. La agencia Whyte & Montaña, Cía. Ltda. quedaba en el vecino callejón, que era de

circulación prohibida. Miguel arrimó el coche a la acera, pegándolo al chaflán todo lo que pudo. Vicente se adelantó.

—Te estaba esperando —dijo inclinándose hacia la ventanilla.

—¿Qué hay, Tico? —dijo Miguel.

Se bajaron del coche. Rafael se acercó al hijo de Onofre.

—No voy a poder ir a tu casa —dijo Vicente.

—Supongo —dijo Miguel—. ¿Lo sabías ya?

—Sí, avisó Montaña a mi padre.

—Pobre Joaquín, y de esa forma...

—Voy a ir a ver a mi tía Lola.

—Yo también había pensado ir.

Se fueron hacia la puerta de la agencia. Rafael y el hijo de Onofre iban detrás. Las bocas de las alcantarillas se habían atascado y el agua corría por el medio de la calle como por una quebrada.

—Parece que van a molestarla en la policía —dijo Rafael.

—¿En la policía? —preguntó el hijo de Onofre.

—No estaban casados.

—Ya.

—Y luego lo de los papeles de Joaquín...

—Vamos a acercarnos a su casa —dijo Miguel—. Algo se podrá hacer.

Se detuvieron bajo la marquesina de una tienda de tejidos, al lado del portal de la oficina.

—Ya sabía yo que iba a terminar mal —dijo Vicente—. No lo dejaron ni respirar.

—¿Lo sabe tu padre? —dijo el hijo de Onofre.

—Sí, ya te digo, le mandó aviso Montaña.

—Lucas habló ayer conmigo —dijo Miguel—. Yo fui el que los metió en Valdecañizo, quién me lo iba a decir.

—Era lo mismo —dijo Vicente.

—Qué mierda.

—Era lo mismo, no lo dejaron ni respirar.

Estaba empezando a llover otra vez. Pasó un grupo de muchachos por la esquina de la avenida.

—Anoche estuvo con mi padre —dijo Rafael—. Mateo me ha contado lo que pasó. Joaquín se tuvo que ir de la Damajuana.

—Le tocó a él —dijo el hijo de Onofre—, la culpa es de todos.

Se abría un claro entre las nubes, como anunciando los cada vez más distantes repiques de la tormenta.

—Mañana hablaremos —dijo Vicente—, hoy no va a poder ser.

—Sí, claro.

—Ya le avisé a Rosalía.

—De acuerdo —dijo Miguel.

Un hombre arreglaba el escaparate de la tienda de tejidos, vistiendo a un maniquí con una tela estampada. Tenía un alfiletero de pinza sujeto en el antebrazo. Miguel se metió en el portal de la oficina.

—Un momento —dijo—, ahora bajo.

—¿Vas a tardar? —preguntó Rafael.

—No, dejar las llaves del coche —volvía la cabeza sin pararse.

Alguien silbaba una marcha militar por el otro extremo del callejón.

—Voy a ver si se quiere venir a las Talegas —dijo Vicente.

—¿Lola? Tendrá que irse, qué va a hacer.

—Es lo mejor —dijo el hijo de Onofre—. Lo pasado, pasado.

—Mi padre se lo iba a decir, él estaba conforme.

—Claro, tendrá que irse —repitió Rafael.

Se quedaron callados un momento. Chorreaba el canalón del tejado a unos pasos del escaparate.

—Vamos —dijo Miguel volviendo a aparecer en el portal.

—Vamos.

Cuando llegaron al Angostillo ya había empezado a anochecer.

Sant Telm (Mallorca), setiembre de 1959 — Bogotá (Colombia), diciembre de 1960.



JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD. (Jerez de la Frontera, 11 de noviembre de 1926). Poeta, novelista y ensayista español.

Cursó estudios de Filosofía y Letras en las universidades de Madrid y Sevilla, para después trasladarse a Colombia donde enseña Literatura Española, combinando su labor literaria con la docencia.

Perteneciente a la Generación del 50, como poeta se inicia en 1948 con *Poesía* (1945-1948), a la que siguieron *Las adivinaciones* (1952), *Memorias de poco tiempo* (1954), *Ateneo* (1956), *Las horas muertas* (1959), *El papel del coro* (1959) y *Pliegos de cordel* (1963). En 1969 se publica *Vivir para contarlo*, obra que recoge toda su poesía. En 1997 se publica una antología de sus poemas, recopilados por María Peyeras Grau, con el título *El imposible oficio de escribir. Antología*, y en 2002, la editorial Visor publica *Antología personal*, acompañada de un CD con poemas recitados por el autor.

Como novelista, su producción es escasa aunque significativa en lo que a narrativa social se refiere. Destacan *Dos días de septiembre*, que ganó el Premio Biblioteca Breve de Novela en 1961, *Ágata ojo de gato*, con la que ganó el Premio Barral y de la Crítica, *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (1981), Premio Ateneo de Sevilla, y *En la casa del padre* (1988). Prolífico ensayista, hay que destacar obras como: *Narrativa cubana en la Revolución* (1968), *Luis de Góngora* (1982), *Luces y sombras del flamenco* (1975) o *Sevilla en tiempos de Cervantes* (1991).

En 1995 publica la primera parte de sus memorias, titulada *Tiempo de guerras*

*perdidas*, que volvió a ser revisada en 2004; y en 2001, la segunda parte titulada *Costumbre de vivir*. Ambos volúmenes recogidos en *La novela de la memoria* (2010).

En 2004 fue galardonado con el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana por el conjunto de su obra, y al siguiente año con el Premio Nacional de las Letras Españolas. Ha recibido numerosos premios a lo largo de su carrera pero el reconocimiento definitivo le llegó en 2006 con el Premio Nacional de Poesía (Ministerio de Cultura) en 2006 por su obra *Manual de infractores*, poemario que el autor califica como «apología de la desobediencia». El 29 de noviembre de 2012 recibe el Premio Miguel de Cervantes.

En 1998 se crea la Fundación Caballero Bonald, con sede en la casa donde nació el poeta, siendo un referente de la literatura y poética de Jerez.